



EDUCACION Y ESCULTISMO

Piero Bertolini

PIERO BERTOLINI

EDUCACION Y ESCULTISMO

PREMIO 'CITTÁ DI BOLOGNA 1956'

*Traducción de Oriol MartoreU,
Vocal de la Delegación Diocesana de Escultismo de Barcelona*

('arta de presentación del Excmo. y Rdmó. Dr. D. Gregorio Modrego Casaus, Arzobispo de
Barcelona



EDITORIAL LITÚRGICA ESPAÑOLA, S. A.
SUCESORES DE JUAN GILI

Avenida José Antonio, 581 BARCELONA

Del original: EDUCAZIÛNE E SCAUTISMO Publicado por Edizioni Giuseppe Malipiero, de Bologna

NIHIL OBSTAT

EL CENSOR I

P. Serafín Alemana, Esteve, C. O. Barcelona, 16 de octubre de 1964

IMPRIMASE *Dr. Juan Sena Puio* Vicario General

POR MANDATO DE SU EXCIA. RDMA.

Alejandro Pech, Pbro. Canciller-Secretario

Depósito legal. B. 33.173 - 1964

Edizioni Giuseppe Malipiero, de Bologna, 1957 E. L. E. S. A., Barcelona (España), 1964

Es propiedad

Impreso en España

BIBLOGRAF, S. A. - Paseo de Carlos I, 136. - Barcelona - 13

Me han pedido unas líneas de presentación de la obra de Bertolini EDUCACIÓN Y ESCULTISMO, traducida al castellano del original italiano por Oriol Martorell. El interés que esta organización internacional scout y su método merecen a la santa Iglesia, la preocupación de ésta por la existencia de agrupaciones escultistas de profesión católica en todas partes y la antigüedad de grupos de scouts en esta diócesis, me obligan gratamente a acceder a este respetuoso ruego.

El tema tratado en el presente libro es de gran interés no sólo para los escultistas y sus dirigentes, sino para los pedagogos en general. Al interés pedagógico se suma, o mejor con él se funde, un interés religioso. La práctica religiosa esencial en el escultismo no debe entenderse como un conjunto de actos; «el método scout, decíamos en nuestra alocución a los miembros del Consejo de la Conferencia Internacional de Escultismo Católico, para que logre toda su eficacia, para que llegue su influencia a todo el hombre, invada todo su ser y lo transforme, no sólo ha de emplear bien los recursos naturales, muy nobles y estimables, sino también los sobrenaturales de la gracia; esto hace el Escultismo Católico, proponiendo a los jóvenes educados, por encima de los motivos meramente humanos, los motivos de la vocación y destino sobrenatural; ofreciéndoles el objeto de la caridad en la realización de la buena obra diaria; dando sentido asceticocristiano al cumplimiento del deber, a la observancia de la disciplina y a las privaciones de la vida de campamento; acercándoles a Dios, Creador y Padre, en la contemplación de la naturaleza, y finalmente haciéndoles sentir y vivir la Iglesia en sus relaciones de comunidad con los compañeros y Jefes, asistidos y presididos por el sacerdote consiliario; rodeando el Altar a la hora de la plegaria y del Sacrificio eucarístico, del cual reciben, previamente purificadas sus almas con el Sacramento de la Penitencia, el alimento y la auténtica fuerza para la vida dura y valiente de un buen scout católico. No hay separación posible entre la formación humana y religiosa en el Escultismo Católico; la religiosa y sobrenatural penetra, invade y eleva todas las prácticas y ejercicios del método, tan apto para la formación humana». «La pedagogía scout ha de ser una catequesis viva que ilumine el alma con la luz del Evangelio y forme el corazón con el influjo suave de la gracia de Dios.»

Estimamos que el sentido religioso del escultismo ha sido puesto de manifiesto a lo largo de las páginas del libro de Bertolini. Esta frase del autor lo atestigua: «La vida del scout es siempre, de una manera más o menos consciente, una auténtica conversación con Dios, una continuada y apasionada búsqueda del Infinito.» Cabe, pues, afirmar que, entre scouts católicos, esta vida, conversación y búsqueda tendrán siempre sentido y valor trascendente, sobrenatural, es decir, irán iluminadas por la Fe y la Caridad.

Deseamos vivamente que la presente obra contribuya al conocimiento del acreditado método escultista y sirva de orientación para sacerdotes, padres y educadores y de estudio para los mismos scouts.

Gregorio, Arzobispo de Barcelona

PRESENTACIÓN

Los muchachos y jóvenes inscritos en las varias organizaciones scouts del mundo entero alcanzan casi, actualmente, la cifra de seis millones. Si se considera que la pertenencia al movimiento es totalmente voluntaria, tanto para los chicos como para los jefes, y que la vida en el mismo comporta serias obligaciones, no puede dejar de reconocerse que el escultismo ejerce una notable atracción, que consigue unos beneficios y que resiste muy bien la crítica de las personas, del tiempo y de las circunstancias.

El escultismo es, sin duda alguna, uno de los fenómenos educativos más interesantes de nuestro siglo, por su espíritu, métodos, extensión, éxitos y el cariño que hacia él demuestran todos aquellos que pertenecieron al mismo en su juventud.

Pero en contraposición con la importancia y vitalidad de este fenómeno, que nadie puede ignorar, se debe hacer constar que la gran mayoría de italianos mantienen ante el escultismo una posición que va desde la indiferencia, el recelo y la burla, hasta una oculta o franca oposición.

Y sería muy interesante que los responsables del movimiento profundizaran sus investigaciones y hallasen las causas de esta oposición, para poder así aplicar los necesarios remedios y correcciones.

Según nuestro parecer, y tras simples observaciones y contactos, he aquí algunas de las causas del citado fenómeno:

a) *Falta de interés por parte de la pedagogía oficial hacia el escultismo mundial, debido a su independencia, según los estudiosos, de cualquier obra que pudiera considerarse clásica; desinterés que, por otra parte, ha impedido la producción de una seria literatura pedagógica sobre dicho tema.*

b) *Falta de interés general, por parte de los padres y los dirigentes políticos, hacia los movimientos encaminados a facilitar una educación moral y cívica a la juventud, ya que todavía consideran a la escuela como la única institución capaz de dar los certificados válidos para iniciar una carrera, participar en unas oposiciones u obtener un determinado empleo.*

c) *La estructuración de la escuela oficial, cualquiera que sea su espíritu, que sólo tiende a que se adquieran conocimientos y datos, y no valora ni considera como útiles las actividades formativas del tipo de las propuestas por el escultismo.*

d) *La inexistencia en el seno del escultismo de una presentación científica básica, abierta, alejada del típico carácter misteriosófico y del lenguaje para iniciados, que quizá mortifica y aleja a los que no forman parte del movimiento.*

e) *Cierto fetichismo, o casi fanatismo, que sienten algunos dirigentes hacia determinados detalles concretos como finalidad en sí mismos (por ejemplo: tales y tantos nudos, ni uno más ni uno menos), en un mundo pedagógico espiritualista y activo que ya ha abandonado toda forma de positivismo concreto al reconocer una más libre posibilidad de acción a los educadores y la equivalencia formativa de métodos concretos distintos.*

f) *La impresión que tienen algunos de que el escultismo — con sus lemas, insignias, uniformes, etcétera — es algo exótico y pueril, como los disfraces de cow-boys que se regalan a los chiquillos por Navidades o Carnaval, y que sólo sirve para los desfiles, inauguraciones y procesiones.*

g) *El severo juicio de aquellos que, exigiendo para la juventud unas organizaciones más directa e*

inmediatamente dirigidas hacia unos puntos de vista culturales y apostólicos, no tienen en cuenta el criterio pedagógico que, durante la adolescencia, centra sus esfuerzos en las tareas formativas y de desarrollo y de las aptitudes personales y sociales, sin abandonar —por el contrario, ayudando— las obligaciones de tipo cultural de la escuela.

h) Finalmente, una causa de tipo práctico, inevitable y fatal cuando se trata de llevar al terreno concreto altos ideales educativos: la inadecuación de algunos jefes del movimiento, ya sea por lo limitado de su preparación pedagógica, ya sea por el hecho de que todos ellos son voluntarios que, cuando están adecuadamente preparados, muy a menudo deben abandonar, por razones de tipo profesional o familiar, sus responsabilidades escultistas.

Todo ello da como resultado el que un movimiento poseedor de geniales conceptos pedagógicos y con notables posibilidades educativas, viva a nuestro lado encerrado en sí mismo, poco conocido y muy escasamente valorado por la mayoría.

Una de las iniciativas que podrían ser útiles para remediar esta situación, sería la de escribir una presentación del escultismo que pusiera en evidencia, con un lenguaje a la vez fácil, científico y nada misterioso, sus valores educativos esenciales, tanto por sí mismos como en su relación con el hombre, su psicología, su vida y sus responsabilidades personales, sociales, profesionales, morales y religiosas.

Desde un punto de vista editorial tuvo dicha idea el benemérito editor Malipiero, de Bolonia, que fue secundado, con finalidades pedagógicas, por el Comité Central de la Associazione Scautistica Cattolica Italiana. Se convocó un concurso para premiar una obra sobre escultismo — el concurso “Cittá di Bologna”, en su segunda edición — y el jurado, bajo la presidencia del abajo firmante, indicó claramente en las bases las características que debía reunir la obra.

Entre las muchas presentadas, el jurado, unánimemente, premió la que resultó ser del profesor Bertolini, jefe scout, profesor de filosofía en la enseñanza media, ayudante en la Universidad de Pavía e investigador del problema pedagógico.

En su informe, el jurado, entre otras cosas, decía :

“La obra del profesor Bertolini está escrita con ejemplar claridad y representa una sólida y profunda investigación sobre el escultismo; además, está sabiamente estructurada, cosa que permite que se interesen por el tema incluso aquellas personas habituadas al estudio científico de los problemas pedagógicos.

“El autor ha sabido escoger los motivos esenciales del escultismo como movimiento educativo integral, poniendo de manifiesto, de manera muy notable, su espíritu, finalidades y posibilidades de aplicación de sus principios a otras instituciones educativas.”

A nuestro entender — y debido a su riqueza estructural — el libro del profesor Bertolini será útil e interesante para tres géneros de personas: dirigentes del movimiento, padres de muchachos inscritos en él y pedagogos y maestros, en particular aquellos que tengan alumnos comprendidos entre los once y los dieciséis años.

Principalmente, será útil a los jefes y dirigentes del escultismo porque les ayudará a comprender con criterio más reflexivo, orgánico y profundo, el significado educativo, el valor formativo y la finalidad humana, personal y social, de todas las actividades scouts y de todas sus actuaciones; desde el carácter de juego dado a la Pida scout a las estructuras orgánicas— patrulla y tropa — en que viven los muchachos; de la vida en comunidad al contacto con la naturaleza; de los ejercicios sensoriales a la obligación de observar la ley y la promesa. De una manera especial, los jefes tienen necesidad de todo esto para superar las desproporciones entre las diversas formas de actividad, el empirismo educativo, así como para adquirir la precisa libertad de iniciativa.

Asimismo, la lectura del presente libro será también útil a los padres cuyos hijos están en el escol-

tismo y a los que no han querido o podido hacerlo. Les enseñará a tener presente, en su totalidad, el complejo educativo, a cooperar con la labor de los educadores del escultismo o a servirse directamente de las muchísimas sugerencias útiles para la obtención del deseado objetivo educativo. Además, les será útil por otras dos razones: porque podrán darse cuenta — por encima de los juegos, campeonatos y trabajos manuales — del espíritu y de la finalidad educativa que el escultismo se propone respecto a sus hijos; y porque, leyéndolo, aprenderá a conocer mejor a sus propios hijos y a darles un trato más respetuoso y eficaz, mejor orientado y más de acuerdo con el de los jefes.

En tercer lugar, el libro será particularmente útil a los maestros, que, por lo general, están demasiados atados a la letra de los programas y a la idea fija de enseñar, y que aquí encontrarán una invitación implícita en dedicar más atención, en la persona humana, a sus aspiraciones espontáneas y a sus aptitudes constitucionales, indicándoseles, además, los medios que deben emplear y el camino que han de seguir para convertirse, sobrepasando el nivel de meros profesores en educadores eficaces, con mayores medios a su disposición y mereciendo un mayor respeto de sus alumnos.

Muchos maestros, incluso entre el grupo de los mejores, quizá se escandalicen y se rebelen contra la idea de integrar su obra instructiva con alguna actividad scout; por ejemplo, si se les habla de que el esfuerzo para superar las dificultades de un día de campamento o el servicio prestado durante una calamidad pública, ayudan más a la formación del carácter que no el perfecto conocimiento teórico de la perifrástica pasiva.

Como viejo comisario scout, dedicado ahora a la acción didáctica, me permito subrayar especialmente este tercer aspecto del valor del presente libro. Y no sólo por motivos de índole general, sino también por uno muy concreto y particular.

En Italia, la escuela a la que asisten alumnos de once a catorce años respira, como todos los aspectos de la vida civil, un ambiente plétórico de fervor renovador. Y se puede afirmar que dicho fervor renovador procede en una dirección que le acerca al espíritu y a los métodos del escultismo. En efecto, la escuela se propone renovar su didáctica encaminándola hacia un sentido más activo, tomando al alumno como centro, estructurando la labor por grupos, y estimulando y orientando la investigación personal. La escuela tiene en su programa los trabajos manuales, las actividades artísticas y recreativas, las excursiones, la orientación individual basada en las aptitudes personales, el ejercicio del sentido de la responsabilidad, la proyección hacia la vida, etc.

Los maestros de este tipo de escuelas sacarán gran provecho de la Lectura de este estudio, porque en el aprenderán principios, métodos y experiencias utilísimas para su nuevo trabajo.

* * *

Para juzgar y valorar exactamente el escultismo es preciso saber penetrar en su espíritu con humilde y apasionado ánimo de educador, con capacidad pedagógica e, incluso, con cierta madurez de hábitos democráticos personales. Únicamente entonces nos revelará el escultismo, por encima de las limitaciones y contingencias de las realizaciones humanas, su gran riqueza y su genialidad educativa.

No quisiéramos repetir una frase demasiado usada en las presentaciones y reseñas de libros, pero es necesario hacerlo porque es verdad: el libro del profesor Bertolini viene a llenar la ya citada laguna existente en la bibliografía scout. En efecto, existen muchos manuales para jefes, incluso algún pequeño volumen con referencias genéricas al método, pero hasta hoy no existía ningún estudio que presentara panorámica y estructuradamente el escultismo de una manera tan autorizada y completa.

Esta obra, aunque de carácter vivaz y simplicidad estructural, tiene el gran valor de presentarse bajo un aspecto totalmente científico, tratando del escultismo no de manera fragmentaria, sino como un movimiento educativo digno de la atención de todos, profesionales de la pedagogía incluidos.

Lo completo y orgánico del presente tratado, nace del hecho de haber sabido recoger todos los principios educativos del escultismo y haberlos presentado ordenados según un criterio y una visión científicamente pedagógicos.

Resumiendo, los temas desarrollados relativos a todos los problemas educativos, son los siguientes: espíritu, principios y finalidad del escultismo; el escultismo como método educativo activo e integral; procedimientos y métodos de la vida scout de cara a la educación física, sensorial, manual, técnica, intelectual, moral, social, cívica y religiosa; la educación de los jefes; y relaciones entre el escultismo y escuela.

Esta breve lista da suficiente idea de lo completo del estudio. Cerremos, pues, esta presentación diciendo que el volumen del profesor Bertolini, además de ser un magnífico libro para los scouts y sus jefes, es también un magnífico libro de pedagogía que profesores, maestros y padres harían muy bien en leer y releer. Unos y otros realizarán, a lo largo de sus páginas, un interesante viaje de exploración, aclararán y modificarán viejas ideas, y aprenderán muchas cosas útiles para su conducta particular y para un mejor cumplimiento de sus responsabilidades educativas.

GESUALDO NOSENGO

INTRODUCCIÓN

Quizá jamás había estado tan presente y se había sentido tanto el problema educativo como en nuestros tiempos. Se dice, apoyándose en argumentos históricos, que ello es típico de los períodos de decadencia: tanto más vivo cuanto más grave la crisis.

Sea lo que fuere, es indudable que la preocupación educativa representa, por decirlo con palabras ajenas, "un muy notable acto de conciencia", indicativo de progreso y madurez espiritual. En efecto, gracias a la educación se va preparando el futuro de los pueblos y, con ella, cada época intenta transmitir sus valores e ideales de vida.

Y no es un lugar común, ni mucho menos una frase vacía de significado, el afirmar que el mundo contemporáneo y, en consecuencia, la juventud actual, se halla en plena crisis. Basta con echar una mirada a nuestro alrededor, para ver por todas partes instituciones y estructuras sociales — demasiado viejas para sobrevivir — caer inexorablemente, y para sentir presente, un poco en todos, cierto estado de malestar y de difusa inquietud. Analizar ahora todos los elementos de esta crisis sería demasiado largo; limitémonos a notar que con relación a los cambios en los contactos humanos — debidos, en gran parte, al progreso técnico realizado en todos los campos—, a la formación de una nueva mentalidad y a los nuevos problemas y necesidades, todavía no se ha dibujado con suficiente claridad una visión del mundo capaz de satisfacer los espíritus humanos y que, por consiguiente, existe una gran desorientación en el modo de actuar.

Quien más sufre ante este estado de cosas es, naturalmente, la juventud, incapaz, por un lado, de considerar válidos los criterios de las generaciones anteriores, y por otro, de crear otros nuevos; el resultado inevitable son sus actitudes de desconfianza, timidez y duda, o, peor todavía, de cinismo y desvergüenza subversiva y, peor aún, de peligrosa inercia. He ahí por qué es tan urgente e importante el abrir nuevas rutas para el mundo de la educación, y por qué es tan justificado el actual interés hacia la pedagogía. Pero si algo se ha realizado ya, mucho queda todavía por hacer y, mientras, la juventud espera y, sobre todo, tiene completo derecho a que se la ayude.

Pues bien, ante esta situación, no puede ser más extraño el destino del escoltismo y, de modo especial, el del escoltismo italiano, ya que si por un lado nunca otro movimiento de carácter tan específicamente educativo tuvo éxito parecido — tanto por el número de sus inscritos cuanto por su entusiasmo —, por otro lado continúa casi enteramente ignorado por la gran mayoría, incluso por quienes, más que nadie, deberían conocerlo: famosos pedagogos y ámbitos escolares o universitarios. Así pues, no es raro encontrarse con incomprendidos y malentendidos que disgustan a quien conoce a fondo el escoltismo y no hacen ningún honor a quienes contribuyen a su mantenimiento y difusión. Y aunque en otros países, como por ejemplo en Inglaterra, Francia o Bélgica, el interés despertado por este nuevo método educativo no se ha limitado al éxito práctico, sino que ha dado lugar a numerosos estudios monográficos y concretos e, incluso, ha sido utilizado como tema de interesantes y discutidas tesis doctorales, es necesario darse cuenta que es indispensable una más atención y seria consideración hacia el escoltismo. Además, con cifras en la mano, debe reconocerse que actualmente el escoltismo es un hecho social que ningún educador y sociólogo puede ignorar.

No obstante, debe reconocerse que, en verdad, existen ciertos motivos que justifican, en parte al menos, esta extraña falta de interés hacia un movimiento que, sin lugar a dudas, ha tenido un éxito inmediato y decisivo; motivos que, dejando a un lado consideraciones de tipo particular y concreto (como, por ejemplo, la innegable influencia negativa ejercida en Italia por los veinte años de régimen facista), nacen en el seno mismo del escoltismo, del que incluso me atrevería a decir que son consustanciales.

En primer lugar, es preciso admitir que entre aquellos que se ocupan de esculptismo y los pedagogos existe un mutuo y, a mi entender, injustificado recelo. Muy a menudo aquéllos creen que para realizar una labor educativa y concreta tienen muy poca utilidad los estudios de los pedagogos y de los psicólogos y que son mucho más valiosas las observaciones prácticas y las experiencias reales; por el contrario, los últimos dicen que un método como el esculptismo, fundado precisamente sobre experiencias reales y observaciones prácticas, no posee un auténtico valor y no merece el que sea estudiado de una manera seria y profunda. Yo, en cambio, estoy plenamente convencido de la validez de ambos procedimientos y, más todavía, de la conveniencia de su compenetración. Además, el mismo fundador del esculptismo, sir Robert Baden-Powell, dirigiéndose de manera concreta a los dirigentes de su movimiento, precisamente en su libro Guía para el jefe de tropa, les exhorta a estudiar la psicología de los muchachos para mejor comprender y conocer sus problemas y necesidades, y aconseja la constitución de auténticos "equipos de estudio" con un completísimo plan de trabajo.

Pero el hecho real de que el esculptismo haya nacido más de consideraciones prácticas que teóricas y, sobre todo, que su estructura se haya ido levantando poco a poco y a través de experiencias y ensayos concretos, no facilita su estudio. Quien desee, de verdad, comprender con exactitud y a fondo el esculptismo, quien desee percatarse de su auténtica eficacia educativa, de su poder de atracción sobre el alma juvenil y de sus posibilidades de expansión, no puede limitarse en modo alguno a un conocimiento teórico, a una rápida lectura de las páginas de algún manual, a las declaraciones de uno o diversos jefes o a las más o menos numerosas publicaciones sobre el tema, sino que es necesario, por el contrario, que se acerque al esculptismo viviendo su vida, o sea, participando en lo posible en sus juegos, en sus excursiones y campamentos, y en sus múltiples y variadas actividades. Ello significa, en sustancia, que existe en la auténtica vida scout una atmósfera particular, un quid, en suma, muy útil desde el punto de vista pedagógico, pero que fácilmente escapa a quien lo observa desde el exterior.

Pero todavía hay más, porque si vivir la vida scout es conveniente para quien desee conocer de verdad sus métodos, es del todo evidente que ello es absolutamente necesario para quien intente aplicarlos, ya que, en efecto, no es posible querer utilizar el esculptismo como medio educativo sin participar activamente en el mismo. Y ahí radica, precisamente, la mayor dificultad con vistas a su total éxito.

El esculptismo, como tendremos ocasión de ver más adelante, no sólo es un método educativo que, proponiéndose determinadas metas — por ejemplo, la adquisición de ciertas aptitudes precisas —, termina su misión una vez las ha alcanzado, sino que se propone ser, antes que nada, un sistema de vida, una manera de entenderla, y, precisamente por ello, un método educativo. Así pues, cuando se dice que el educador debe participar activamente en el esculptismo, se quiere decir que debe ser un auténtico scout. o sea, haber aceptado personalmente el ideal de vida que propondrá a sus muchachos.

Y de la misma manera que se está firmemente convencido de que si bien en modo alguno es posible educar — contribuir a formar hombres — sin tener un concepto muy claro del hombre y del mundo de los valores, también debe estarse firmemente convencido de que este concepto del hombre y de estos valores no han de ser simples afirmaciones teóricas o rígidos esquemas a los que, por fuerza, se quiere adecuar el sujeto, sino que deben ser realizaciones reales y concretas.

Este hecho, que, como ya hemos dicho y es fácil comprender, representa una seria dificultad para una exacta comprensión del valor pedagógico del esculptismo, también representa, a mi entender, su aspecto más importante y aquel por el cual debe ser considerado como particularmente apto para ofrecer a la juventud moderna una puerta por donde evadirse de la crisis que la consume. De todas maneras, también sería ingenuo y absurdo pensar que el esculptismo sea una verdadera panacea,

capaz de resolverlo y curarlo todo, No obstante, si es verdad cuanto decíamos más arriba — o sea, que la juventud siente la necesidad de unos ideales en que creer y de una ruta que seguir en la vida—, también es verdad que el escultismo está en situación de darle estos ideales y esta ruta, además de una nueva confianza en ella misma, condición indispensable para poder seguir una dirección positiva en la vida.

Cuando sir Robert Baden-Powell ideó primero, y realizó y perfeccionó luego, su método, sólo se propuso como finalidad la de prestar una ayuda a los jóvenes para que se convirtieran más fácilmente en auténticos hombres, en auténticos cristianos y en auténticos ciudadanos, basándose principalmente en sus experiencias y observaciones personales realizadas con los muchachos que le había confiado el ejército inglés. Pero su profunda intuición y su rara capacidad para comprender los problemas del prójimo le llevaron a ver con extremada claridad la necesidad de reformar todo el tradicional sistema educativo sustituyendo las viejas fórmulas — en las que habían dejado de confiar las nuevas generaciones — por principios y métodos que o bien habían sido ya anunciados teóricamente o debían serlo, poco después, por los más insignes pedagogos. Un tal paralelismo es, en verdad, muy significativo y, por ello mismo, debe considerarse como la mejor prueba de la excelencia del método. Además, ello demuestra claramente que el escultismo puede muy bien inscribirse en el cuadro general de la pedagogía moderna que, aparte cuestiones de detalle, se estructura y agrupa alrededor de algunos principios y postulados idénticos.

En primer lugar, el principio de la libertad, entendido tanto como reacción a los métodos educativos tradicionales — encaminados, en general, a imponer un tipo abstracto de personalidad — cuanto como afirmación de la autonomía del propio proceso educativo; la pedagogía, más que adaptar el educando a unos esquemas demasiado gravosos y rígidos, debe tender a desarrollar la naturaleza, dar libre expansión a sus aptitudes, y conducirlo hacia una disciplina y unas reglas libremente reconocidas y practicadas.

En las páginas siguientes, después de un rápido análisis de la organización práctica del escultismo — dedicado a aquellos que sólo lo conocen muy superficialmente —, me esforzaré por analizar su espíritu, principio y fines, precisamente en relación con los principales problemas educativos del momento, insistiendo particularmente sobre las soluciones originales propuestas por el escultismo. Así pues, veremos al escultismo como un método de educación activa e integral, principios ambos que, si por un lado permiten juzgarlo como muy idóneo para satisfacer las exigencias pedagógicas del mundo contemporáneo, por el otro constituyen su más íntima esencia.

Pero si este libro nace con el propósito de contribuir, aunque modestamente, a un más amplio reconocimiento del escultismo por parte de los ambientes interesados, debo confesar que él halla su más profunda justificación en mi anhelo de que todos aquellos que ofrecen al escultismo sus sacrificios y entrega, reconozcan plenamente la validez de su labor y encuentren en él nuevas fuerzas y renacida voluntad para proseguir en su tan meritoria labor. Como ya dijo Platón, y nos recuerda el mismo Baden-Powell, ningún propósito mejor que el de dar una buena educación no sólo a los propios hijos, sino también a los de los demás.

Arcumeggia, verano de 1956.

Este libro está dedicado a la memoria de los scouts:

FRANCO COLOMBO

GIAN PAOLO COLOMBI

RICCARDO VANNOTTI

CAPÍTULO I

LA ORGANIZACIÓN DEL MOVIMIENTO

Para mejor proceder al análisis de los principios y métodos del escultismo, y, sobre todo, para evitar el peligro de no ser lo bastante claros con nuestras continuas referencias a una estructura no demasiado conocida, quizá será útil empezar con una brevísima referencia a la organización del movimiento, destinada, tan sólo, a aquellos lectores que lo desconocen.

ALGUNAS NOTICIAS HISTÓRICAS

La publicación de los primeros escritos específicamente pedagógicos de Baden-Powell¹ data de 1908, año en que apareció la edición completa de *Scouting for boys* («Escultismo para muchachos»)², libro que debe considerarse, a mi juicio, como su obra más importante y significativa. Pero, naturalmente, la idea de ocuparse a fondo del problema educativo preocupaba a Baden-Powell desde muchos años antes, hasta tal punto que casi puede decirse que toda su vida fue una lenta aunque ininterrumpida marcha hacia el descubrimiento de su más íntima vocación. Después de haber tenido la gran fortuna de recibir una educación insólita para aquellos tiempos — gracias a la extraordinaria sensibilidad educativa de su madre y, también, a su natural temperamento, que si por un lado rechazaba toda influencia externa, por el otro sabía cautivar fácilmente la confianza y la simpatía de los mayores —, ingresó muy joven en el ejército inglés, donde, con rapidez extrema, recorrió por entero todos los escalones de la jerarquía militar, y donde, de manera real, vivió numerosas experiencias y fue protagonista de excepcionales empresas que, superadas con brillantez, gracias a su valentía y a su extraordinario espíritu de iniciativa, le llevaron a ser considerado como personaje de fama legendaria, fama que la opinión pública inglesa le otorgó por su comportamiento durante el célebre sitio de Mafeking. Durante aquellos años, Baden-Powell no se limitó a ser, tan sólo, un oficial particularmente eficiente y valeroso, sino que, aprovechándose de su posición, experimentó con sus soldados nuevos métodos que fueran capaces de superar las deficiencias que él notaba, cada día con mayor preocupación, en la educación física y moral de la juventud. Baden-Powell se convencía, cada día más, de la insuficiencia y debilidad de la educación inglesa, y de ello derivaba su criterio de que personas entusiastas le dedicasen sus esfuerzos. Al principio, esta su preocupación se refería exclusivamente a los problemas del ejército; luego se amplió a un campo más ambicioso y mucho más importante.

Así, pues, Baden-Powell pudo escribir, muchos años más tarde, una breve síntesis del escultismo refiriéndolo a sus experiencias militares: «El soldado que sólo ha recibido la instrucción es perfecto para los desfiles militares; para la guerra, en cambio, no vale nada. Por lo tanto, mi primera idea fue la de forjar el carácter de cada uno de mis soldados, infundiéndoles espíritu de disciplina, dominio de sí mismos, sentimiento del honor y del deber, sentido de responsabilidad, confianza en las propias posibilidades, espíritu de observación y capacidad de raciocinio. Todo esto lo hice sirviéndome del método llamado «escultismo» o, en otros términos, con una educación de los individuos desde el punto de vista moral e intelectual y no limitada a la instrucción.»

En 1908, como ya hemos dicho, apareció su principal obra, destinada a los muchachos de doce a dieciséis años, de quienes había adoptado su peculiar lenguaje. El éxito fue extraordinario. Grupos de muchachos de toda Inglaterra la aceptaron como su evangelio e intentaron, inmediatamente, poner en práctica sus consejos. El mismo autor quedó altamente sorprendido. Pero a su satisfacción se juntaba el sentimiento de una renovada preocupación, ya que desde tal momento viose literalmente arrastrado a la dirección de un movimiento que aumentaba a ojos vista y que obtenía la aprobación de las autoridades y la simpatía del público inglés. Baden-Powell tuvo que luchar duramente para mantener bajo su control todo aquel ímpetu juvenil, pero con la ayuda de sus primeros colaboradores logró constituir unidades scouts que empezaron a funcionar regularmente en casi todas partes. Y todavía tuvo que esforzarse más para contrarrestar, en estos primeros tiempos,

¹ En la bibliografía final pueden verse las referencias exactas de todos los libros de Baden-Powell (a quien en la terminología usada en el escultismo, es costumbre designar, únicamente con las siglas BP) y en general, de todos los libros y estudios citados en el presente volumen. - (N. del T.)

² La palabra *Scouting*, siguiendo lo que es norma y tradición en los países de lengua castellana, se ha traducido por *Escultismo*. En cuanto a la palabra *Scout*, se ha mantenido invariable, tanto en sus funciones adjetivas cuanto en las sustantivas (refiriéndose a una persona educada en el escultismo, a un miembro cualquiera del movimiento o perteneciente a la segunda rama, en contraposición a *lobato* y *rover*). — (N. del T.)

algunas formas desviacionistas que, de manera peligrosa, se apartaban de sus ideas básicas.

Demasiado largo y alejado del tema, aunque muy interesante, sería seguir ahora, paso a paso, todas las etapas que tuvo que vencer el escultismo para llegar a su completo estado de madurez. Baste recordar que el libro de Baden-Powell fue traducido, con gran rapidez, a los principales idiomas, suscitando nuevos éxitos y entusiasmos, y convirtiendo el escultismo en un *movimiento internacional*; que Baden-Powell se vio obligado a abandonar su cargo de general del ejército inglés para dedicarse por entero a su nuevo cometido; y que, accediendo a insistentes presiones, lanzó, en 1913, el movimiento de los *lobatos* y, en 1917, el de los *rovers*, cuando ya había aparecido el de las *muchachas guías*. Se llegó, con ello, a la formación de un Comité Internacional que, además de tener funciones de coordinación y orientación, ejerció la importante misión de salvaguardar, en cuanto fuese posible y justo, la fidelidad al método por parte de las múltiples Asociaciones, diferenciadas ya desde un principio, no sólo por la nacionalidad, sino también por la diversidad religiosa. También se llegó a la organización de un *Campamento-Escuela*, en Gilwell Park — al que siguieron otros parecidos, dispersos por todos los países del mundo —, con la delicada misión de preparar jóvenes capaces de asumir la responsabilidad educativa dentro del seno del propio movimiento, ya que Baden-Powell se había dado cuenta, muy pronto, de la importancia y trascendencia del problema de los jefes, sobre cuyos hombros debería descansar el auténtico triunfo de su obra.

La internacionalidad del escultismo fue consagrada por grandiosos campamentos (los famosos *Jamboree*) que reúnen scouts del mundo entero y que, desde el lejano 1920 hasta nuestros días, se han sucedido a intervalos más o menos regulares. No debe pasar en silencio, tampoco, el hecho de que la tan meritoria obra de Baden-Powell fue oficialmente reconocida con la concesión, en 1936, del premio Watelet para la paz.

En 1941, en el momento de su muerte, este gran educador podía afirmar que había constituido la mayor organización juvenil que recuerda la historia. Su vitalidad y validez, que ya se habían hecho evidentes durante la primera Gran Guerra, también triunfaron sobre los avatares del segundo y todavía más terrible conflicto mundial, luego del cual el escultismo floreció con mayores fuerzas y vigor.

Naturalmente, también Italia tomó parte en este desarrollo espontáneo del movimiento; en 1912, con la fundación del «Corpo Nazionale Giovani Esploratori Italiani» (G. E. I.), y en 1916, con la de la «Associazione Scautistica Cattolica Italiana» (A. S. C. I.). De todas maneras, debe reconocerse que tanto la opinión pública como las autoridades oficiales se mantuvieron más bien frías, impidiendo así un mayor y más profundo éxito.

Después, en 1927, cuando ya el escultismo empezaba a desarrollarse y a penetrar en todos los ambientes nacionales, el régimen entonces en el poder prohibió el movimiento. Fue un duro golpe para muchos jóvenes italianos, pero era un hecho inevitable, puesto que en ningún régimen de tipo dictatorial puede haber sitio para una forma de educación eminentemente cristiana, encaminada a la formación de personalidades libres y responsables. De todas maneras, la llama encendida en el corazón de tantos muchachos italianos no llegó a apagarse por completo, tal como dice una canción de aquel tiempo: *Non morirá mai più la fiamma che ravviva la nostra gioventü, non morirá mai più!* Y no fueron pocos, durante aquellos años de servilismo, los que continuaron clandestinamente sus actividades scouts, vistiendo el uniforme a escondidas, pero desarrollando regularmente sus salidas al campo y sus campamentos.

Con la liberación (1944-45), el escultismo renació casi por arte de encantamiento. Muchos de los viejos scouts volvieron a la labor y se comenzó de nuevo con el mismo espíritu y, sobre todo, con la absoluta seguridad de seguir el buen camino, pese a que los problemas que habían de resolverse eran muchos y muy difíciles.

LA ORGANIZACION GENERAL

El ya citado Comité Internacional — al cual compete la coordinación del esculatismo mundial — es elegido, junto con su presidente, por una Conferencia Internacional (compuesta por seis delegados de cada una de las Asociaciones reconocidas), que se reúne periódicamente cada dos años y que funciona en forma democrática. El Comité Internacional está constituido por doce miembros elegidos a título personal y no como representantes de tal o cual Asociación. A este Comité le son dados, en el intervalo de dos Conferencias consecutivas, los mismos poderes que a la propia Conferencia. Pero como los componentes de dicho Comité residen en las más diversas partes del mundo, se ha hecho necesaria la institución de un tercer órgano: la Oficina («Bureau») Internacional, que no es otra cosa que el poder ejecutivo del Comité. En efecto, la Oficina reúne todos los datos, los elementos, las eventuales controversias, y hace una relación mensual de los mismos, que envía a cada miembro del Comité, quienes deben responder dando su parecer por escrito, y, si es necesario, incluso en forma de voto. El director de la Oficina es, por su cargo, miembro de derecho del Comité.

La base del movimiento radica en cada una de las Asociaciones Nacionales, que pueden ser confesionales (católicas, protestantes, budistas, judías, etcétera), neutras (como la G. E. I. en Italia) o interconfesionales; por lo general, estas diversas asociaciones nacionales están reunidas en una sola federación (en Italia, por ejemplo, en la «Federazione Esploratori d'Italia»: F. E. I.), que elige el jefe de cada determinada nación.

Luego, cada Asociación tiene su propia estructura jerárquica. En Italia, por ejemplo, la organización de la A. S. C. I. va desde una Comisaría central — formada por los jefes más antiguos y expertos — hasta las diversas Comisarías regionales, que, a su vez, se subdividen en las más numerosas Comisarías de zona, en contacto directo con los grupos scouts. Pero, además, existe una ulterior estructura de *especialistas* en cada una de las particulares ramas del esculatismo, como la función, típicamente técnica, de proponer actividades, aconsejar en los casos concretos y controlar la real eficiencia de cada unidad.

Toda esta estructuración, que quizá pueda parecer excesivamente pesada, no debe causar alarma alguna, ya que, lejos de tener tan sólo funciones burocráticas, es indispensable tanto para garantizar una unidad de espíritu, cuanto para dar el necesario impulso a una mayor difusión del movimiento, gracias a la ayuda técnica y espiritual ofrecida a los jefes más jóvenes o más aislados y, principalmente, a la preparación misma de dichos jefes.

De todas maneras, debe quedar muy claro que el nervio central del esculatismo radica en los grupos propiamente dichos, que — en homenaje a la idea de Baden-Powell, según la cual la eficiencia de un ser humano está en razón inversa a la cantidad de cuidados de que debe rodearse — son tanto más eficientes, por lo general, cuanto menos necesitan de la intervención y vigilancia de sus comisarios.

Ahora bien, desde el momento en que el esculatismo — aunque fundándose sobre idénticos principios y dirigiéndose a idénticos fines — se realiza en tres ramas distintas, según la edad de los muchachos, cada grupo scout, en la estructura tipo, consta de tres unidades: la *manada* de lobatos, la *tropa* de scouts y el *clan* de rovers. Cada una de estas tres unidades, como ya tendremos ocasión de ver, posee sus propias características y su jefe responsable.

Naturalmente, y en situaciones particulares, cuando, por ejemplo, no existe número suficiente de jefes capaces de asumir la dirección de las unidades, un grupo puede estar falto de una de ellas e, incluso, puede estar formado por una sola de ellas.

No obstante, es fácil comprender que esta situación representa, o cuando menos debería representar, una solución de carácter excepcional y no definitiva, ya que la educación scout sólo

puede considerarse verdaderamente completa cuando se desarrolla a través de todas sus facetas. Debe tenerse muy presente que Baden-Powell insistió continuamente sobre el principio de la *continuidad* 'de esta educación que, según él decía, tiene el enorme valor de conducir al muchacho, de modo gradual y con profundidad siempre mayor, hacia el complejo de hábitos físicos y morales que formarán su carácter de hombre. Baden-Powell estaba plenamente convencido de la necesidad de que la manada no se concibiera como un fin en sí mismo, sino que debía desembocar, de manera natural, en la tropa, y que ésta, asimismo, debía tener su lógica conclusión en el clan. Así pues, una manada sin tropa o una tropa sin clan pueden concebirse menos que una tropa sin manada, mientras que es totalmente obvio que un clan tiene necesidad absoluta de una o más tropas.

Y ahora veamos más detalladamente la estructura de cada una de las tres ramas en que se divide el escultismo, siguiendo no el orden cronológico según el cual Baden-Powell las pensó y realizó, sino el orden lógico en que las viven los muchachos desde los ocho años en adelante.

LA MANADA DE LOBATOS

Ya hemos visto cómo Baden-Powell, en determinado momento, se vio obligado — en el sentido estricto de la palabra — a pensar en aquellos innumerables chiquillos de ocho a doce años que también querían, a su manera, vivir la gran aventura del escultismo.

De esta preocupación nació algo totalmente nuevo, algo único en verdad por su excepcional valor. En efecto, el lobatismo es la obra más valiente y más original de Baden-Powell, aquella donde él supo, mejor que en ninguna otra, revelarnos toda su extraordinaria capacidad de comprensión del mundo infantil, a la vez que su excepcional fantasía y su sorprendente inspiración.

Partiendo de la comprobación, no difícil de hacer, de que a los chiquillos de esa edad les interesa enormemente el mundo de las fábulas, el mundo irreal de la fantasía, pensó que ya no debía limitarse a la tradicional narración de las famosas historias que todos hemos escuchado, con los ojos muy abiertos y la respiración entrecortada, de labios de la anciana abuela o de una madre especialmente paciente, sino que se podía hacer vivir a los muchachos, de una manera concreta, una de esas historias. Ello, tanto para aprovechar una característica universal de los chiquillos, cuanto para impedir que esta misma característica les aparte de la vida real. De ahí que recurriera al celeberrimo *Libro de las tierras vírgenes*, de R. Kipling, la historia de un «cachorro» humano salvado de las fauces de un tigre, en plena selva virgen, por un lobo compasivo, y que, una vez aceptado en la manada, es criado por mamá loba al lado de sus auténticos cachorros; historia larga, llena de apasionantes aventuras en el ambiente de la selva, y cuyos personajes son los animales que en ella habitan.

El hallazgo de Baden-Powell fue, precisamente, el de invitar a los chiquillos a *jugar a la selva*, o sea, a sentirse otros tantos lobatos, organizados en la manada de un viejo lobo, *Akela*; Baden-Powell se basó en el innato sentido que del juego tiene la infancia, teniendo muy presente que, para ella, el juego no es una actividad a la que se dedica esporádicamente, como para interrumpir de manera más grata el curso normal de su vida, sino que, muy al contrario, es su actividad más seria e importante.

Así pues, el chiquillo de siete u ocho años que quiere ingresar en el escultismo es acogido como cachorro novato en una manada de lobos que ya tiene su propia vida. Para ello existe todo un particular simbolismo, tomado, naturalmente, de la historia que se quiere hacer vivir. Además de *Akela* —el viejo lobo solitario de gran experiencia, en torno al cual se reúne la manada en la Roca del Consejo, y a quien se debe absoluta obediencia—, entran en el juego otros personajes: *Bagheera*, *Baloo*, *Shere Khan*, *Tabaki*, etc., y se desarrollan las cacerías en la selva, las ceremonias importantes de la manada, sus típicas danzas, las historias de *Akela* — llenas de sabias enseñanzas —, y las máximas o consejos de *Baloo*. Y todo eso no debe asombrar ni mucho menos preocupar, ya que, como dice Baden-Powell en su otra obra maestra *The wolfs cub's handbook* («Manual de lobatos»), «hay multitud de cosas que los lobos enseñan a sus lobatos, y que los lobatos humanos pueden también aprender perfectamente». Cada uno de los personajes representa la encarnación de una virtud o de un vicio, de una experiencia positiva o negativa, de un modelo que seguir o evitar; en resumen, sólo es un medio — mucho más eficaz que los áridos sermones, por su inmediata comprensibilidad y por el interés que despiertan — para enseñar a los futuros hombres qué se debe hacer para vivir bien. Los siguientes ejemplos ilustrarán suficientemente cuanto se ha dicho: «La manada— escribe Baden-Powell — trabaja en conjunto y obedece las órdenes del lobo jefe. Cada uno de ellos, cuando sale de caza tras de un venado u otra pieza, desearía cogerla para sí y comérsela él solo, pero el lobo jefe no permite tal cosa» y —

añade — «*Mowgli* una vez le dijo a *Baloo*, el oso, y a *Bagheera*, la pantera, que a él le gustaban los bandarlog, los monos, porque eran muy activos y alegres. Pero *Baloo* le explicó que estaba equivocado y que no debía tener tratos con los bandarlog. Ellos no tienen una ley como los lobos; solamente hablan de lo que han oído referir a otros; se consideran muy chistosos e inteligentes, mas no saben nada y son unos bobos; anuncian mucho lo que van a hacer y nunca hacen nada; hablan mucho en vez de trabajar; son malos y sucios. ...No creo que haya ningún niño que desee pertenecer a los bandarlog...» Las citas podrían prolongarse indefinidamente.

El chiquillo, pues, ingresa en la manada y participa, inmediatamente, de sus actividades, aunque antes de convertirse en un auténtico y verdadero lobato debe demostrar ser una persona capaz de merecer tal honor. Primeramente se le señala la ley de la manada, a la que él debe intentar, rápidamente, adecuar su vida; esta ley es muy simple y fácil de aprender: 1) *El lobato obedece al viejo lobo*, y 2) *El lobato se vence a sí mismo*. Después se le enseña el Gran Clamor, las danzas de *Baloo* y de *Bagheera* y el saludo de los lobatos. Finalmente, cuando ya ha demostrado su preparación para mantener la palabra dada, se le admite a hacer su promesa, con la que adquiere, además del nombre de lobato, el derecho a llevar, sobre el lema, la insignia. El texto de la promesa dice: «*Prometo hacer cuanto pueda por cumplir mis deberes para con Dios y para con mi patria, por guardar la ley de la manada y hacer una buena acción cada día.*»

Una vez oficialmente admitido en la manada, se le destina a una *seisena*, o grupo de cinco o seis lobatos, en el seno del cual transcurrirá su vida de lobato. Normalmente, una manada está compuesta por un número de seisenas que varía entre dos y cinco, no debiéndose superar la cifra de treinta y cinco miembros, límite máximo para poder realizar la educación individual que quería Baden-Powell. Cada seisena tiene su jefe, escogido entre los seis lobatos que la componen, pero debe hacerse notar que, aunque esta división anuncie ya el *sistema de patrullas* típico de la tropa, se trata, solamente, de un fraccionamiento de la manada, con vistas a facilitar la disciplina y el orden.

Y ¿en qué consiste la vida de la manada y qué se enseña al lobato? Una innumerable cantidad de juegos y actividades, destinados a desarrollar su educación física y sensorial, le mantienen en una continua tensión, mientras los primeros contactos con la vida de los bosques le preparan para las actividades más importantes que le esperan en la tropa. Muy típicas de los lobatos son, también, las escenas mimadas con las que representan y realizan las historias que han escuchado, casi todas ellas sacadas de la vida de la selva, y los trabajos manuales, como, por ejemplo, las pequeñas barcas a vela o pequeños aero-modelos, que tienen la gran ventaja de satisfacer su natural gusto por la creación y de darles el sentido del esfuerzo y de la dificultad a superar. Además, y aun después de haber hecho su promesa, el lobato debe alcanzar otras importantes metas, representadas por las dos *estrellas* que puede llevar en la boina—significando que ha sabido observar la vida de la selva con sus dos ojos bien abiertos — y para cuya conquista debe realizar nuevos esfuerzos y pasar nuevas pruebas: saber hacer algunos nudos, saber dar una voltereta, saltar a cuerda con los pies juntos treinta vueltas seguidas, saber cómo y por qué debe tener las manos y los pies limpios, conocer el uso del reloj, saber transmitir lenta pero correctamente las señales del Morse, etc. Y todavía, el lobato puede conquistar los distintivos de especialidad, dando pruebas concretas de tener una real disposición para un determinado campo de actividades, a cuyo efecto existen especialidades de observador, señalador, coleccionista, artista, músico, guía, gimnasta, nadador, etcétera, que, proporcionadas a la capacidad de los chiquillos, sirven magníficamente para revelarnos su personalidad y para tenerlos ocupados incluso fuera de las actividades propias de la manada.

Pero, más que nada, lo importante es el ambiente en el que el lobato se encuentra, ambiente

denominado con una expresión que ha tenido un gran éxito. En efecto, se dice que la manada es una «familia feliz» en el sentido de que los chiquillos se encuentran, en ella, totalmente a gusto y se consideran plenamente felices.

Llega un momento, no obstante, en que la vida de la manada ya no tiene sentido para el muchacho, cuyo natural crecimiento le ha llevado a las puertas de la adolescencia. Ha perdido gran parte de su poesía y los mismos juegos ya no le satisfacen como antes. Ha llegado el momento del paso a la tropa, solemnizado con una sugestiva ceremonia

1

¹ En el escultismo, su ceremonial difiere en aspectos de detalle según los países o Asociaciones. Las ceremonias descritas en este libro se refieren siempre las a Asociaciones italianas, principalmente a A.S.C.I. –(N. del T.)

, a lo largo de la cual el viejo lobato abandona la piel de lobo; momento que, por otra parte, representa una etapa crítica, ya que se trata de un salto hacia otro ambiente, en el que el chiquillo ya no es el viejo lobato experimentado en la vida de la selva, sino un simple novato, el último eslabón de la cadena. De todas maneras, si el jefe de tropa lo sabe cautivar y conquistar con su personalidad y con las actividades que le propone, muy rápidamente desaparece aquella especie de malestar y se halla entusiásticamente lanzado a la nueva aventura.

LA TROPA DE SCOUTS

La tropa es sin duda alguna el núcleo principal de todo el escultismo, para el cual, de hecho, el lobatismo es una preparación de la que el roverismo tiene necesidad absoluta.

Además, con sólo reflexionar un poco sobre la edad de los muchachos a que se dirige — de doce a diecisiete años —, se da uno cuenta de su importancia, ya que se trata, como todo el mundo sabe, de la etapa más delicada en la evolución del hombre, a través de la cual el muchacho, con las últimas y más importantes adaptaciones a los fenómenos vitales, forma su propia personalidad y su propio carácter. Y es precisamente la personalidad y el carácter de cada uno de los muchachos en concreto lo que interesa a Baden-Powell de manera fundamental.

También en la estructuración de la tropa de exploradores, y quizá más todavía en este caso, el fundador del movimiento se esforzó por todos los medios para basarse sobre las características esenciales del muchacho, convencido de que «para pescar se debe usar un cebo que, antes que al pescador, guste a los peces»⁴. Así pues, ofreció a los muchachos algo que pudiera satisfacer su dominante instinto combativo, su gusto por las aventuras, su tendencia al entusiasmo y a la alegría, su exigencia por tener un héroe a quien imitar y su necesidad de acción. Ya insistiremos, naturalmente, sobre tan importantes aspectos de la educación, pero basta haberlos enumerado para poderlos relacionar con la estructura y la vida de la tropa, de la cual ahora debemos ocuparnos.

Del mismo modo que la manada, la tropa debe limitar el número de sus componentes; y todavía más, ya que aquí tiene mayor importancia el que el jefe de tropa esté en situación de observarlos individualmente, puesto que, como dice Baden-Powell, aunque exista en todos un fondo común, cada muchacho «se sale de lo ordinario y tiene sus capacidades y sus debilidades». De ahí que el número perfecto sea alrededor de veintiocho y que los límites extremos sean doce o treinta y dos.

La estructura de la tropa, mucho más importante que la de la manada, se basa en el criterio de la división en grupos de siete u ocho muchachos (las famosas *patrullas*), que son, como ya se verá, uno de los elementos más importantes en la educación scout. En este caso, el fraccionamiento de la Unidad no tiene únicamente un sentido práctico, muy útil para ayudar al jefe en los aspectos de disciplina y orden, sino que encuentra su más íntima justificación, por un lado, en la natural tendencia juvenil a reunirse en pequeños grupos, y, por el otro, en el principio pedagógico que afirma que la tarea del educador debe consistir esencialmente en suscitar en los muchachos la ambición de aprender por sí solos. Así pues, en lugar de estar las patrullas en función de la tropa, es la tropa la que está en función de las patrullas. De ahí que cuando un muchacho ingresa en una tropa — tanto si proviene de una manada como si no tiene ninguna experiencia del escultismo — se confíe a una patrulla y, en particular, al guía de patrulla, uno de los componentes de la misma y, generalmente, el de mayor experiencia, tanto por su edad cuanto por su veteranía scout. En la patrulla, el nuevo scout encuentra su ambiente, con ella participa en las principales actividades de la tropa y, a través de la misma, recorre por entero la ruta del escultismo.

Durante los cuatro o cinco años de vida en la tropa, cada muchacho debe superar muchas pruebas que le llevan a alcanzar las principales etapas de que está constituida la vida scout. En

⁴ En el escultismo, su ceremonial difiere en aspectos de detalle según los países o Asociaciones. Las ceremonias descritas en este libro se refieren, siempre, a las Asociaciones italianas, principalmente a A. S. C. I. — (*N. del T.*)

primer lugar, se trata de ser digno de pronunciar la promesa y de llevar el uniforme; luego, de conquistar la segunda y primera clases, que representan, como es fácil comprender, las metas más importantes de un scout.

Su promesa, que, naturalmente, obliga a mucho más que la de los lobatos, dice:

*Por mi honor y con la gracia de Dios, prometo hacer cuanto de mí dependa para:
Cumplir mis deberes para con Dios y mi patria;
Ayudar al prójimo en toda circunstancia, y
Cumplir fielmente la ley scout.*

Y he aquí algunas de las pruebas exigidas para adquirir la segunda o la primera clase: saber hacer y usar los principales nudos, saber cocinar al aire libre, saber transmitir con cierta velocidad mensajes en alfabeto Morse, conocer los más importantes elementos para efectuar curas de urgencia, saber seguir una pista natural o artificial, saber nadar, etcétera. Como puede verse, no son exámenes de tipo escolástico, con todos sus aspectos negativos, sino que son simples comprobaciones de haber alcanzado una determinada capacidad práctica.

Asimismo, también para el scout existen especialidades que debe conquistar, las cuales, en gran número, dejan amplio margen a los gustos y preferencias personales; preferencias y gustos que no son, solamente, el índice de particulares aptitudes naturales, sino que se convierten en el símbolo de haber adquirido auténticas y reales capacidades específicas que, en muchos casos, tiene incluso la importante misión de dirigir a los jóvenes hacia sus futuras profesiones.

Pero todo ello es, tan sólo, el aspecto eminentemente técnico de la vida que el scout realiza en la tropa, ya que muy raramente estas capacidades se enseñan de una manera directa, sino que se prefiere hacerlo indirectamente a través de juegos y actividades de gran estilo que actúan sobre el muchacho con el poder sugestivo de la aventura. Además, toda la vida de la tropa es una gran aventura y un gran juego: desde las primeras noches pasadas bajo la tienda, hasta la primera comida cocinada con las propias manos; desde las caminatas por el bosque con la sola guía de la brújula, hasta el puente, la mesa o el altar construidos en el campo; desde el *gran juego* lleno de incógnitas, hasta el vivaque que cierra una jornada intensamente vivida.

Lo que crea el ambiente de la tropa es, principalmente, el atractivo de la vida al aire libre, ya que los muchachos son mucho más sensibles de lo que parece a la belleza de la naturaleza. Y, por otra parte, es la propia naturaleza la que, con sus dificultades a superar y con sus enormes posibilidades de movimiento y de libre expansión, se presenta como el campo más adecuado para dar al muchacho los hábitos de una intensa vida espiritual y para ayudarlo a formarse un carácter fuerte y libre. Por tal causa figuran tan a menudo en los programas de una tropa las salidas al campo y las actividades que permiten, de un modo u otro, un estrecho contacto con la naturaleza; y por ello, también, culminan todas estas actividades en el campamento de verano, de una duración de diez a quince días, durante el cual el jefe amplía buena parte de sus experiencias educativas y desarrolla toda su mejor energía.

Pero la vida scout del muchacho no se limita simplemente a los juegos, a las actividades al aire libre o a las realizaciones de las técnicas más sencillas o más difíciles, sino que existe todo otro campo, el de la vida espiritual, hacia el que se le dirige de continuo. En efecto, si se invita a los scouts a tener como modelos que seguir a las grandes figuras de los más famosos exploradores y de los más apasionantes aventureros, con no menor insistencia se le presentan las figuras de los caballeros antiguos, de aquellos caballeros que siempre estaban dispuestos a sacrificarse por el bien de los demás. El muchacho aprende a seguir el camino del sacrificio oculto y voluntario, y del amor al prójimo, bases indispensables para una efectiva educación social, cuya más

elocuente demostración son la promesa, la ley, la buena acción diaria⁵ que el scout se obliga a realizar regularmente, y, sobre todo, el estilo de vida que se le invita a seguir.

Pero también para el scout llega el momento de la saturación y, por tanto, la necesidad de que se le abran horizontes; ya tiene diecisiete años y quiere sentirse más hombre, y, a pesar de que en muchos casos todavía le atrae el juego que hasta este momento le entusiasmaba, siente nacer en su interior, de manera irresistible, el gusto por un mundo nuevo, el auténtico y propio mundo del hombre. Para él ha terminado la tropa, pero nace el clan.

⁵ Siguiendo la costumbre de las abreviaturas, típica en el escultismo, suele denominarse la *buena acción* sólo con sus iniciales: B. A. — (N. del T.)

EL CLAN DE ROVERS

La última rama del escultismo, nacida mucho después que las otras, significa el intento de perfeccionar y completar el proceso educativo iniciado con la vida en la manada y, a la vez, constituye en cierto sentido su aspecto interior más elevado. El problema del cual ella nace — por cierto nada fácil — consiste en mantener vivo un ideal forjado en el período de la adolescencia y, a la vez, en orientar el último estadio educativo, en función de la que será, o ya ha comenzado a ser, la vida de un hombre maduro. La dificultad de la tarea que hay que realizar viene determinada por cierto estado de crisis en que acostumbran caer los scouts mayores, al igual que, por lo general, todos los muchachos de diecisiete a dieciocho años, ya que en esta edad es corriente la pérdida de elementos que, con anterioridad, habían recibido una buena educación. Son diversos los factores que contribuyen a esta crisis: deseo de sentirse completamente libre, voluntad de imponer la propia personalidad, cierta vergüenza en llevar el uniforme, necesidad de hacer algo nuevo, etc. Teniendo en cuenta estos factores, Baden-Powell ideó el roverismo.

A través de un primer período, que acostumbra durar un año, el muchacho adquiere un grado de preparación física y moral de cara a importantes dificultades. En efecto, durante este período el novel rover vive una apasionante vida al aire libre, que, aunque aprovecha técnicas aprendidas en la tropa, no tiene casi nada en común con ella. Esta vida abarca desde un serio alpinismo hasta la satisfacción de haber levantado la tienda en la cota más alta o en la temperatura más baja, desde el gusto por las largas marchas nocturnas en compañía de un solo camarada hasta las encuestas sociales más interesantes, que nos ponen en contacto directo con el mundo de los hombres, hecho tantas veces de miseria y sufrimientos. Por este camino se alcanza el auténtico y propio roverismo, fundado sobre dos bases principales: la vida al aire libre, que, aunque no representa una absoluta novedad, adquiere el significado de íntima exigencia de cada individuo, y el *servicio*, sin duda alguna su nota característica.

«Servir», en efecto, es el lema del rover, que en esta palabra — desgraciadamente tan poco de moda en el mundo actual — encuentra un nuevo ideal en que creer y por el cual luchar durante toda su vida de hombre. Los servicios posibles son innumerables: de tipo social, como, por ejemplo, ayudar a la educación e instrucción de los hijos de obreros; de tipo técnico, como la constitución de patrullas de socorro; de tipo scout, como la dirección de una unidad o las tareas de responsabilidad administrativa en el seno de la organización del movimiento. Lo importante es que cada uno tenga un servicio independiente de su profesión presente o futura, y que cada uno lo escoja con entera libertad y según su criterio, aunque algunas veces también pueda hacerse en comunidad, en cuyo caso se convierte en servicio de clan o de un más reducido grupo de los rovers que lo componen.

Se trata, como fácilmente se puede comprender, de una de las más altas y más profundas escuelas de vida. Georges Tisserand, con palabras magníficas, escribe: «El servicio es útil a la formación intelectual, a la formación social e, incluso, a la formación general, puesto que el rover que "sirve" tiene necesidad de observar, reflexionar y estudiar, para poder dar una base sólida a su acción, y de aprender para aumentar la eficacia de esta acción y mejorar continuamente el rendimiento de su servicio.» (*En route.*)

El programa para los clanes es, de todas las ramas, el menos concreto, ya que varía no sólo porque son distintos los gustos y las preferencias de los rovers — a los que se deja una libertad

de iniciativa casi absoluta—, sino porque, al tenerse que realizar con elementos ya orientados profesionalmente, las actividades deben adecuarse a este factor. De ahí que, en general, se prefiera al programa de clan el de cada equipo (grupo de tres o cuatro rovers), nacidos, precisamente, de la identidad de intereses o de proyectos concretos. El clan sirve, en último término, para relacionar los diversos resultados a que se llega separadamente.

Pero, como siempre en el escultismo, todo ello está rodeado de un particular ambiente. El clan — donde subsiste todavía el criterio de la subdivisión, pero donde la individualidad tiene una importancia absolutamente preponderante — es el medio ambiente en el que el joven encuentra la atmósfera agradable del *club* y donde siente, de manera concreta, la presencia de la auténtica amistad. En el clan, cada rover se atreve a poner en discusión todo el patrimonio de sus ideas y se presta a profundizar y a conocer todos los problemas de la comunidad humana, desde los políticos a los religiosos, desde los económicos a los culturales y éticos. Todo son nuevas experiencias que se viven en común o nuevas problemáticas que se incorporan a sus mentes. De todas maneras, el postrer y más profundo sentido del roverismo radica en la invitación que Baden-Powell hace a cada rover para que se convierta, de verdad, en un hombre consciente y responsable de sus acciones: «Tú solo rema tu propia canoa y mira hacia delante», y «si no existe el camino, ¡ábrelolo!». De aquí que el roverismo esté considerado como una de las más potentes rutas que llevan a la auténtica libertad.

El roverismo, pues, debe entenderse como el período de definitiva formación, durante el cual — como se dice en el pequeño volumen de divulgación, escrito por varios autores italianos y titulado *Scoutismo* — «cada uno asume su responsabilidad frente a la vida, discute sus ideas con los más antiguos en la fraternidad del clan, completa su capacidad, templa su resistencia física, afirma su fuerza moral».

Luego, una vez terminado este período, durante el cual — aunque con mucha autonomía personal — todavía forma parte de la comunidad scout, el joven ya está preparado para entrar, de lleno, en la vida, a la que aporta su contribución y su testimonio. Se ha terminado el ciclo de su formación y, con una sugestiva ceremonia, la *investidura* o *partida*, deja la comunidad en el seno de la cual tantas cosas ha aprendido y tantas experiencias ha superado. Pero, no obstante, y aunque el destino lo lleve a *servir* fuera de la misma, nunca más quedará desligado de la Asociación, ya que tiene en común con todos los scouts del mundo el mismo patrimonio ideal al que ha sabido conformar su propia vida.

EL ESCULTISMO FEMENINO

El panorama del esculatismo que, como movimiento educativo, acabamos de presentar, no quedaría completo si no hablásemos, aunque sea brevemente, de su rama femenina. En efecto, los mismos principios pedagógicos y el mismo espíritu que forman la base del movimiento masculino caracterizan al femenino. Además, debe reconocerse que su éxito ha alcanzado casi idéntico nivel.

Y también esta rama del esculatismo puede decirse que nació por *generación espontánea*, ya que fueron las propias interesadas las que pidieron insistentemente a Baden-Powell que se ocupara de ellas. No es éste el momento para rehacer la historia del esculatismo femenino, desde su primera aparición en 1909 hasta nuestros días; baste recordar que, pese a que el núcleo principal de su programa y de sus principios particulares fueron estudiados personalmente por Baden-Powell — que en 1912 publicó el resultado de sus meditaciones en el volumen *Girl guiding* («Manual de las muchachas guías») —, la organización y su cuidado directo estuvo a cargo, en un principio, de su hermana, y, luego, de su propia esposa, que, todavía hoy, sigue a la cabeza del movimiento mundial. La estructura del movimiento de las guías es paralela, hasta donde ello es posible, a la del correspondiente movimiento masculino, pero Baden-Powell rechaza con todas sus fuerzas la idea de una «masculinización» de las muchachas. Por el contrario, su intención es contribuir a la formación de mujeres muy útiles y capaces, de mujeres que «hayan aprendido la economía, el arte de llevar una casa, de cuidar de los niños y que hayan cultivado, también, su carácter y su capacidad práctica de cara a una eventual profesión». He aquí cómo se expresa a este propósito el propio Baden-Powell: «Se dice que yo quiero masculinizar a las muchachas, y más bien es al contrario. Las muchachas no quieren ser tratadas como muñecas, su ambición es más elevada. Y tampoco los hombres desean casarse con muñecas, sino que prefieren hallar en sus esposas auténticas compañeras... La naturaleza no ha querido, nunca, que el hombre y la mujer vivan solos. Aunque los célibes se crean libres y felices, desconocen y no pueden comprender la plenitud y la intensidad de la felicidad que existe en un hogar donde reina un alegre sentido de compañerismo y donde los hijos colaboran en aumentar la felicidad... y por ello precisamente se han creado las muchachas guías.» De ahí que, al lado de un casi perfecto paralelismo con el movimiento masculino, existan no pocas diferencias al concretar las diversas actividades.

Las chiquillas de ocho años empiezan siendo *alitas* (Baden-Powell se basa, en este caso, en el libro de Mrs. Ewing, *The brownies*, del mismo modo que había hecho, para los lobatos, con *El libro de las tierras vírgenes*, de Kipling), y luego se convierten en *guías* y en *guías mayores*, en correspondencia evidente con las tres ramas del esculatismo masculino.

Para hacerse dignas de los distintivos del segundo y tercer vuelo (que corresponden a las dos estrellas de los lobatos) las alitas deben saber hacer bien un paquete, poner la mesa, arreglar un jarrón con flores, lavar los platos, confeccionar un vestido para una muñeca, etc. En la *compañía* de guías (versión femenina de la tropa) se insiste en la especialidad de cocina y en las curas de urgencias, que tan magníficamente se adaptan a las muchachas de esa edad. Y en el *fuego* (paralelo al clan), las guías mayores se preparan para la vida de familia, interesándose por los problemas de puericultura, psicología y asistencia social. También para las muchachas tiene vigencia la promesa y la ley, y también para ellas es de extraordinaria importancia la vida al aire libre y el hábito del servicio al prójimo. Por ello, cualesquiera que sean sus difíciles problemas que resolver, esta organización (completamente autónoma en

relación con la masculina) tiene derecho a la mayor consideración y comprensión.

CONCLUSIÓN

Intentemos, ahora, cerrar este capítulo que, la verdad, quizás haya resultado un poco largo.

La reseña que hemos hecho, aunque de manera muy rápida y superficial, nos ha permitido penetrar en un mundo que, si para algunos es un poco raro y bastante alejado de los esquemas tradicionales, tiene, sin duda alguna, el mérito de intentar abrir nuevos caminos en un terreno, el de la educación, que o bien siempre ha estado excesivamente ligado a situaciones estables, o bien — cosa mucho peor — ha sido campo exclusivo de individuos que muy raramente han tenido en cuenta las reales exigencias de aquellos a quienes se dirigían.

Lo que nosotros hemos presentado es, tan sólo, el esquema puramente exterior sobre el cual se desarrolla la auténtica y propiamente dicha obra educativa; obra que, en concreto, es siempre el fruto de la acción personal de cada jefe, a quienes compete, en cierto modo, la tarea de recrear y resentir lo que Baden-Powell creó y sintió. Así pues, es necesario reconocer que cada Asociación Nacional enriquece al escultismo con particulares matices y tradiciones, ya que, como muy bien se cuidó de precisar su mismo fundador, nada existe menos dogmático y menos esquematizado que el escultismo, que, al igual que los demás métodos educativos, tiene necesidad de la acción vivificante de aquel que lo lleva a la práctica. Muy especialmente en lo que concierne a la tercera rama, el roverismo, que no tiene la firme formulación de las otras dos — ya sea por sus íntimas exigencias, ya sea porque trabaja sobre un sujeto particularmente fluido — y del que, por lo tanto, existen muy diversos matices, según las experiencias llevadas a cabo en Francia y en Bélgica, o incluso en Italia.

De todas maneras, es de justicia hacer notar que todas estas tentativas y estas experiencias, no escapan nunca de las líneas esenciales trazadas por Baden-Powell, puesto que, en el fondo, se reconoce que ellas representan, al menos hasta nuestros días, la más segura garantía de éxito.

Sólo nos resta, pues, iniciar nuestro análisis sobre los motivos pedagógicos más importantes y más interesantes del escultismo, con la seguridad de que no será un trabajo inútil, sino, muy al contrario, particularmente provechoso.

CAPITULO II

PRINCIPIOS Y OBJETIVOS DEL ESCULTISMO

Cuando en su mente tomó consistencia la idea de ocuparse del mundo juvenil, Baden-Powell estaba convencido de la necesidad de que la educación de los muchachos no debía terminar, como hasta aquel momento acontecía, con la pura y simple erudición escolar, sino que debía extenderse a bases más espirituales y cuidar de la formación del carácter más que de "amontonar, en el cerebro, conocimientos teóricos". Por sus manos, en la época en que había sido ayudante y, más tarde, comandante de escuadrón, habían pasado centenares de jóvenes que representaban el producto típico de la instrucción media que se daba en las escuelas de aquel tiempo. De ahí que Baden-Powell hubiera podido comprobar, con profunda pena, que todos aquellos jóvenes, aunque fueran hombres muy estimables que sabían leer y escribir y observaban, casi siempre, muy buena conducta, carecían de personalidad y de fuerza de carácter y estaban desprovistos de todo espíritu de iniciativa o de aventura, hasta el punto de ser absolutamente incapaces de espabilarse por su cuenta. Como el propio Baden-Powell tuvo ocasión de comentar más tarde: "Las condiciones artificiosas de la vida moderna les convertían en miembros de la grey común; todo estaba previsto para ellos, y en todo momento se tenía muy en cuenta que no les sucediera nada malo."

Y si tales jóvenes no podían ser considerados idóneos para convertirse en auténticos soldados de un ejército digno de tal nombre, ¿cómo podrían, más adelante, convertirse en ciudadanos eficientes? La "instrucción (leer, escribir, operaciones aritméticas) — añade Baden-Powell — se da en las escuelas, pero ¿dónde se aprende un valor tan importante como el carácter?" Éste era el terrible interrogante que acongojaba a Baden-Powell y que debía llevarlo a las grandes responsabilidades educativas.

*El escultismo, pues, nace con este preciso intento: ofrecer a los jóvenes un medio eficaz para desarrollar su carácter y para moldear su personalidad lejos de toda esquematización opresiva, o sea, para convertirlos en ciudadanos verdaderamente útiles a su patria. He aquí por qué Baden-Powell inició su libro *Scouting for boys* con las siguientes palabras: "Yo me imagino que todo muchacho desea ayudar a su país de una u otra manera. Un medio fácil de conseguirlo es haciéndose scout."*

No se trata, por otra parte, de una auténtica revolución en el campo educativo, sino, simplemente, de un complemento de la formación escolar; un complemento, no obstante, que se esfuerza en formar hombres en el sentido más alto y profundo de la palabra.

EQUILIBRADA FE EN LA NATURALEZA DEL HOMBRE

Como todos los métodos educativos consecuentes con los motivos en que se fundan, también el esculatismo presenta una particular interpretación de la naturaleza humana.

Esta interpretación — muy importante para determinar el plano de la acción educativa — aparece bajo el aspecto de un moderno optimismo, que revela, una vez más, el buen sentido y el equilibrio de su fundador. Él, en efecto, y a través de una cuidada observación directa, llega a la conclusión de que en todo muchacho, aun en los de peor carácter, «existe, cuando menos, un cinco por ciento de bondad»; y, sobre todo, llega a la conclusión de que es posible desarrollar este cinco por ciento hasta las considerables proporciones del ochenta o del noventa restante. Para ello, Baden-Powell, en todos sus escritos pedagógicos, hace un llamamiento a la propia energía del muchacho y a su innata buena voluntad, recordándole, por ejemplo, que existen en su interior fuerzas ocultas que pueden convertirse en otras tantas posibilidades bienhechoras.

Esto está perfectamente de acuerdo con la antropología tomista, que, como muy bien hace notar el Padre Forestier (en *Scoutisme, Méthode et spiritmilité*), sostiene que la naturaleza humana, lejos de ser nada más que una consecuencia del pecado, debe considerarse como un *piano de acción*. «No se trata, ciertamente, de negar, en el hombre, la presencia del mal, sino que se trata, sobre todo, de desarrollar el bien que en él existe.»

Por este camino se llega a asignar al campo de la educación una función verdaderamente decisiva, no sólo porque deben concebirse el chiquillo o el muchacho como una simple hoja en blanco en la que el maestro ha de escribir, sino porque a éste compete, precisamente, aquella labor vivificadora de la que depende el desarrollo positivo de la naturaleza humana. Piénsese, a este propósito, en aquella antigua frase que, desgraciadamente, ha sido olvidada demasiado a menudo y que, en cambio, debería ser el principio básico de todo educador: «El alma humana no es un saco que deba llenarse, sino un fuego que debe encenderse.»

Y, profundizando más, cabe asignar a las deficiencias de la labor educativa la mayor parte de la responsabilidad en todos aquellos casos en que la naturaleza humana no ha logrado desarrollar adecuadamente sus aspectos positivos. Si bien es verdad que el mundo contemporáneo está corroído por una crisis superior a lo que podríamos considerar como normal, también es verdad que las causas principales de esta crisis deben situarse en una grave insuficiencia educativa.

Naturalmente, ello no significa una ciega confianza en las posibilidades que se ofrecen a los educadores para resolver, aunque sea a largo plazo, los gravísimos problemas que aquejan a la humanidad — cosa que sería demasiado ingenuo esperar —, pero sí significa la necesidad que tiene el mundo de los adultos de tomar mayor conciencia de la responsabilidad educativa que gravita sobre sus espaldas. No sólo, y esto es muy importante, de la responsabilidad que gravita sobre las espaldas de aquellos que han elegido una profesión educativa, sino también, y quizá todavía más, de la que gravita sobre las espaldas de *todos* indistintamente, ya que cada día está más probada la enorme influencia del ambiente en la formación espiritual del hombre.

Pero todavía hay más, porque al lado de estas consideraciones de orden general existen otras que se refieren más directamente al mundo de la educación y que, por tanto, nos atañen más de cerca.

Cuando, en efecto, un método educativo parte de un juicio positivo sobre la naturaleza humana y, de una manera particular, sobre la naturaleza de la juventud, también su modo de proceder debe adecuarse a estos principios. Y esto es, precisamente, lo que pasa en el esculatismo.

Dos son, en este sentido, sus afirmaciones de principio, de las que ahora hablaremos: por un lado, la confianza que debe depositarse en el muchacho; por el otro, la convicción de que, para impedirle hacer el mal, debe dirigírsele hacia un bien real. El escultismo tiene una fe inmutable en ambos principios.

Ya se ha indicado la afirmación de Baden-Powell según la cual el grado de eficiencia de un ser humano es inversamente proporcional a la cantidad de cuidados que necesita. Es el momento de subrayar, pues, que la confianza del educador, del jefe, hacia sus muchachos, la considera tan necesaria el fundador del escultismo que la presenta como norma insustituible en todo su método: «Si un scout dice: *Por mi honor, esto es así*, significa que así es, tal como si hubiera hecho la más solemne promesa.»

Sobre la confianza se basan y se desarrollan, como ya tendremos ocasión de ver más adelante, algunos *valores* que deben convertirse, en cada muchacho, en auténticos hábitos, como el sentido del honor y el espíritu de lealtad. Además, es suficiente pensar en el sistema de patrullas y, sobre todo, en la responsabilidad concreta que se confiere al guía de patrulla, para darse exacta cuenta de la importancia dada en la educación scout a la confianza. Dice Baden-Powell: «Mostrad al muchacho, con hechos, que lo consideráis un ser responsable; dadle una misión temporal o permanente y esperad de él que se imponga fielmente de la misma. No lo vigiléis para ver cómo la cumple, dejadlo hacer a su gusto, dejadle tener contratiempos si es necesario, pero, en cualquier caso, dejadle solo para que se espabile como mejor sepa.»

También el segundo principio tiene, dentro del escultismo, importancia decisiva; tanto, que incluso puede decirse que, en el fondo, él determina la orientación general. Afirmar, en efecto, que para evitar el mal se debe ir hacia un bien real, significa afirmar la necesidad de una pedagogía y de una moral positivas y no negativas, cosa que me parece que está en total acuerdo con las teorías activistas de la educación contemporánea, en cuanto quieren considerar la moral, no ya como una tétrica recopilación de prohibiciones, sino como un complejo de ideas prácticas y concretas, abiertas a la libre realización por parte de cada individuo.

Finalmente, notemos que la confianza en las posibilidades positivas del muchacho lleva a Baden-Powell a definir la verdadera educación como el impulso dado al muchacho para que desarrolle su ambición de aprender por sí solo, lo cual le dará gusto por todo lo que haga, interesándose en la formación de su propio carácter. Pero sobre esta fundamental intuición ya llegará, en el próximo capítulo, momento de profundizar.

NECESIDAD DE RECONOCER LAS EXIGENCIAS DEL EDUCANDO

El secreto del éxito pedagógico de todo educador, en el sentido más amplio de la palabra, consiste, sin duda alguna, en la capacidad de penetrar en el mundo del educando para estudiar sus particulares aptitudes y sus características mentales y físicas, sobre las que basar, luego, su acción educadora.

Éste es otro de los principios característicos de la educación moderna que, desde los tiempos de J. J. Rousseau hasta nuestros días, se ha esforzado por adecuarse cada vez más a la psicología de la edad evolutiva. Y es, también, principio afirmado y puesto en práctica por el escultismo, cosa que no puede causar estupor, ya que deberá considerarse como una consecuencia lógica de la interpretación optimista de la naturaleza, que, según hemos visto, es básica en la educación scout.

En *Aids to Scoutmastership* («Guía para el jefe de tropa»), Baden-Powell dedica un capítulo entero a la psicología del muchacho, con la intención concreta de convencer a aquellos que deberán ocuparse del mismo dentro del movimiento, de la necesidad para el educador de despojarse de la propia mentalidad y de los gustos propios de los hombres maduros, y, por el contrario, hacer todo aquello que es típico en los jóvenes que pretende educar; en tal sentido escribe: «En lo que sea posible, será bueno recordar cuáles eran las ideas de uno cuando era muchacho, para poder entender mejor sus sentimientos y anhelos.»

Además, y citando algunos estudios del reverendo K. S. Pelham y de Mrs. Lassan, Baden-Powell anuncia algunas cualidades que, por ser características de los muchachos, habrán de ser tomadas en particular consideración: su sentido del humor, porque saben apreciar, siempre, y por tonto que sea, un chiste, y porque siempre saben ver el lado cómico de las cosas; su valor y confianza en sí mismos, que les hace preferir las experiencias hechas a expensas propias; su amor al movimiento, que los lleva a la imposibilidad de sentirse atados a una tarea más de uno o dos meses, mientras, por el contrario, les da el gusto por los cambios; su buena voluntad, por la cual *responden* fácilmente a quien muestra interés por ellos y por sus cosas; y, finalmente, su lealtad, que es una de las cualidades que sienten más profundamente, pese a que quizá sea la que menos advierta el adulto (que no sabe reconocerla, porque se desarrolla, necesariamente, en un mundo que no es el suyo).

Los muchachos, en efecto, tienen un mundo enteramente propio, que crean para ellos mismos, basado en sus propios puntos de vista y en su manera de razonar, y del que excluyen, sin más, a los *mayores*, o sea, a aquellos que demuestran su incapacidad para comprender y obedecer las leyes sobre las cuales lo han edificado. Y es casi superfluo detallar que estas leyes, para las que los muchachos demuestran una fidelidad absoluta, no tienen nada que ver con las que se pretende enseñarles en casa o en la escuela.

«El código del maestro, por ejemplo, ordena el silencio, la precaución ante los peligros y la conducta decorosa. El código de los muchachos es diametralmente opuesto: prescribe la bulla, los riesgos y el tumulto.»

Los tres elementos indispensables para el mundo de los muchachos — base principal de sus inclinaciones — están representados, según Baden-Powell, por los verbos *reír*, *luchar* y *comer*, que además de enojar y causar la incompreensión de padres y maestros, los llena de alarma y preocupación. «Un muchacho no es un animalito, que se puede relegar a un escritorio; tampoco es para tenerlo echado, ni es pacifista, ni partidario de "la seguridad ante todo", ni aficionado a la lectura seria, ni filósofo. Sencillamente es un muchacho hecho y derecho — ¡que Dios lo

bendiga!— rebotante de retozo y peleas, travesuras arriesgadas y bulla, observación y alboroto. Y si no es así, entonces no es normal.»

No reconocer estas verdades significa entrar en lucha con los muchachos y, por tanto, inducirlos o bien a rendirse, con grave perjuicio de su normal y sano desarrollo, o bien a rebelarse, con peligro de que esta rebelión, como tan a menudo sucede, se transforme en actitudes antisociales que son la antecámara de la delincuencia o, cuando menos, de una inadaptación ambiental.

He ahí, pues, por qué es tan importante saber tratar a los muchachos como a tales, sin temor alguno por aquello que, por el momento, pueda parecer menos justo o menos oportuno.

Entonces, ¿es suficiente, para conseguir una auténtica educación, dejar hacer al muchacho todo lo que espontáneamente desea, sin ninguna intervención o interviniendo sólo de manera pasiva? Evidentemente que no, puesto que el período infantil y de la adolescencia debe ser, también, el período durante el cual se aprovecha la gran capacidad que tienen los muchachos para aprender y adaptarse, ayudándoles a desarrollar ciertas cualidades y hábitos que les serán indispensables, luego, en la vida.

Y ello es tanto más necesario, cuanto que el muchacho está falto de la capacidad de orden, sin la cual es imposible obtener, de ninguna actividad, resultados positivos. Obsérvese, por ejemplo, un grupo de chiquillos jugando en un jardín o en la calle; en la gran mayoría de los casos, tanto si juegan a indios, a guerras o a lo que sea, su juego terminará con largas discusiones o será desordenado y poco concreto, aunque siempre, y en el fondo, divertido.

Pero ensáyese, con el mismo grupo, a organizar un bonito juego que requiera atención y observación, además de lucha y movimiento, y podrá comprobarse que se ha contribuido a desarrollar en los muchachos las citadas facultades, al mismo tiempo que el interés y el entusiasmo han sido todavía mayores.

Eso significa en sustancia, que el arte del educador debe consistir en saber convertir en *educativo* todo lo que gusta, interesa o siente necesidad de hacer el muchacho. Entonces será cuando, jugando o trabajando prácticamente, riendo o luchando, se realizará la acción educadora de manera más profunda y útil.

Todavía debe añadirse que si el educador ha sabido proponer al educando actividades que, además de ser necesarias desde su punto de vista, le hayan interesado y divertido, habrá conquistado, al mismo tiempo, su simpatía y su confianza, elementos que no pueden olvidarse con vistas al mayor éxito de su labor educativa.

Además, esta misma manera de proceder — característica ciento por ciento del escultismo, que se presenta como una especie de *gran juego* — es aconsejada por Baden-Powell incluso por lo que atañe a las tendencias menos buenas, presentes en cada muchacho. Existen, en efecto, algunos defectos, como, por ejemplo, la soberbia, la vanidad por hacerse notar o la resistencia a todo tipo de autoridad, que si el educador sabe *orientarlos* bien, pueden no tan sólo desaparecer, sino incluso llegar a convertirse en cualidades positivas.

En fin, se debe tener muy presente que existen, según las edades, notables diferencias en las exigencias y en las características de los muchachos y que se pueden notar diversos matices, a veces bastante sensibles, incluso en chiquillos de la misma edad. Ante este problema, el escultismo presenta, de un lado, su triple y fundamental subdivisión estructural — de la que ya hemos hablado en el capítulo precedente—, y del otro, la recomendación a sus jefes de que se interesen, en particular, por cada uno de sus muchachos, extendiendo sus conocimientos hasta el ambiente en que ellos viven, ya que muchas veces las citadas diferencias provienen, principalmente, del factor ambiental.

Y es cierto, además, que estas diferencias y estos matices se apoyan siempre sobre una base común que el escultismo ha demostrado conocer muy a fondo.

LA PERSONALIDAD, OBJETIVO PRINCIPAL DEL ESCULTISMO

Al principio de este capítulo hemos presentado el escultismo como un medio eficaz, o cuando menos complementario, que se ofrece a los muchachos para desarrollar su carácter y su personalidad. Se trata, ahora, de profundizar más este concepto, para darse cuenta exacta de sus ideas y de los fines y objetivos que concretamente se propone.

Una de las más originales y más importantes intuiciones de Baden-Powell radica en haber comprendido que el valor de un hombre consiste en la realización de su específica personalidad, más que en la adecuación a un modelo *standard*, y que es precisamente en esta realización donde se halla el mejor camino para alcanzar una educación *social*, en el sentido más auténtico y profundo de la palabra.

La sociedad humana no tiene necesidad de individuos hechos, por así decirlo, en *serie*, faltos de iniciativa personal y capaces sólo de vivir pasivamente, sino que tiene necesidad de individuos llenos de recursos y, por lo tanto, aptos para vivir su vida y para dar a la sociedad todo cuanto la naturaleza les ha dado a ellos. Todo hombre, en efecto, ha recibido de la naturaleza un conjunto de cualidades y facultades particulares, que tienen necesidad de ser oportunamente desarrolladas y cultivadas para producir sus característicos frutos. Pretender, pues, moldear bajo un único esquema a todos los hombres, significa, en la gran mayoría de los casos, perder una buena parte, al menos, de las posibilidades que la naturaleza ofrece a la sociedad humana.

Naturalmente, estos principios valen, de manera principal, para el mundo de la educación, y de ahí que sea del todo evidente la necesidad de permitir a cada individuo el libre desarrollo de su propia personalidad. Por ello, el escultismo funda todo su método en función de este desarrollo: de las actividades al aire libre a sus leyes, y de la vida de patrulla a las pruebas técnicas, todo tiene como fin último la formación del carácter y de la personalidad de cada muchacho.

Y no se crea que una tal educación conduzca a la formación de un espíritu egoísta o avaricioso, ya que, sólo cuando un hombre haya sido capaz de desarrollar las tendencias naturales que sentía en sí, podrá reconocer en los demás exigencias y necesidades distintas y estará preparado para apreciar sus cualidades positivas. Cuando se quiere formar un equipo de fútbol, no se pretende, por ejemplo, que todos los jugadores jueguen de la misma manera, ocupando indistintamente un lugar cualquiera en el equipo, sino que se intenta que cada uno esté en su lugar preferido y para el cual tiene más disposiciones que los demás; lo mismo debería hacerse en la sociedad y, en términos más generales, en la vida, ya que cada hombre debería ocupar el puesto más adecuado a sus disposiciones y a su personalidad. «Nosotros educamos a nuestros muchachos —escribe Baden-Powell— de modo que desarrollen su propia personalidad, tanto, espiritual cuanto del lado de la eficacia, para convertirlos en jugadores capaces para el equipo nacional, en buenos ciudadanos.»

Así pues, toda la vida scout, y en particular la ley, lejos de constituir un ideal estructurado en todos sus elementos y rígido dentro de un complejo de fórmulas, representa algo que, para ser realmente vivido, tiene necesidad de ser recreado en una determinada individualidad, en la cual y por medio de la cual producirá, siempre, frutos originales. En la ley — como, de hecho, en los demás elementos constitutivos del escultismo: pruebas técnicas, buenas acciones, especialidades, espíritu de patrulla, etc. — cada muchacho halla la base de la propia personalidad, ya que él la hace suya según sus propios deseos, voluntad y facultades, independientemente de obligación categórica alguna. La misma fórmula de la promesa (*Yo*

prometo, por mi honor y con la gracia de Dios, hacer cuanto de mí dependa...) expresa con toda claridad este aspecto del escultismo.

Según el escultismo, cualquier ideal que se intentara inculcar en un muchacho o cualquier virtud que quisiera desarrollarse en el mismo, quedaría sustancialmente inválido si no hubiera pasado a través de la realidad concreta de la personalidad o no encontrara en ella su fundamento y su eficacia.

Como tan justamente observa Luigi Stefanini en su magnífica obra *Personalismo educativo*, «el valor de la persona humana y su legislación interna no son el resultado de la colectividad social (o de la colectividad escolar), sino que, muy al contrario, la condicionan. Los *équipes* escolares no deben reducir la responsabilidad personal a los resultantes de las reacciones colectivas, ni la voluntad moral debe reducirse a la *voluntad general* de la colectividad, sacrificando lo que de más profundo y divino existe en el individuo».

Ahora bien, para poder obtener este desarrollo de la personalidad de cada muchacho en particular, el escultismo le ofrece, no solamente la posibilidad concreta de desarrollar sus más íntimas características, sino que recurre a una relación educativa entre el jefe y el muchacho, en la que, antes que la misma *doctrina*, es la personalidad del jefe el instrumento fundamental de todo el proceso educativo. El jefe es, ante todo, ejemplo vivo y real de cómo un individuo puede desarrollar la propia personalidad, haciendo totalmente suyos los más altos ideales y virtudes; su manera de enseñar, por tanto, no será nunca abstracta, sino que siempre irá unida a hechos concretos. De ahí que en el escultismo no puedan darse las mentalidades que se creen portadoras de un mensaje o de una verdad objetiva, privada de sentimientos y matices personales, puesto que los muchachos tienen necesidad, para aprender a formarse su propia personalidad, de tener ante sus ojos a un hombre que haya realizado, *a su manera*, los mismos ideales hacia los que ellos tienden.

Es evidente, asimismo, que si el escultismo — por el mismo hecho de unos ideales que realizar y de unas virtudes que incorporarse, del cual tan a menudo hemos hablado — ha aceptado el principio de la libertad del educando — característico en la moderna educación —, también ha sabido proponer a la consideración y al espíritu de imitación de todos los chiquillos del mundo, un modelo de hombre, al que nadie está obligado a identificarse forzosamente, pero al que podrán tener como ideal para la mejor formación de ellos mismos.

Se trata, precisamente, de aquel *tipo scout* que ha hecho suyos un cierto estilo y un determinado espíritu de vida.

EL ESPÍRITU SCOUT COMO META CONCRETA DEL ESCULTISMO

Aunque esta expresión sea una de las más usadas en el ámbito del escultismo, no es nada fácil definir qué se entiende por *espíritu scout*. No concuerda con el espíritu scout (o, mejor y más simple, no es *scout*) el que un lobato lloriquee o sea caprichoso, que un scout refunfuñe o se irrite continuamente, o que un rover titubee ante una dificultad; en cambio, sí concuerda con él, el que un lobato no olvide dar cada día una satisfacción a alguien, que un scout sonría y cante incluso en los momentos difíciles, o que un rover se obligue realmente a vivir bajo el lema del *servicio*. Y serán los mismos lobatos o los mismos scouts quienes juzgarán si está o no de acuerdo con este espíritu la deslealtad de un compañero, la injusticia de un maestro o, incluso, las más insignificantes acciones (como el dejar rastro en cada sitio en que uno se detiene), que revelan que todavía no está plenamente asimilado aquel estilo de vida al cual ellos se han habituado.

Así pues, el espíritu scout es, por un lado, todo el complejo de hábitos y de notas características que determinan el estilo de vida de un scout (como, por ejemplo, la buena acción cotidiana, el sentido

caballeresco que informa todas sus obras, o la costumbre de dormir con la ventana abierta), y por el otro, la manera particular de entender la vida-, que, precisamente, nace del haber vivido de manera concreta su ley. Además, puede afirmarse que esto es todo cuanto resta en el hombre maduro al final del entero proceso educativo del escultismo, y que, por lo tanto, representa, desde un punto de vista concreto, su meta última.

Más adelante ya hablaremos de la ley y de las virtudes — hábitos que ella se esfuerza por desarrollar en los muchachos —. Intentemos, ahora, comprender cuál es esta particular manera de entender la vida, para lo cual nos referiremos, esencialmente, al libro de Baden-Powell dedicado a los rovers para ayudarlos a formar su vida de hombres, y cuyo título, *Rovering to success* («Roverismo hacia el éxito»), es ya lo bastante significativo. El espíritu scout, en efecto, debe ser una manera de *vivir con éxito* nuestra vida terrena.

De todas maneras debe entenderse bien claro que el éxito del cual habla Baden-Powell y del cual el espíritu scout es el principal responsable, no es la riqueza, el poder o la brillantez de la carrera profesional (aunque esta última debe interesar mucho, y con plena razón, a todos los jóvenes), sino que se refiere, simplemente, a *ser felices*. Y, claro está, no de una manera pasiva — ya que entonces se trataría de *placer* y no de *felicidad* —, sino de un modo totalmente activo, en el que el joven comprometa todo su ser, como dice Baden-Powell, desde los brazos y las piernas hasta el cerebro y la inteligencia.

La primera y quizá más importante característica de esto que venimos denominando como espíritu scout y que es, pues, una manera de ser, consiste en el gusto y en la voluntad de ser jóvenes: jóvenes de hecho y jóvenes de intención — explica muy claramente el Padre Forestier—, ya que por juventud se debe entender todo lo que se opone al sentido decadente que nace de todas las formas estáticas y todo lo que lucha contra el escepticismo y contra la actitud de renunciamiento expresada en la expresión desgraciadamente tan en boga: «¿Y a mí, qué?» Ser jóvenes, en efecto, significa amar la vida, estar contentos de la misma y de todo lo que ella nos permite hacer; y ser felices significa, por un lado, saber apreciar la bellezas de la naturaleza (la majestad de las montañas, las maravillas de la vida animal, el acre olor de una fogata en el campo) y, por el otro, poder obrar proyectados hacia el exterior para hacer activamente el bien, cosa que, sin duda alguna, es una de las mejores fuentes de auténtica y más íntima alegría. Y no deben asustarnos las inevitables dificultades que encontraremos en nuestro camino; primero, porque no

tomándose las cosas por lo trágico siempre se descubre que se trata de dificultades muy lejos de ser insuperables, y segundo, porque las dificultades deben ser consideradas como «la sal de la vida». Escribe Baden-Powell: «Si la vida fuera siempre fácil, sería insípida; la sal es muy amarga cuando se la toma sola, pero cuando se añade a la comida es precisamente ella quien le da sabor. Pues bien, las dificultades son la sal de la vida.»

De ahí nace aquel sano optimismo que hace la vida más interesante y, muchas veces, incluso más fácil, y que mana del hábito de considerar al mundo como un terreno de juego y a la vida misma como un gran juego, cuyo éxito depende en gran parte de la manera como lo juegue cada uno de nosotros. Baden-Powell compara la vida a un viaje en canoa, cuyo feliz término depende casi por completo, sobre todo con mal tiempo, de nuestra atención, nuestro valor y nuestra actividad.

«Rema tu propia canoa tú solo y no des la espalda a los peligros.» «Si quieres triunfar en la vida, si quieres conquistar la felicidad, acuérdate de que eres tú quien la debe conquistar.»

La fortuna no es algo que aparezca no se sabe exactamente ni dónde ni cuándo y ante la cual la única posición posible sea la de esperarla con mayor o menor confianza, sino que consiste, simplemente, «en la oportunidad de hacer algo bueno y grande». Su secreto estriba en estar siempre alerta para no dejar escapar las oportunidades y cazarlas al vuelo, y no en sentarse y esperar a que pasen. «La oportunidad es un ómnibus que hace pocas paradas.»

Pero todavía hay más. En efecto, el segundo fundamento del espíritu scout y, por lo tanto, de la felicidad que de él depende, viene representado por la voluntad de dejarse guiar en todas nuestras acciones por el Amor; un Amor, naturalmente, con A mayúscula; un Amor que quiere decir dar pruebas de un íntimo espíritu de bondad a través de los distintos servicios prestados al prójimo y que significa obrar siempre con amabilidad y simpatía, dispuestos a reconocer las gentilezas de que los demás pueden haber dado pruebas; en una palabra, se trata de la *buenavoluntad* que, en el fondo, es siempre la *voluntad* de Dios. «La verdadera felicidad es como el radium. Es una especie de Amor que aumenta en proporción de lo que da, de ahí que la felicidad esté al alcance de todo el mundo: aun de los pobres.»

Y es precisamente este tipo de Amor el que debe estar en la base del espíritu de *servicio* que debe informar la vida entera de un hombre feliz. Pero para poder poner en práctica este programa no bastan las buenas acciones, es necesario tener además una efectiva capacidad, para la cual, precisamente, prepara el escultismo. Por lo demás, el espíritu scout así entendido, ¿qué es sino la continua búsqueda de *buenas acciones* que realizar? Y la primera de ellas es, precisamente, la de vivir nuestra vida de todos los días según el ideal scout, de manera que incluso los demás reciban su poder mágico y una ayuda para vivir mejor. Sólo así se podrá ultimar, con espíritu tranquilo y sereno, la vida que nos ha sido dada para que supiéramos aprovechar todos sus aspectos positivos, y sólo así podremos afirmar, con Baden-Powell, haber dejado el mundo un poco mejor de como lo encontramos. Para terminar, falta hablar, aunque brevemente, de un aspecto del espíritu scout, aquel que el propio Baden-Powell denominó «su aspecto romántico». La vida de los bosques y el contacto vivo y profundo con la naturaleza ejercen una atracción irresistible en los muchachos que, incluso cuando sean adultos, no podrán por menos que atender y a la que, a menudo, deberán volver para reconquistar alegría interior, espontaneidad y serenidad. «Puede darse el caso — afirma el fundador del escultismo — de que se trate de un espíritu primitivo, pero en todo caso existe: ...y, verdaderamente, es comida para el hambre de los muchachos. Mirad aquel chiquillo que anda por la calle; tiene una luz especial en los ojos. ¿Ve un prado o las grises olas del mar? Sea lo que sea, él está muy lejos de la calle por donde anda, esto os lo puedo asegurar.»

CAPITULO III

EL ESCULTISMO COMO MÉTODO DE EDUCACIÓN ACTIVA E INTEGRAL

En el precedente capítulo hemos tratado de algunas de las premisas teóricas sobre las que se basa la educación scout y hemos señalado, como fines primordiales de la misma, la formación del carácter y de la personalidad de cada muchacho. Esta formación, pese a realizarse de mil maneras distintas, siempre se esfuerza por asimilar e incorporarse la íntima esencia del escultismo, el llamado espíritu scout.

Ahora, insistiendo y profundizando en nuestro análisis, se trata de llegar a la afirmación que me parece más idónea para comprender con exactitud el alto valor pedagógico de este método educativo y que, al mismo tiempo, nos permitirá comprobar su originalidad y actualidad. Esta afirmación, que consiste en definir el escultismo como método integral y activo, justifica no tan sólo este capítulo, sino el libro entero. A esta afirmación puede llegarse, por un lado, mediante el estudio de los principios según los cuales el escultismo sigue la naturaleza del muchacho, y, por otro, gracias a la comprobación de que para alcanzar el espíritu scout es necesario vivificar un conjunto de virtudes y facultades que van desde lo físico a lo volitivo, de la inteligencia a la sensibilidad estética, ética y religiosa.

En el primer caso se trata de reconocer que la naturaleza humana es muy compleja y que, aun en sus primeras manifestaciones, no se reduce unilateralmente a las solas fuerzas físicas, sino que se extiende por igual al campo de la vida moral e intelectual; y, al mismo tiempo, se debe reconocer que las exigencias del activismo son las características principales y esenciales de la naturaleza del chiquillo y del muchacho.

En el segundo caso se trata de observar la afirmación de Baden-Powell de que un fuerte carácter y una bien formada personalidad no pueden ser el resultado del desarrollo de uno solo de aquellos aspectos, sino que son el fruto de un desarrollo, lo más armónico posible, de todo el hombre. En efecto, y según su punto de vista, una deficiencia en el desarrollo de uno de los diversos aspectos, representa un motivo de grave debilidad general, que no puede ser adecuadamente superado con un mayor desarrollo hacia determinada dirección.

Así pues, no es difícil señalar cuál es el lugar que ocupa en el ámbito de la historia de la pedagogía contemporánea el escultismo, ya que mientras su fundamental activismo permite considerarle como uno de los más significativos métodos nuevos, la insistencia con que su fundador sostiene la tesis de la necesidad de que toda forma de educación debe reconocer la integridad de la persona humana, permite incluirlo dentro de la mejor tradición pedagógica cristiana.

Por tanto, será fácil reconocer en el escultismo la presencia de los principios más característicos de la llamada "escuela nueva" — a los que, fíjese bien, Baden-Powell llega por intuición personal y no a través de un estudio teórico—, junto con la operante presencia de las más importantes afirmaciones de la pedagogía cristiana, aunque, en ambos casos, nos encontremos ante un nuevo planteamiento de tales principios y afirmaciones, hasta el punto de presentárnoslos, quizá, de manera más atractiva y eficaz. De ahí que, según mi opinión, sea lícito hablar de la actualidad y originalidad del escultismo, método que

— ya demostrarlo se dirigen nuestros esfuerzos del presente trabajo —, si no da la fórmula mágica para resolver todos los problemas que hoy se les presentan a los educadores, sí que ofrece muchas y preciosas indicaciones y experiencias concretas de suma utilidad

EL ESCULTISMO COMO MÉTODO DE EDUCACIÓN INTEGRAL

La integridad de la educación representa una condición casi fundamental, puesto que sin la misma ni siquiera podría hablarse de educación. En efecto, educar significa, en el sentido más profundo de la palabra, esforzarse en formar al *hombre*, y éste no lo es auténticamente si no se ha desarrollado en todas direcciones.

En el caso contrario sólo debería hablarse de simple *instrucción*, evidentemente con cierta intención despectiva o, mejor aún, con deseo de polémica ante el sistema escolar — todavía demasiado en vigor — que se limita a dar a la juventud una instrucción puramente intelectual. Como dijo en una conferencia H. G. Elwess, «convertir al chiquillo en hombre significa formar, al mismo tiempo, su cuerpo, su espíritu y su alma. Si sólo se desarrollara su cuerpo se obtendría, como inevitable resultado, un magnífico animal, y entonces no podría hablarse de educación, sino de simple cría; si sólo nos ocupásemos de desarrollar el cerebro se correría el riesgo, indudable, de formar un espíritu falso y peligroso; si, finalmente, se pretendiera dirigir todos los esfuerzos de manera única hacia los problemas del alma, difícilmente nos seguirían los muchachos.»

Ningún exclusivismo puede tolerarse en la obra educativa, ya que, como también afirma Nicola Petruzzellis (*I problemi della pedagogia come scienza filosofica*), si es del todo necesario enseñar a los jóvenes a tener bien firmes los pies en el suelo, también es preciso que sepan dirigir su actividad y sus aspiraciones hacia los más altos ideales. Es necesario, pues, conjugar en la educación el sentido de la realidad con el culto al ideal.

Por lo demás, son bien conocidos los graves defectos a que se llega con el fraccionamiento de la acción educativa y, a este respecto, la experiencia nos proporciona ricas enseñanzas. Cuántas veces, por ejemplo, una educación demasiado intelectual no hace otra cosa que conducir a un abstracto intelectualismo que geometriza y analiza incluso en las ocasiones en que se debería intuir y sintetizar. Y cuántas veces se ha visto cómo una educación que, por desarrollar demasiado la mentalidad científica, olvida el aspecto moral o estético de la naturaleza humana, no produce sino la llamada *forma mentis* que todo lo entumece y ahoga. Y cuántas veces, finalmente, una educación que cuida demasiado exclusivamente el aspecto religioso de la personalidad humana, acaba desarrollando un tosco sentimiento totalmente alejado de la profunda fecundidad espiritual propia del cristianismo.

De ahí que el esculatismo, en cuanto quiere afirmarse como método educativo, se proponga dirigir al muchacho hacia el máximo desarrollo de sus valores humanos, suscitándole «tanto cualidades intelectuales, cuanto cualidades puramente físicas o morales», ya que está convencido que sólo de esa manera los muchachos podrán alcanzar el máximo de su valor social y, al mismo tiempo, su más alto significado religioso.

Este ideal de humanidad armónicamente desarrollado, encuentra su máxima expresión en el lema de los scouts *Siempre listo*, que representa, en cierta manera, el lema de todo el esculatismo. El mismo Baden-Powell dice: «Vuestro lema es *Siempre listo*, lo que significa que debéis estar siempre listos, con el espíritu y el cuerpo, para cumplir con vuestros deberes. Tendréis el espíritu listo si lo ejercitáis a la disciplina, a la obediencia y a reflexionar a menudo sobre qué haríais en circunstancias y accidentes imprevistos, para saber, así, qué es la cosa precisa que debe hacerse en un momento dado y tener la voluntad presta a hacerla. Tendréis el cuerpo listo si sois fuertes y activos, dispuestos en cualquier momento a cualquier esfuerzo.»

Como puede verse, esta definición es una síntesis de todo aquello hacia lo cual el esculatismo dirige su acción educativa: del carácter a las virtudes morales, de la inteligencia a la capacidad de observación, de la voluntad a las fuerzas físicas. Al mismo tiempo, también se hace referencia al

espíritu de aventura (el imprevisto) y al ideal de humanidad activa, características, asimismo, del escultismo.

Cada hombre tiene, a lo largo de su vida, deberes individuales y sociales a cumplir y una labor determinada a desarrollar, para los que le han sido dados, conjuntamente, conciencia, voluntad y capacidad de afrontarlos. *Listos para la vida*, he ahí el auténtico significado del lema citado y, a la vez, el verdadero significado que debe darse a la concepción integral de la educación que persigue el escultismo.

En la educación scout existen, evidentemente, aspectos diversos: desde el moral y religioso al físico, del intelectual y sensorial al técnico y estético, del social al cívico, y en ninguno de ellos Baden-Powell ha sido plenamente original, ya que nada nuevo ha *inventado*. Su originalidad, sin duda alguna, radica en la síntesis y en la estructuración.

Además, la integridad del método no se refiere solamente a una pluralidad en sus intereses, sino también al propio convencimiento de la absoluta imposibilidad de fraccionar la acción educativa, distinguiendo en ella aspectos y apartados independientes o aceptando que debe desarrollarse cada uno de ellos en una edad determinada. La acción educativa es, siempre, unitaria, y si jamás puede aceptarse una subdivisión, mucho menos puede tomar ésta la forma de una sucesión cronológica. En efecto, no es posible creer que para educar físicamente a un muchacho se pueda abandonar su educación moral, o que para desarrollar su formación intelectual se pueda dejar de lado su sensibilidad estética o religiosa, o que sea lícito ignorar su educación sensorial. El muchacho, como el hombre, es un todo único, cuyos diversos aspectos son, tan sólo, diferentes matices de un solo ser.

Y, ¿quién no se da cuenta de que todas estas afirmaciones concuerdan perfectamente con la línea tradicional de la pedagogía cristiana? En todo caso, bastaría leer con atención la encíclica *Divini illius magistri* de Pío XI (31 diciembre 1939) para comprobarlo: «Nunca se ha de perder de vista que el sujeto de la educación cristiana es el hombre todo entero, espíritu unido al cuerpo en unidad de naturaleza, con todas sus facultades naturales y sobrenaturales,»

En los capítulos siguientes podremos comprobar esta unidad de la educación scout y si, por obvias razones expositivas, hemos de ocuparnos separadamente de sus diversos aspectos, es necesario tener presente que, en realidad, se trata de un todo único. Entenderlo de modo distinto significaría perder de vista la principal característica del escultismo y su enseñanza más profunda y duradera.

EL ESCULTISMO COMO MÉTODO DE EDUCACIÓN ACTIVA

La segunda definición del escultismo, indicada como fundamental para comprender todo su valor pedagógico, es la de que se trata de un método de educación activa. A esta definición podemos llegar a través de varias consideraciones.

Primeramente, la insistencia con que el escultismo afirma la necesidad de que los muchachos colaboren activamente en su propia educación; en segundo lugar, la importancia que se da a la vida al aire libre y, mejor todavía, al contacto directo con la naturaleza; en tercer lugar, la sustitución del método auditivo y manual por el método, mucho más positivo, de las investigaciones y *exploraciones* personales y de la experiencia concreta; en cuarto lugar, la preeminencia asignada al trabajo técnico y productivo, desarrollado tanto individual cuanto colectivamente; en quinto lugar, la tendencia a hacer asumir al muchacho responsabilidades concretas; y, finalmente, la importancia del juego, siempre presente en todas sus actividades.

Más adelante ya hablaremos de la importancia del aire libre, del trabajo técnico y de la educación de la responsabilidad. Intentemos, ahora, profundizar en los demás puntos considerados.

En *Aids to Scoutmastership* escribe Baden-Powell: «El jefe de tropa transmite al muchacho el ansia y deseo de aprender por sí solo», y, en efecto, todos sus esfuerzos, y ello puede comprobarse en sus escritos dirigidos a los lobatos y a los scouts, están encaminados a suscitar y cultivar en el espíritu de los muchachos su sentido de activa curiosidad que, siéndoles natural, es la mejor premisa para desarrollar en ellos el gusto por aprender. Se trata, en sustancia, de lograr educar al muchacho mediante el muchacho mismo, sabiendo que así los resultados alcanzados — tanto si son la adquisición positiva de determinadas facultades y nociones, como la necesaria corrección de ciertas tendencias y hábitos — serán, sin duda alguna, mucho más eficaces y duraderos. Además, la experiencia que a este propósito tiene todo hombre, es su más constante y convincente confirmación.

De todas maneras, este principio — que cuenta en su activo con una larga historia y que debe ser considerado como uno de los principios de la pedagogía contemporánea más unánimemente aceptados — se presta, con gran facilidad, a peligrosas interpretaciones, sobre todo cuando, por así decirlo, se le toma al pie de la letra, ya que, entonces, reduciéndose la educación a una *autoeducación*, se disminuye la importantísima misión del educador y se corre el riesgo de caer en una forma de *anarquismo* o educación individualista muy apartada de las exigencias eminentemente sociales y comunitarias del mundo actual. He ahí por qué en el escultismo el problema de la autoeducación se mira desde un punto de vista particular, pues si bien es verdad que ella representa la garantía parcial de que la acción educativa no se reduzca a una imposición exterior de un esquema rígido y gravoso, sino que sea algo que surja del interior, también es verdad que la autoeducación se considera como el medio más idóneo para desarrollar en los muchachos una disciplina y unas reglas que les permitan superar su individualismo.

La misma presencia de una ley, codificada y precisa, lo demuestra claramente. Esta ley — pensada y escrita por Baden-Powell *a la medida* de los muchachos— es, por un lado, conquistada por ellos mismos, pero, por el otro, sólo adquiere significado y valor cuando la reconocen y le dan vivencia de una manera totalmente libre. Nótese que cuando un muchacho se presenta a un grupo scout, el primer acto oficial no es la lectura y explicación de la ley, sino que, en homenaje a su espontáneo deseo y a su natural ardor, inmediatamente se le acepta en

las auténticas y propias actividades scouts; tan sólo más tarde — y, en general, después que el mismo muchacho ha sentido la necesidad de la ley y la ha visto nacer en el interior de la nueva vida iniciada — la ley se convierte en una cosa precisa y seria.

Así pues, el principio de la autoeducación tiene, en el esculismo, la siguiente doble función: 1) llegar a una educación interior, y 2) reconocer las exigencias e intereses propios del educando, principalmente los de la acción y el movimiento. De ahí que pueda decirse que el activismo es uno de los principios básicos de la educación scout. Además, difícilmente podría comprenderse todo lo dicho si no se afrontara con total amplitud el tema de la educación y la enseñanza *experimentales*. El activismo scout, si se considera a la luz del principio de la autoeducación, nos lleva precisamente a este concepto que, por otro lado, liga muy bien con toda la tradición educativa anglosajona.

En primer lugar, todo ello indica — como ya se ha señalado — la radical oposición del esculismo a todo tipo de educación o enseñanza que se base en la audición o repetición manual. En segundo lugar, se nos presenta como fundamento de la educación, de tanta importancia en la formación del hombre, basada en el *saberse espabilar por sí solo*.

Baden-Powell, en efecto, considera la educación, en su aspecto más convincente, como una invitación y guía a los muchachos para *explorar* el ambiente natural y humano, de manera que sean ellos mismos los que descubran sus principales características y enseñanzas. La misma palabra *esculismo*, que en sustancia significa «arte de la exploración», es la más evidente prueba. Quede bien claro, además, que, conforme a la convicción de Baden-Powell de que el proceso educativo debe entenderse en sentido progresivo, todo lo que el muchacho está invitado a explorar a través de las diversas etapas del esculismo se presenta con diferencias harto notables: desde la exploración del mundo fantástico de la selva y del mundo concreto de la naturaleza, hasta el campo más vasto y complejo de la vida y de las realizaciones humanas. En todo caso, no obstante, trátase siempre de un aumento de experiencias, válido incluso para el desarrollo de la inteligencia y abierto a la vida psíquica del muchacho, que, al ampliarse el horizonte de sus conocimientos, tantas cosas debe conquistar.

Viviendo la vida scout en toda su extensión, el muchacho se encuentra enfrentado a problemas y situaciones que de otro modo desconocería y que le llevan, por un lado, a ejercitar su capacidad inventiva y a aplicarse en el gusto por las investigaciones y descubrimientos personales, y, por el otro, le hacen comprender la utilidad práctica de muchas de las nociones teóricas que ha aprendido, o, cuando menos, le hacen sentir su necesidad. Es el caso, por ejemplo, de la geometría que ha aplicado a la medición de la altura de un árbol o la anchura de un río, o de las nociones de astronomía que le permiten orientarse tanto de día como de noche. Del mismo modo, es indudable que al tomar contacto, durante sus actividades de exploración, con numerosos restos del pasado — iglesias, ruinas romanas, campos de batalla o castillos medievales —, su interés por la historia se acrecienta mucho más que con una lección teórica y abstracta.

Y, ¿quién no se da fácilmente cuenta de la extraordinaria importancia que tiene para la formación del carácter, la capacidad de *saberse desenvolver por sí solo en todas las situaciones* que nacen precisamente del directo contacto con la realidad concreta? Estoy plenamente convencido de que aquellos que en su juventud han aprendido a superar las más raras dificultades en las situaciones menos fáciles, se sentirán particularmente preparados para la *vida*; en este sentido, el esculismo ofrece un vasto campo a la elección, desde las dificultades que deben superarse al cocinar con un simple fuego al aire libre hasta las que nacen al construir una gran instalación o de la necesidad de orientarse sin brújula ni aparato alguno.

Verdaderamente es una escuela insustituible de confianza y de seguridad en uno mismo, fundamentos principales de todo carácter humano fuerte y rico en recursos.

Pero la observación más importante que, a mi parecer, debe hacerse a propósito del activismo scout, es que se ejercita en todos los campos de la educación: físico, técnico, intelectual, moral e, incluso, religioso, ya que es un gran mérito del escultismo haber insistido sobre una forma de piedad activa, en la que cada muchacho debe tomar parte viva y concreta. La comprobación de esta larga aplicación del método activo dentro del proceso educativo del escultismo será, precisamente, una de nuestras mayores preocupaciones.

Nótese, finalmente, que esta forma de educación activa, si bien nos lleva en el escultismo a una valorización de la formación personal del educando, nos permite, al mismo tiempo, satisfacer las exigencias de una concepción más social, ya que muy a menudo esta forma de educación se lleva a cabo en el seno de un grupo en el cual se precisa colaboraciones y ayudas recíprocas. En este sentido, la característica integral y activa del escultismo halla una fusión particularmente feliz y rica en óptimos resultados.

LOS VALORES PEDAGÓGICOS DEL JUEGO EN EL ESCULTISMO

Una de las principales consideraciones que hemos hecho para poder comprender el escultismo como un método educativo activo, ha sido el reconocimiento de la importancia que da al juego. En efecto, al hablar de *juego* — cuando menos si nos referimos a la educación scout—, debemos pensar en algo esencialmente activo, que no tiene nada que ver con la idea de pasatiempo ni con su concepto de facilidad y pasividad.

La importancia que el juego reviste en el escultismo viene determinada tanto por sus amplias posibilidades de aplicación, cuanto por el gran valor pedagógico que, según Baden-Powell, puede dársele. Incluso es necesario tener en cuenta que una buena parte de las principales actividades scouts, desde la vida de campamento a las numerosas y variadas técnicas, y desde la vida en la manada al sistema de patrullas, vienen presentadas a los muchachos bajo la forma de juegos. Juegos en los que, si quieren darles una auténtica función educativa, deben participar de una manera concreta y activa los mismos jefes.

«El escultismo — escribe Baden-Powell — es un alegre y gran juego al aire libre, con el que los chiquillos y los hombres que todavía conservan el espíritu juvenil pueden abandonarse conjuntamente al placer de la aventura — como el hermano mayor con el pequeño —, adquiriendo salud y alegría, conocimientos prácticos y aptitudes para salir adelante en cualquier circunstancia.»

Y además, como ya hemos afirmado anteriormente, toda la vida scout está concebida como un único gran juego, y lo que pide el muchacho que solicita su ingreso en el movimiento es poder, él también, «jugar a lobatos» o «jugar a exploradores, a scouts». Aquí radica, y ello no es difícil de comprender, el secreto del éxito, sin precedentes, que el escultismo ha tenido y continúa teniendo en el mundo juvenil, ya que el juego representa para los muchachos la máxima aspiración de su vida e incluso me atrevería a decir que el juego representa la única *cosa seria* que ellos pueden realizar, puesto que en él encuentran la posibilidad de satisfacer sus más íntimas exigencias y urgentes deseos, desde el de moverse y actuar al de *competir* con sus compañeros, y desde el instinto combativo al incontenible desahogo de sus ansias de rumor y alboroto.

Pero la función del juego dentro del escultismo no se reduce tan sólo a esta citada capacidad para atraer y satisfacer a los muchachos, sino que su importancia proviene, principalmente, de sus posibilidades educativas. El juego es, en efecto, el primer gran educador y, al llevar los muchachos al escultismo, nosotros les ofrecemos «juegos y actividades que a la vez que atractivos para los muchachos pequeños los educan con toda seriedad moral, material y físicamente».

A mi entender, esta afirmación es verdadera por dos razones fundamentales.

En primer lugar, porque desde el momento en que el juego es la expresión más genuina de los instintos naturales y de la mentalidad del chiquillo y del muchacho, se presta magníficamente para revelar, al educador, la índole y el carácter específico de cada muchacho, sus defectos y sus cualidades. Con el juego los chiquillos y muchachos se sienten libres y, sobre todo, dueños de hacer aquello que espontáneamente desean, cosa que permitirá al adulto que los observa con atención, deducir importantes conclusiones concernientes a la línea que deben seguir en su labor educativa.

En segundo lugar, es necesario reconocer que el juego, además de exigir que los muchachos

adquieran determinadas aptitudes para el buen éxito del mismo — cosa que hacen con placer e interés —, ayuda a desarrollar algunas de las cualidades morales y a combatir algunos de los defectos. De ahí que Baden-Powell haya podido decir con toda justicia que, a través de los juegos y, en especial, de los de equipo, se pueden inculcar los principios de obediencia a las reglas, el dominio de sí mismo, el entusiasmo, la fortaleza, la valentía, la capacidad de guiar a los demás, el altruismo, etc.

Veamos ahora algunos ejemplos concretos que nos sirvan para demostrar la exactitud de cuanto llevamos dicho. El espíritu de disciplina y el dominio de sí mismos son frutos directos de la existencia de unas reglas de juego que, por simples y reducidas que sean, limitan el entusiasmo y el ardor del muchacho, el cual, además, aprende a apreciar su existencia y su valor al ver que sin ellas ningún juego *serio* podría llevarse a término, y, al mismo tiempo, desarrolla, sin casi darse cuenta, su facultad de autodomínio. Es lo que con tanta exactitud observa Bernard Thorel (*Le scoutisme*) al decir que cuando se desobedece una regla en el transcurso de un juego, no se hace tanto por el gusto de desobedecer o por mala voluntad, cuanto por un comportamiento irreflexivo que, por ejemplo, induce al jugador a salir prematuramente, por simple curiosidad, de su escondrijo. Y es precisamente el dominio de sí mismo el que debe frenar este impulso.

Los juegos auténticamente scouts — que tienen como teatro de su acción el bosque y la naturaleza— exigen y desarrollan en los chiquillos la valentía y la fortaleza, o, mejor dicho, lo que Baden-Powell ha denominado «espíritu espartano», entendiéndolo como tal la dureza hacia uno mismo. En cualquier juego scout las ortigas y Zarzales, y las caídas, rasguños y violentos encontronazos, dejan siempre sus huellas más o menos profundas y más o menos dolorosas, pero la excitación del juego las hace soportar con extrema desenvoltura e, incluso, con la sonrisa en los labios. «Demostraciones de dolor por parte de un muchacho que se ha hecho un rasguño o que se ha herido en alguna otra forma en cualquier incidente del juego deberán quedar suprimidas por medio de la burla, salvo, por supuesto, cuando la herida no sea leve. He aquí una excelente oportunidad para enseñar a los chiquillos a ser varoniles y, por tanto, hay que aprovecharla lo mejor posible.»

Además, al jugar a menudo y siempre mejor, el muchacho logrará desprenderse del terrible defecto consistente en discutir y gritar continuamente para tener siempre la razón. Conseguir esto no es fácil, pero poco a poco se logrará que los chiquillos jueguen no para vencer cueste lo que cueste, sino con el fin de divertirse conjuntamente y, tratándose casi siempre de juegos colectivos, se habituarán a jugar no sólo para sí mismos, sino en beneficio de su equipo, cosa que servirá a las mil maravillas para educar su altruismo y para superar su egoísmo natural.

Finalmente, y por lo que concierne sobre todo a los juegos técnicos — los que requieren la aplicación de determinadas técnicas, como la topografía, la señalización, la observación, etc. —, es evidente que la necesidad, o mejor dicho, el deseo de quedar bien es un potente estímulo que induce al muchacho a prepararse seriamente y, por tanto, a conocer a fondo aquellas técnicas.

Así pues, es tan evidente el alto valor educativo del juego que sorprende enormemente ver con cuánta dificultad lo aprovechan los métodos educativos tradicionales.

De todas maneras, vale la pena fijarse en que no es posible considerar al juego como educativo *in se*, ya que es del todo necesario que se sepa darle este sentido educativo. El juego es capaz, casi siempre, de interesar a los muchachos, pero no de educarlos, ya que es suficiente que sus reglas no sean lo bastante claras o que el jefe no sepa hacerse respetar o, incluso, que sólo se tenga en cuenta su aspecto de pasatiempo o diversión, para que desaparezca todo su

valor pedagógico.

Y todavía debe hacerse una última observación respecto a la posición que el juego tiene en el seno del escultismo.

En efecto, para que sea posible obtener todos estos resultados que acabamos de señalar, es necesario que los juegos se adapten perfectamente a la edad de los muchachos a que se destinan. Éste es, precisamente, el motivo principal que justifica muchas de las diferencias existentes entre la actividad lúdica de los lobatos y de los scouts, aunque reconozcamos que en unos y otros existe siempre un fondo y un carácter únicos.

Así, por ejemplo, en la manada se prefieren juegos no demasiado largos, ya que difícilmente el chiquillo de nueve o diez años es capaz de fijar su atención sobre una sola cosa durante mucho tiempo, y de manera preferente se utilizarán pequeños juegos que exigen algunas de las capacidades físicas e intelectuales que luego serán de gran utilidad en la tropa: trepar, juegos de pelota, de equilibrio, de observación a corta y larga distancia, etc. Además, se insistirá sobre los juegos que comportan una actividad manual muy precisa, de acuerdo con el típico gusto de los chiquillos por el mundo concreto hacia el cual dirigen más fácilmente su atención y voluntad.

En cambio, en la tropa, el juego debe ser más rudo y, sobre todo, más *intelectual*, debido a que los muchachos de trece a catorce años tienen una mayor capacidad para expresar ideas, para *pensar* en el juego. Precisamente, yo creo que esta característica

— reflexionar y saber decidir por sí mismo — es el fin principal del auténtico juego scout. De ahí que su más feliz fórmula sea la del «gran juego», en el que, junto a una actividad intensa y *ruda* tiene extraordinaria importancia el aspecto *táctico*, el *plan* que debe pensarse primero y realizarse luego: táctica y plan que si bien se desprenden de la misma estructura del juego, deben nacer de la iniciativa, de la sensibilidad y de la imaginación de cada jugador o de cada grupo de jugadores. De lo que se desprende, una vez más, la necesidad de que el jefe sepa realizar a la perfección su *cometido*, puesto de manifiesto en esta ocasión en la manera como estructura juegos que sean, a la vez, interesantes, lógicos (nadie como los muchachos se fija en la lógica de una acción o de un comportamiento) y capaces de permitir el libre desarrollo de la voluntad y de la inteligencia de quienes deban jugarlos.

A todas estas particularidades del juego súmase aún su capacidad para desarrollar en los muchachos la alegría de vivir. En el juego, más que en ninguna otra actividad, el muchacho siente en lo más íntimo de su ser la belleza de la vida cuando es vivida, como enseña el escultismo, con atención y seriedad, y cuando, como en el juego, es el fruto de una constante preparación y de una continua voluntad de acción.

LA IMPORTANCIA DE LA NATURALEZA Y SU FUNCION EDUCATIVA

Como los juegos, también la naturaleza ocupa una situación importantísima en el escultismo y debe considerársela como una de sus condiciones indispensables. Y, también como en los juegos, debemos reconocer que lo que el escultismo valora y aprovecha es su característica activa, tanto por lo que respecta a su función de medio ambiente en el que se desarrolla la vida de sus muchachos, cuanto en el sentido de que su conocimiento requiere, de los mismos, una atención esencialmente activa.

En los capítulos siguientes tendremos ocasión suficiente para ver el significado y la función de la naturaleza en el campo de la educación física y de la formación técnica; por el momento, baste con afirmar, que, según el pensamiento de Baden-Powell, una y otra no serían posibles sin el precioso concurso de la naturaleza, que, con sus grandes dificultades y posibilidades, representa el mejor medio para poner a prueba y utilizar todas las nociones adquiridas por los muchachos durante su vida scout. Como escribe H. Bouchet (*Psychologie du scoutisme*), quien dice vida en el bosque dice necesidad de espabilarse utilizando todos los recursos que él nos ofrece y de prevenir todos sus inconvenientes aprendiendo a conocer sus peligros.

La vida en los bosques (expresión que, si se da al escultismo su justo sentido, puede considerarse equivalente a «vida scout») presupone el saber levantar una tienda, defenderse de la lluvia y de las invasiones de agua, encender fuego escogiendo la leña más adecuada y sin necesidad de ningún papel, vivir un día entero alimentándose únicamente de los recursos naturales que el bosque nos ofrece, cocinar los alimentos y cocerse el pan, y conseguir — con ramas, arbustos, hojas, etc. — el acomodo mínimo del que tan orgullosos están los scouts.

Añádase, todavía, los extraordinarios beneficios que comporta, para el desarrollo físico de los muchachos, la habitud de realizar, en el mundo de la naturaleza, las principales actividades scouts, desde el juego a la simple marcha, desde la noche bajo una tienda hasta la aplicación de las numerosas técnicas.

De todas maneras, no debe creerse que la importancia de la naturaleza en cuanto a la vida escultista, se termine simplemente con su función fisicotécnica. En efecto, y según Baden-Powell, el conocimiento de la naturaleza — que tiene, en el escultismo, una importancia muy notable desde el punto de vista educativo — nos ofrece el mejor medio para ensanchar el espíritu y el pensamiento de los muchachos.

Detengamos un poco nuestra atención sobre este punto, puesto que ha inducido a malentendidos e incomprensiones no sólo de aquellos que desconocen el escultismo, sino incluso de algunos de los que lo practican.

El conocimiento de la naturaleza, para que sea verdaderamente educativo, no debe limitarse al frío estudio de las clasificaciones y de la nomenclatura — cosa que nos llevaría al tedio —, sino que debe «tener su punto de apoyo en el contacto personal con la naturaleza y en la observación» (Pino Fagnani, *Il mió albero*), o, con otras palabras, que debe ser el resultado de la actividad individual o conjunta. Dirigiéndose a los jefes, Baden-Powell dijo que no debían enseñar con lecciones, sino alentar a los muchachos a descubrir las cosas por sí mismos, como parte integrante de su formación y no, solamente, como estudio particular de Historia Natural. «Un individuo que vive en el bosque es

necesario que conozca todos los secretos de la vida al aire libre; los scouts deberían poseer iguales conocimientos.»

Muchos jefes encuentran muy difícil interesar a los muchachos en este conocimiento, pero si fueran ellos mismos los que sintieran ansia de aprender y los que mostraran su entusiasmo y su gusto por la naturaleza, descubrirían inmediatamente que se trata de una cosa muy sencilla, porque al igual que todo muchacho, también los scouts sienten la necesidad de descubrir los nidos de los pájaros y las madrigueras de los conejos, de domesticar un pequeño animal o de observar — incitándola incluso — las fases más interesantes de una lucha entre un perro y un gato. Según Baden-Powell, es ésta, precisamente, una de las tendencias naturales en los muchachos que deben aprovecharse, haciéndoles comprender cuánto más interesante es ver, por ejemplo, cómo los pájaros cuidan de sus pequeñuelos y les enseñan a volar y a alimentarse, antes que dedicarse a robar sus huevos o a destruir los nidos y madrigueras tan fatigosamente construidos.

Desde este punto de vista, la naturaleza nos ofrece un campo ilimitado para la investigación y la observación. Baste pensar en las innumerables posibilidades de estudiar los hábitos y el comportamiento de los pájaros, de los cuadrúpedos, de los reptiles o de los insectos; de asistir a sus juegos y a sus luchas; de seguir sus pistas y distinguir sus huellas; de fotografiarles de cerca, después de largas esperas. Y baste pensar, finalmente, en todas las observaciones que nos permite hacer un bosque, un riachuelo, un prado, una colina o una montaña.

Pero la práctica del escultismo no se limita a suscitar y desarrollar este gusto por la observación

— que, de todas maneras, ya tiene un enorme valor pedagógico —, sino que, al mismo tiempo, invita al muchacho a una serie de deducciones que sirven para acrecentar la agilidad de su inteligencia. Además, todo scout que haya comprendido la inmensa riqueza que la naturaleza le ofrece, se habituará a anotar en una especie de diario — el llamado «Libro de caza» — todas sus observaciones y deducciones, aprendiendo, así, a expresarse con facilidad y — secreto de todo hombre culto — a capacitarse para fijar de manera clara y completa todas sus experiencias y poder luego reflexionar sobre las mismas.

En este momento tengo muy presente en mi mente la labor de una patrulla que, recientemente, ha estudiado, después de haberse construido una incubadora, las varias fases que van desde el huevo hasta el nacimiento del polluelo. Los resultados alcanzados por esta patrulla — tanto desde el punto de vista de su entusiasmo e interés, cuanto por el valor real de su experiencia — demuestran y me confirman en el gran significado educativo de este aspecto de la vida scout. Asimismo, ello nos demuestra que, en el fondo y mientras se tenga espíritu de iniciativa, esta actividad es siempre posible y que, a la vez, puede ser un óptimo incentivo para entusiasmar a los muchachos — incluso en su vida privada — en la construcción y planificación de instrumentos y objetos útiles e interesantes. No es el momento, ahora, de empezar a hablar de los trabajos manuales, pero es preciso hacer notar que el estudio de la naturaleza, entendido tal como acabamos de ver, va muy ligado con aquéllos.

Y todavía, en el contacto directo con la naturaleza, existe otro punto interesante. Tal como hace notar explícitamente el propio Baden-Powell, los muchachos encuentran en él la manera de cultivar su instinto religioso y de desarrollar y afinar su sentido estético. En el primer caso, en efecto, hay que reconocer que desde el punto de vista de la religión la naturaleza nos ofrece, para los muchachos, las mejores enseñanzas y prédicas: «Las plantas

de todas clases, con sus flores, cortezas, follaje y frutos; los animales, sus especies, sus hábitos; las estrellas en el firmamento, con sus lugares señalados y sus órbitas fijas en el espacio, nos dan la primera concepción del infinito y de la inmensa obra del Creador, en la cual el hombre no es más que una ínfima parte. Todo esto tiene gran fascinación para la juventud; atrae su curiosidad, su poder de observación, y la conduce directamente a reconocer la mano de Dios en las maravillas del universo, con sólo que haya una persona que se las muestre.» Se trata, en efecto, de un verdadero y auténtico «*itinerarium mentis ad Deum*» — según palabras del Padre Sevin —, que, de ninguna manera, debe hacer pensar en una nueva forma de panteísmo, desde el momento en que la idea de Dios se identifica con la del Creador y el Padre de todos.

En el segundo caso, es necesario reconocer que el hábito de admirar las bellezas de la naturaleza y el gusto por todo lo que ella nos presenta, infinitamente grande o pequeño, es uno de los medios más adecuados para desarrollar o para hacer nacer en los muchachos su sentido estético. Los muchachos, en efecto, se acostumbrarán a admirar, se encuentren donde se encuentren, todo lo que de bello se les presente, aprendiendo a hacer suya aquella actitud del que siempre está dispuesto a considerar, por encima de todo, el lado bueno de las cosas. Actitud que, en mi opinión, es uno de los más importantes resultados a que puede aspirar cualquier método educativo, ya que trátase del mejor camino para conseguir una interpretación optimista de la existencia, premisa indispensable — sin duda alguna — para todo *triumfo* en la vida. Como escribe Baden-Powell en su *Último mensaje* — dirigido a todo el escultismo poco antes de su muerte—, «el estudio de la naturaleza os enseñará cómo ha llenado Dios de cosas bellas y maravillosas este mundo, para que lo podáis gozar». Y, en otra ocasión: «Fijándose en el espíritu de la naturaleza, presente en los bosques, el alma mezquina de los hombres se desarrolla y se abre. La vida al aire libre es, por excelencia, la escuela de la observación, la escuela que enseña a comprender las maravillas de un universo maravilloso.»

Finalmente, debemos reconocer que la vida en medio de la naturaleza tiene todavía un último y gran valor: el de satisfacer de manera total el instintivo gusto por la aventura y los riesgos, propio de los muchachos de catorce y quince años. ¿Qué mayor aventura que la de recorrer, silenciosa y cautelosamente, kilómetros y kilómetros de bosque, o el de velar, en compañía de otro compañero, durante una noche oscura y llena de apasionantes secretos? ¿Y qué otra aventura ofrece tantas posibilidades al educador para formar el carácter y la espiritualidad de sus muchachos?

Así pues, un escultismo doméstico, limitado a unas pocas actividades urbanas o, peor aún, a un local cerrado, no tiene sentido alguno y de ninguna manera puede seguir existiendo. El scout es hombre de bosque y la naturaleza es su ambiente preferido.

CAPITULO IV

LA EDUCACIÓN MORAL Y RELIGIOSA

TODO muchacho sabe perfectamente, porque lo ha experimentado numerosas veces él mismo, que un juego cualquiera, para que resulte interesante y divertido de verdad, tiene que fundarse sobre determinadas reglas y normas que deben ser respetadas por todos y cada uno de los jugadores. Un partido de fútbol, por ejemplo, requiere, para que satisfaga a quienes lo juegan, una total observancia de sus numerosas reglas (jugar el balón sólo con los pies, intentar el gol sin caer en falta, etc.) y no basta con dar patadones a la pelota sin ton ni son. De la misma manera, también el escultismo, que se presenta como una especie de "gran juego", exige de los que quieran jugarlo una estricta observancia de sus normas y de sus reglas. Estas son, como fácilmente puede comprenderse, la promesa y la ley, que, sin más, pueden considerarse como el alma del escultismo y la base sobre la que se funda la educación moral de los scouts.

Quien no sepa adecuar su conducta y su vida a la promesa y a la ley, no puede ser, en manera alguna, scout, y no puede participar, por tanto, en el gran juego del escultismo. Intentemos, pues, un acercamiento a la promesa y a la ley, y esforcémonos para comprenderlas a la luz de la mentalidad y de la psicología de los muchachos.

LA LEY SCOUT

«Los exploradores de todo el mundo obedecen a leyes que nadie ha escrito, pero que les obligan como si fueran impresas. Estas leyes nos han sido transmitidas desde los más remotos tiempos... Aprended, pues, a conocerlas a fondo.» Como puede verse, al presentar la ley a los muchachos Baden-Powell no hace uso de palabras abstractas y teóricas con el fin de demostrar la exactitud de su redacción y su adecuación a la moral cristiana, sino que se limita a presentarla como la transcripción del código observado, desde los más remotos tiempos, por todos aquellos que despiertan su admiración: exploradores, pioneros, misioneros, caballeros, héroes y santos. He ahí por qué la formulación lingüística no debe llevarnos a engaño y hacernos pensar que se trata, tan sólo, de una recopilación de preceptos generales, no *sentidos* por los muchachos, sino impuestos desde fuera. Por el contrario, trátase de unas normas que todo scout siente como obvias para todo aquel que quiera hacer suyo un determinado ideal de vida y que, por tanto, pueden considerarse como el producto de sus propias reflexiones. Ni debe pensarse, tampoco, que el jefe o el consiliario tienen que *enseñarlas abstractamente*, escolásticamente; lo que debe hacerse es hacerlas vivir concretamente y hacer comprender, de manera directa, su oportunidad y su valor. De ahí la importancia de los comentarios del propio Baden-Powell sobre cada uno de los diez artículos de la ley scout; ellos nos presentan su aspecto práctico y concreto.

Veámoslos, pues, según su primera redacción (véase la versión actual, en el *Apéndice III*):

Artículo 1.º El scout cifra su honor en ser digno de confianza.

«Si un scout dice: "Por mi honor, esto es así", significa que así es, tal como si hubiera hecho la más solemne promesa. De igual manera, si un jefe dice a un scout: "Yo confío en que por tu honor harás esto", el scout está obligado a obedecer aquella orden lo mejor que pueda y a no permitir que ningún obstáculo se le interponga. Si un scout faltara a su honor diciendo una mentira o no cumpliendo una orden con exactitud, cuando se hubiere fiado en su honor que así lo haría, se le puede pedir que devuelva su insignia y que jamás la vuelva a usar. Se le puede pedir también que deje de ser scout.»

Artículo 2.º El scout es leal con su patria, padres, superiores, jefes y subordinados.

«Deberás serles fiel contra viento y marea, delante de sus enemigos, o ante las personas que se expresen mal de ellos.»

Artículo 3.º El deber del scout es ser útil y ayudar a sus semejantes.

«Deberá cumplir con su deber, sobre todo, aunque tenga que sacrificar su placer, su comodidad o su seguridad. Cuando encuentre difícil saber cuál de dos cosas debe hacer, se preguntará a sí mismo: ¿Cuál es mi deber?, es decir, ¿Qué es lo mejor para los demás?, y ejecutar ésa. Deberá estar *siempre listo* para salvar una vida o para ayudar a un herido y deberá hacer *cuanto pueda para ejecutar una buena acción diaria* en favor de alguna persona.»

Artículo 4.º Un scout es amigo de todos y hermano de cualquier otro scout sin distinción de país, clase social o religión.

«Así, si un scout encuentra a otro scout, aun cuando le sea desconocido, deberá hablarle y ayudarlo en cuanto pueda, ya sea en el desempeño de sus obligaciones en ese momento, o alimentándolo, o hasta donde pueda en lo que necesite. Un scout jamás debe ser un *snob*; un *snob* es aquel que ve por encima del hombro a otro porque es pobre, o el que es pobre al que es rico. El scout acepta a los otros hombres tal como son y saca de ello el mejor partido posible. A Kim⁶ se le llamaba "el pequeño amigo de todo el mundo" y tal es el título que todo scout

⁶ Kim es el muchacho protagonista de la novela homónima de R. Kipling, propuesto por Baden-Powell a los scouts como modelo concreto que imitar.

debería conquistar para sí.»

Artículo 5.º El scout es cortés.

«Es decir, es afable, especialmente con las mujeres, con los niños, con los ancianos y con los inválidos o lisiados. Y jamás deberá recibir recompensa por haber prestado ayuda o haber sido cortés.»

Artículo 6.º El scout es amigo de los animales.

«Les deberá evitar cualquier sufrimiento, no deberá matar a ninguno sin necesidad, ya que son criaturas de Dios. Se permitirá, sin embargo, que mate a un animal para conseguir alimento o porque sea dañino.»

Artículo 7.º El scout obedece sin replicar órdenes, de sus padres, de su jefe de patrulla o de su jefe de tropa.

«Aun cuando reciba una orden que no le guste debe hacer lo que los soldados y los marinos, lo que haría con respecto a su capitán del equipo de fútbol, cumplirla *porque es su deber*. Después de haberla cumplido, podrá hacer valer las razones que tenga en contrario; pero sólo después de haberla ejecutado sin vacilar. Esto es lo que se llama disciplina.»

Artículo 8.º El scout sonríe y silba en sus dificultades.

«Cuando reciba una orden debe obedecerla con alegría y prontitud, nunca con desgana. El scout nunca murmura en sus dificultades ni echa la culpa a los demás, ni refunfuña, sino que silba y sonríe. Cuando se pierde el tren o alguien le pisa a uno un callo — esto no quiere decir que los scouts tengan callos o cosas parecidas — o en cualquier otra circunstancia, deberá hacer un esfuerzo para silbar alguna tonada y en seguida todo habrá pasado.»

Artículo 9.º El scout es ahorrativo.

«Es decir, ahorra todo el dinero que puede y lo deposita en el Banco, para tener con qué sostenerse cuando se encuentre sin trabajo, y así no ser una carga para los demás; o para tener dinero para dar a otros que lo necesiten.»

Artículo 10.º El scout es puro de pensamiento, palabra y obra.

«Es decir, desprecia a la juventud necia que habla de cosas sucias, no se deja llevar de la tentación ni en sus conversaciones ni en sus pensamientos y jamás ejecuta una acción sucia. El scout conserva limpia su mente y es varonil.»

LAS VIRTUDES HÁBITOS PROPIAS DEL ESCULTISMO

La primera consideración que, de manera espontánea, surge de la ley propuesta por Baden-Powell — aceptada casi literalmente por todas las Asociaciones Scouts del mundo — es que no se trata de una ley en el sentido común del término, por cuanto no dice: se debe, se puede, no se debe, no es permitido, etc., sino que, sin más, propone una serie de definiciones o, si se prefiere, formula la comprobación de unos hechos.

Esta diversidad está muy claramente explicada por Roland Philipps en sus *Lettres á un chef de patrouille*: «Un inglés sigue siendo inglés aunque viole continuamente las leyes de su país, pero un scout que falte a su ley no puede seguir siéndolo, ni por un instante más... Los diez artículos de la ley anuncian *hechos, definiciones*. El jefe nos dice: He ahí un scout, un hombre de honor, leal, cortés, bueno, alegre, obediente, puro, etc. Quien no se esfuerce por ser así, no puede ser scout y no podrá llevar mucho tiempo la insignia.»

Ya hemos hablado de la importancia que dentro del escultismo se da a la confianza en el muchacho; la ley es la mejor prueba de ello, ya que, en definitiva, se deja al mismo muchacho la responsabilidad de autojuzgarse y de decidir si su vida y su comportamiento corresponden perfectamente al modelo propuesto. Además, y según mi opinión, esta manera de proceder responde muy bien a la psicología de los muchachos, que tienen un especialísimo interés en ser considerados seriamente y en sentir

— como dice el primer artículo de la ley — que los jefes o, en general, los adultos, tienen confianza en él.

También los restantes nueve artículos se basan en aspectos característicos de la naturaleza biológica o espiritual de los muchachos: desde la alegría que sienten cuando se les confía un encargo importante — o que ellos consideran como tal — hasta la necesidad de realizar actividades físicas que pueden convertirse (artículo 3.º) en una serie de actividades de tipo utilitario ; desde el deseo de estrechar lazos de amistad y afecto con todo el mundo (artículo 4.º) a la satisfacción de ser un auténtico y cortés caballero (artículo 5.º); desde su interés y curiosidad hacia el mundo de los animales, que se transforma en un amor total por la naturaleza (artículo 6.º), al deseo de obedecer libremente (artículo 7.º); desde su irresistible sentido del humor, que se aprovecha como medio fundamental para superar las dificultades (artículo 8.º), hasta un sentido del ahorro que les permite hacer magníficos y fantásticos proyectos (artículo 9.º) y la íntima satisfacción de sentirse mucho más en *forma* que todos sus compañeros que, tontamente, buscan divertirse por medios torpes e ilícitos (artículo 10.º).

A mi entender, el secreto de la educación moral del escultismo consiste precisamente en eso, en dar al muchacho la posibilidad de sentirse distinto de todos los demás, por mejor y por más respetado. En el fondo, éste es el motivo por el cual la insignia escultista ejerce una fascinación tan fuerte y decisiva sobre casi todos los muchachos.

Pero, ¿qué significa el que la ley scout esté formulada como una recapitulación de definiciones? A este propósito, las respuestas que pueden darse creo que son dos.

La primera es que se trata de una ley eminentemente positiva, y la segunda es que las virtudes que en ella se afirman están concebidas como auténticos y verdaderos hábitos o, todavía mejor, como los *habitus* de la mente y del alma de cada scout.

En efecto, si se consideran atentamente todos los artículos de la ley, no es difícil darse cuenta de que cada uno de ellos invita a los muchachos a *hacer* alguna cosa o a *ser* de una cierta manera; y,

sobre todo, no es difícil comprobar — especialmente si se consideran los comentarios de Baden-Powell subsiguientes a cada artículo — que todo cuanto se pide a los muchachos no son cosas irrealizables y muy difíciles de ser comprendidas por ellos, sino que, por el contrario, se trata siempre de cosas reales y concretas, que pueden integrarse sin dificultad alguna en la vida de cada día. La confianza que merece todo scout encuentra infinitas maneras de ponerse en evidencia a través de las numerosas misiones que se le encomiendan dentro de la vida de patrulla o durante las excursiones y campamentos; la lealtad se pone a prueba, ante todo, en los innumerables juegos que requieren una leal observación de las reglas, de manera que en los juegos puede concretarse el espíritu de la caballerosidad y de la cortesía mutua; la ayuda al prójimo tiene un campo vastísimo para practicarse en la ruda vida de los bosques y nada hay más favorable para las mejores acciones que la vida de campamento, donde, ciertamente, no son pocos los servicios pesados o antipáticos; el amor a la naturaleza es tan esencial en la vida scout que incluso puede considerarse superflua cualquier consideración particular a este respecto; la rápida obediencia y la sonrisa constante son cualidades exigidas a los scouts durante todas sus actividades; y, finalmente, el espíritu de economía y de sobriedad encuentran frecuente manera de desarrollarse en la vida de patrulla y durante los campamentos, en los que cualquier derroche innecesario se considera como un deshonor y una gran falta.

Pero, desde un punto de vista concreto, uno de los elementos principales de la formación moral del escultismo es, sin duda alguna, la práctica de la «buena acción» (llamada, comúnmente, la *B. A.*), que desde el día de la promesa representa el primer deber de todo muchacho. Así, pues, cada mañana hará un pequeño nudo en la extremidad de su *foulard* (pañuelo de cuello) o, en la vida ordinaria, inventará algún sencillo sistema (nudo en el pañuelo, piedra en un bolsillo, reloj en la muñeca derecha en lugar de la izquierda, etc.), que le recuerde, constantemente, su más importante deber. También aquí la libertad dada al muchacho es total, puesto que ningún jefe controlará, salvo cosas excepcionales, si ha hecho o no la *B. A.*, y puesto que la elección de la buena acción es una cosa absolutamente personal y cada muchacho está muy orgulloso cuando imagina haber descubierto la manera de hacer una nueva *B. A.* En la realidad, estas buenas acciones se adaptan perfectamente a las distintas edades, desde las que realizan los lobatos hasta el *servicio* característico de los rovers. Lo importante es que se trate de una acción en la que difícilmente hubiera pensado un muchacho no scout y que, dentro de lo posible, quede ignorada a los ojos de los demás. En el escultismo, la *B. A.* debe ser interpretada como un servicio o una ayuda prestada a alguien que, generalmente, no sabrá jamás quién ha podido hacérsela. De esta manera, el muchacho, además de aplicar su pensamiento y su voluntad hacia un sentido altruista por un período de tiempo no siempre muy breve, aprende a servirse últimamente de las técnicas de la observación y, al mismo tiempo, desarrolla el placer de hacer el bien aceptando, como única recompensa, la íntima satisfacción de haberlo hecho. Y, ¿qué mejor camino que éste para llevarnos hacia una formación social en el sentido más auténtico y profundo de la palabra?

En cuanto a la segunda respuesta que hemos formulado, es, también, muy clara y comprensible: todas las virtudes o cualidades que la ley intenta desarrollar, deben convertirse en hábitos o, mejor aún, en maneras espontáneas de nuestro actuar. Baden-Powell afirma que para que una virtud lo sea de verdad debe convertirse en una auténtica «disposición constante» de la personalidad de un hombre, de tal manera que éste actúe virtuosamente sin darse cuenta de ello y sin que deba efectuar ningún esfuerzo especial. He aquí por qué se debe hablar, como ya hemos dicho anteriormente, de un *estilo* y de un *tipo scouts*; en realidad, la finalidad que se propone el escultismo es la de crear en los muchachos una tal mentalidad que les haga considerar como algo absurdo y casi imposible el comportarse deslealmente, o el no ser corteses, obedientes, serviciales, alegres y puros. Quien haya experimentado personalmente este tipo de educación sabe muy bien que todo esto no son fórmulas

abstractas y, por tanto, vacías de un efectivo interés, sino que se trata de una posibilidad que, muy a menudo, se convierte en una realidad concreta.

Por consiguiente, puédesse afirmar que el adulto educado en el escultismo se enfrenta a la vida con una mentalidad que fácilmente podemos juzgar como contraria a la mentalidad corriente, ya que la lealtad, el altruismo, el sentido del honor, la fidelidad, etc., no son virtudes demasiado a la orden del día. En cambio, para él, todo ello será natural y no le comportará fatiga alguna la aplicación de la ley que ha presidido su juventud hasta llegar a su nueva vida de hombre adulto. Naturalmente, esto no quiere decir que todos aquellos que han recibido la educación scout sean perfectos; no sería ni lógico ni honesto el afirmarlo, puesto que de la misma manera como en los muchachos no faltan las caídas y los momentos de crisis, es comprensible que luego se repitan estas caídas y estos momentos críticos. Y todavía podemos afirmar que si se examinan la ley y los hábitos que de ella se derivan desde el punto de vista del hombre, nos daremos cuenta, fácilmente, de que ellos tienen un valor y una importancia aún mayores, puesto que cada uno de ellos representa, en el fondo, una reacción frente a las diversas causas de las cuales nace la crisis de nuestro mundo⁷.

⁷ Para un adecuado comentario de la ley desde el punto de vista, véase: G. Mira, *Noi e la società*

LA PROMESA SCOUT Y EL SENTIDO DEL HONOR

Junto a la ley, no debemos olvidar la promesa que, para todo scout, representa el momento más importante de su vida dentro del escultismo, como demuestra la solemnidad de la ceremonia con que un muchacho es aceptado oficialmente en el movimiento. Con la promesa, el muchacho — después de haberse declarado dispuesto a aceptar como propio el ideal de vida característico de los scouts y después de haber dado pruebas de su buena voluntad durante un período más o menos largo — escoge, con un acto absolutamente libre y personal, la ley scout como su propio código, y se compromete ante Dios, sus jefes, sus compañeros, sus padres y, sobre todo, ante sí mismo, a «hacer cuanto de él dependa para cumplir sus deberes para con Dios y la patria, para ayudar al prójimo en toda circunstancia»; y el compromiso viene subrayado, de manera inequívoca, al decir que lo promete «por su honor».

«Esta promesa —comenta Baden-Powell— es muy difícil de cumplir, pues es una promesa muy seria y ningún scout puede considerarse como tal si no hace cuanto puede por cumplirla. Todas las promesas son siempre importantes y no se debería nunca dejar de cumplirlas, pero cuando se promete una cosa por el propio honor se debería morir antes que faltar a la misma. Ya veis, pues, que el escultismo no es sólo diversión; requiere también mucho de vosotros; pero yo sé que se puede confiar en que haréis cuanto os sea posible por cumplir vuestra promesa.»

Para un observador externo que considere de manera superficial la promesa, quizá le parezca fuera de lugar el que se invite al muchacho a asumir un compromiso que juzgado con la mentalidad corriente se nos aparece como demasiado superior a sus fuerzas; además, quizá se considere un error pedagógico comprometer tan pronto su honor, sabiendo desde un principio que muchas veces actuará en desacuerdo con el compromiso contraído y, por tanto, habituándolo a considerar con cierta ligereza el concepto mismo del honor; el uso del término, de una manera fácil y frecuente, determinaría una pérdida, en profundidad y eficacia, de su sentido.

Por mi parte puedo afirmar, basándome sobre todo en experiencias directas, que estos y parecidos temores son totalmente infundados. Obsérvese, ante todo, que la promesa scout no debe confundirse, en modo alguno, con un juramento, y, en segundo lugar, téngase muy presente que el muchacho promete por su honor «hacer cuanto de mí dependa». Esto significa que el contenido de la promesa es atenuado de manera suficiente para impedir que nazcan, en el muchacho, sentimientos tan peligrosos para su desarrollo espiritual como los de opresión o culpabilidad. Tampoco debe pensarse que se disminuya en demasía el concepto del honor, ya que él nace, precisamente, de un compromiso tomado con entera libertad y que, además, se renueva periódicamente.

Quede claro, pues, que es muy importante que los muchachos comprendan exactamente el sentido de la palabra *honor*, cuyo significado, por otra parte, no debe pensarse que sea excesivamente complejo. En realidad, yo creo que la mejor definición del honor es la que nos ha dado Baden-Powell y que se acostumbra utilizar en la ceremonia de la promesa; cuando el muchacho que debe pronunciarla se presenta ante su jefe, éste le pregunta: «¿Sabes lo que significa tu honor?», a lo que él responde: «Significa que se puede confiar en mi veracidad y honradez.» Ningún muchacho, por joven que sea, tiene dificultad alguna en comprender esta respuesta, que permite, a su espontáneo deseo de autonomía y libertad, un modo muy oportuno para desarrollarse y autocontrolarse. Además, es suficiente asistir a una de estas ceremonias para darse cuenta inmediatamente de la importancia que los muchachos dan al acto que están realizando; no hay ni uno solo de ellos que, a

causa de su emoción, sepa recitar perfectamente el texto de la promesa, que, en cambio, tantas veces han repetido con entera seguridad y sin error alguno.

Aparte cualquier otra consideración, no puede existir ninguna duda de que el sentimiento del honor — así interpretado y desarrollado — representa, como dice Baden-Powell, una de las principales cualidades que informan el carácter de un hombre. Así pues, éste no se dejará llevar tan fácilmente a engañar al prójimo o a anteponer su propio interés al de los demás, sino que sentirá en su interior un formidable impulso hacia una vida mejor y hacia una conducta siempre más controlada y responsable.

Y éste es, precisamente, el primero y más evidente valor pedagógico de la promesa. Pero todavía hay más.

En efecto, mientras con la ley las virtudes que se toman en consideración son esencialmente virtudes *naturales* y el ideal que se propone va dirigido, ante todo, a formar al *hombre*, con la promesa, en cambio, el factor religioso se nos aparece como el principal, ya sea en el sentido de que lo que primero se promete es cumplir los deberes para con Dios, ya sea en el de que, al prometerlo por su honor, el muchacho se viene a poner en contacto directo con Dios. La fórmula citada de «por mi honor» le da, de manera más o menos clara, la sensación de que existe un testigo de su acto mucho más importante que sus compañeros, sus jefes o sus padres, un testimonio que estará siempre presente, sea donde sea, que tiene el privilegio de escrutar sus pensamientos hasta lo más hondo de su ser, y que, en definitiva, se confunde con su propia conciencia. He ahí por qué —y según mi parecer, muy oportunamente— el A. S. C. I. ha añadido a esta fórmula tradicional⁸: «Con la ayuda de Dios», afirmación que expresa con toda claridad esta presencia viva de la divinidad en el alma del muchacho. Precisamente es esta llamada directa a Dios lo que da a la promesa su fundamental característica de ser siempre el fruto de una libre y personal elección por parte de quien la pronuncia. Ninguna solicitud externa — sea del amigo más querido, del hermano o de los propios padres — puede hacer decidir a un muchacho a pronunciar la promesa cuando en realidad no la siente o cuando no se vea capaz de mantenerse fiel a la misma; y, jamás, ningún jefe forzará a un muchacho a pronunciarla contra su voluntad.

Todo ello significa, de manera evidente, que el escultismo pone como base del mismo un acto religioso, ya que no hay duda alguna que, a través de la promesa y del compromiso ante Dios que ella representa, incluso la ley adquiere una matiz eminentemente religioso. De ahí la insistencia con que Baden-Powell recomendó a los jefes que cuidaran de la educación religiosa de sus muchachos, cosa que, por otra parte, es una de las exigencias más universalmente reconocidas en cualquier método verdaderamente educativo; y de ahí, también, la necesidad de considerar el aspecto más típicamente religioso de la educación scout, en estrecho contacto con su aspecto moral.

⁸ Todas las Asociaciones Católicas del mundo utilizan formas equivalentes («con la ayuda de Dios», «con la gracia de Dios», etc.), a la del A. S. C. I. — (N. del T.)

LA RELIGIÓN Y SU IMPORTANCIA EN LA EDUCACIÓN SCOUT

Después de todo cuanto hemos dicho, es obvio que en el ámbito de la educación scout la religión tiene una importancia principalísima, por cuanto, estando estrechamente ligada a la educación moral, representa incluso su fundamento. Además, es el propio Baden-Powell quien lo dijo con toda claridad: «Una organización como la nuestra faltaría a su finalidad si no infundiera en sus asociados la práctica de la religión.»

Además, Baden-Powell estaba convencido de que en la educación tradicional siempre se había caído en el error de una mala enseñanza de la religión: « Si se hablara de la religión como de una cosa necesaria para la vida cotidiana, no perdería nada en profundidad y, en cambio, ganaría en eficacia. La religión puede y debe ser enseñada a los pequeños, pero ni de una manera edulcorada ni misteriosa ni lúgubre. Los muchachos están totalmente dispuestos a aceptarla si se les presenta bajo su aspecto heroico y como una cualidad natural de todos los verdaderos hombres... La enseñanza de la religión no deberá ser melancólica.»

En el escultismo, Baden-Powell distingue dos aspectos distintos en el problema religioso: de una parte, la práctica religiosa; de otra, el espíritu religioso.

En el primer caso trátase de impulsar a cada scout a la práctica de su religión respectiva, sin pronunciarse por ninguna de ellas. Baden-Powell creía que ninguna educación —y, sobre todo, una educación de tipo scout — puede concebirse sin la ayuda y la intervención de una práctica religiosa, ya que ella representa, para el muchacho, un notable apoyo en la tarea de su propio mejoramiento. Por ello, el Consejo Internacional del Escultismo resumió— bajo inspiración directa de su fundador — las directivas que guían al movimiento scout en cuanto concierne a la religión en los siguientes cuatro puntos fundamentales:

- 1) Todo scout debe pertenecer a una religión determinada y debe participar en sus actos de culto.
- 2) Cuando los miembros de una unidad pertenezcan todos a una determinada religión, su jefe debe cuidar que se observen las prácticas y las enseñanzas de la misma, tal como determine el sacerdote o la autoridad religiosa pertinente.
- 3) Cuando los miembros de una unidad pertenezcan a confesiones religiosas distintas, se procurará que cada uno de ellos frecuente los cultos de su Iglesia respectiva — sin que, en tal caso, se realicen asambleas religiosas especiales — y, en los campamentos, la plegaría cotidiana o la función semanal deberá tomar la forma más simple y la concurrencia a ellas será voluntaria.
- 4) Cuando los preceptos de una religión impidan a un scout el participar en otras funciones religiosas que no sean las propias, los jefes deberán cuidar de que esta particularidad sea tenida muy en cuenta.

Para favorecer este aspecto educativo casi todas las Asociaciones confesionales añaden, a las diversas pruebas técnicas exigidas para el acceso a una categoría superior, algunas esencialmente religiosas y no específicamente scouts. En el A. S. C. I., por ejemplo, tales pruebas van desde el conocimiento del catecismo a saber ayudar a misa, o desde la explicación de un episodio de la vida de Jesús al conocimiento de las principales oraciones.

De todas maneras, Baden-Powell estaba absolutamente convencido de que la instrucción religiosa, las ceremonias e, incluso, el contacto directo con los asesores religiosos — aun cuando sean necesarios — no son elementos suficientes para crear en el alma del muchacho o del hombre, aquel sentido religioso vivo que, en verdad, es la única y auténtica religión.

Y estaba convencido, además, de que es precisamente este sentido vivo la base común a todas las formas religiosas particulares y concretas, ya que, en sustancia, se trata siempre de la vida interior

del hombre, de su más íntima conciencia.

Así pues, la educación scout tiende hacia esta interioridad del sentimiento religioso, ya que si bien es verdad que ningún hombre vale nada si no cree en Dios y no obedece sus leyes, también es verdad que esto no puede reducirse a una simple fórmula capaz, cuanto más, de servir de tema de meditación para los domingos, sino que debe ser mentido como algo que debe ponerse en práctica en todos y cada uno de los momentos de nuestra vida.

Es natural, pues, que dentro del escultismo la religión se presente — como las demás virtudes esenciales para el scout — como un hábito que hay que adquirir, un *habitas* estrictamente personal. De ahí que, para la religión, también valga el atributo de *positiva* con que hemos calificado a la moral scout, y que ella esté totalmente de acuerdo con el sentido activo típico de este método educativo. Se trata, en efecto, de hacer sentir la presencia de Dios en todas las acciones que realiza cada muchacho, de hacer de modo que Él sea de verdad *alguien* para él mismo, y de lograr que en todo peligro material o espiritual los muchachos se vuelvan hacia Dios. «Cuando vayáis a realizar algo malo, pensad en Dios; inmediatamente dejaréis de hacerlo.» «Siempre que gustéis de un placer o de un juego, o que tengáis éxito en alguna buena acción, dad gracias a Dios aunque sea, tan sólo, con una o dos palabras, como lo hacéis cuando tomáis vuestros alimentos.»

En la concreta vida scout no faltarán los momentos o medios a través de los cuales pueda nacer o desarrollarse una tal intensidad espiritual. Cuando en la gimnasia matinal, el muchacho eleva su pensamiento a Dios, le da gracias por haberle creado y le pide su bendición para el día que se inicie; cuando vive en contacto directo con la naturaleza, siente la presencia real y activa de Aquél que todo lo ha hecho; cuando por la noche admira las estrellas que brillan en el cielo, piensa, conmovido, en la grandeza y en el esplendor de Dios. Y todo ello nace, no de una imposición exterior, sino espontáneamente en el alma del muchacho, sin esfuerzo aparente y alcanzando, por ello mismo, profundidades inesperadas. La vida de un scout es siempre, de manera más o menos consciente, una continua conversación con Dios, una continua y apasionada búsqueda del Infinito.

Además, no debe creerse, como ya se ha observado en el capítulo tercero, que una espiritualidad así nacida y desarrollada sea sinónima de sentimentalismo o de panteísmo, ni que esté en peligro de llegar a serlo, ya que la concepción de este espíritu religioso, tal como lo presenta el escultismo de Baden-Powell, es lo más clara y simple que pueda imaginarse. Según Baden-Powell, se funda sobre dos principios: 1) Amar y servir a Dios, y 2) Amar y servir al prójimo. Y ¿quién no reconoce en ellos la base del más puro, del más auténtico cristianismo?

En vano puede buscarse en el escultismo la beatería que tan justamente repudian los adversarios del cristianismo y, sobre todo, los que de verdad y profundamente lo han abrazado. El muchacho encuentra purificado, aquí, su instinto religioso, porque está libre de todo cuanto pueda minimizarlo o desfigurarlo. El Dios que cada scout siente en su interior es, ante todo, el Dios del amor, hacia el cual conduce todo lo que es vida; en nombre suyo, él orienta toda su vida hacia ese amor concreto que exige siempre la acción real y efectiva: «Bella cosa es ser bueno, pero mucho más bello todavía es hacer el bien.»

He aquí, pues, por qué según el escultismo la educación religiosa no puede, en modo alguno, separarse de la educación moral. Y he aquí, para terminar, por qué es absolutamente inconcebible una forma de escultismo en la que faltara la religión o en la que Dios sólo se admitiera a título facultativo.

EL PROBLEMA DE LA PUREZA Y LA EDUCACIÓN SEXUAL

Todo el mundo sabe que uno de los aspectos más delicados de la educación moral de los jóvenes radica en su educación sexual, con derivaciones, incluso, en lo concerniente a la formación física, ya que la inmoralidad sexual — dejando a un lado las diversas enfermedades que ella provoca — conduce a una grave debilitación de las fuerzas vitales. De ahí que Baden-Powell prefiera tratarlo cuando habla de problemas referentes a la formación física, aunque sepa muy bien que su solución atañe principalmente al carácter moral del muchacho.

En realidad, nos encontramos una vez más ante un ejemplo de la imposibilidad de considerar separadamente los varios aspectos de la educación y, por tanto, ante la necesidad de reconocer la integridad de la persona humana.

La delicadeza y la importancia de la educación sexual¹ viene determinada de una parte, por la gran difusión alcanzada en el mundo de los muchachos —aun de los más jóvenes— por el terrible vicio del onanismo, y de la otra, por las dificultades que encuentran los padres para afrontar este problema, dificultad que todavía empeora la situación.

Pero aunque deba reconocerse que se trata de una materia que, como dice Baden-Powell, exige mucho tacto de los jefes, no por ello el escultismo tiene- temor alguno en afrontar la educación sexual, reaccionando una vez más contra ciertas formas educativas tradicionales que, en este caso, son particularmente culpables. Su posición hacia este problema puede resumirse con el antiguo refrán: «*Hombre prevenido vale por dos*», y afirmando su esfuerzo para quitarle importancia a los ojos de los muchachos, para que no lo consideren trágicamente, sino que aprendan a mirarlo con calma y, sobre todo, como una cosa perfectamente *normal*.

En cuanto al primer punto, trátase de no dejar a los muchachos en la ignorancia, ya que ello equivaldría a abandonarlos completamente indefensos, a merced de los malos ejemplos que algunos compañeros e incluso los adultos mismos les dan, y, más importante todavía, a merced de las tentaciones que en un momento u otro se les presentarán. «Para los padres de familia es un deber ocuparse de que sus hijos reciban la instrucción apropiada sobre este problema; pero muchos lo descuidan, y luego inventan excusas para justificarse, ignorando tal vez que su negligencia es rayana en lo criminal.»

«Millares de jóvenes vidas que pierden la felicidad, anualmente, por simple ignorancia, hubieran podido salvarse con unas palabras dichas oportunamente», ya que, precisamente, «es el secreto lo que provoca la curiosidad morbosa y las equivocadas impresiones, mientras que, por el contrario, si este tema fuera explicado honesta y francamente por los adultos, teniendo en cuenta la edad y la capacidad de raciocinio de los muchachos, muchos de ellos se salvarían del equívoco y de la infelicidad. No he encontrado jamás un solo muchacho que no haya sido favorecido por haber recibido una franca y completa explicación de este problema».

En cierto sentido, incluso es un deber de lealtad hacia los muchachos, que tienen pleno derecho a ser informados sobre lo que tan directamente les atañe. De ahí que en el caso de que un padre no esté en condiciones de actuar por cuenta propia, el jefe del muchacho tiene el deber moral, según Baden-Powell, de sustituirlo, después de haberle pedido la pertinente autorización. Naturalmente, el método que debe seguirse a este propósito debe ser siempre individual, nunca colectivo; además, debe conseguirse la total confianza del muchacho, que debe ver al jefe como a un hermano mayor, con el cual poder dialogar con toda franqueza. Otra cosa que debe tenerse muy en cuenta es la edad de cada muchacho, ya que según la misma variará la manera de presentar el problema.

En *Escultismo para muchachos* dice Baden-Powell: «El fumar y el beber son dos cosas que atraen a algunas personas y a otras no, pero hay una tentación que casi seguramente os asaltará en alguna ocasión y acerca de ello deseo preveniros. Os sorprendería saber cuántos muchachos me han escrito dándome las gracias por lo que he escrito sobre esta materia; por tanto, espero que todavía haya otros que estén dispuestos a recibir unas palabras de consejo sobre el vicio secreto, que hace presa en tantos jóvenes. Fumar, beber y jugar son vicios de hombres y por eso atraen a algunos muchachos, pero estas "porquerías" no son un vicio de hombres; éstos sólo sienten desprecio por aquel que se deja llevar de él.

Algunos muchachos, como los que empiezan a fumar, piensan que es varonil el contar o escuchar cuentos sucios, pero eso sólo demuestra que son unos pobres tontos. Sin embargo, esta clase de conversaciones, la lectura de libros obscenos y el contemplar ilustraciones inmorales, conduce a los muchachos irreflexivos a la tentación del vicio solitario y esto entraña un grande peligro para ellos de convertirse en un hábito, les arruinaría la salud y el espíritu. Pero si tenéis algo de virilidad en vosotros, desecharéis la tentación. Abandonaréis los libros y las conversaciones obscenas y os dedicaréis a pensar en otras cosas. Algunas veces el deseo proviene de indigestión, o de haber comido alimentos muy condimentados, o de constipación, o de dormir en un lecho demasiado caliente, con demasiadas mantas. Puede ser curado, por tanto, corrigiendo esto y tomando en seguida un baño frío, o ejercitando la parte superior del cuerpo con movimientos de brazos, boxeo, etc. Podrá parecer difícil, al principio, vencer la tentación, pero una vez que se ha logrado hacerlo la primera vez, va será más fácil después. Si todavía tenéis dificultades acerca de esta materia, no hagáis un secreto de ello, recurrid a un sacerdote, a vuestro padre, o a vuestro jefe de tropa y ellos os aconsejarán.»

Como fácilmente puede verse, todo este párrafo está inspirado en aquel sano optimismo y aquel fino sentido práctico de las cosas que tanto gustan a los muchachos. Los discursos teóricos, por magníficos que sean, no valen lo que unos pocos pero concretos consejos.

Además, y siempre según el fundador del escultismo, la vida que llevan los scouts, con sus frecuentes contactos con la naturaleza, presenta numerosísimas ocasiones a los jefes para dar aquellas explicaciones que puedan ser, en determinados momentos, necesarias. Baden-Powell dice, siguiendo a los más sensibles educadores, que las observaciones hechas en el mundo de la naturaleza son muy útiles para iniciar diálogos sobre estos temas. «Personalmente, después de haber explicado, como preliminar, la reproducción de las especies en el mundo vegetal y animal, he visto que todos los muchachos sienten un gran interés (como lo sentí yo cuando por vez primera me lo explicaron) cuando se les informa que cada uno de ellos también lleva en sí el germen de otro ser humano, y que ese germen se les ha transmitido, de padres a hijos, a través de incontables generaciones. Dios les ha confiado ese germen y su deber es conservarlo hasta que contraigan matrimonio y puedan transmitirlo a su esposa para continuar el proceso de la reproducción, antes de lo cual no pueden malgastarlo. Olvidar esto es deshonoroso, y así tendrán que rechazar las tentaciones que los inciten a descuidar la obligación sagrada de custodiar ese tesoro que Dios le ha confiado.»

En cuanto al segundo punto que hemos indicado como característico de la posición del escultismo acerca de la educación sexual, ya se ha podido notar que la manera como, según Baden-Powell, se deben dar las oportunas explicaciones, conduce al muchacho a considerar este problema como una cosa totalmente normal, eliminando cualquier forma de morbosa o peligrosa curiosidad, y dándole la sensación, por el contrario, de que se trata de algo verdaderamente sublime.

Además, el escultismo piensa que no debe hablar continuamente a los muchachos de este problema como si fuera el único por el cual deban interesarse y preocuparse. Su fundamental optimismo le hace sostener la idea de que una vez el joven haya comprendido la importancia del

problema y haya hecho del mismo — en homenaje a su ley y a su promesa — una cuestión de honor personal, ya no tiene necesidad de continuas recomendaciones ni de más exhortaciones, y que, por el contrario, éstas quizás lograrían un efecto contraproducente. Lo que sí debe quedar claro es que todos los jefes deben estar prestos a intervenir cada vez que lo consideran necesario u oportuno. Y lo que verdaderamente ayuda mucho a los chiquillos es el que los jefes sientan cierto desprecio — y el que se esfuercen por inculcárselo a ellos — hacia todos aquellos muchachos que no son suficientemente fuertes ni suficientemente *hombres*.

De todas maneras, el escultismo no cree haberlo solucionado todo con esta posición, puesto que afirma que la mayor ayuda que, en este campo, una educación puede dar a los muchachos es la multiplicidad de ocupaciones y los innumerables atractivos que debe procurar despertar en ellos. En efecto, un joven o, sobre todo, un muchacho interesado en mil cosas que le apasionen o le preocupen, no tiene literalmente tiempo para buscar satisfacciones ilícitas y, en su interior, se siente mucho más feliz que la mayoría de sus compañeros. He ahí uno de los más serios motivos para justificar la importancia dada en la vida scout a las ocupaciones y responsabilidades personales, y por qué, incluso, se habla del «sistema de especialidades». Además, el conseguir un interés particular, una manía, representa uno de los secretos que Baden-Powell (de conformidad con otros pedagogos, como Don Bosco) revela a los rovers, a fin de que puedan recorrer con más facilidad la «ruta del éxito» que debe ser la meta principal de todo hombre maduro. Y en lo que atañe al escultismo católico, éste pone, o mejor todavía, presupone como sólida base sobre la cual edificar al hombre, además de las ideas fundamentales de Baden-Powell, el recurso de la gracia sobrenatural y de todas las ayudas que la religión, con los sacramentos y con la palabra de Dios, ofrece a los jóvenes.

Finalmente, no es posible pasar en silencio todo cuanto Baden-Powell ha escrito especialmente para los rovers, para quienes es obvio que el problema de la pureza y de la educación sexual toma formas y aspectos muy diversos.

En este sentido, el concepto fundamental sobre el que insiste es que el período prematrimonial debe ser entendido por todos los jóvenes como un largo período necesario de preparación para la futura vida matrimonial, que será tanto más feliz cuanto más casta haya sido la vida precedente. En efecto, la virtud de la continencia da al joven notable fuerza física, enriquece sus energías mentales y volitivas, y le ofrece incalculable ayuda, tanto en su labor profesional, cuanto en la elección de su esposa o en la preparación de su no lejana paternidad.

Pero Baden-Powell se esfuerza, además, en proponer a los jóvenes un alto ideal de vida que deberán tener siempre presente y aplicar en toda ocasión. Este elevado ideal de vida está constituido por un complejo de virtudes *viriles* que van desde la salud y la fuerza física al espíritu caballeresco que, en relación principalmente hacia el mundo femenino, les permitirá sentir internamente un vivo impulso de comportarse siempre como un hombre y nunca como una bestia, o sea, a tener en toda ocasión una conducta serena y segura de *respeto* hacia las jóvenes:

Y de manera muy particular, son característicos y muy importantes los consejos que Baden-Powell da en lo que respecta a la forma como debe considerarse el amor. Por un lado, él recomienda no despreciar inútilmente en peligrosas *aventuras amorosas* el potencial afectivo que todo joven posee; por otro, se esfuerza por hacer sentir toda la extraordinaria belleza del *auténtico amor*, de aquel amor que no se limita a un puro hecho físico y que informa toda la personalidad. En particular, Baden-Powell recomienda «no hacer la corte a una muchacha a menos que se tenga la intención de casarse con ella»; por el contrario, debe considerársela como a una hermana, ya que, sea quien sea, siempre «es la hermana de alguien; piensa en su hermano y compórtate como querrías que él se comportara con tu hermana». Y añade todavía que deben considerarse a fondo las responsabilidades que nacen de la paternidad con el fin de que los jóvenes se preparen para la misma con seriedad y

competencia.

Se trata, pues, de una positiva prolongación de la educación hacia el campo de la pureza propia de la edad adolescente, prolongación que, como puede verse, tiende a una efectiva preparación de las funciones más importantes y delicadas del hombre maduro.

IMPORTANCIA DEL EJEMPLO PERSONAL DEL JEFE

Nuestro análisis de la educación moral y religiosa tal como se da en el escultismo no sería completo si no hablásemos, aunque sea brevemente, de la importancia que tiene el ejemplo ofrecido por la conducta de los jefes. De todas maneras, no hay necesidad de muchas palabras, pues la cosa es del todo evidente y lógica. Si en cualquier campo, en efecto, puede comprobarse cómo el ejemplo tiene, para la juventud, mucha más importancia que cualquier forma de prédica o de recomendaciones, ello es todavía mucho más evidente en el campo de la educación moral o religiosa. Además, no debe pensarse que el ejemplo sólo interesa bajo su aspecto de exhortación o sugestión; por el contrario, como escribe G. No- sengo (*l'educazione morale dei giovani*), « es incluso necesario para pasar al nivel de la acción, puesto que quien deba realizarla necesita una imagen concreta de los actos que ha de cumplir y realizar»; en efecto, «una imperfecta imagen del "bien" o una imagen del "mal" que contrasten con las exhortaciones que se hayan dado, inclinan a la imitación con mucha mayor fuerza inutilizando, así, toda la instrucción moral enseñada con discursos».

Y en lo que concierne al escultismo, la importancia de este medio educativo todavía es mayor y más decisiva, puesto que si, por un lado, una de las formas más persuasivas y atractivas para llevar al muchacho a hacer suyo el *estilo scout* es el de presentarlo como el estilo propio de todas las personas que valen de verdad (y no es posible que el jefe no sea una de ellas); por el otro, ya que el educador scout vive mucho más en contacto con sus muchachos de lo que sucede en la escuela o en otras instituciones educativas, éstos tienen más frecuentes ocasiones para observar concretamente su conducta y, por tanto, obrar en consecuencia.

He aquí, pues, por qué Baden-Powell ha llamado la atención de los jefes scouts sobre la responsabilidad que pesa sobre sus espaldas, totalmente convencido de que no servirían para nada todos los esfuerzos realizados si el muchacho tuviera ante sus ojos un ejemplo, no ya malo, sino poco menos que bueno. «Del ejemplo personal de los jefes depende en gran medida su éxito en el adiestramiento del muchacho. Es fácil convertirse uno en héroe para un muchacho y, a la vez, en hermano mayor del mismo. A medida que el tiempo nos aleja de nuestros días juveniles, se nos va olvidando la gran capacidad de admiración que posee la juventud. El jefe de tropa, que para sus muchachos es Un héroe, tiene en sus manos una poderosa palanca para su desarrollo; pero esto también le impone una seria responsabilidad. Los muchachos no tardan en descubrirle alguna característica o rasgo, cuya pequeñez no importa, provenga de sus virtudes o sus defectos. El natural instinto imitador de los muchachos, inconscientemente hace suyos sus gestos, los modales que muestre, su ceño, su felicidad radiante o su mirada de impaciencia; su voluntad para disciplinarse o sus flaquezas morales... No sólo se fijan en todo esto, sino que lo imitan.» Y añade todavía: «Por lo tanto, para lograr que cumplan con el total espíritu de los cánones de la ley, es preciso que el jefe de tropa la observe él mismo con escrupulosidad en todos los actos de su vida. De este modo bastará apenas una palabra suya para que los muchachos acaten sus indicaciones.» De ello se deriva la necesidad para el jefe no tan sólo de hacer aquello que está bien, sino incluso de mostrar claramente — aunque sin estridencias — todo lo que hace. Y todo esto, aunque se refiera a los más diversos campos de la educación, vale de manera muy particular para el de la vida religiosa.

Para terminar, Baden-Powell está convencido de que, siendo más eficaz el ejemplo que no se da de manera fugaz o por una sola persona, debe darse mucha importancia, en la educación de los jóvenes, a la influencia del medio ambiente. Por ello considera del máximo valor, incluso en lo que atañe a la educación moral, la vida de patrulla y, en general, el ambiente en que se mueve toda la unidad.

CAPITULO V

LA EDUCACION FÍSICA

LA educación física ocupa, dentro del esculismo, una posición muy importante, tanto porque se trata del reconocimiento de una necesidad imperiosa en los muchachos, cuanto porque este aspecto educativo — como ya se ha afirmado anteriormente — tiene estrechos contactos con los demás. En efecto, si la personalidad humana encuentra su máxima expresión en las cualidades morales que la caracterizan, también es indudable que nace sobre una base física por la que, muy a menudo, está determinada.

¿Qué chiquillo con buena salud — se pregunta Baden-Powell — no juzga una "triste pérdida de tiempo y de luz solar" el permanecer sentado en clase durante cuatro o cinco horas diarias? O, ¿qué chiquillo, pudiendo estar al aire libre, pedirá a su madre que le deje permanecer sentado a su lado en el interior de la casa?

Como escribe De Paillerets (Les garçons et le scoutisme), todo adolescente es como un potro que todavía no puede atarse a rígidas estacas y que para lograr su completo desarrollo debe galopar, crines al viento, por el libre prado. En los muchachos, y en especial desde los doce años, todas sus funciones orgánicas o psíquicas desembocan en una absoluta necesidad de actividad y movimiento que ninguna educación puede ignorar o menospreciar.

Además, cuando se trata de auténtica educación física, los resultados todavía van más allá de este sano desarrollo físico, ya que ella tiende a formar, en los muchachos, unos hábitos de gran importancia para el futuro carácter del hombre.

He ahí por qué, también en este campo, la polémica de Baden-Powell y de las más importantes figuras del esculismo con la educación tradicional no es menos viva y radical que de costumbre. Ellos, en efecto, condenan con igual acritud tanto el desinterés oficial hacia este aspecto de la educación, cuanto la tendencia — ya sentida en tiempos de Baden-Powell, pero todavía más difundida en la actualidad — que considera el desarrollo físico como una especie de especialización.

El esculismo no propone ningún nuevo método de educación física, sino que utiliza todo cuanto de bueno se ha hecho en dicho campo, esforzándose por incluirla en su complejo mundo educativo e insistiendo sobre la necesidad de que la meta de su acción sea el desarrollo armónico de todo el cuerpo humano y no de un solo aspecto. Aceptados estos principios, pasemos ahora a su análisis y al estudio de sus diversas y concretas aplicaciones.

EL ESCULTISMO HACE QUE EL MUCHACHO SE INTERESE POR SU SALUD

«El scout es uno de los muchachos más felices del mundo porque ha descubierto, en sí mismo, una cantidad de tesoros infinitamente preciosos: su cuerpo, su salud, sus aptitudes físicas, etc. Pero estos tesoros sólo tienen valor si se saben aprovechar y cultivar; son un capital que debe trabajarse y que quien no lo utiliza pierde irremediablemente. El scout sabe que él es responsable de los mismos y, por lo tanto, pone su empeño en conservarlos a través de un incesante ejercicio.» Con estas palabras, dirigidas a los scouts franceses, se expresa C. Bonnamaux (*Manuel pratique de l'Éclaireur Unioniste*), y con palabras parecidas se expresan todos los jefes scouts cuando se dirigen a sus muchachos, ya que también en este campo de la educación es norma infalible que la iniciativa y el esfuerzo personal valen mucho más que cualquier otro procedimiento. También Baden-Powell lo dice de manera explícita: «Nuestra gran finalidad es mostrar a los muchachos el mejor medio para desarrollar su vigor y su salud, así como enseñarles que son responsables, ante ellos mismos, de su salud y cuáles son los errores que deben evitar.»

Así pues, no se trata de vigilar continuamente al muchacho e irle indicando en cada momento lo que debe o no hacer, sino, solamente, hacerle sentir amor por su propio cuerpo y por su salud. Aprovechando su natural ambición de no ser más débil que otro, se pueden indicarle algunos ejercicios aptos para desarrollar aquellos aspectos en que se siente menos seguro y menos en forma; también puede ser muy interesante facilitarle una tabla con las medidas medias de su edad para que pueda establecer comparaciones y pueda fijarse una meta a alcanzar. Baden-Powell aconseja, para favorecer este gusto personal de los muchachos, que no se olviden jamás las mediciones de altura, peso, tórax, brazos, piernas, etc., que deben servir para que cada scout pueda comprobar sus progresos con cierta regularidad y pueda escoger aquellos ejercicios más necesarios y útiles.

Además, todo muchacho comprende perfectamente que para ser un buen scout es indispensable ser fuerte y resistente. No faltan ejemplos reales que lo comprueban y el mismo Baden-Powell nos cuenta algunos particularmente interesantes y significativos. Tampoco los muchachos encuentran dificultad alguna para comprender, ya que lo experimentan personalmente, que para jugar más y mejor deben tener los músculos bien desarrollados y el corazón y los pulmones en perfecto funcionamiento. En efecto, ¿qué es lo que hace decir al novato que la vida del campo es dura sino su falta de resistencia y de auténtica salud física? Y ¿qué es lo que convertirá en *poco interesante* un gran juego o una excursión sino el cansancio de quienes los realizan?

Pero todavía hay más, pues todo muchacho está dispuesto a dejarse convencer de que en el fondo su fuerza y su salud dependen esencialmente de sí mismo y, por tanto, ello representa una nueva fuente de confianza y de esperanza. «Todos los muchachos, incluso los pequeños o débiles, pueden crecer y llegar a ser hombres fuertes y robustos con sólo realizar, cada día, algún ejercicio físico.» De ahí que a los lobatos se les presenten ejemplos de hombres que, pese a ser muy pequeños — como los bantams, los gulkas o los japoneses —, consiguen adquirir, mediante un paciente cuidado personal, fuerza y valentía, y que a los mismos lobatos se les enseñen algunos hábitos y ejercicios como medios esenciales para su desarrollo físico, ya que, como dice Baden-Powell, todo lobato quiere ser fuerte y estar en posesión de una salud robusta.

Pero el escultismo cree, además, que para convencer de verdad al muchacho se le deben dar las necesarias explicaciones anatómicas e higiénicas que le permitan actuar de manera resuelta y eficaz: «El hombre que conduce un automóvil debe tener ciertos conocimientos de su motor si quiere conducirlo bien y conseguir su máximo rendimiento. Por consiguiente, el conductor aprende todo cuanto puede acerca del motor de su coche. Lo mismo debe hacerse con el motor humano, ya que

para servirse del mismo de la mejor manera posible el hombre debería, al menos, tener una idea de cómo trabaja internamente. Pero la mayor parte de nosotros continúa haciendo marchar su motor sin saber nada de sus piezas ni de su funcionamiento. Cuando el motor se estropea nos contentamos con llevarlo a casa de un médico, para que éste — a quien consideramos responsable de los defectos de funcionamiento — lo examine, lo vuelva a hacer funcionar y lo devuelva a nuestras inexpertas manos. Pero recordad que ninguna máquina está a prueba de locuras, y mucho menos la máquina humana.»

Naturalmente, todo esto no significa el desarrollo de un desmesurado interés por el propio cuerpo ni una morbosa habituación a la introspección. Lo importante es que el muchacho se dé cuenta de las posibilidades que tiene en sus manos por lo que hace referencia a su salud y a su capacidad física. Así pues, en el esculatismo no se considera suficiente el que los muchachos se laven cada día, por la mañana y por la noche, los dientes, sino que hay que explicarles que si no se hace así los dientes se cariarán mucho más fácilmente y que un scout con la dentadura estropeada no sirve para nada, ya que los exploradores se alimentan con galletas y carne dura que no pueden comerse ni digerirse sin una perfecta dentadura.

Por otra parte, todos sabemos que una acción realizada con convicción, y sabiendo el por qué, es incomparablemente más útil y mejor que si fuera realizada mecánicamente o por obligación. Y éste es, precisamente, el motivo por el cual en el esculatismo se han abandonado todos los ejercicios físicos de tipo militar, pese a su innegable interés desde el punto de vista disciplinario. ¡ Cuánta diferencia con el libre ejercicio físico que cada muchacho hace por cuenta propia con la intención de mejorar su personal estructura y su capacidad!

En fin, el interés por el propio cuerpo y por la propia salud — junto al sentido de responsabilidad que lleva implícito — se desarrolla más fácilmente si, como afirma Baden-Powell, se pone en relación con nuestro deber para con Dios de conservar en perfecto estado un don que Él nos ha dado y con nuestro deber para con la patria de convertirnos en ciudadanos sanos y robustos, para poderla defender si fuera preciso, o para cumplir mejor las funciones que al servicio de la misma nos sean asignadas. En otras palabras, el esculatismo presenta a los muchachos su educación física como un concreto deber cívico de todo hombre, entre otras razones por la de que, previniéndose así un enorme número de enfermedades, se disminuirían las pérdidas de salarios, prosperidad y felicidad.

LAS NORMAS HIGIÉNICAS Y EL DOMINIO DE SI MISMO

Las primeras palabras que Baden-Powell escribió para sus scouts iban dirigidas a hacerles ver, concretamente, qué cosas deben hacerse y qué cosas deben evitarse para conservar una buena salud y para acrecentar las fuerzas físicas. Pero, en oposición a la teoría tradicional — demasiado difundida entre los profesores de gimnasia — que inicia la educación física con una serie de actividades que sólo tienden a desarrollar los músculos, él quiso insistir, como punto de partida, en una serie de normas higiénicas fundamentales que, si bien no tienen una rápida influencia sobre el inmediato rendimiento físico general, representan quizá su base indispensable. El resultado que se quiere conseguir a través de una auténtica educación física — que, en este sentido, no puede confundirse con la simple *instrucción*— consiste en el complejo de valor, paciencia y fuerza que Baden-Powell denomina con el nombre de «resistencia» y que no solamente es una cualidad esencial para los scouts (cuyo lema, a este propósito, es: «No digas nunca que estás muerto hasta que no lo estés de verdad»), sino también es cualidad importantísima para todo hombre que quiera vivir de verdad y profundamente su vida terrena. «Un hombre me decía recientemente, con orgullo, que estaba enseñando resistencia a su hijo haciéndole efectuar largos paseos en bicicleta. Hube de decirle que probablemente estaba haciendo todo lo contrario; que el camino para hacer resistente al muchacho no era haciendo proezas, pues éstas, con toda probabilidad, le *dañarían el corazón y lo perjudicarían*; que lo que debía hacer era darle alimentación sana y ejercicio moderado...; es necesario comenzar por dentro, haciendo que la sangre circule bien y el corazón trabaje con regularidad.»

En verdad, no es nada fácil conseguir que los muchachos sientan este consciente interés, pues, por el contrario, su natural tendencia los lanza hacia inútiles alardes; de ahí que el escultismo insista — como se ha dicho anteriormente — sobre el interés hacia el propio cuerpo y sobre el sentido de responsabilidad del mismo, tan absolutamente necesarios. Añádese, además, que en las pruebas para pasar a categorías superiores siempre se exigen determinados ejercicios de capacidad física que o bien son la demostración de haber logrado ciertos hábitos saludables o bien son una serie de ejercicios — nunca demasiado pesados — que deben ejecutarse a la perfección.

Baden-Powell sintetiza los ejercicios que deben seguirse para conseguir el objetivo buscado, con las siguientes palabras:

a) *Haced que vuestro corazón sea fuerte*, para que bombee debidamente la sangre a todas las partes del cuerpo y, de esta manera, tendréis buenas carnes, huesos y músculos. Ejercicio: la lucha.

b) *Haced fuertes vuestros pulmones*, para que provean de aire fresco a vuestra sangre. Ejercicio: respiración profunda.

c) *Haced que vuestra piel transpire*, para libraros de las impurezas de la sangre. Ejercicio: bañarse o frotarse fuertemente todos los días con una toalla húmeda.

d) *Haced que vuestro intestino sea activo*, para que expulse todo el sobrante de los alimentos y la suciedad que haya dentro del cuerpo. Ejercicio: «doblar el cuerpo» y «amasar el abdomen»; beber bastante agua pura; desalojar el intestino con regularidad todos los días.

e) *Haced que vuestro estómago trabaje*, para que alimente vuestra sangre. Ejercicio: del «cono», «doblar el cuerpo» o «torcerse».

f) *Trabajar los músculos de todas las partes del cuerpo*, para que la sangre llegue hasta ellas y, de esa manera, aumente vuestra fuerza. Ejercicio: correr, andar y practicar ejercicios especiales de determinados músculos.»

Todos los órganos, pues, deben cuidarse muy particularmente: desde la nariz, que tiene la extraordinaria función de impedir a los microbios flotantes en el aire que entren en la garganta o en el estómago, a las orejas, cuya delicadeza es conocida de todos; desde la vista, que con ciertos cuidados

(no leer con luz débil, no trabajar con luz de frente) puede desarrollarse mucho y persistir durante mucho tiempo en plena eficacia, a las uñas, que además de ser portadoras de microbios peligrosos pueden causar fuertes dolores si se cortan mal; desde los dientes a los intestinos, desde los pies a la piel, en general.

Pero para conservar una buena salud, el esculismo insiste — además de hacerlo con estos hábitos higiénicos que, pese a ser tan conocidos, muy raramente practican con asiduidad los muchachos — sobre otros hábitos que todavía son más característicos.

Ante todo se esfuerza en que sea corriente un horario que permita el irse a dormir no demasiado tarde y el levantarse muy de mañana. «Si lo observáis, os daréis cuenta que muchos de los que logran realizar mucho más trabajo que otros, lo consiguen simplemente porque se levantan una o dos horas antes que los demás.»

Luego, llega a considerarse como un problema de honor el que los scouts no duerman sino con las ventanas abiertas, el que cada mañana no salgan de su habitación sin antes haber realizado diez minutos de gimnasia (los cinco ejercicios que Baden-Powell aconseja para desentumecer todos los músculos y los principales órganos), y el que todos los días — si no les es posible darse un baño completo — no se olviden de frotarse fuertemente con una tosca y mojada toalla. Y además insiste para que todo scout adopte actitudes muy importantes en relación con su prestancia física, como el sentarse con la espalda perpendicular a la silla o el andar con la mirada horizontal y sin encorvarse (hasta tal punto que, en medio de un grupo de muchachos, un scout debe poderse reconocer por su porte). Y, finalmente, insiste en que los scouts saben perfectamente que el no fumar, el no beber y el ser puros son, no sólo otros tantos medios para mantenerse en perfecta salud, sino que son condiciones indispensables para ello.

La manera como el esculismo consigue que el muchacho llegue a tener estas convicciones es, una vez más, una auténtica obra maestra de la psicología, ya que no debe creerse que se limite a dar unas simples prescripciones. Como ejemplo, véase lo que escribe Baden-Powell, para los scouts, sobre el hábito del fumar: «Un scout no fuma. Cualquier muchacho puede fumar, después de todo no es nada extraordinario hacerlo; pero un scout no lo hace porque no es tan tonto. Sabe que cuando se fuma antes de haber terminado el crecimiento se puede debilitar su corazón... Además, todo scout sabe que fumar le arruina la vista y el olfato... Un gran número de los mejores deportistas, soldados, marinos y otros, no fuman; saben que están mejor sin hacerlo. Ningún muchacho principia a fumar porque le guste, sino, generalmente, por miedo a las burlas de sus compañeros o porque pensó que, haciéndolo, parecía muy hombre cuando lo único que logra es parecer un pobre tonto. Por eso, haceos el ánimo de no fumar hasta no estar totalmente desarrollados y cumplidos. Los demás acabarán por respetaros y probablemente seguirán vuestro ejemplo, aunque en secreto.»

En el capítulo dedicado a la educación moral y religiosa ya hemos visto con detalle la manera como el esculismo se enfrenta con el problema de la pureza y de la educación sexual. Ahora, teniendo en cuenta todo cuanto se ha dicho, puede comprobarse cómo esta educación física es, al mismo tiempo, una escuela de excepción desde el punto de vista moral, por cuanto queda totalmente claro que lleva a los muchachos al dominio de sí mismos, que sin más es el principal fundamento del carácter de un hombre. Si estos hábitos de orden físico se integran de verdad en el *estilo* del muchacho, también lo hace la virtud del autodomínio, tan importante para la formación espiritual.

Trátase, en efecto, de aprender a dominar el deseo de satisfacer completamente el hambre o el impulso de poner a prueba nuestras fuerzas hasta su último extremo; trátase de aprender a dominar nuestra natural pereza y el instintivo deseo de hacer como los demás. Y no es difícil intuir que estas premisas serán de gran utilidad para un futuro autodomínio todavía más importante.

Naturalmente, sería ingenuo pensar que poco tiempo después de haber ingresado en una

manada o en una tropa el chiquillo haya logrado adquirir ya estos hábitos; cuanto más, ello será precisamente uno de los resultados de la total educación scout. De una manera particular, podemos decir que es necesario que el muchacho haya realizado algunos campamentos, puesto que es en ellos donde mejor puede, por un lado, observar el ejemplo de sus jefes y, por el otro, iniciar — al encontrarse en la situación más apta en el plano ambiental — una nueva forma de vida. Finalmente, es fácil comprender la importancia que tienen en este caso (como en todos los demás) la comprensión y la colaboración de los padres, puesto que muy a menudo el temor de la madre a que su hijo pueda enfermar si duerme con la ventana abierta, o la tonta actitud de superioridad y de mofa que adoptan algunos adultos en relación, por ejemplo, al empeño del muchacho de no abandonar su gimnasia matutina o sus ansias de levantarse temprano, pueden hacer vanos los esfuerzos realizados conjuntamente por el propio muchacho y sus jefes.

EL ESCULTISMO TIENE GRAN CONFIANZA EN LA VIDA AL AIRE LIBRE

Al lado de las normas higiénicas o de los hábitos saludables que acabamos de señalar y que representan, por así decirlo, el lado negativo de la educación física scout — ya que tienen como objeto primordial el impedir todas aquellas actitudes y hábitos que pueden resultar nocivos para la salud y el desarrollo del muchacho —, el escultismo se preocupa de prestarle, además, una positiva ayuda en su período de crecimiento y en su misma estructura física.

Desde este punto de vista se puede sintetizar la posición del escultismo diciendo que, para él, la educación física tiene que ser esencialmente *natural*. Baden-Powell mismo estaba convencido de que los chiquillos, antes que nada, tienen necesidad de distenderse con entera libertad en plena naturaleza, al aire libre. Porque, como dice muy exactamente J. Guerin-Dejardins en su interesante estudio (*Scoutisme et éducation physique*), los muchachos descubrirán instintivamente — al hallarse libres en plena naturaleza — los gestos, los movimientos y las actividades que les son necesarios para robustecerse y desarrollarse⁹. Esto es lo mismo que afirmar que para tener una buena salud y un buen desarrollo físico se debe anteponer, a los métodos artificiales (como, por ejemplo, la gimnasia sueca o cualquier otro sistema parecido), el método natural, que consiste en realizar los más importantes movimientos y los más útiles ejercicios sin saltos y de una manera fluida, y, sobre todo, sin la precisa intención de hacer *gimnasia*.

Aunque con tales afirmaciones no se intenta negar la utilidad ni, en ciertos casos, la necesidad de ejercicios metódicos y correlativos, graduados con inteligencia — ya que ello sería un contrasentido de difícil justificación —, de todas maneras, los responsables del escultismo están plenamente convencidos de que en la mayoría de casos antes que una *lección* de gimnasia es preferible un gran juego que, además de desarrollarse en el marco de la naturaleza, exige superar ciertas dificultades (saltar un foso, encaramarse a un árbol, correr por un terreno accidentado, arrastrarse por el suelo, etc.), o servirse de aquellas técnicas de exploración que, de forma variada y completa, tanta relación tienen con el desarrollo físico de los muchachos.

He aquí uno de los motivos principales sobre los que Baden-Powell tanto insiste — de manera harto sugestiva — al presentar la figura del scout como la de un moderno «hombre de los bosques» y al identificar la «ciencia del escultismo» con la «ciencia del bosque», la famosa *Woodcraft*: «Nuestra organización no es ni un club ni una cátedra, sino más bien una escuela práctica para estudiar las maravillas de la naturaleza. Tenemos que salir frecuentemente al campo, para fortalecer la salud del cuerpo y del espíritu, como jefes o como simples scouts... La mitad de los buenos resultados provenientes del ejercicio físico depende del aire puro... En otras palabras, el secreto del éxito está en el aire del campo y el propósito fundamental del escultismo es, en realidad, desarrollar el hábito de salir frecuentemente a disfrutar de los beneficios del aire libre tanto como sea posible.»

Todo ello justifica la convicción de que el deporte principal — por ser, en sustancia, el más educativo — es el campamento y, en general, las excursiones de un solo día.

El campamento es, en verdad, un medio formidable para la formación física, un maravilloso generador de salud; a lo largo del mismo se exige de los muchachos la realización de movimientos funcionales de primerísima importancia que, en justicia, pueden considerarse como elementos de una auténtica *gimnasia aplicada*. Piénsese, por ejemplo, en los movimientos que deben realizar los

⁹ Por este principal motivo, el escultismo ha hecho suyo, desde hace unos años, el «método de educación física Hébert», que, precisamente, se presenta como un método *natural* por esencia.

muchachos al ir a buscar agua a una fuente o a un pozo y al transportarla hasta la cocina, al arreglar el terreno del campamento, al recoger la leña, al cortar un árbol, al construir una mesa o la cocina de la patrulla, al excavar el hoyo de los desperdicios, etc. Se trata de movimientos — como es fácil comprender — que adquieren auténtico valor educativo por cuanto exigen la actividad de casi todos los músculos de quien los realiza y, más aún, al ser ejecutados al aire libre y, por lo regular, con mayor libertad que la normal en el vestido. Si además añadimos a todas esas actividades las noches pasadas bajo las tiendas, que sirven para que los muchachos almacenen en sus pulmones el aire puro de los bosques, de la montaña y del mar, se comprenderá perfectamente cómo, en su complejidad, la vida de campamento sea uno de los más característicos ejemplos de *vida sana*.

La vida de campamento de los scouts — particularmente intensa — comprende, según ya hemos visto, una numerosísima serie de juegos y de ejercicios técnicos que pueden considerarse como otros tantos deportes, ya que exigen, además de atención e inteligencia, cualidades esencialmente físicas. En este sentido, los juegos van desde violentos combates entre patrullas hasta las más o menos complicadas batallas entre ejércitos imaginarios y los peligrosos encuentros entre grupos de exploradores y feroces tribus indias; de manera parecida, las técnicas van desde la señalización con banderas a la topografía, desde la capacidad para seguir pistas naturales a los ejercicios de salvamento.

Quede claro, no obstante, que el esculatismo no abandona totalmente los deportes que podríamos denominar oficiales. Tanto es así que, muy a menudo, los scouts se divierten jugando al fútbol, a rugby o a balonvolea. Pero, generalmente, todos estos juegos son considerados solamente como simples recreos, pese a que el mismo Baden-Powell reconocía su valor educativo, sobre todo por lo que se refiere a la educación social.

Finalmente, es necesario fijarse en que esta manera de entender la educación física tiene una posterior y enorme ventaja, ya que permite al muchacho desarrollar su cuerpo en un ambiente de alegría y serenidad, condición muy importante para el buen éxito de todos sus esfuerzos. Cuando los muchachos se sienten alegres y serenos, como les sucede sin duda alguna cuando juegan o cuando están en directo contacto con la naturaleza, su entrega es mucho más total y, por tanto, mucho mayores los frutos de su actividad. Baden-Powell escribió por ello que «quien no siente la necesidad de sonreír no goza de buena salud» y que «el scout debe sonreír siempre, incluso cuando tiene que realizar un trabajo pesado».

EL ESCULTISMO CREE EN EL PEQUEÑO ESFUERZO CONTINUADO

Para desarrollar la fuerza de los músculos no es necesario someterlos a grandes esfuerzos; su exceso incluso puede ser la causa de peligrosos defectos y, debido al cansancio que producen, puede llevar a graves disturbios de diverso orden. Por el contrario, es suficiente hacerlos trabajar durante un brevísimo espacio de tiempo, pero con regularidad cotidiana. Esta convicción, nacida tanto del sentido común cuanto de serias observaciones médicas, condujo a Baden-Powell — según ya se ha dicho — a dar muchísima importancia a la gimnasia matinal. Los cinco ejercicios por él aconsejados (conocidos, en el ambiente scout, con el nombre de «los ejercicios de B. P.») son suficientes, en efecto, para ayudar al desarrollo de los hombros, del tórax, de los pulmones, del corazón, de los músculos abdominales, de las piernas, etc., mientras sean ejecutados todos los días y ante una ventana abierta. He ahí por qué la demostración de no haberlos abandonado durante un período no inferior a dos meses es una de las condiciones que, con mayor insistencia, tienen en cuenta los jefes cuando se trata del paso de un scout a la segunda clase. Incluso, en algunas tropas, es *conditio sine qua non* para pertenecer a las mismas, junto a la oración de la mañana y de la noche, la gimnasia cotidiana.

Además, el principio mismo de la regular repetición de un pequeño esfuerzo está en la base de toda la actividad scout, ya que el escultismo rehuye de manera decisiva cualquier forma de heroísmo o cualquier empresa de tipo extraordinario. En cambio, insiste constantemente en la necesidad de que la vida de la tropa no se interrumpa jamás, ni durante los meses más fríos ni durante los períodos de vacaciones escolares. Y no sólo eso, sino que cuando una tropa o una patrulla quiere realizar algo muy particular en el campo técnico — y que requiera incluso un esfuerzo físico de cierto nivel —, Baden-Powell insiste sobre la necesidad de que se llegue a ello después de un adecuado período de entrenamiento apropiado, a través del cual la naturaleza física de los muchachos pueda habituarse al mayor esfuerzo que deberá exigírsele.

En consecuencia, no es difícil comprender la fuerte oposición del escultismo a la pura competición, en el aspecto físico, y al exhibicionismo deportivo, que conducen o se fundamentan en una especialización extremada y en unos ejercicios absolutamente anormales que nada tienen en común con la meta de la auténtica educación física. El deporte es muy útil cuando se practica con el debido sentido de equilibrio, pero cuando se convierte en un medio más o menos fácil para lograr unos beneficios materiales, o sea, cuando pierde su característica *amateur* para convertirse en profesional, entonces puede transformarse en un serio peligro no tan sólo para quien lo practica, sino también para la educación de los jóvenes. Su meta principal, en efecto, estará constituida por el deseo único de la victoria, en aras de la cual se llegará a someter al cuerpo a esfuerzos físicos inhumanos y, por lo tanto, no saludables; en todo caso, sólo logrará dar gran valor a individuos excepcionales que muchas veces, y precisamente por eso, son auténticos *fenómenos anormales*. Además, la tendencia general del *hinchado deportivo* conduce a convertir en ídolos a tales individuos, con grave peligro para los jóvenes que, al dirigir hacia ellos su natural deseo de imitación, se esfuerzan por copiar sus empresas e igualar sus resultados.

Debido a todo lo anteriormente dicho, Baden-Powell — como quizás nadie — es, a la vez que un defensor acérrimo del deporte, un decidido enemigo de la *profesión deportiva* y del *tipo deportivo*. Él, en efecto, no concibe que un joven no sepa nadar, ir en bicicleta o boxear, pero, de la misma manera, no llega a comprender a aquellos que, sin practicarlo personalmente, se apasionan por un deporte. El problema radica, por un lado, en guiar a los muchachos hacia una justa forma de actividad deportiva, y por otro, en encontrar algo que pueda satisfacer su natural necesidad de llevar

a término grandes empresas, dignas de ser recordadas con orgullo. De ahí la tendencia propia del esculptismo de alentar actividades que, sin presentar reales peligros, exigen valor y sangre fría; Baden-Powell estaba convencido de que tiene más valor que una desenfrenada carrera en bicicleta o a pie (y la experiencia concreta permite añadir que es *más divertida*), el zambullirse desde cierta altura, el atravesar un río o, incluso, un simple combate de boxeo, actividades que además de entusiasmar al joven scout, lo educan para saber superar su miedo instintivo y para desarrollar la confianza en sí mismo.

Todo ello explica, también, por qué el deporte preferido de los clanes y de todos los rovers en general sea precisamente el alpinismo. El alpinismo requiere de quien lo practica, junto a una indudable fortaleza física, paciencia, valentía y serenidad.

Además, téngase en cuenta que el esculptismo no elimina todas las formas de competición deportiva. En realidad el esculptismo nos propone una doble forma de competición. En primer lugar, se esfuerza para sustituir, en los muchachos, la ambición de ser el primero en una sola especialidad deportiva por la de sobresalir en el mayor número posible de las mismas, convirtiéndose, por tanto, en un individuo completo y armoniosamente desarrollado. En segundo lugar, provoca el gusto de la competición con uno mismo, en el sentido de que el scout debe intentar mejorar lo que podríamos llamar sus *records* personales. Todo esto es muy importante, tanto para realizar el ideal de cosa completa a que nos referíamos al principio, cuanto para sustituir el gusto del deporte admirado por el del deporte practicado.

En fin, es necesario observar que tampoco el sentido de la especialidad física está totalmente ausente del esculptismo, ya que existen algunas especialidades fisicodeportivas que, en general, son muy deseadas por los scouts. Se trata, por ejemplo, de las especialidades de atleta, ciclista, nadador, esquiador, etc., que, en verdad, no requieren excepcionales facultades físicas, puesto que más que nada insisten sobre el aspecto técnico de tales deportes (saber arreglar las averías de la bicicleta, salvamento de naufragos, etc.), o son especializaciones que nacen sobre una base más vasta y genéricamente desarrollada. Además, ya se sabe que uno de los deseos más característicos de un scout es coleccionar cuantas más especialidades posibles mejor.

Desde el punto de vista físico, pues, el ideal del esculptismo se presenta como un ideal de sano equilibrio, como un ideal en el que es posible ver concretamente realizado un desarrollo activo e integral del hombre.

CAPITULO VI

LA EDUCACIÓN SENSORIAL E INTELECTUAL

En las páginas precedentes hemos visto cómo dentro del escultismo se da gran importancia, por lo que atañe a la educación física, a la higiene del cuerpo. De un lado, para que los chicos aprendan a conservarse en perfecta salud, y del otro, para que se convierta en una auténtica preocupación el ayudar a los órganos de los sentidos a ejercer lo mejor posible sus propias funciones.

Una natural y obvia prolongación de estos principios es la educación sensorial, por la que tanto se interesa el escultismo y que debe considerarse como la mejor premisa para una educación intelectual verdaderamente eficaz.

Una vez más, pues, será posible comprobar de una manera concreta el aspecto integral de este método educativo. Como ya hemos hecho notar en ocasiones precedentes, Baden-Powell afirma que ningún hombre es completo hasta no haber realizado un adecuado desarrollo de todas sus facultades, sentidos e inteligencia incluidos. Y, más aún, deberá reconocerse cuán profundamente unitaria es toda la labor educativa del escultismo, ya que hablar de educación sensorial y de educación intelectual significa, en realidad, hablar de otros tantos medios con los cuales desarrollar el carácter y la personalidad de todo muchacho.

LA EDUCACIÓN SENSORIAL

Por de pronto obsérvese que este aspecto de la educación scout adquiere una importancia y un significado particulares, ya que, como muy justamente escribe Georges Tisserand (*Silences et réflexions du Scoutmestre*), quizá no exista, aparte el esculatismo, otro método educativo suficientemente sensible a este problema. El hecho es que Baden-Powell muestra gran asombro y preocupación por la escasísima eficiencia de los órganos sensoriales en la casi totalidad de los hombres adultos; según él esto representa, además de poner en evidencia una grave insuficiencia educativa, un motivo de preocupación por la general debilidad de la mayoría de los hombres en el ejercicio de sus profesiones y, en forma más general, en su capacidad para la lucha de la vida.

De ahí la absoluta necesidad de buscar un adecuado remedio y la oportunidad de estudiar el problema con mucha atención.

En el esculatismo la educación sensorial se desarrolla a través de dos puntos de vista fundamentales.

El primero consiste, simplemente, en las actividades scouts normales de la vida de los muchachos. El segundo, por el contrario, radica en una serie de actividades específicas dirigidas al desarrollo particular de los diversos órganos sensoriales.

En primer lugar, y antes que nada, es necesario reconocer que, al vivir su vida scout, todo muchacho se halla en un perenne estado de *tensión psíquica* que, sin duda alguna, le facilita el uso excepcional de todos sus sentidos. Cualquier persona que tenga una modesta experiencia educativa sabe, con certeza absoluta por haberlo comprobado personalmente, que el muchacho está presto a asimilar todo cuanto le sea presentado en forma interesante y seductora y a esforzarse para indagar y *explorar* todo cuanto sea, para él, nuevo o atractivo. Éstas son, precisamente, unas de sus más genuinas y naturales exigencias.

La vida de campamento, con todas las dificultades que la naturaleza y, más particularmente, el bosque ofrecen al muchacho, es un magnífico reactivo contra el triste efecto que la vida civilizada, con sus innumerables comodidades y refinamientos, provoca en el campo de la educación sensorial. En efecto, si un scout tiene que *orientarse* en plena campiña o en medio de un bosque no tendrá ocasión de acogerse a la gentileza de un transeúnte para que le explique el camino que ha de seguir (de manera confusa, generalmente, puesto que al conocerlo muy bien, quizá por hacerlo a diario, no habrá observado nunca sus detalles particulares) o de un guardia de la circulación, sino que sólo podrá fiarse de su vista, de sus oídos y de su capacidad para interpretar los pequeños detalles observados. Asimismo, si un lobato quiere seguir un rastro (cosa que les interesa enormemente) debe saber servirse no tan sólo de sus ojos, sino incluso de su olfato y de sus oídos; y si un scout quiere descifrar el mensaje que desde una distancia de kilómetros le envía un compañero, tiene necesidad de una vista y de una atención excepcionales.

Ejemplos como los precedentes podrían multiplicarse indefinidamente, pero es suficiente con comprender que las actividades normales y la vida específica de los scouts y, en particular, la que se desarrolla al aire libre, ya tienen, desde el punto de vista de la educación sensorial, una enorme importancia.

En segundo lugar, débese notar que en el esculatismo existen algunas actividades específicas que sirven, como ya se ha dicho, para desarrollar de manera particular cada uno de los órganos sensoriales; buena prueba de ello son algunas de las pruebas exigidas para pasar de clase. Ya nos hemos referido, por ejemplo, a la señalización — sea con el alfabeto Morse o con el código de banderas —, cuyo valor pedagógico no radica solamente en el desarrollo de los órganos visuales, sino también en el de la atención y del dominio del sistema nervioso. Pero, además, es necesario recordar — cuanto

menos por lo que se refiere al escultismo italiano — las numerosas pruebas de observación que se exigen para pasar a segunda clase y que van desde saber cómo se guía un tranvía o recordar el más alto número de matrícula de una serie de coches observados, al clásico juego de Kim, del que nos ocuparemos más adelante. Ni tampoco podemos olvidar las pruebas de nudos, que exigen de los muchachos el que los sepan hacer con los ojos vendados o con el bramante tras la espalda, o las pruebas de orientación, para las cuales es necesario saber distinguir las principales constelaciones, estrellas, etc.

Pero al lado de estas pruebas de clase existen numerosísimas actividades — generalmente se trata de juegos — que tienen el mismo sentido y que, al mismo tiempo, explotan la predilección de los muchachos por todo género de pequeñas aventuras. Es lo que sucede, por ejemplo, cuando un jefe hace levantar el campamento por la noche y sin ayuda de luz artificial alguna, o cuando el gran juego (una batalla, una acción policíaca, etc.) se desarrolla en la oscuridad, que exige gran capacidad de percepción y de autodominio.

Todos los sentidos, pues, deben ser educados y desarrollados. La vista, para que, además de saber ver a gran distancia, esté en condiciones de distinguir los más débiles matices de los diversos colores y de determinar, con cierta precisión, distancias, alturas, profundidades y número de individuos presentes en un grupo (existen muchos juegos scouts que desarrollan estas facultades). El oído, para que, además de saber captar los mensajes Morse — silbados o telegrafados —, sepa reconocer y distinguir los más diversos ruidos y sonidos (¡el bosque se presta a maravilla!). El olfato, para que sepa discernir medicinas y sustancias diferentes (también aquí, como ya se verá, es muy útil el juego de Kim, adecuadamente preparado). El tacto, del cual todo scout se sirve en muchos casos, debido a sus actividades y a su vida nocturna, y que, con frecuencia, sirve para el oportuno reconocimiento de un vestido o de una tela. Finalmente, los sentidos del gusto y del equilibrio, que permiten, respectivamente, reconocer sustancias diversas o la importantísima facultad de mantenerse en equilibrio y de proseguir en una determinada dirección incluso con los ojos vendados.

Naturalmente, toda esta labor se realiza desde las primeras etapas de la educación scout durante las cuales cada uno de estos sentidos se convierte, por así decirlo, en el protagonista de innumerables y variados juegos y de otras tantas e interesantes actividades. Incluso creo que se puede afirmar que, en la mente de Baden-Powell, la educación sensorial tenía mayor importancia en el lobatismo que en las dos ramas restantes, ya que la edad de los lobatos se presta mucho a ello. Una prueba de esta afirmación está en el hecho de que un capítulo entero (el octavo) del *Manual de lobatos* se dedique todo él al adiestramiento de los sentidos. En este capítulo, después de haber mostrado una vez más a los pequeños lectores el ejemplo de los lobos — que, a diferencia de los chacales, cazan por sí solos y con sus solas fuerzas se procuran lo necesario para vivir—, Baden-Powell afirma que un explorador, un lobato, no tendrá suficiente con aprender a ver todas las cosas, sino que debe usar también las orejas, la nariz, la mano; y además deberá aprender a servirse del propio cerebro para interpretar el significado de sus observaciones. A este respecto, son muy significativos los títulos de algunos de los párrafos del citado capítulo: «Usad vuestros ojos», «Ver sin ser visto», «Los lobos usan la barba para palpar su camino», «El lobo tiene muy buen olfato», «Un lobo tiene buenos oídos», etc.

Nótese, finalmente, que el particular adiestramiento de los sentidos encuentra su más alta expresión y su más inmediata aplicación en la técnica de la observación, a la que Baden-Powell dedica muchos de sus esfuerzos y que, por mi parte, considero que debe conceptuarse como una especie de campo

intermedio entre la educación sensorial y la intelectual, ya que se nos presenta como la premisa indispensable para el razonamiento inductivo. Por otra parte, es evidente que la misma capacidad intelectual gana mucho con un excelente funcionamiento de los órganos de los sentidos, puesto que,

como han demostrado los más ilustres psicólogos, la inteligencia se desarrolla y se perfecciona, en gran parte al menos, sobre una base eminentemente experimental, y porque, como también afirma Gesualdo Nosengo (*La persona umana e l'educazione*), la exactitud del juicio mental depende muy a menudo de la exactitud de la percepción sensible.

LA TÉCNICA DE LA OBSERVACION

La técnica de la observación y, muy estrechamente ligada a la misma por ser su fundamento y su principal instrumento, la técnica de la atención, son, como ya se ha dicho, el desarrollo lógico y, en cierto sentido, la lógica conclusión de la educación sensorial; al mismo tiempo, representan la necesaria premisa y el auténtico inicio de la educación intelectual.

Por ello el esculatismo le concede tanta importancia y Baden-Powell se ocupa tanto de esta técnica. Para todo miembro activo del esculatismo— lobato, scout, rover o jefe — ser un atento observador es una cuestión de honor, y esta cualidad es una de las determinantes y de las fundamentales del llamado *tipo scout*.

La importancia de la observación está determinada, según el pensamiento de Baden-Powell, no tanto por la utilidad que indudablemente tiene en la concreta realización de la vida scout, cuanto por las funciones que ella puede desempeñar en la vida cotidiana de todo hombre e incluso por el valor moral que ella en realidad posee. Por eso G. Tisserand, que ha escrito un breve pero agudo e interesante capítulo (en el libro citado) sobre esta cualidad, hace notar que «la observación es capital en el esculatismo porque lo es en la vida de todo hombre». Además, también Baden-Powell habla muy claro afirmando que «cuando un muchacho se ha habituado a la observación y a la inducción, se ha dado un gran paso hacia el desarrollo de su carácter». Basta pensar, en efecto, en la extraordinaria utilidad que tiene, no sólo para un verdadero y auténtico scout, sino para un hombre cualquiera, el saber observar incluso los más pequeños detalles para relacionarlos unos con otros y sacar las debidas consecuencias. «El observar detenidamente a la gente — escribe Baden-Powell — y la habilidad para leer su carácter y pensamientos, es de inmenso valor en los negocios y el comercio, especialmente para un agente o vendedor que trate de persuadir a alguien para que compre determinada mercancía, o para descubrir a un probable estafador.» «Observando atentamente el suelo quizás encontraréis objetos perdidos que podréis devolver a sus respectivos propietarios. Observando el comportamiento o el modo de vestir de una persona y sacando las lógicas conclusiones, podréis daros cuenta de si alguien es malintencionado e impedir un delito. O podréis daros cuenta de si una persona está asustada o necesita ayuda y comprensión. En este caso os será posible cumplir con uno de los principales deberes de un esculista: ayudar con todas sus fuerzas a quien está en una dificultad.»

Ahora bien, ¿de qué manera educa y desarrolla el esculatismo esta técnica?

También en este caso, como en el de la educación sensorial, la respuesta es doble: de un lado, es la misma vida scout la que dirige sus actividades prácticas hacia esta facultad; del otro, existen diversos medios específicos destinados a desarrollar y perfeccionar esta técnica. Nótese además que no es difícil convencer a los muchachos de la importancia que tiene el adquirir esta cualidad; basta con que reflexionen un poco o, como dice el ya citado G. Tisserand, con demostrarles «que la observación está en la base de todo descubrimiento científico, con simples ejemplos como el de Dionisio Papin descubriendo la fuerza motriz del vapor al observar una marmita de agua hirviendo, o el de Isaac Newton estableciendo la teoría de la gravitación universal a partir de la caída de una manzana. Mostradles el papel considerable de la observación en el arte de pintar, en el de describir y en ciertas profesiones como la de médico, o, más simplemente, en oficios como los de pescador, marino o agricultor». De esta manera también en este campo es posible obtener la preciosa colaboración de los propios muchachos.

No estaría bien repetir ahora todo cuanto ya he dicho acerca de la particular capacidad de la

simple vida scout para educar en el plano del desarrollo sensorial que, como es obvio, se aplica con igual eficacia en el campo de la observación. Creo interesante, en cambio, subrayar la necesidad que tienen los jefes de saber *dosificar* oportunamente las actividades que exigen de los muchachos el concentrarse en la observación, ya que al tener que mantenerse en una constante atención es muy fácil cansarlos, sobre todo al principio. También en este caso — y de manera muy particular — es necesario saber proceder lentamente y tender progresivamente hacia el nivel deseado, sin hacerse excesivas y peligrosas ilusiones sobre la rapidez en el progreso de los muchachos.

El mejor medio para enseñar una tal técnica —según afirma el escultismo de acuerdo con sus ideas generales sobre el problema educativo — consiste, más que en la explicación, aunque sea con abundancia de detalles, de cómo se debe hacer para observar, en situar a los muchachos en condiciones de ejercitar espontáneamente sus facultades de observación y en desarrollarles, de una manera concreta, su gusto e interés por esta actividad. Cuando en todos nosotros existe el deseo de ver, de saber y de comprender, es suficiente con promover este deseo en cada scout para llevarlo a desarrollar en sí mismo las necesarias disposiciones para la observación. En nombre de lo concreto de una tal enseñanza y de la gradación de la que hace poco hemos hablado, los jefes deben contentarse, en un principio, con dar a sus muchachos, simples novicios, el placer de los pequeños descubrimientos visuales (darse cuenta de la presencia de un hombre en la cima de una montaña, clasificar la forma de una casa a notable distancia, encontrar por la calle botones, fósforos u otros pequeños objetos, etc.) y con ponerles a prueba con fáciles pistas naturales o artificiales tan sólo más tarde se deberán esforzarse en desarrollar su capacidad de observación recurriendo, por ejemplo, al famoso juego de Kim¹⁰, del que se servirán a menudo, pero con dosificaciones y aumentando progresivamente sus dificultades. Finalmente, podrá servirse de las más complicadas y complejas actividades observativo inductivas del «traqueódromo» o de pistas naturales nada fáciles.

Sucede muchas veces que una salida al campo esté enteramente organizada sobre la técnica de la observación, pero, de todas maneras, en cualquiera de ellas puede tenerse en cuenta esta técnica y utilizarla de manera que suscite el interés y la diversión de los muchachos. En este sentido, el «traqueódromo» representa una fuente casi inagotable de actividades útiles y agradables a la vez.

En su forma más simple, que luego, naturalmente, puede complicarse mucho, el «traqueódromo» consiste en un terreno arenoso en el cual se imprimen las huellas más diversas (de hombre, de mujer, de perro, de pájaro, etc.), que deben ser reconocidas por los escultistas gracias a sus precedentes observaciones; en su forma más complicada puede ser un conjunto de huellas y señales que reproduzcan una escena imaginaria, muy ampliamente descrita, que cada muchacho o patrulla deberán reconstruir y explicar. Pero es necesario aclarar que aunque algunas veces se presente un «traqueódromo», por así decirlo, *en frío*, más a menudo se busca la manera de presentarlo de improvisado y como parte integrante de otras actividades o, por ejemplo, de un gran juego.

Tampoco se puede pasar en silencio la importancia que tiene, en el campo de la observación, la actividad exploratoria o, como se dice en el ambiente scout, el *Hyke* (palabra inglesa que, precisamente, significa exploración), en la que una patrulla o un scout solo, que aspire a la primera clase o que ya sea suficientemente experto, deben seguir un recorrido previamente señalado con la obligación de referir, a su retorno, el mayor número posible de observaciones sobre la naturaleza,

¹⁰ El juego de Kim, muy usado entre los scouts, consiste en recordar con precisión, después de un cierto espacio de tiempo, el mayor número posible de pequeños objetos que, precedentemente, se han observado durante dos o tres minutos. En la prueba de segunda clase, el mínimo exigido es de dieciocho objetos sobre veinticuatro. Naturalmente, este juego puede presentarse bajo muy diversos aspectos según la fantasía de cada jefe: Kim de olores, de sabor, de sonidos, de tacto, etc. (en cuyos casos el muchacho, además de tener que recordar los objetos, debe reconocer las varias sustancias por medio del olor, del gusto, del oído, etc., que así van perfeccionándose). Sobre el mismo principio se basa también el juego de Morgan, en el que el muchacho debe recordar el mayor número posible de los objetos que se hallan en un escaparate, observado durante tres o cuatro minutos.

sobre la obra del hombre, sobre el tiempo atmosférico, sobre el carácter y los problemas de los habitantes, etc.

De todas maneras, el medio más característico de los usados por el escultismo para desarrollar este aspecto de su educación, radica en la observación de la naturaleza, ya sea por la enorme atracción que ella ejerce sobre el espíritu de los muchachos, bien por la notable dosis de actividades al aire libre que ella exige y presupone. Sobre este punto ya hemos hablado en el capítulo III y, por tanto, sólo me resta remitirlos a aquellas páginas, pese a que me gustaría insistir, por un lado, sobre las grandes posibilidades que este campo nos ofrece para desarrollar, además y antes mismo de la observación, la atención, y por el otro, sobre la necesidad de que el encuentro con la naturaleza sea dirigido por los jefes de manera justa y conveniente.

LA EDUCACIÓN INTELECTUAL

No existe nadie que no comprenda cuán fundamental es, para la formación intelectual del muchacho, el referido desarrollo de la atención y de la observación. Con él, además, el muchacho recibirá importante ayuda para su vida escolar, ya que muchas de las dificultades de los estudios se deben, precisamente, a una deficiente capacidad para observar y comparar unas nociones con otras.

Pero hay todavía más en cuanto concierne a la educación intelectual, ya que la capacidad de observar, convertida en posible y eficiente gracias a una bien desarrollada atención, no debe concebirse, al menos según el pensamiento del esculatismo, como una finalidad en sí misma, sino como una premisa indispensable para el desarrollo intelectual.

En efecto, cuando en el esculatismo se habla de «educación intelectual», no se entiende por ello lo que normalmente se designa en dicha expresión. De un lado, porque siendo el esculatismo un método educativo casi me atrevería a decir auxiliar de la labor escolar (pese a que, como hemos comprobado más de una vez y como ya tendremos ocasión de estudiar, su acción a menudo se interfiere con la de la escuela), casi todo el mundo del *saber* y, en general, de

la *cultura* queda, por definición, fuera de su alcance. Del otro, porque según el pensamiento de Baden-Powell, para triunfar en una carrera profesional o, generalizando más aún, en la propia vida, el orden de importancia de las cualidades necesarias sitúa en primer lugar al carácter y tan sólo en el tercero y último coloca al saber.

Educación intelectual, por tanto, no significa aquí un complejo de nociones y de conocimientos intelectuales, sino más bien el desarrollo de ciertas *facultades intelectuales* que entran a formar parte, precisamente, del carácter de un hombre. Trátase, en sustancia, de guiar la mente del muchacho hacia la situación de quien está en condiciones no tan sólo de aprender todo aquello que exige su profesión o su carrera, sino también de aprenderlo con una mentalidad particular, activa y no pasiva, a través de la cual le será más fácil hacer rendir provechosamente su trabajo.

Basta, en efecto, dar una simple ojeada a la tabla que Baden-Powell añadió al capítulo sobre el carácter en su *Guía para el jefe de tropa*, para darse cuenta rápidamente de esta su fundamental convicción. En ella, entre las siete cualidades indicadas como base del carácter, se encuentra la inteligencia que, siempre según la tabla citada, debe comprender los siguientes atributos: observación, inducción, capacidad de juicio y memoria.

¿Se debe, por lo tanto, hablar de simple *vivacidad del espíritu*, más que de verdadera y auténtica formación intelectual? Yo creo, en el fondo, que sí.

Y si, en este campo, el pensamiento de Baden-Powell puede parecer demasiado simplista y expeditivo, no debe olvidarse que él no tenía la intención de sustituir la labor de la escuela y que sólo se había propuesto con su método prestar una ayuda concreta a los muchachos de todas las clases sociales, con particular atención hacia aquellos que, por tener menos posibilidades, están más desprovistos de los cuidados de la enseñanza oficial.

Todo cuanto se acaba de afirmar explica y aclara de manera suficiente la estrecha relación que, según el esculatismo, debe existir entre el desarrollo sensorial, la observación y la formación intelectual.

En efecto, la observación — que como ya se ha visto presupone una capacidad sensorial particularmente acentuada — conduce, si se entiende bien, a la técnica del raciocinio inductivo, que no es otra cosa que la capacidad de relacionar los varios datos de la experiencia sensorial a través de su captación y de un claro enunciado de sus elementos

comunes y de la dependencia lógica que exista entre ellos. Mediante la observación, tanto de la naturaleza como de la obra del hombre y de sus condiciones de vida, el joven scout adquiere un complejo de nociones inmediatas que son el material sobre el cual su inteligencia basará su capacidad de reflexión y a partir del cual formulará sus consecuencias y conclusiones. Las diversas actividades scout, desde los juegos a las pruebas de clase, invitan a este proceso de reelaboración, ya que están esencialmente dirigidas o bien a hacer tomar decisiones espontáneas a los muchachos o bien a procurarles el deseo de interpretar de manera personal todo cuanto han experimentado. El estudio de la naturaleza — concebido, como hemos visto, bajo un sentido activo — y los diversos ejemplos del «traqueódromo», lo demuestran claramente, puesto que el preguntarse ¿cómo?, ¿por qué? y ¿cuándo?, acerca de lo observado, significa precisamente acostumbrarse de una manera concreta a no limitarse a la superficie de las cosas, sino a ejercitarse en saber hallar las relaciones entre causa y efecto.

«La facultad de saber razonar — escribe Baden-Powell — es exactamente como la lectura de un libro y es necesario enseñarla como se enseña a leer. Quien sabe leer entiende los signos de la escritura y quien no sabe leer no los entiende. He ahí el motivo de muchos de los juegos cuya finalidad consiste en ejercitar dicha facultad.» Así pues, también en el campo del razonamiento intelectual el camino seguido por el escultismo no es el de la enseñanza abstracta, sino, por el contrario, el de la enseñanza a través de la acción concreta, de la experiencia vivida.

Como puede comprobar fácilmente todo el mundo, el valor formativo de este aspecto de la educación es verdaderamente enorme. En efecto, «el habituarse a sacar conclusiones exactas y lógicas, basándose en los datos recogidos y recordados con atención, exactitud, abundancia y precisión — escribe G. Nosengo en *La persona umana e l'educazione* —, es avanzar hacia el dominio del buen sentido y de la capacidad lógica, convertirse en hombre bien situado respecto a la realidad de las cosas, en proceder de manera rectilínea en el camino de la vida. El sistema educativo escultista consiste en una forma de raciocinio totalmente de acuerdo con la realidad de la vida, y es el comienzo y la base para la estructuración lógica de la mente humana. Además, para los muchachos, es la auténtica, mejor y única forma posible de educar las facultades mentales, cuyo sucesivo desarrollo servirá al hombre adulto para orientarse y comportarse sin desviaciones en su vida moral, profesional y política... Acostumbrar la mente a usar de sus fuerzas según las leyes de la lógica es tan importante como enseñar la verdad.»

Pero todavía hay más, ya que desarrollar en los muchachos el hábito del raciocinio inductivo significa, además de darle el sentido de lo concreto que, en definitiva, es lo mismo que el sentido de equilibrio, formarle el *habitus* científico del investigador. Esto representa, a mi juicio, un nuevo y fundamental aspecto de la modernidad del método scout y, precisamente por ello, un nuevo punto de contacto entre su pensamiento pedagógico y el de los más interesantes y válidos métodos educativos contemporáneos; piénsese, por ejemplo, en la concepción pedagógica de J. Dewey.

Pero el escultismo, desde el punto de vista de la educación intelectual, no se limita a las facultades de la observación y de la inducción, sino que tiene también muy en cuenta el mismo raciocinio deductivo, la mnemotecnia y la independencia de juicio.

En cuanto al primer punto recuérdese que, para realizarlos bien y de forma interesante, muchos de los grandes juegos propios de las tropas — al igual que muchas de sus actividades — exigen servirse de las facultades deductivas al tener que prever y valorar las posibles consecuencias de un determinado comportamiento o de una acción concreta.

Por lo que se refiere al segundo, es necesario reconocer que se trata de una facultad no sólo tenida en cuenta por el educador scout, sino que, hasta cierto punto, está continuamente presente en todas las más diversas formas (tanto sensoriales como intelectuales) de la normal vida scout. Sobre este punto escribe Baden-Powell: «Practicad el recordar las cosas. Un individuo que tiene buena memoria se abre paso, porque hay infinidad de personas que no la tienen, y ello se debe tan sólo a que no la ejercitaron. Una isla de coral está constituida por animales sumamente pequeños que se agrupan entre sí. Así, los conocimientos del hombre están constituidos por su observación de pequeños detalles que va colocando unos junto a otros en su cerebro, recordándolos después.» El scout cumple este consejo, por ejemplo, intentando recordar todo cuanto ha *explorado* y observado durante una de sus normales salidas al campo, aprendiendo a usar el alfabeto Morse velozmente y sin errores, y, sobre todo, ejercitándose a llevar mensajes orales, cifrados o no, a lejanos destinos, etc.

Para terminar, la independencia de juicio que, en el fondo, no es otra cosa sino el saberse servir en cualquier circunstancia de las propias facultades de discernimiento.

A lograrla, además del hábito al racionamiento inductivo y deductivo, va dirigido todo un sistema de vida, todo un determinado comportamiento. Por ejemplo, es muy raro el que un jefe imponga una actividad o una decisión sin antes tomar en consideración el juicio del propio muchacho, y, una vez realizada, le pedirá inmediatamente su criterio y su juicio. Además, la vida de patrulla (con toda la responsabilidad que comporta para cada muchacho), el tipo moral del escultismo (fundado, principalmente, sobre el autodomínio) y toda la misma educación scout (que casi puede considerarse como una autoeducación), son a mi parecer, una indiscutible escuela de capacidad e independencia de juicio.

CAPÍTULO VII

LA EDUCACION MANUAL Y TÉCNICA

Si en el capítulo precedente se ha reconocido el original interés que el esculismo tiene por la educación sensorial y la educación intelectual (entendida en el sentido explicado), igual reconocimiento merece su interés hacia la educación manual y técnica, ya que ella representa la más clara expresión de su fundamental activismo. Ningún auténtico activismo, en efecto, puede quedar reducido, simplemente, a cierta manera de entender la educación (más cercana a los intereses de los muchachos), ni, incluso, a un más frecuente y educativo uso del juego, ya que es preciso que encuentre en el trabajo su más significativa realización. He ahí por qué parece posible poder afirmar que un esculismo que no tuviese en cuenta la actividad manual y técnica no sería auténtico.

Esta afirmación hace coincidir, una vez más, el método scout con las directrices fundamentales de la pedagogía contemporánea, que considera como uno de sus principios básicos la posibilidad o, mejor dicho, la necesidad de aprovechar el trabajo manual desde un punto de vista educativo. En efecto, tanto el esculismo como la pedagogía activa contemporánea — como, por ejemplo, la sustentada por Dewey o Ferrière — están íntimamente convencidos de que el hombre vale en tanto hace, que ha nacido para hacer y que siempre el pensamiento está en función de la acción. "La vida sin la reflexión — dice Ferrière — es muy poca cosa, pero es posible; la reflexión sin la vida no es nada."

Según Lamberto Borghi, al exponer las teorías pedagógicas de J. Dewey — en J. Dewey e il pensiero pedagógico contemporáneo —, la actividad manual debe considerarse como necesaria para el normal desarrollo fisiológico y psíquico de la infancia, ya que ella le permite la adquisición del control de sus energías y del uso de sus miembros, el desarrollar sus centros motores y el establecer relaciones de unión sintética con el medio ambiente y de íntima solidaridad con el mundo de las cosas, que son el camino para adquirir las facultades aptas para el contacto social con los demás seres humanos.

Además, como hace observar Baden-Powell en más de una ocasión, el trabajo manual representa una notable contribución al desarrollo en los muchachos de determinadas aptitudes: sólido espíritu de iniciativa personal, profundo sentido de confianza en sí mismos, responsabilidad; pero sobre todo contribuye a formarles la facultad de hacer concretamente (quiero decir "con las propias manos") y con el sentido de precisión que, en verdad, están en la base del auténtico espíritu científico. Es natural, pues, que el esculismo piense que para que este aspecto de la educación sea válido de verdad, debe concebirse precisamente en estrecho contacto con el aspecto, por así decirlo, espiritual de la misma. Su importancia está plenamente reconocida en el mismo lema, que, según la explicación del propio Baden-Powell, significa estar siempre listos para hacer cada cosa en su justo momento y para tener capacidad y voluntad de hacerla (véase cuanto se ha dicho en el capítulo III), ya que si un scout promete hacer cuanto le sea posible para ayudar a los demás en toda clase de circunstancias, no es suficiente con coleccionar una serie, tan grande y completa como se quiera, de buenas intenciones, sino que es necesario alcanzar el mayor número posible de facultades concretas y prácticas.

Así pues, la técnica scout nace y se justifica por el ideal de servicio al prójimo que, como hemos visto, es el fundamento del esculismo entero; por tanto, es imposible pensar en la

técnica como finalidad en sí misma. No se trata de formar excelentes transmisores u honrados camilleros, sino de ayudar a todo muchacho para que logre un perfecto equilibrio entre sus fuerzas intelectuales, morales y físicas.

EL TRABAJO MANUAL EN LA MANADA Y EN LA TROPA

El interés que el escultismo siente por la actividad manual empieza muy pronto, en la misma vida de la manada. Incluso podríamos decir que es precisamente en la manada donde el escultismo se esfuerza por desarrollar en los muchachos una auténtica afición por el trabajo manual que, una vez perfeccionado en la tropa a través de su específica aplicación a la vida de campamento, constituye la indispensable premisa para la más compleja técnica scout. En la manada, en efecto, todavía no se puede hablar de técnica en su justo y real significado, aunque sea en la misma donde se enseñen los más elementales nudos o las más simples letras del alfabeto Morse, ya que es evidente que un chiquillo de ocho o nueve años todavía no está preparado para soportar la disciplina y el autocontrol que exige una técnica cualquiera, ni es capaz de entender, de manera orgánica, el trabajo que realice.

Por el contrario, lo que tiene mucha importancia es el trabajo manual propiamente dicho, bien por ser una tendencia natural y muy difundida entre los chiquillos de esta edad — ligados, así, al mundo concreto de las cosas —, o por poseer muchas de las más importantes ventajas educativas de la auténtica técnica.

Al lado de las especialidades — de las que se hablará más adelante —, la manada dirige al lobato hacia los trabajos manuales, apropiándose su inclinación hacia las colecciones de todo género y proponiéndole y sugiriéndole una serie de pequeños trabajos que unan a su utilidad un carácter atractivo.

En cuanto a las colecciones — utilizadas también en la tropa—, Baden-Powell aconseja, además de las tradicionales colecciones de sellos o billetes de tranvía, las de etiquetas y postales que reproducen ciudades y monumentos famosos, las de fotografías y dibujos interesantes, y, sobre todo, las que hagan referencia a la naturaleza: flores, hojas o minerales. El valor educativo de esta actividad no puede ser más evidente, ya que junto a la labor propiamente manual permite que los chiquillos aprendan casi sin darse cuenta muchas nociones útiles y, en especial, que cultiven el notable sentido de la precisión y del orden. He ahí el porqué de la existencia de algunas especialidades de este tipo a las que pueden aspirar los lobatos.

Pero el trabajo manual de la manada está representado, principalmente, por las numerosas pequeñas realizaciones que el lobato debe saber hacer para embellecer su local — que, por lo que se refiere a la decoración y a los muebles, será siempre el resultado de la labor de los miembros de la manada —, para ser útil en su casa y tener ocasión, así, de lograr su propósito de proporcionar un placer diario a alguien.

Además, Baden-Powell recomienda que cada lobato cuide de un pequeño jardín o, cuando menos, de las flores de una maceta construida por él mismo, y que sepa hacer brotar un bulbo en el agua. Tal como dice en el capítulo «Jardinero» de su *Manual de lobatos*, la jardinería no tan sólo puede convertirse fácilmente en una pasión para los pequeñuelos, sino que representa una inmejorable ocasión para que divirtiéndose desarrollen su habilidad manual y otras virtudes más importantes todavía, como la paciencia y la perseverancia.

En la vida de la tropa, en cambio, los trabajos manuales están principalmente relacionados con los campamentos y, en general, con la vida al aire libre, aunque no se abandonen del todo actividades como las que acabamos de ver al referirnos a la manada. Incluso se puede

decir que es una cuestión de honor para todo scout el saber servirse de las manos siempre que sea necesario. Tanto si se trata de pequeñas averías eléctricas, colocar clavos o barnizar los muebles de la cocina, el scout debe saber hacerlo y tener la satisfacción de que sus padres le consideren imprescindible para tales menesteres. Además, esta habilidad práctica le proporcionará un noble sentido de superioridad ante sus amigos y compañeros no scouts.

Deben añadirse, además, las diversas actividades manuales que desarrollan los scouts de una tropa con el fin preciso de obtener unos beneficios con que adquirir material (tiendas, pucheros, brújulas, etcétera) o para no recargar la economía familiar con los gastos que lleva consigo la práctica del esculismo. Éste es, precisamente, un principio que Baden-Powell consideraba fundamental; según él los muchachos deben persuadirse de que en la vida es necesario trabajar siempre, incluso duramente, y que, en el fondo, en este trabajo radican muchos de los valores y del auténtico significado del *hombre*. Los *hijos de papá*, habituados a tener siempre todo cuanto necesitan o, peor todavía, todo cuanto desean, ni sirven para el esculismo ni merecen ninguna consideración dentro del mismo.

Tales actividades pueden ir desde la construcción de pequeños y sencillos juguetes a cuidarse del arreglo y aseo de un local; desde desempeñar un servicio público remunerador a vender trapos o desperdicios; en todos los casos, y en otros parecidos, trátase de trabajos muy humildes, pero que además de satisfacer el innato sentido de aventura y rareza que tienen todos los muchachos, poseen todas las virtudes educativas que más arriba he indicado.

Pero es en la vida al aire libre, y de modo especial en los campamentos, donde la labor educativa manual tiene su más adecuado y completo desarrollo, por ser, en verdad, parte integrante de la vida scout. Levantar una tienda, cocinar, recoger y cortar leña, cavar una zanja o cualquiera de las otras actividades de las cuales hemos hablado al tratar de la educación física, son otros tantos ejemplos de trabajos manuales que requieren, a la vez, vigor y facultades prácticas. Además, la posibilidad de disponer de leña abundante incita a realizar, para uno mismo o para los demás, toda clase de pequeños objetos útiles (palmatorias para la iluminación de las tiendas, estantes para zapatos, perchas, anillos para *foulards*, cubiertos, etc.), que son un válido testimonio del espíritu de iniciativa y de capacidad manual de cada scout y que, precisamente por ello, sirven para valorar con bastante exactitud el grado de eficiencia de las distintas patrullas.

De todas maneras, el trabajo manual sólo debe considerarse como la antecámara de la técnica, a través de la cual se alcanzará una forma de actividad más compleja e interesante para los muchachos, sobre todo cuando llegan a cierta edad, y que les proporcionará mayores satisfacciones. El esculismo tiende de manera particular hacia esa técnica, puesto que conoce la necesidad que de la misma tienen los muchachos, habituados como están a una educación preferentemente teórica y abstracta.

LA TECNICA SCOUT

El escultismo lleva a los muchachos hacia el campo técnico de muchas y muy diversas maneras. Por un lado, a través de las pruebas de clase, de las especialidades y de la misma vida de campamento; por otro, con la vasta gama de las técnicas propias de los acampadores y excursionistas.

En efecto, ningún muchacho puede considerarse auténticamente scout hasta conseguir la primera clase, ya que sólo entonces podrá afirmar que se ha preparado con el debido interés y la necesaria seriedad. Y cuando se habla de técnica, está claro que nos referimos no sólo a la habilidad manual, sino también a trabajos que exijan la presencia de facultades intelectuales (saber planear, prever, proyectar, etc.) y de cualidades morales (perseverancia, altruismo, deseo de mejorar, etc.).

He ahí por qué un muchacho que quiere merecer el que se le pase a primera clase deberá demostrar estar en posesión, además de las técnicas exigidas (campismo, curas de urgencia, señalización, pionerismo, topografía, cocina, etc.), de las citadas cualidades intelectuales y morales, y deberá demostrar, además, su espíritu de iniciativa y su voluntad de acción mediante la conquista de determinado número de especialidades.

Veamos, por ejemplo, qué se requiere para superar una prueba de clase. Por lo que se refiere a los primeros auxilios, todo scout debe saber servirse de un botiquín de urgencia, construir una camilla con lo que sea, vendar heridas de cualquier parte del cuerpo después de haberlas lavado y desinfectado, inmovilizar miembros rotos o dislocados, detener una hemorragia, y curar contusiones, quemaduras, mordeduras de serpiente, picadas de insectos, choques eléctricos, asfixias, desvanecimientos y envenenamientos; además, y principalmente, haber dado suficientes muestras de saber mantenerse sereno en casos de accidente, de tener *sangre fría*.

En cuanto a las pruebas de topografía, deben conocerse perfectamente todos los usos de la brújula, saberse servir de mapas y planos, conocer las diversas escalas y los numerosos sistemas convencionales, orientarse de día y de noche sin brújula, mantenerse en una dirección determinada por un acimut, dibujar esquemas panorámicos y topográficos, hacer el gráfico de un itinerario dado y seguido realmente, etc.

Finalmente, y por lo que se refiere a las pruebas de observación, debe saberse seguir una pista natural y haberlo hecho más de una vez, reconstruir un episodio elemental a base de los indicios observados («traqueódromo»), identificar y reproducir las huellas de cinco animales distintos, hacer una relación detallada de un itinerario seguido respondiendo a un determinado cuestionario (clases de cultivos, industria, sitios convenientes para acampar, recursos económicos, etc.) y demostrar, con repetidas pruebas en localidades, ambientes y condiciones diversas, haber conseguido el hábito de apreciar, con un error menor al veinte por ciento, distancias, longitudes, alturas, pesos, etc.

Ni qué decir tiene que todo esto requiere una larga preparación. Tanto es así, que la primera clase está considerada, desde el punto de vista técnico, como la meta última de la vida de un scout, muchos de los cuales no consiguen alcanzar. Tampoco es necesario insistir sobre el hecho de que una tal preparación no exige una enseñanza de tipo escolástico, ya que los muchachos aprenden todas estas cosas viviendo normalmente su vida scout; tampoco que se trate de un cúmulo de conocimientos y facultades superiores a las posibilidades de los muchachos, muy a menudo — y erróneamente — considerados por debajo de su nivel por los adultos, sobre todo en cosas que a ellos les interesan y divierten.

No obstante, es preciso hacer notar, porque la experiencia lo ha confirmado numerosas veces, que los jefes pueden caer en dos equivocadas interpretaciones al aplicar la técnica a las actividades de sus respectivas unidades:

Por un lado — y, en especial, por culpa de aquellos que no están dotados de fantasía e inventiva —, es posible que la técnica presentada a los muchachos resulte, por decirlo así, *demasiado técnica* y que, por tanto, sea considerada como pesada y molesta; para interesar y servir de verdad, la técnica debe ser siempre, y por el contrario, atractiva, muy imaginativa y *materializada*, y de inmediata aplicación utilitaria.

Por el otro, es relativamente fácil que un jefe, por excesiva bondad o por excesiva severidad, convierta las pruebas técnicas en demasiado fáciles —con la esperanza de excitar el deseo hacia las mismas— o en demasiado difíciles — intentando obtener mejores resultados cada día —; tanto en uno como en otro caso se desperdician inevitablemente todas sus ventajas educativas, ya que si en el segundo caso el muchacho pierde su interés al resultarle vanos sus esfuerzos, también lo pierde en el primero al no encontrar aliciente en una actividad poco seria y que no le proporciona nada positivo.

Frente a la técnica es necesario una posición equilibrada que, a la vez que considere los límites naturales de las posibilidades del muchacho, sepa interesarlo en su esfuerzo con suficiente seriedad. Además, es preciso que los jefes sepan dar variedad a sus programas, tanto por lo que se refiere a las actividades y a los tipos de juegos y competiciones, cuanto por los escenarios donde ellos se desarrollen.

Hasta aquí hemos hablado de la técnica en el sentido más específicamente personal. Pero en el escultismo existe un importante capítulo dedicado a la técnica social o de equipo, o sea, a la que se realiza por un grupo más o menos numeroso de individuos, que, en este caso, son la tropa o la patrulla. Nos referimos, por ejemplo, a la construcción de las más importantes instalaciones de un campamento (palo de la bandera, altar, etc., o a las típicas de una patrulla (tienda elevada, cocina, mesa, etc.); a la realización de grandes empresas de exploración o señalización, que requieren labores y responsabilidades muy diversas; a la preparación de una comida extraordinaria en honor de un huésped ilustre del campamento y en la que todos deben demostrar sus habilidades. En todos y cada uno de estos casos nos encontramos, como fácilmente puede comprenderse, frente a una magnífica escuela de colaboración concreta, de espíritu de solidaridad y de sentido de responsabilidad civil (véase el capítulo VIII, dedicado a la patrulla, en el que nos referimos a estas actividades de tipo social). Además, es interesante observar que la técnica de equipo, que ofrece muchas posibilidades de realizaciones a largo plazo, representa un campo muy explotado o que puede explotarse en los programas de clan; los rovers, en efecto, pueden encontrar en este tipo de actividades una inmejorable ocasión no sólo para mantenerse en *forma* como scouts, sino también para ser eficazmente útiles, para dar vivencia a su lema: «servir».

Así, pues, ¿cuáles son, además de todos éstos, los requisitos educativos de la técnica?

Volvamos a cuanto ya hemos señalado al inicio de este capítulo al afirmar que el escultismo no concibe la técnica separadamente del espíritu y que todo muchacho debe *sentir* que lo que aprende en el campo de la técnica sólo tiene valor según su utilidad y adecuación al deber propiamente scout de prestar una ayuda efectiva allí donde sea necesario. De aquí el que corresponda a los jefes el deber de hacer reflexionar durante la realización de este tipo de actividades sobre las buenas acciones que pueden llevarse a cabo y de realizar concretamente alguna de ellas.

Piénsese, además, en la gran lección de realismo que la técnica así concebida representa para los muchachos, tan habituados como están a lo abstracto de las materias de los programas escolares, y en su indiscutible capacidad para hacerles comprender la importancia de la exactitud y de la precisión en todas las cosas. En el primer caso, los muchachos aprenderán, a través de una experiencia personal, a estudiar la realidad para vencerla, para disfrutar obediéndola y, al mismo tiempo, para desarrollar en sí mismos seguridad y confianza en las propias fuerzas y profunda modestia y respeto hacia el mundo de la realidad que nos envuelve. En el segundo caso, adquirirán una virtud tan impor-

tante como la satisfacción de hacer las cosas bien hechas y no a medias, lo que tan útil les será luego en la vida profesional, ya que se darán cuenta de que un nudo mal hecho o una letra del alfabeto Morse equivocada puede echar por tierra toda la labor de un día entero.

Finalmente, no puede olvidarse la importancia de la técnica por lo que atañe al desarrollo del autodomínio, del ingenio, del espíritu de iniciativa y de la paciencia, exigidos de mil maneras distintas por toda técnica concreta. Asimismo, débese añadir a todo lo dicho el hábito de obedecer, ya sea respecto de un proyecto o programa, ya sea respecto de quien dirige una actividad determinada.

No me entretengo en el análisis particular de cada una de estas técnicas porque no hay duda alguna de que podría formularse una larga lista de los atributos educativos de todas ellas, ya que, con tal de estar bien dirigidas por los jefes, nunca pueden quedar reducidas a un simple truco para pasar o engañar el tiempo.

LAS ESPECIALIDADES EN LA VIDA DEL LOBATO Y DEL SCOUT

Ya hemos visto, en el primer capítulo, que tanto el lobato como el scout no limitan su personal preparación técnica a las pruebas exigidas para lograr las dos estrellas o los distintivos de segunda y primera clase, sino que, además, se esfuerzan para profundizar hasta merecer, cuanto menos, algunos certificados de especialidad. Ya hemos visto, también, que mientras en la manada tienen la función de indicar qué disposiciones y aptitudes tienen cada lobato y la de enfrentarlo con algunas pruebas de habilidad que le enseñarán a desenvolverse sin ayuda de nadie y a combatir algunos de sus naturales defectos, en la tropa, en cambio, sirven para indicar la adquisición de una capacidad concreta y para *hacer nacer* en todo scout el gusto por profundizar más y más en sus conocimientos y en sus habilidades.

Según Baden-Powell (refiriéndose a los lobatos), «él objeto de las especialidades es ayudar a corregir los defectos, y a desarrollar los caracteres y la salud física». Por lo tanto, los jefes deben alentar a sus lobatos a adquirirlas y deben indicar, a cada uno de ellos, las que más les convienen para su propio desarrollo, mientras, naturalmente, estas actividades no vayan en detrimento del normal programa de la manada.

Considero muy interesante reproducir aquí el cuadro en el que Baden-Powell sintetizó, a su juicio, los defectos característicos de los chiquillos y los remedios aportados por el lobatismo. Tanto porque ayuda a comprender todo lo que se ha dicho, cuanto porque representa un luminoso ejemplo de la claridad y de la mentalidad práctica de Baden-Powell.

<i>Fallas ordinarias de los chiquillos</i>	<i>Causas</i>	<i>Educación necesaria</i>	<i>Remedios</i>
Exhibicionismo Bravatas Timidez Mentira	Inexperiencia	CARÁCTER	Inteligencia y perseverancia Coleccionista Naturalista Jardinero
Travesura Espíritu de destrucción Descuido Impaciencia	Falta de interés y curiosidad		Trabajos manuales Dibujo Trabajos domésticos Constructor
Desobediencia Egoísmo Crueldad	Desprecio por los demás		Servicios al prójimo Primeros auxilios Deberes en casa Deberes de guía
Torpeza Desarrollo físico inadecuado Defectos físicos remediables	Falta de conocimientos y ejercicios	SALUD FÍSICA	Gimnasia e higiene Natación Gimnasia Juegos de equipo Cuidado personal

La agudeza de este análisis no tiene necesidad de ser subrayada; baste notar que nos

encontramos frente a una precisa valoración de la psicología del chiquillo en edad de lobato, con relación a la cual se presenta un programa pedagógico que constituye una lenta preparación o, si se prefiere, un primer *ensayo* de la que, más tarde, será la verdadera y auténtica técnica scout.

Por lo que se refiere a las especialidades de los scouts, la intención de Baden-Powell fue, por un lado, ofrecer a todo muchacho la posibilidad concreta de convertirse en un «experto» de determinado campo específico, hasta el punto de poder ser considerado como tal por sus compañeros, y por el otro, ofrecer a los jefes un número casi ilimitado, pero siempre seductor y realizable, de actividades distintas e interesantes.

Todo ello presenta, desde el punto de vista de la educación, muchos aspectos positivos. Primeramente es un sistema que permite a todo muchacho incluso al menos dotado por la naturaleza, ser el primero en algún aspecto determinado, lo que representa grandes ventajas para el desarrollo de su personalidad, ya que, habituado como estaba a mortificantes fracasos en sus estudios, adquiere, por fin, confianza en sí mismo y serenidad de espíritu. Y, en segundo lugar, ayuda a los jefes a resolver el problema, no siempre de fácil solución, de los scouts ya mayores (dieciséis o diecisiete años) que, después de haber adquirido por entero todos los secretos del arte escultista, encuentran todavía ocasión de complacer su insaciable deseo de novedad, completando, al mismo tiempo, su formación sensorial, intelectual y técnica.

Existen unas sesenta especialidades oficialmente reconocidas, distribuidas en diversos grupos más o menos homogéneos; unos pocos ejemplos bastarán para ver las amplias posibilidades de elección que tienen los escultistas. Así, pues, existen especialidades de utilidad pública: primeros auxilios, guía o intérprete; especialidades preparatorias de distintos tipos de oficios o profesiones: sastre, jardinero, batelero, encuadernador; especialidades de tipo artístico: dibujante, músico, fotógrafo, actor; especialidades de la naturaleza: astrónomo, botánico, geólogo, meteorólogo; especialidades deportivas: nadador, ciclista, esquiador; y, finalmente, especialidades de tipo más intelectual: liturgista, historiador.

Naturalmente, es el propio muchacho quien debe escoger la especialidad o las especialidades que desea adquirir; su misma decisión revelará, generalmente, sus particulares aficiones o sus ideales preferidos, procurando al jefe atento abundante material para útiles observaciones y decisiones de carácter pedagógico. No obstante, puede suceder que, en determinadas ocasiones, sea el mismo jefe quien indique a un muchacho hacia qué especialidad debe inclinarse; en este caso, se verá la habilidad del jefe si puede comprobarse que un muchacho, después de cierto tiempo, demuestra poseer facultades que él mismo ignoraba o pone en evidencia aficiones y aptitudes que, de otro modo, hubieran permanecido ocultas. Ni que decir tiene que todo ello representa un notable avance en la realización de su equilibrada y completa formación personal.

Todo muchacho puede, a lo largo de su vida scout, llegar a adquirir diversos certificados de especialidad, ya que es obvio que una tal especialización no debe tener carácter exclusivista. De todas maneras, débese notar que, por encima de cierto límite, es válido el principio que dice que la calidad de las especializaciones está en función inversa de su cantidad, ya que, como dice el propio Baden-Powell, adquirir especialidades por el simple interés de obtener el distintivo no es escultismo, sino puro exhibicionismo. Las excepciones, como siempre, confirman la regla, pero, de todas maneras, puede decirse que, al menos en Italia, un scout con dieciocho especialidades es ya un personaje digno de toda consideración. En el verdadero escultismo, en efecto, la especialidad es una cuestión de honor y de prestigio y sería muy grave para un scout que ostente un determinado certificado de especialidad hallarle poco o nada preparado en la misma. El scout se siente obligado, por sentido de lealtad, a no desmerecer de sus certificados de especialidad y, por tanto, a mantenerse constantemente *en forma*, profundizando más y más en sus conocimientos y aptitudes.

Nótese, además, que el sistema de especialidades no va en detrimento de la integridad de la educación scout, ni tan sólo en el aspecto técnico, ya que ningún scout, según lo establecido a este propósito, puede ostentar un certificado de especialidad si no posee una base suficiente de la técnica scout, desde todos los puntos de vista, si no posee, en definitiva, la segunda, o mejor aún, la primera clase.

No obstante, muchos jefes no aprovechan convenientemente esta importante fuente de actividades educativas, sobre todo porque, faltándoles a ellos mismos suficientes conocimientos especializados en campos distintos de la técnica, juzgan las especialidades demasiado concretas incluso desde el punto de vista de la organización, y consideran oportuno no exponerse a que sus muchachos comprueben de una manera práctica que su jefe no siempre es infalible e invencible.

Yo pienso, por el contrario, que ambas dificultades pueden ser fácilmente superadas, y que, por ejemplo, es profundamente educativo el que un jefe reconozca honestamente, ante sus muchachos, su inexperiencia en una especialidad concreta; se trata, en efecto, de un ejemplo de lealtad y de humildad que de ninguna manera hará disminuir la admiración que hacia él sientan. De todas maneras, sería muy conveniente que todo jefe estuviera seriamente especializado, al menos, en una o dos técnicas concretas, hasta tal punto que ello pudiera ser un orgullo para sus muchachos.

Además, y en cuanto a la primera dificultad, se puede recurrir a los jefes especializados que tienen casi todas las comisarías y que, muy gustosamente, prestarán su servicio a las unidades; puede recurrirse, también, a un amigo o conocido particularmente experto en la especialidad deseada, quien, sin duda alguna, estará encantado en vivir una experiencia inédita para él.

En todo caso, no es lícito despreciar un tan potente medio para combatir la apatía, la falta de energía, la ignorancia y la incapacidad tan características de los muchachos de nuestro tiempo, y, por el contrario, para educar la inteligencia, el espíritu de iniciativa, la habilidad incluso manual y el sentido de perfeccionamiento.

CAPÍTULO VIII

EL SISTEMA DE PATRULLAS Y LA EDUCACIÓN SOCIAL

La antinomia, siempre presente, entre los valores del individuo por un lado y la importancia de la sociedad por el otro, representa, sin duda alguna, uno de los problemas más complejos de la pedagogía de todas las épocas, ya que se trata de poner de acuerdo exigencias y tendencias que incluso parecen opuestas e irreconciliables. Hasta tal punto existe este problema, que no son raros los métodos educativos unilaterales, cuyo interés se limita a uno solo de estos dos aspectos del mundo humano.

El esculatismo, cuyo esfuerzo, como ya hemos tenido ocasión de ver, se dirige a lograr un tipo humano verdaderamente integral, quiere enfocar su propia labor educativa en las dos direcciones, puesto que sabe muy bien que ni es posible desarrollar completamente al individuo sin tener en cuenta su posición social y cívica, ni es posible tampoco formar un ciudadano útil a la sociedad sin desarrollarlo, al mismo tiempo, como hombre, en el sentido más alto y profundo de la palabra. Individuo y sociedad, según Baden-Powell, están muy lejos de presentarse como dos valores opuestos entre sí y deben considerarse como dos realidades perfectamente complementarias que, por eso mismo, no pueden de manera alguna separarse sin que pierdan, ipso facto, buena parte de su propio valor. De ahí que la educación no pueda ser ni individualista ni colectiva, ya que en ambos casos perdería su más íntima justificación, que consiste, precisamente, en el desarrollo del hombre entero.

Así pues, el esculatismo, junto a la formación de tipo individual de la cual hemos hablado hasta este momento, se preocupa con igual intensidad de la formación social de los jóvenes, sin que por ello desautorice su resuelta concepción personalista. Jamás nos cansaremos de afirmar que el método educativo scout es, en su más íntima esencia, individualista; su esfuerzo para adaptarse a las exigencias del individuo, su voluntad de desarrollar lo que de más natural y espontáneo hay en él, y su preocupación por los menos dotados — para que incluso ellos puedan desarrollarse convenientemente — lo demuestran con toda claridad. Cuando se habla de educación personal—mientras no se excluya, sino que se sobrentienda, la educación social —, se quiere afirmar una absoluta aversión hacia todos los métodos de educación colectiva. Sólo la educación individual es posible. Si se dispone de buena voz, atractivos métodos y medios disciplinarios, se puede instruir a un número cualquiera de muchachos, incluso un millar a la vez. Pero esto no es educación.

Incluso para el esculatismo, el individualismo es una herejía, ya que, como sabemos todos, el hombre es un animal social. Aislado, encerrado en sí mismo, se limita y se destruye.

Y si bien es verdad que la meta del esculatismo consiste en alcanzar la felicidad personal, también es verdad que esta felicidad — como ya se ha observado anteriormente — nace, precisamente, de haber sabido poner al servicio de los demás nuestras propias aptitudes y, en el fondo, nuestra entera existencia. He aquí la razón por la cual podemos leer, en la introducción de Esculatismo para muchachos, la siguiente observación: «En el esculatismo, la educación intenta sustituir al "yo" con el servicio, convertir a los muchachos en seres individualmente eficaces, tanto moral cuanto físicamente, para poner esta eficacia al

servicio de la sociedad», a la que Baden-Powell añade una aclaración extremadamente diáfana: «Con estas palabras no comprendo únicamente el servicio militar terrestre o marítimo (en nuestro movimiento no tenemos ni finalidades ni prácticas militaristas); a lo que yo me refiero es al ideal de servicio al prójimo. Con otras palabras, nosotros intentamos poner en práctica los principios del cristianismo en la vida, y en las relaciones de cada día, y no convertirlos, tan sólo, en una actividad teórica de los domingos.»

En cuanto a la educación en sentido social, el es- cultismo se esfuerza por desarrollarla en dos direcciones principales: la primera es la que partiendo de los diversos tipos de buena acción del lobato y del scout llega al servicio del rover; la segunda consiste en la práctica efectiva de la vida en sociedad, en el hábito de trabajar y asumir responsabilidades concretas para el bien de la comunidad a la que se pertenece: seisena, patrulla o equipo; manada, tropa o clan; grupo, comisaría o asociación.

Por lo que se refiere a la primera dirección, estimo que ya la hemos tratado suficientemente. En cambio, debemos hablar todavía del segundo aspecto, que puede resumirse en la expresión sistema de patrullas, cuya excepcional importancia subraya el mismo Baden-Powell al afirmar que él representa la auténtica «llave del éxito» de todo su método.

Luego, en el capítulo próximo, profundizaremos el aspecto más típicamente cívico de la educación escultista.

LA ESTRUCTURA Y EL ESPÍRITU DE PATRULLA

La feliz síntesis entre las exigencias de tipo personal y las de tipo social de la formación humana, encuentra en la patrulla campo extremadamente original y apto para concretarse, ya que ella representa, por un lado, la *sociedad* base dentro de la cual todo scout vive sus experiencias como tal y aprende a subordinar conscientemente su voluntad a fines y necesidades superindividuales, y por el otro, es precisamente en la patrulla donde los muchachos encuentran la posibilidad de modelar su propia personalidad y de desarrollarse individualmente. Según el pensamiento de Baden-Powell — muy bien interpretado y desarrollado por Roland Philipps (*The Patrol system*)—, el sistema de patrullas consiste en organizar la tropa en «pequeños grupos permanentes» de seis, siete u ocho muchachos, dirigidos por uno de ellos mismos en forma totalmente responsable (el guía de patrulla), y que tienen la función de «unidad de acción» en el trabajo, los juegos, el campamento y cualquier otra actividad. Pero, para que este sistema tenga auténticas probabilidades de éxito, es absolutamente indispensable que cada patrulla funcione de verdad como un grupo autónomo y no basta con una simple división nominal; el secreto de su eficacia y éxito pedagógico radica, en efecto, en permitir a los scouts el formar — según un instinto natural que tienen todos los muchachos — una sociedad verdaderamente *suya*, y en enfrentar a cada uno de ellos con una concreta responsabilidad. De ahí que uno de los más graves errores que pueda cometer un jefe en su labor educativa sería el de no aplicar enteramente el sistema de patrullas, al no encontrar, por ejemplo, un muchacho capaz de asumir la dirección de una de ellas o al creer que sea más efectiva, desde el punto de vista pedagógico, su directa acción personal. En realidad, como ya afirmaba el mismo Baden-Powell y como demuestra tantas veces la experiencia¹¹, si es posible que una patrulla funcione satisfactoriamente sin tropa o, incluso, que un grupo de patrullas funcionen sin jefe de conjunto, no lo es, en cambio, el que una tropa funcione sin estar organizada en patrullas; aunque durante cierto tiempo pareciera que marchaba bien, no tardaría en fracasar de la manera más rotunda.

Las patrullas afirman su propia individualidad y su propia independencia mediante la elección de un *tótem* representado por el nombre de un animal que inspire las simpatías de todos sus componentes; por ejemplo, la patrulla de los «leones», de las «panteras», de las «ardillas», etc. Y cada uno de sus miembros se siente verdaderamente un *león*, una *pantera* o una *ardilla*, no por identificarse con uno de estos animales, sino por sentirse parte integrante de una sociedad determinada, totalmente diferenciada e identificable. El «banderín» de patrulla — simple triángulo de tela o cuero con la representación de la cabeza o la figura entera de su animal, que se ata al bordón del guía de patrulla — y los distintivos de patrulla — constituidos, en Italia, por unas cintas de colores diversos que se aplican a la camisa de cada uno de sus componentes — son sus símbolos visibles, muy cuidados por todo scout que no puede, bajo ningún pretexto, apropiarse los de otra patrulla.

Todo ello sirve para definir el llamado «espíritu de patrulla» que, indudablemente, es su aspecto más importante, ya que como muy certeramente escribe H. Bouchet (*Psychologie du scoutisme*), allí donde se encuentra este espíritu se solucionan todas las dificultades y allí donde falta disminuye en seguida el rendimiento. Muchos son los elementos que concurren en la formación de este espíritu de patrulla; ante todo, el lazo de naturaleza afectiva que nace, casi súbitamente, entre todos sus

¹¹ El autor, que en una nota suprimida en esta traducción da cuenta de diversos ejemplos concretos italianos, se refiere a las llamadas *patrullas libres*. — (N. del T.)

miembros debido, de manera esencial, a la vida desarrollada conjuntamente; luego, en segundo lugar, el llegar a un acuerdo sobre el programa y las actividades que se han de seguir, nacido el deseo natural en todo muchacho de planear algo en *secreto*; en tercer lugar, el espíritu de emulación en relación con las otras patrullas, facilitado, algunas veces, por algunos concursos y competiciones interzonas o interregionales; finalmente, algunos medios particulares, como, por ejemplo, el «grito» y el «lema» de la patrulla, su local, su periódico, su «libro de patrulla», su Santo protector y su oración. En todos los casos se trata de formar el *espíritu de cuerpo* y el *sentido de solidaridad social*, tan extremadamente útiles para la formación moral de los muchachos. Quien tenga experiencia, por limitada que sea, de la vida de una tropa, sabe muy bien cuán bellos y casi conmovedores son estos grupos de muchachos lanzados todos juntos hacia la consecución de una meta común.

Toda patrulla, pues, está compuesta, por término medio, de siete muchachos, que tan sólo por motivos muy importantes (por ejemplo, una real incompatibilidad de carácter o la necesidad de reforzar una patrulla demasiado débil en sus elementos) pueden abandonarla para pasar a otra. Ello exige una atención muy particular al elegir los muchachos que deben formar una patrulla, puesto que es obvio que su homogeneidad es un requisito que tiene mucha importancia y que continuados cambios turbarían gravemente su vida.

Tampoco es necesario creer que la palabra *homogeneidad* quiera significar aquí una identidad en el nivel de todos los elementos de una patrulla; esta identidad ni es necesaria ni presenta sensibles ventajas. El sentido de la palabra se refiere a que en una patrulla no deben existir, en modo alguno, rivalidades personales ni diferencias de carácter demasiado pronunciadas. Por el contrario, la coexistencia de gustos y aficiones diversas que pueden traducirse en especialidades y aptitudes distintas o la presencia de *tipos* de diferente — pero no incompatible — naturaleza, lejos de representar un motivo de debilidad para la patrulla, es una de sus premisas más favorables. En efecto, el que junto al supercrítico haya el burlón, el artista al lado del técnico y el deportista conviva con el intelectual, es un factor favorable para el equilibrio del conjunto que, así, no caerá en el vicio de adoptar una única dirección, sino que explotará, y en general con éxito, caminos distintos.

De todas maneras, es necesario observar que en el ámbito del escultismo mundial — y, por lo tanto, también en el italiano — se ha discutido mucho sobre qué criterio seguir en la constitución de las patrullas. En otros términos, si es preferible dar a las patrullas un sentido «horizontal» o «vertical».

Con la primera expresión se quieren indicar las patrullas formadas por muchachos de una edad parecida o de un mismo nivel escolar. Con la segunda, las patrullas formadas por muchachos de edad escalonada, con un guía de unos dieciséis años y los restantes elementos de doce y trece años.

Las ventajas y los inconvenientes de ambas soluciones son numerosos y fáciles de ver. Por un lado se podría preferir la patrulla horizontal, ya que, además de facilitar la amistad entre sus miembros, permitiría actividades más concretas y adaptadas a la edad de todos (sin correr el riesgo, por lo tanto, de exigir a alguno de ellos esfuerzos superiores a su edad o a sus posibilidades físicas); pero, en este caso, se perderían las ventajas que ofrece la normal alternativa en la responsabilidad del guía de patrulla y no se tendría, en la tropa, ninguna auténtica *tradición* de patrulla; además, mientras con este sistema el paso al clan parece mucho más fácil — ya que toda la patrulla puede pasar a la vez —, no lo es, en cambio, el paso de la manada a la tropa, puesto que, con este sistema, nos encontraríamos con una patrulla totalmente inexperta.

Con la otra solución, por el contrario, la situación es totalmente inversa; añádase, además, que con ella parece más difícil lograr una auténtica amistad entre todos los miembros de la patrulla, pero, en cambio, puede aprovecharse favorablemente el placer que siente todo muchacho enseñando a

quien está menos preparado que él mismo, dando lugar a lo que se denomina «traspaso de nociones».

Así, pues — ya sea basándose en los escritos de Baden-Powell, que justifican ambas soluciones, ya sea haciéndolo sobre el parecer de los jefes más competentes, o ya sea refiriéndome a experiencias directas personales, puesto que he tenido la fortuna de dirigir tropas con estructura vertical y horizontal —, creo poder afirmar que, desde un punto de vista pedagógico, los dos sistemas son equivalentes. Me veo obligado a añadir, no obstante, que en el caso de preferir la estructura horizontal, se impone una neta división de la unidad: de una parte, las patrullas formadas por chiquillos hasta los quince años; de la otra, las de mayor edad. Si no se hace así —cosa que exige dos jefes, y ello no es fácil de conseguir —, aquel desequilibrio que se ha querido superar volvería a presentarse y todavía con mayor gravedad.

Los seis o siete muchachos que componen una patrulla forma, según ya hemos visto, una auténtica y verdadera sociedad, y, por lo tanto, cada uno de ellos debe tener, dentro de la misma, una concreta responsabilidad. Junto al guía de patrulla, que tiene funciones directivas no sólo con respecto de su patrulla, sino también, como veremos más adelante, respecto de su tropa, y que precisamente por todo ello ostenta el número uno de la patrulla, existen los demás números (dos, tres, cuatro, etc.), cada uno de los cuales desempeña una labor específica; el número dos es el subguía, que, normalmente, es el brazo derecho del guía de patrulla y a quien debe sustituir en caso de ausencia. Existen, luego, el secretario, el tesorero, el jefe del material, el bibliotecario, el encargado del local, etc., cargos todos ellos que no pueden acumularse. Además, todo scout debe tener un *cargo de acción*, consistente en estar preparado para efectuar una determinada labor, técnica o de otro género, en la que demostrará haber alcanzado una particular competencia. Así, todas las patrullas contarán con su topógrafo, su señalador, su observador, su cocinero, etc. De todas maneras, cada patrulla se organiza como cree conveniente y distribuye libremente sus cargos, aunque no es raro el caso de que el jefe de tropa colabore con el guía de patrulla para asignar a alguno de sus elementos una labor determinada, considerándola particularmente apta para completar su formación. No perdamos de vista, en efecto, que la patrulla debe estar al servicio del individuo, de la misma manera que la tropa lo está al de la patrulla.

Trátase, como se ha podido ver, de un complejo de pequeñas responsabilidades que tienen, no obstante, la importantísima función de habituar a los muchachos a asumirlas y a resolver con precisión y espíritu de iniciativa las misiones recibidas.

LA VIDA Y LA ACTIVIDAD DE PATRULLA

Siguiendo todo cuanto escribe B. Thorel se puede afirmar, sin lugar a dudas, que toda la vida de una tropa se desarrolla a través de las patrullas, desde los juegos a los campamentos y excursiones, desde las pruebas de clase a una actividad cualquiera. En efecto, mientras casi todos los juegos de tropa están estructurados de manera que la unidad de la patrulla no se rompa jamás, también la vida de campamento acostumbra basarse sobre el funcionamiento autónomo de cada una de ellas hasta tal punto que, en ocasiones, incluso llega a tratarse de distintos campamentos de patrullas sobrepuestos, agrupados y coordinados.

Además, y al lado de estas normales actividades de tropa, cada patrulla vive su vida particular, a través de reuniones, de excursiones y hasta de campamentos, en los que ella — y de manera especial su guía — tiene plena libertad de acción, ya que corresponde a todos sus miembros efectivos (los scouts que ya han pronunciado la promesa), reunidos en consejo, decidir todo lo que concierne al programa que hay que realizar durante el curso, la excursión o el campamento. Nótese cómo, de esta manera, todo scout aprende a expresar su propio parecer y, al mismo tiempo, halla la manera de contribuir con eficacia a la vida de una comunidad al proponer, de continuo, nuevas actividades.

Las reuniones semanales o quincenales en las que participan todos los miembros de una patrulla están organizadas, en general, por su guía, íntimamente ayudado por su vice o por un scout a quien interesa de una manera especial la principal actividad sobre la cual se basa la reunión. El programa de estas reuniones acostumbra comprender una parte técnica, algunos pequeños juegos y unos momentos dedicados a que los mayores enseñen a los más pequeños, introduciéndoles, día a día, en los secretos del *arte scout*. Pero la función de estas reuniones radica, sobre todo, en el hecho de encontrarse juntos, lo que es tan importante para estrechar lazos de amistad e intercambiar experiencias y problemas, con lo que se aumenta el espíritu de comunidad y de solidaridad. Dichas reuniones tienen lugar en el llamado «local de patrulla», pequeño rincón del local de la tropa, por entero dedicado a una patrulla, que lo arregla, adorna y embellece según sus características y gustos. Roland Philipps insiste mucho sobre la importancia de este pequeño local, tanto porque constituye un medio muy útil de facilitar la vida de patrulla, cuanto porque responde a la natural tendencia de los muchachos a construirse y frecuentar un local especial para ellos solos.

Pero, además de estas periódicas reuniones, el programa anual de una tropa que funcione de verdad comprende cierto número de «salidas de patrulla» (tres como mínimo), durante las cuales cada una de ellas vive un día entero al aire libre — comprendiendo o no la noche anterior — y desarrolla un programa pensado y preparado por ellas mismas, aunque, antes, haya sido examinado y discutido con el jefe de tropa. A este propósito es necesario subrayar la importancia que da el escultismo a la capacidad de los muchachos — y en este caso, de una manera especial, del guía de patrulla — de saberse atener a un programa dado del cual no deben apartarse — y en todo caso sólo por defecto — si no es por graves motivos, y al hábito que debe crearse de referir siempre al jefe el resultado de una actividad desarrollada, inmediatamente después de haberla efectuado. Esto le permite asegurarse de que todo se ha desarrollado normalmente, controlando lo que se hace y sabiendo, en cada momento, dónde se encuentran sus muchachos.

Por el contrario, muchos jefes, e incluso aquellos que ya tienen cierta experiencia y saben respetar la autonomía de las patrullas por lo que se refiere a sus actividades en el local o dentro de la tropa, no están muy de acuerdo con esta forma de actividad scout, juzgándola excesivamente peligrosa o, cuando menos, no lo bastante segura; así pues, no la toman en consideración o, en todo caso,

participan personalmente en la misma, quitándole su principal característica. No se trata, naturalmente, de permitir que siete muchachos vayan, por así decirlo, a la deriva o que se lancen a cualquier empresa peligrosa, sino que trátase de permitir que ellos vivan una experiencia verdaderamente formativa por muchos aspectos. Abandonados a su propia discreción, ellos adquirirán, por un lado, cierto sentido de audacia y valentía (¿qué muchacho se atrevería, con la sola compañía de otros cinco o seis amigos de su edad, a coger el tren, salir de su ciudad, atravesar zonas desconocidas, dormir bajo la tienda en pleno monte o en medio del bosque, etc.?), y por otro, a comportarse con auténtico sentido de responsabilidad, mayor aún que si fueran acompañados de un adulto, que, con su sola presencia, les dispensaría de autocontrolarse. Además la experiencia ha demostrado en muchísimos casos que incluso los elementos más inquietos y menos dispuestos al autodomínio revelan, cuando se sienten abandonados a sí mismos, insospechadas dosis de juicio y buen sentido; asimismo, no hay duda que de todas las experiencias y actividades realizadas, las que se recuerdan con mayor entusiasmo son las de la patrulla.

Por lo que se refiere a los programas que hay que seguir, y junto a las normales actividades técnicas y a los juegos acostumbrados, es necesario señalar las *especialidades* de patrulla, a las que, desde hace unos años, las directrices -centrales del escultismo italiano dedican especial interés. Trátase, en realidad, de una aplicación del sistema de especialización individual — de la cual ya se ha hablado — a la vida de patrulla que, así pues, escoge un campo particular en el que especializarse y al cual adecuar todas sus actividades; esta lección puede estar determinada o bien por la confluencia de las aficiones de la mayoría de sus componentes o bien por la posibilidad concreta que ofrece a la patrulla un hecho determinado (tener a su disposición, por ejemplo, una persona competente en cierto campo), o bien por una tradición que tiende a no interrumpirse. Sea por una u otra razón, lo interesante es que todos los elementos de la patrulla se la tomen en serio y a conciencia.

La especialidad de patrulla tiene la gran ventaja de ofrecer un campo vastísimo de actividades tanto para las reuniones de local cuanto para las excursiones, y asimismo es un motivo más para formar y desarrollar su espíritu, ya que, de ese modo, puede diferenciarse mayormente de las otras patrullas de la tropa. Además, puede ser un óptimo camino para llevar a cada uno de sus elementos al gusto por la especialidad, que tanta importancia tiene para su propia formación.

Y debemos hacer notar, todavía, que esta especialización conduce casi siempre a proyectar, preparar y realizar una «empresa de patrulla» que, entre las actividades posibles, es una de las más interesantes y apasionantes y, a la vez, posee un alto valor educativo. Ya hemos citado una célebre labor de estudio de la naturaleza, pero son muchísimas las que pueden realizarse; si una patrulla se ha especializado en señalización, por ejemplo, no dejará de probar su eficacia y habilidad en una distancia «record»; si, por el contrario, ha escogido el pionerismo o la topografía, lo aplicará a una construcción grandiosa (posiblemente de carácter útil) o al detallado estudio de un valle, una gruta, una región, etc.

El campamento de patrulla puede ser, en este sentido, una inmejorable ocasión para realizar la empresa escogida, preparada y planeada durante los meses precedentes.

Desde el punto de vista pedagógico, la empresa de patrulla tiene el gran valor de entusiasmar a sus elementos y de habituarlos a una labor común de gran aliento, en la que la constancia y el interés de todos es absolutamente indispensable.

Así pues, ¡mucha intensidad en la vida y las actividades de patrulla y, sobre todo, mucha autonomía y mucho espíritu de iniciativa!

De todas maneras, es necesario no dejarse engañar: ni la patrulla debe sustituir a la tropa, ni el guía al jefe de tropa, sino que sus actividades deben establecerse de mutuo acuerdo, gracias al contacto directo y constante entre el guía y el jefe, contacto que se obtiene no tan sólo mediante una

relación personal, sino también a través del buen funcionamiento de la «corte de honor» y de la «patrulla de guías», instituciones muy características de una tropa escultista y de las cuales nos ocuparemos más adelante, al tratar de la figura del guía de patrulla.

Intentemos ahora profundizar el aspecto puramente educativo del sistema de patrullas.

VALOR EDUCATIVO DE LA PATRULLA Y PELIGROS QUE PRESENTA

De una manera casi espontánea, la primera observación que puede hacerse es que el sistema de patrullas se justifica — al igual que, según ya hemos visto, tantos otros aspectos del método scout — a través de algunas de las fundamentales exigencias naturales de los muchachos, que, también en este caso, no sólo hay que tomar en consideración, sino aprovechar en sentido educativo.

Es sabido que en la vida de los chiquillos llega un momento en que, al no divertirse ya jugando solos, buscan, de una manera u otra, la compañía de otros muchachos. Es la aparición del *instinto social*, manifestado en el deseo de la compañía por la compañía, que, no obstante, al principio está en pugna con la naturaleza individualista que tienen los chiquillos.

La *pandilla* es su resultado, si no el más difundido, sí el más interesante, ya que hacia ella tienden todos los muchachos con parecida decisión y voluntad, aunque con resultado diverso. Basta, por ejemplo, echar una ojeada por superficial que sea, a un sitio donde haya muchos chiquillos (calle, parque, playa, etc.), para darse cuenta fácilmente de la extraordinaria difusión de esta tendencia. Inmediatamente veremos que los muchachos casi nunca se entretienen con los juegos aprendidos en las escuelas y colegios, sino que se dedican a combates de «indios», «pieles rojas», «bandoleros» o «gangsters», y que, incluso, muchas veces forman verdaderas y auténticas «sociedades», con todas las características de las de los adultos. Su finalidad es secundaria por completo y sirve, únicamente, para justificar su deseo de agruparse; de aquí parte el origen de algunas organizaciones de muchachos con fines... delictivos, cuya diversión consiste en buscar la manera de ir contra el prójimo, sin sentido alguno de límite. Y en este caso de nada sirven las protestas, los gritos o los castigos de los padres, puesto que aquella pandilla, aquella sociedad, ha sido en verdad su auténtico ambiente. Mejor solución es la que halló un famoso juez de menores de edad (Lindsay, del Colorado), quien, para vencer una de estas peligrosas pandillas, convenció a su jefe para que la transformara en una especie de cuerpo auxiliar de los servicios urbanos, con un éxito total y completo.

Y todavía mejor es hacer lo que realizó el fundador del escultismo, el cual, a través de la patrulla, no tan sólo ha logrado *neutralizar* los efectos negativos de este instinto juvenil, sino que ha sabido aprovecharse convenientemente y convertirlo en un valor educativo. En la patrulla, como ya hemos tenido ocasión de ver, se tienen muy en cuenta, al lado del deseo fundamental de los muchachos por agruparse, otras muchas de sus tendencias características, como la necesidad de competición, el placer de poseer un local absolutamente suyo y el gusto por las reuniones y por los cargos.

Indudablemente, este *sistema* sirve a maravilla para desarrollar en los muchachos un profundo sentido de la disciplina, una real oposición a cualquier forma de egoísmo y un vivo sentido de la responsabilidad.

En cuanto al primer punto — y de acuerdo con la afirmación de Baden-Powell según la cual la disciplina «no se obtiene con medidas represivas, sino alentando, educando desde un principio a los muchachos en la autodisciplina y el sacrificio de uno mismo y de sus placeres egoístas en beneficio de los demás»—, yo he observado que en la patrulla cada muchacho aprende, de manera concreta, la mejor forma de disciplina, ya que ésta nace de su interior; en efecto, al obedecer al guía, cualquier aspecto del temor o respeto que se siente hacia las personas mayores, desaparece inevitablemente. Por lo que se refiere a la oposición al egoísmo o al desarrollo de un positivo espíritu de altruismo, el sentido comunitario y el hábito a considerar, en los juegos y competiciones, más importante el éxito del «grupo» que el personal, son, a mi juicio, sus características más útiles e interesantes. Finalmente, y en cuanto al sentido de la responsabilidad, el sistema de cargos se nos aparece como

uno de sus medios más concretos e idóneos y la misma experiencia directiva del guía de patrulla es, sin duda alguna, una magnífica «escuela de mandos».

A todas estas características, creo que debe añadirse, además, la importancia y el valor de lo que ya hemos denominado con la expresión «traspaso de nociones». En efecto, la costumbre de comunicar a los demás los propios acontecimientos y habilidades, si por un lado sirve inmejorablemente para impedir el que se desarrolle un peligroso espíritu individualista de superioridad, por el otro obliga a los muchachos a un esfuerzo de claridad expositivo que implica, casi siempre, un útilísimo replanteamiento de todo cuanto ya se sabe. Para terminar, digamos que el valor pedagógico de esta mutua enseñanza ha sido ampliamente reconocido incluso por los más recientes métodos educativos, que la han convertido en uno de sus fundamentales principios.

De todas maneras, creo necesario indicar algunos de los peligros que puede comportar el sistema de patrullas, aunque la mayoría de las veces sean peligros que nacen, más que del propio sistema, de malas interpretaciones y aplicaciones erróneas.

Ante todo, si el jefe deja totalmente en manos de la patrulla las actividades de la vida propiamente scout, o sea, si limita la acción de la tropa a unas pocas actividades en las que quizá predominen las de carácter representativo, es casi inevitable que los muchachos se aburran y, de nuevo, transformen la patrulla en una de aquellas «pandillas» a que nos hemos referido anteriormente y a las cuales debe su origen. En segundo lugar, es posible que una patrulla, si se interesa demasiado por sus actividades — ya sea por su especialidad o su empresa —, no encuentre sentido alguno en participar en la vida de la tropa, con grave perjuicio para el desarrollo de un más amplio sentido de fraternidad de cada uno de sus elementos. En tercer lugar, existe el peligro evidente de que una patrulla, si se la deja demasiado libre o no se la controla suficientemente, cometa alguna auténtica imprudencia: exploración de una gruta, navegación fluvial, etc. Finalmente, puede suceder — y ésta es la posibilidad de más fácil verificación — que el espíritu de cuerpo supere sus justos límites, convirtiéndose en algo más que una simple y útil competencia, lo que sería, desde todos los puntos de vista, un grave inconveniente para la educación moral y social de sus componentes.

Pero todos estos peligros, no demasiado frecuentes, pueden ser fácilmente superados con una interesante vida de tropa. Todo jefe que sepa organizar reuniones, excursiones y campamentos con un mínimo de atractivos, no debe temer ninguno de estos aspectos negativos. Además, la figura del guía de patrulla es, también desde este punto de vista, de suma importancia y, con él, todos los organismos que sirven para formarlo y para ayudarle.

LA FIGURA DEL GUIA DE PATRULLA Y SU FORMACIÓN

Pese a que Baden-Powell no dejó muchos escritos sobre el sistema de patrullas y sobre la figura del guía, no es difícil comprender la importancia que les otorgaba, como lo demuestran los primeros congresos de guías de patrulla y el hecho de que él mismo participara, en diversas ocasiones, en los mismos. Además, también sería suficiente citar las palabras que, en *Escultismo para muchachos*, dedicó, a este respecto, a los jefes de tropa: «Exigid mucho de vuestros guías de patrulla y, en nueve casos de cada diez, lograréis vuestras exigencias; pero si queréis llevarlos siempre de vuestra mano, sin otorgarles confianza alguna, no lograréis ver nunca que hagan algo por propia iniciativa», y, reconociendo su profundo valor pedagógico, «si el jefe de tropa concede plenos poderes a un guía de patrulla, si espera mucho de él, si lo deja enteramente libre para cumplir de la forma que le parezca más conveniente su deber, se dará cuenta de haber colaborado en el desarrollo de su carácter mucho más de lo que hubieran logrado meses y meses de escuela.»

En efecto, como ya debería desprenderse del análisis hasta este momento realizado, el guía de patrulla tiene una posición verdaderamente *decisiva* en la vida, no sólo de la patrulla, sino de la tropa entera, ya que ésta se fundamenta, precisamente, en el sistema de patrullas. A él corresponde el deber de guiar a otros seis o siete muchachos de su edad por el mismo camino de la autoeducación, y su acción no se reduce a ser un simple delegado de quien le ha conferido el cargo, puesto que, ante todo, él es un *jefe*. Si no fuera así, muy difícilmente lograría hacerse obedecer y, en tal caso, ya no sería sino el representante de aquel mundo de los adultos por el cual tanta desconfianza sienten los muchachos; por el contralío, el guía de patrulla debe tener todas las características y las funciones del jefe de una pandilla, de aquel que, por así decirlo, sirve de catalizador para la formación de la tan deseada *sociedad*. He ahí por qué, a menudo, el guía no es elegido por el jefe de tropa, sino libremente por los elementos de una patrulla; y he ahí también por qué siempre se trata del más fuerte o del más veterano, del más simpático o de aquel que posee mayor número de cualidades. Todo ello, naturalmente, no exime al jefe de reflexionar sobre la elección efectuada, aunque si la subdivisión de sus scouts en patrullas hubiera sido efectuada con ponderación y perspicacia, casi siempre sus preferencias se orientarían hacia la misma dirección deseada por el jefe. Y, en el caso que éste creyera conveniente proceder por el sistema de designación directa, deberá tener en cuenta las preferencias de los elementos de la patrulla, aunque no le parezcan lógicos del todo; en este último caso, más frecuente de lo que parece, si la designación ha sido hecha con acierto, se verá cómo, muy rápidamente, el guía *impuesto* se convierte en guía *reconocido*.

Tal como muy acertadamente dice G. Tisserand (*Silences et réflexions du Scoutmestre*), los jefes de tropa deben sentir la «obligación» de formar sus guías de patrullas si quieren que este medio educativo produzca los resultados deseados. Y no basta con una feliz elección, ya que al lado de la misma es absolutamente necesario que exista una real labor de formación de estos muchachos-clave; incluso, podría añadirse, una particular labor educativa, que debe proseguir — intensificándose más — a lo largo de todo el período durante el cual desempeñen su cargo.

Por lo que se refiere a la elección de los elementos más aptos, el jefe de tropa acostumbra tener en cuenta su natural temperamento — ya que existen muchachos particularmente aptos para el mando—, su sentido de la responsabilidad y su espíritu de iniciativa, cualidades, todas ellas, imprescindibles para ser un buen guía de patrulla. De todas maneras, es necesario hacer notar que no siempre estos atributos se descubren fácilmente, sobre todo en los muchachos más jóvenes, y que, por lo tanto, lo más frecuente es que el jefe debe intuirlos. De ahí que, muchas veces, su elección recaiga sobre muchachos que, a primera vista, parecen los más indisciplinados y

menos dispuestos a asumir cargos de responsabilidad, pero que si se les observa atentamente se nos muestran llenos de vitalidad y de generosidad. Sólo hay una clase de muchachos que no pueden nunca en el escultismo desempeñar funciones de mando; son, para decirlo con palabras de De Paillerets (*Les gargons et le scoutisme*), los blandengues, los enemigos de todo *riesgo* que, muy a menudo, se esconden bajo una apariencia de *santones*.

En cuanto a lo que se refiere a la formación técnica y espiritual de los guías de patrulla tiene muchísima importancia la vida y el regular funcionamiento de la «patrulla de guías», constituida por el jefe de tropa (que actúa como guía de dicha patrulla) y por todos sus guías y, a veces, por los subguías. Esta patrulla es la verdadera alma de la tropa, ya que todo el buen funcionamiento de ésta depende precisamente del éxito de aquélla. Sus reuniones se desarrollan regularmente cada quince días o cada mes, y sus *salidas* tienen lugar los domingos libres de actividades para los demás scouts con una frecuencia que varía mucho según las tropas, pero que jamás debería ser inferior a una por mes; su programa es, en sustancia, idéntico al de una patrulla cualquiera, con la única diferencia de que las actividades técnicas y los juegos los prepara el propio jefe de tropa, con la finalidad expresa de hacer ver cómo debe llevarse una patrulla. De manera particular, es muy interesante que él enseñe el *arte del mando*, que no sólo consiste en dar órdenes, sino que significa ser capaz de hacerse obedecer. Así pues, se ayuda a los guías de patrulla a comprender que la única manera para triunfar en este arte del mando, es significando, a los ojos de los muchachos, amplias posibilidades de acción, de juego, de diversión, de progreso y, a la vez, siendo siempre claro ejemplo de la concreta realización del ideal escultista. Es lo que, en *Escultismo para muchachos*, dice Baden-Powell: «Deseo que vosotros, guías de patrulla, adiestréis totalmente a vuestras patrullas, pues os es posible tomar a cada uno de los muchachos de ellas y convertirlos en gente de provecho... El paso más importante en este sentido es vuestro propio ejemplo, pues lo que vosotros hagáis, será lo que hagan vuestros muchachos. Demostradles que obedecéis órdenes, ya sea que éstas os sean dadas de palabra, o que sean reglas impresas o manuscritas; y que cumplís, esté o no presente el jefe de vuestra tropa.»

Además, la patrulla de guías tiene la importante misión de dar a cada uno de sus miembros una mayor preparación técnica, ya que ellos deben, siempre, poder enseñar algo a sus propios muchachos y, sobre todo, no pueden pensar nunca que al ser guías de patrulla ya han terminado y completado su formación personal. De ahí que el jefe aproveche todas las ocasiones para enseñarles nuevos juegos y para orientarlos hacia nuevas técnicas o para profundizar las ya conocidas. Esto permite cumplir, muy a menudo, alguna notable empresa que además de servir para el desarrollo del espíritu de comunidad entre los guías de una tropa, tiene gran interés para aquellos guías que estando al frente de patrullas de estructura vertical deben, normalmente, adecuarse a las limitadas posibilidades de sus más pequeños muchachos.

Finalmente, es del todo evidente que una intensa vida de la patrulla de guías permita a éstos, como ya se ha indicado, desarrollar un profundo espíritu de amistad entre ellos así como con el jefe de tropa, cosa que, naturalmente, tiene gran importancia para el buen funcionamiento de la vida de tropa. El hecho de que el jefe se sienta ligado con lazos de sincera y profunda amistad con todos y cada uno de sus guías es absolutamente indispensable, ya que es el único medio eficaz para poder intervenir a tiempo y de manera eficaz en aquellos momentos de *crisis* o de *fatiga* que la experiencia nos enseña que son inevitables. Además, estos lazos de amistad tienen ocasión de consolidarse y de ponerse a prueba en las frecuentes reuniones que tienen lugar antes de empezar el curso o durante el mismo, en las que se discuten y aprueban, conjuntamente, los programas de la tropa y en las que se intercambian observaciones y juicios sobre su desarrollo.

Cuando todos los guías de patrulla se reúnen en forma oficial, junto con el jefe de tropa y el

consiliario, entonces constituyen la llamada «Corte de honor», que, en cierto sentido, representa el órgano supremo de la tropa, por ser de su jurisdicción el discutir y decidir sobre todos los problemas referentes a su honor: admisiones, promesas, pruebas de segunda y primera clase, paso al clan, estructura de las patrullas, etc. En casos de graves faltas contra la ley, la Corte de honor se constituye en tribunal, en cuyo caso, según el parecer de Baden-Powell, su misión es la de corregir y no la de castigar. En estas reuniones, el jefe de tropa y el consiliario tienen el derecho de veto, pero sólo muy raramente lo utilizan.

Así pues, el escultismo da mucha importancia a la figura del guía de patrulla, pero esto no debe alarmar, ya que muy difícilmente — por no decir jamás — el muchacho que ostenta este cargo cae en la soberbia o en el excesivo orgullo; muy al contrario, lo que sucede es que ellos tienen frecuente ocasión de comprobar su propia insuficiencia y su incompleta preparación. Y de ahí que el jefe debe vigilar para que esta comprobación no se convierta, incluso, en un inoportuno problema.

Un peligro más frecuente consiste en la tendencia de algunos jefes de tropa en exagerar, al hablar con sus guías, el peso de la responsabilidad educativa que gravita sobre sus espaldas. En efecto, ello podría conducir al guía de patrulla a una especie de *complejo* (permítaseme usar este término que tan de moda está y que tan a menudo se utiliza erróneamente), que haría que sus actividades y su espíritu de iniciativa se paralizaran o, cuando menos, disminuyesen en eficacia. Por tanto, no es conveniente sobrevalorar sus funciones pedagógicas que, si ciertamente existen por lo que atañe, sobre todo, al ejemplo que ellos dan a sus muchachos, quizá no son decisivas, ya que son muy frecuentes los casos en los que se obtienen óptimos resultados educativos incluso sin disponer de muy buenos guías de patrulla. De todas maneras, es indudable que todo jefe de tropa debe esforzarse al máximo en la formación de sus guías, ya que ello irá en beneficio de sus propios esfuerzos favorables a las actividades de la tropa. He ahí, también, por qué los comisarios de zona, regionales o nacionales, intentan prestar su ayuda con reuniones, publicaciones y con la organización de los «campos-escuelas para guías de patrulla».

Un ulterior peligro radica en la excesiva permanencia de un muchacho en el cargo, ya que, en este caso, éste llega a cansarse o, en términos vulgares, se *deshincha*, se *quema*, por estar totalmente agotado. De ahí la necesidad de que en todas las patrullas se efectúe la alternativa de sus guías con suficiente frecuencia, lo que, naturalmente, es mucho más fácil en las patrullas de estructura vertical.

En todo caso, trátase de una formidable *escuela de mando*, a través de la cual el escultismo se esfuerza en preparar el mayor número posible de muchachos para las responsabilidades, casi siempre directivas, que en mayor o menor grado les esperan en la vida de hombres adultos.

CAPITULO IX

LA EDUCACION CÍVICA Y EL SENTIDO DE RESPONSABILIDAD

Al señalar, en la Introducción, el estado de plena crisis en que se halla el mundo contemporáneo y, particularmente, la juventud de nuestro tiempo, se afirmaba que "en relación con el profundo cambio de las relaciones humanas, con la formación de una nueva mentalidad, de unos nuevos problemas y de unas nuevas exigencias, todavía no se ha dibujado, con claridad suficiente, una visión del mundo capaz de satisfacer a los espíritus humanos". En otras palabras, se decía que la juventud contemporánea, al menos en Italia, se encuentra en una muy peligrosa situación, ya que sus actitudes psicológicas fundamentales oscilan entre la desconfianza y la timidez, la incertidumbre y el cinismo, el descaro subversivo y la casi total inercia.

Conviene, pues, reanudar el tema, ya sea para profundizarlo y, por tanto, comprenderlo mejor, ya sea para hacer posible — a la luz del análisis hecho hasta este momento sobre el método scout y de los puntos que todavía han de verse — la presentación del aspecto más específicamente cívico del escultismo y la comprobación de su actualidad y originalidad. Por mi parte, estoy personalmente convencido de que el escultismo no sólo debe considerarse como un óptimo método para educar a la juventud, sino que, además, está destinado a desempeñar papel no pequeño en el proceso de renovación de la sociedad italiana, de cuya urgencia todos estamos convencidos y que debe iniciarse precisamente en el mundo de la educación.

LA CRISIS DEL MUNDO CONTEMPORANEO

Sin querer dramatizar ni ser más pesimistas de lo que permite la realidad, es fácil darse cuenta de que en la gran mayoría de las instituciones sociales italianas actuales existe — y ello nos debe preocupar profundamente — unas características de *dilettantismo* y una falta de seriedad, que no son otra cosa que el dominio de la irresponsabilidad.

La vida familiar y la política, la social y la escolar, nos lo demuestran claramente.

Es suficiente, por ejemplo, pensar en la facilidad con que en muchas familias se producen situaciones desagradables y, por tanto, profundamente antieducativas, o en la tendencia de muchos padres a gastar dinero sin freno alguno y a rodear de facilidad y comodidades la vida de sus propios hijos; es suficiente, también, pensar en el mundo político, en el que la mala costumbre o, cuando menos, la tendencia a rehuir la responsabilidad personal para ampararse en la del *partido* o en las *exigencias superiores*, dominan de modo absoluto; piénsese, además, en la vida social, donde la falta de autonomía económica o la dependencia moral e ideológica — más extendidas de lo que a primera vista parece — impiden el desarrollo de la libertad real y concreta del individuo, cosa que, asimismo, limita su sentido de la responsabilidad; piénsese, finalmente, en la escuela, en la que, en cierto sentido, también los chiquillos están exentos de responsabilidades, al tener que aceptar, pasivamente, programas y métodos impuestos desde el exterior, y al tener que reprimir demasiado a menudo sus propios y naturales intereses para adecuarse a sistemas ya viejos o a mentalidades poco modernas y cerradas. Y es precisamente en este campo donde de una manera lenta, pero inexorable, se va abriendo camino la convicción — tanto en los estudiantes de la escuela secundaria cuanto en los universitarios — de que se estudia tan sólo para conquistar el derecho a las comodidades de la vida (comodidades que van desde las suspiradas vacaciones a la irregularidad de ciertas horas de recreo) y, al mismo tiempo, el hábito a considerar como justa regla moral el refrán «paga el mínimo para obtener el máximo», que es sinónimo de mediocridad y que explica claramente el innegable estado de decadencia de los estudios actuales.

Y es la misma vida cotidiana, con todo lo que la técnica ofrece a los hombres, la que educa a los jóvenes en la irreflexión y la irresponsabilidad, ya que, como tuvo ocasión de afirmar el profesor Luigi Stefanini en su informe al Congreso Nacional de Pedagogía celebrado ya hace unos años en Palermo, «los medios técnicos de que la sociedad actual dispone para la fácil y sugestiva difusión de las impresiones, conducen fatalmente a un automatismo colectivo que trastorna las facultades del alma, al separarla del sentido de vigilancia de sí misma y de sus responsabilidades. El ansia de espectáculo lleva al hombre a la pantalla, del mismo modo que la propaganda es un apresurado sustituto de la lenta y meditada persuasión. El método visioauditivo suprime el deseo hacia los objetos raros y preciosos, de la misma manera que las pasiones, vistas con la rapidez de la sucesión fílmica, distraen el delicado sentir y la criba de las pasiones vividas. La catarsis del drama clásico se sustituye por una anestesia emotiva, abierta tan sólo al *dilettantismo* y a la indiferencia.»

El resultado de todo ello es, precisamente, la desorientación que más arriba hemos denunciado y que conduce a una inevitable falta de responsabilidad moral y social, y de ella a una incapacidad para vivir hasta el fondo una vida totalmente digna del hombre. Concretando, se determinan dos posiciones muy difundidas: por un lado, un espíritu de evidente conformismo, y por el otro, una grave forma de sórdido egoísmo. En el primer caso, y de manera particular entre los jóvenes, se nota una tendencia a supeditarse pasivamente a las directivas emanadas de lo alto, a seguir las modas y el «curso de la corriente», lo que es tanto como decir desaparecer dentro del anonimato, del *grupo*; en el segundo, se debe reconocer que la ambición característica de la edad juvenil, en

lugar de dirigirse hacia el saludable deseo de conquistar un *auténtico valor* para prepararse con seriedad para la vida de mañana, desarrolla el gusto de *aparentar*, o para decirlo en términos todavía más realistas, el de *hacer carrera*, aunque sea en perjuicio de la más elemental justicia y a riesgo de asumir, quizá para toda la vida, una terrible *máscara*.

El mismo Baden-Powell denuncia la falta de responsabilidad como una de las debilidades y uno de los aspectos negativos más graves que definen a la presente generación, hasta el punto de considerar que las acciones preventivas contra este mal son la labor más importante de todo esfuerzo educativo. De ahí que él estructura el escultismo como una escuela de responsabilidad, asignándole la importante función de desarrollar en la personalidad del muchacho esta fundamental cualidad del carácter. Su insistencia sobre la virtud del altruismo y sobre la lucha — casi sin cuartel — contra toda forma de individualismo y de egoísmo, aclaran de manera diáfana su intención.

Así pues, ¿cuáles son los fundamentos esenciales del concepto de responsabilidad? Y, ¿cuál es su más íntimo significado?

A este propósito se debe observar, ante todo, que el sentido de responsabilidad nace sobre un terreno eminentemente social, ya que, en realidad, se puede afirmar que allí donde existe una sociedad —o sea, unos hombres en relación con otros —, allí está presente, de un modo u otro, la responsabilidad.

Y puesto que la misma responsabilidad puede definirse genéricamente como la «conciencia de sí mismo», la cosa es tanto más evidente si se piensa que todo hombre llega a conocerse a sí mismo a través, principalmente, de su relación con los demás. Basta pensar en la evolución del chiquillo, del muchacho y del joven, para darse cuenta de que su desarrollo psíquico corresponde a la ampliación sucesiva del campo de sus experiencias, al incremento progresivo de sus relaciones humanas, la madre y la familia primero, los compañeros y amigos luego, y, finalmente, los colegas, los superiores, etc. Por el contrario, la escuela, al menos en su estructura actual, basa su labor de formación cultural sobre la relación entre los jóvenes y sus antecesores.

Además, el que la responsabilidad sea un hecho esencialmente social también se demuestra al comprobar que todas las actividades y las acciones de cada individuo particular adquieren importancia, al mezclarse en el complejo de otras actividades y otras acciones, no únicamente para él solo, sino también para todos los demás hombres. Ser responsables significa aceptar las consecuencias de todo cuanto hacemos, o, para decirlo en otros términos, asumir anticipadamente el peso del resultado de nuestras acciones. ¡Cuántas veces hemos oído decir o hemos visto escrito que la irresponsabilidad de Fulano o Zutano ha sido la causa de tal desgracia o de tal malestar social, y cuántas veces algunos de nosotros ha podido comprobar, personalmente, cómo incluso la falta de sentido de responsabilidad ha coincidido con la ruina de una comunidad o con algún daño, casi siempre irreparable, producido al prójimo!

Ser responsable quiere decir, pues, saberse dominar y controlar de tal manera que sólo se actúe cuando se esté relativamente seguro de las consecuencias que pueden derivarse de nuestras acciones; quiere decir ser coherentes y lógicos con nuestros pensamientos y acciones, teniendo muy presentes que una total previsión del futuro no es posible (y mal iría si no fuera así, porque entonces desaparecería toda responsabilidad); quiere decir ser abierto socialmente, ya sea respetando los resultados de las acciones de los demás y su particular personalidad, ya sea, finalmente, reconociendo las situaciones y los problemas que la sociedad presenta continuamente.

Al mismo tiempo, si bien es verdad que la responsabilidad nace o, cuando menos, se desarrolla en gran parte en el campo social, también es verdad que se trata, paralelamente, de un problema íntimo de cada hombre.

En este segundo caso, la responsabilidad se basa sobre la libertad humana, ya que sólo siendo libre una acción humana adquiere valor moral, y sólo a través de la libertad el hombre puede responder de sus actos. Por tanto, es en la posibilidad de violación implícita en la ley (cualquiera que sea el significado que le demos), donde encuentra su origen el sentido de responsabilidad, que, por otra parte, no es otra cosa que una continuada y consciente *elección* mediante la cual todo hombre se puede decir que edifica su vida y su destino; ya que es al elegir una solución determinada para los grandes problemas que su vida presenta — casi me atrevería a decir en todos los instantes de ella — o para los pequeños interrogantes cotidianos, cuando el hombre va formando progresivamente su personalidad y dándole un contenido. E. Mounier (en *Le personnalisme*) dice que «la persona se opone al individuo en cuanto significa dominio, elección, formación, conquista de sí mismo»; en otras palabras, y según una muy clara imagen de Baden-Powell, el hombre que quiere, adquiriendo responsabilidad, convertirse en una persona, es aquel que sabe gobernar su propia barca o, si se prefiere, sabe dirigir su propia alma y mirando valientemente hacia adelante sabe forjar su propio destino en la vida.

Pero todo esto es tan sólo posible si, al lado del sentimiento de libertad y fundiéndose con él, el individuo desarrolla su voluntad y su carácter.

Por un lado, solamente los actos voluntarios — o sea aquellos que habrían podido ser divididos aunque no hubieran sido distintas las previsiones o las probables consecuencias — son en sí mismos responsables; por otro, una elección es sólo auténticamente responsable cuando proviene de un lento y meditado juicio, en el que, precisamente, se basa la seriedad de la vida. Así pues, es necesario que la acción no siga inmediatamente al deseo, sino que debe precederla la observación y el juicio.

De todo ello se desprende que un hombre sólo es responsable en el sentido completo del término cuando escoge y determina libremente el camino que desea seguir, después de haber hecho uso de una aguda observación y de un concienzudo juicio, y después de haber renovado en cada caso el profundo conocimiento de sí mismo, no limitándolo a un caso aislado. De esta manera edifica libremente su personalidad, al mismo tiempo que valora la oportunidad de su elección sobre el plano social, ya sea aceptando el tomar sobre sus espaldas las consecuencias de sus actos, ya sea, sobre todo, sabiendo, por un lado, qué obligaciones le impone la sociedad en que vive y, por el otro, teniendo fuerzas suficientes para llevarlas a feliz término.

He ahí por qué, al afirmar que la crisis de la sociedad contemporánea es una crisis de responsabilidad, se quiere subrayar la doble falta de un vivo y profundo espíritu social y comunitario, y de una sólida capacidad personal para afrontar de manera consciente y con criterio los principales problemas de hoy en día. Y he ahí por qué el esculismo puede ser considerado, según mi parecer, como un importante elemento en el intento de resolver esta crisis, ya que, como a continuación veremos, el esculismo considera la educación del sentido de responsabilidad como su fundamento ineludible y su meta más importante, y no como una simple rama del completo proceso educativo.

LA EDUCACIÓN DEL SENTIDO DE RESPONSABILIDAD EN EL ESCULTISMO

Nuestra última afirmación ha sido suficientemente confirmada en muchas de las observaciones efectuadas en capítulos precedentes; en especial, es obvia la importancia que asume, desde este punto de vista, la insistencia del escultismo en lo que concierne al altruismo y el servicio al prójimo, fundamentos de la educación social y, a la vez, resulta muy claro que el hábito de las misiones que cumplir y de las pequeñas responsabilidades concretas es de gran ayuda para desarrollar en el muchacho este importante aspecto de su personalidad. En la base de este principio educativo figura la convicción de que el sentido de responsabilidad, como otra virtud cualquiera, es desarrollada y se cultiva en la medida en que realmente se vive.

Como con gran acierto escribe el Padre Zavelloni (*Educazione e personalità*): «Cuanto más dejemos a un individuo o a los miembros de un grupo la responsabilidad de su trabajo y de sus quehaceres, tanto más él o ellos se harán merecedores de la confianza que se les ha otorgado.»

Pero el escultismo, además de éstos, tiene otros potentes medios para conseguir la formación de la personalidad del muchacho en tal sentido, desde el desarrollo de un fuerte espíritu crítico a un profundo sentido de la justicia, desde el principio fundamental del «prepararse para el futuro» al desarrollo de una forma de sano civismo, consistente, por un lado, en un equilibrado patriotismo y, por otro, en un oportuno espíritu interclasista e internacional.

En cuanto al primer punto puedo afirmar, gracias a mi personal experiencia, que la vida scout es un medio verdaderamente excepcional para educar la independencia de juicio y el *espíritu crítico*, entendiéndolo como capacidad de resistencia a cualquier presión exterior injustificada o no suficientemente motivada. Todo scout, en efecto, es guiado por el escultismo a desarrollar no sólo su poder de observación y de raciocinio, sino que también — gracias a la atmósfera de libertad que reina dentro del mismo — tiene la posibilidad concreta de criticar el modo de obrar de sus superiores; además, la obediencia que les debe prestar no debe ser jamás «ciega»— pero sí «pronta y absoluta»—, hasta el punto de que él sienta que tiene pleno derecho a pedir las necesarias explicaciones a quien le haya dado una orden, siempre, naturalmente, que primero la haya obedecido. Quien ha asistido alguna vez a una de las reuniones nocturnas en las que se hace el examen del día con un espíritu de fraternidad que el resplandor del fuego ayuda a formar y consolidar, sabe muy bien que no es raro el que el scout más pequeño de una tropa se atreva a levantar su mano y decir a su veterano jefe: «Has hecho esto o aquello. ¿Por qué? A mí no me ha parecido bien.» Asimismo, como ya hemos tenido ocasión de ver, la vida de patrulla es un progresivo entrenamiento hacia una forma concreta de democracia en el sentido de que cada individuo está obligado a tener opiniones verdaderamente *propias*; nótese que incluso Baden-Powell, con extremado refinamiento, llega a recomendar a los jefes que no permitan que sus muchachos den su opinión sobre un determinado problema mediante la votación por mano alzada, ya que «los muchachos timoratos o desatentos votan siguiendo a la mayoría. Cada cual debe entregar su voto ("Sí" o "No") anotado en una hoja de papel. Esto da ocasión al muchacho de juzgar con su propio criterio, después de aquilatar ambos aspectos del asunto.»

Incluso debe reconocerse que muchas de las más superficiales e interesadas críticas lanzadas contra el escultismo nacen, precisamente, del *disgusto* que causa el hecho de que los muchachos crezcan con un sentido crítico tan desarrollado y de que se preparen para juzgar según su propio criterio y no según el de un demagogo cualquiera.

Además, va íntimamente ligado a todo ello el vivo sentido de justicia que la práctica de una vida comunitaria desarrolla y perfecciona cada vez más y más. Pero, naturalmente, no es necesario creer que pueda afirmarse que todos los scouts lo asimilen de modo completo desde el principio; lo que sí es verdad es que se trata de una manera concreta que facilita su puesta en práctica. En el escultismo, en efecto, se llega a la idea de justicia a través de las de sinceridad y lealtad, que, a la vez, es una definitiva superación del egoísmo. «La idea de sinceridad — afirma Baden-Powell — es, entre todas, la que mejor se puede imprimir en los muchachos y que desarrolla en ellos aquel vigoroso sentido de justicia que debe formar parte de su carácter si se les quiere convertir en buenos ciudadanos. La costumbre de querer hacer las cosas teniendo en cuenta el punto de vista de los demás, puede ser desarrollada en la actividad de los jóvenes al aire libre, jugando a hockey o al fútbol, practicando la lucha o el boxeo. A lo largo del juego deberán observarse estrictamente sus reglas, cosa que implica dominio de sí mismo y buen humor por parte de los jugadores; además, es conveniente — hasta tal punto que debe convertirse en un hábito — que el vencedor simpatice con el vencido y que éste sea el primero en felicitar y aplaudir a su rival.» Además, la insistencia del escultismo sobre la importancia que tiene el que los muchachos se esfuercen en incorporarse como propio el código de los antiguos caballeros, encuentra aquí nueva justificación en el sentido de que la defensa de los pobres y de los débiles y la ayuda prestada a todo aquel que la pida para una justa causa, son principios extremadamente útiles para hacer vivir, de una manera concreta, el espíritu de justicia.

Y todavía Baden-Powell recomienda que, de cuando en cuando (o con ocasión, por ejemplo, de pequeños litigios), se organicen, en forma de divertido juego, auténticos y reales «procesos», estructurados con seriedad y siguiendo los procedimientos de un tribunal de justicia, a través de los cuales sea posible, por un lado, hacer reflexionar a los muchachos sobre la idea de justicia y, por otro, ofrecerles una muestra de los poderes civiles que ellos deberán ejercer más tarde en calidad de testigos o de jurados

La corte de honor de la tropa es otro eslabón de esta cadena. Desde el momento en que los muchachos tienen una auténtica responsabilidad como miembros de la misma, se dan completa cuenta de la importancia de sus opiniones; ello les impele a reflexionar seriamente sobre la solución justa, después de haber prestado atención a las dos partes litigantes o al individuo en cuestión.

Pero la educación del sentido de responsabilidad, entendida, como ya se ha visto, en el sentido de adquisición de la capacidad de actuar conscientemente, encuentra en el escultismo su máxima expresión en el lema *Siempre listo*. En efecto, con él todo scout aprende a entender la vida como algo que no termina en la simple existencia cotidiana, en el *vivir al día*, sino que requiere una profunda firmeza y una noble voluntad, capaces de hacer mirar hacia adelante, hacia los ideales más altos y más nobles y, a la vez, más vivos y concretos.

El sentido de la preparación está siempre y en todo momento presente en el escultismo, desde las pruebas técnicas que se exigen para pasar de clase a los programas de actividades de cada patrulla o de la tropa, desde la buena acción cotidiana a las especialidades y a las empresas de patrulla; pero este sentido todavía adquiere un significado más vasto y más profundo, ya que, como dice Baden-Powell en su *Último mensaje*, se trata de estar listos para «vivir felices y morir felices», con la conciencia de no haber desperdiciado el tiempo que a cada uno de nosotros se nos ha confiado. ¿Y qué otra ayuda más fecunda que esta simple mentalidad puede ofrecerse a los jóvenes para que lleguen a ser conscientes de sus propios límites y posibilidades, o sea, de los deberes que les esperan en la vida?

Pero todavía hay más, ya que todo el aspecto cívico de la educación scout, sobre la cual

Baden-Powell tanto y tan oportunamente ha insistido, se funda en este concepto del *Siempre listo*.

En efecto, desde el principio, la preocupación principal del gran educador inglés fue la de contribuir a la preparación de ciudadanos más eficientes y útiles a su patria, sabiendo que la grandeza de un país no se debe medir con otra cosa que con el valor real de cada uno de sus ciudadanos. Y por ello se ha esforzado tanto en llamar la atención sobre el sentimiento patriótico tan fácil de desarrollar en el ánimo de los jóvenes. Pero el patriotismo que el escultismo intenta desarrollar en los muchachos a los cuales se dirige — aparte de ciertas discutibles formas de sentimentalismo presentes en el pensamiento de su fundador, justificables por su formación militar y por la época en que vivió — está constituido, precisamente, por aquel sentido de la preparación que está en la base de la más profunda y auténtica responsabilidad. Así pues, para el escultismo, ser patriota no significa ni más ni menos que prepararse con seriedad y decisión para enfrentarse dignamente con los deberes que la sociedad nos impone. «En todo lo que debáis hacer — escribe Baden-Powell dirigiéndose a los scouts del mundo entero —, tened siempre presente vuestro país: no desperdiciéis todo vuestro tiempo y todo vuestro dinero en juegos y diversiones, sino pensad, antes que nada, en cómo ser útiles a la patria... Primero el patriotismo, luego las diversiones. No os contentéis, como hacían los romanos y como todavía hacen algunos pueblos, con pagar para que otros jueguen por vosotros a fútbol o celebren combates de boxeo. Haced todo lo que podáis para que vuestra bandera ondee lo más alto posible. Si adoptáis el escultismo con este espíritu, seguro que vuestra labor será útil. No lo adoptéis solamente porque os divierte, sino porque él os ha de enseñar a ser útiles a vuestra patria.

Cultivándolo desarrollaréis en vosotros aquel patriotismo del cual ningún muchacho, si quiere ser algo, debería estar falto.»

Así pues, la gimnasia cotidiana — practicada para mantener sano y desarrollar el cuerpo—, el dominio de las propias pasiones y de los propios egoísmos— que conduce a la virtud de la pureza y de la continencia —, y el desarrollo de alguna de las muchas y fundamentales facultades intelectuales y técnicas— que dan valor y agilidad mental al individuo —, representan, según el escultismo, el mejor medio para que un muchacho demuestre de una manera concreta su amor a la patria y su decidida voluntad en servirla.

Pero no se debe pensar que todo cuanto acabamos de decir signifique desarrollar en las mentes juveniles una peligrosa forma de egoísta nacionalismo. Nada más lejos de ello que el escultismo, en el que, como ya se ha visto y es fácil comprobar, domina un vivísimo espíritu internacional, una apertura absoluta hacia cualquier raza, religión o nacionalidad. La fraternidad que une a todos aquellos que han formulado la promesa scout ha llegado a ser un lugar común y ha sabido, muy a menudo, superar las mismas gravísimas dificultades que dos guerras mundiales han suscitado necesariamente. La insistencia de Baden-Powell sobre la necesidad de que todos los pueblos del mundo deben condenar cualquier clase de conflicto armado, y, por el contrario, afirmar su espíritu de colaboración y de mutua comprensión, y su íntima convicción de que el escultismo, con el desarrollo de un creciente espíritu de amistad personal y de un cada vez más sincero reconocimiento de los derechos y de los deberes de todos, es uno de los medios más eficaces para alejar la amenaza de una nueva y tremenda calamidad, garantizan suficientemente nuestras afirmaciones.

En realidad, lo que queremos decir es que el patriotismo por un lado y el espíritu de colaboración internacional por el otro, no sólo no se excluyen, sino que se integran a su vez. De la misma manera que toda sociedad necesita, para tener un efectivo valor, individuos

perfectamente educados y formados, de la misma manera el verdadero espíritu de colaboración internacional necesita unas naciones sólidas y bien estructuradas.

La educación del sentido de la responsabilidad, pues, si bien lleva a los muchachos a reconocer la importancia de la sociedad a la que pertenecen, tan sólo es una premisa necesaria para la realización de más amplios horizontes.

LA EDUCACIÓN CIVICA Y POLITICA EN EL ROVERISMO

Esta manera de entender la educación cívica o, si se prefiere, la educación patriótica encuentra, como es natural, su más exacta adaptación en el roverismo, en el que la edad de los muchachos, por un lado, y su precedente formación, por el otro, permiten enfrentarse con el problema de modo más profundo y amplio; y es precisamente en el roverismo donde muchas veces la educación cívica se convierte en educación política. En efecto, si el primer apartado de la promesa («Yo prometo, por mi honor y con la gracia de Dios, hacer cuanto de mí dependa para cumplir mis deberes para con Dios y la patria...») tiene, para los muchachos de doce a diecisiete años, un limitado significado — que se refiere solamente a la posibilidad de justificar su voluntad de preparación con el amor a su país — para el rover de dieciocho, veinte o, sobre todo, de veintiuno o veintidós años, significa algo mucho más importante y mucho más inmediato, cuando menos por el hecho de que se acerca o se presenta el momento en que la patria espera su parecer y su decisión.

Aunque sea importantísima la convicción de que una formación cívica verdaderamente auténtica debe hacer hincapié en la capacidad para enfrentarse con las propias responsabilidades — lo que nos lleva al desarrollo de una real «conciencia profesional», sobre la cual Baden-Powell ha insistido muchísimo— y de la que el lema rover «Servir» representa, por así decirlo, la más profunda justificación para intervenir de una manera activa allí donde lo reclama una situación excepcional (piénsese, por ejemplo, en la intervención colectiva de los rovers italianos en las inundaciones de Polesine y Saleritarno), el roverismo sabe muy bien que debe enfrentarse con este aspecto educativo más de cerca y de manera mucho más decisiva. En particular, y en nuestro mundo contemporáneo, en el que los problemas sociales y políticos adquieren una importancia cada día mayor, el desarrollo de una simple «conciencia profesional» por parte de cada ciudadano — que el esculatismo se esfuerza por vivificar mediante el sentido de la lealtad y a través del hábito de no hacer jamás nada a medias—, aunque tenga gran importancia, no es suficiente para agotar los deberes cívicos que pesan sobre cada individuo. Quiérase o no, en efecto, la política continúa formando parte de la vida cotidiana de cada hombre y, además, la determina desde muchos puntos de vista. El progreso agrícola, industrial y comercial de una nación, el funcionamiento de su aparato burocrático y su situación social en cuanto atañe, por ejemplo, al problema del paro obrero, ejerce un peso real e inmediato sobre la vida de todos sus ciudadanos. Por ello, el abandono del campo, además de tener un fondo ilusorio, debe considerarse como culpable.

En Italia, de un modo especial, la tendencia al absentismo político, que permite a muchos ambiciosos y arribistas ocupar situaciones importantes, viene agravado, sin duda alguna, por la reciente y tristísima experiencia dictatorial, que ha conducido a la mayoría de italianos a un profundo y doloroso desequilibrio. Sus causas principales han sido la falta, durante veinte años, de toda sensibilidad política, el dejar en manos de unos pocos o de uno solo el deber de *pensar* en los problemas de la nación, el reducir la prensa a una uniformidad incolora, el haber suprimido toda oposición, el forzar con gritos callejeros las soluciones a las cuestiones de política exterior y el considerar la fuerza como un signo de razón. Una reciente encuesta llevada a cabo por unos rovers de Turín sobre la «educación política» entre la juventud estudiantil y universitaria, ha demostrado con abundancia de datos que la situación precedente encuentra, desgraciadamente, un gran eco incluso en el ambiente juvenil y que, por tanto, no se debe creer que los diez años de nuevo régimen hayan sido suficientes para curar todo el *mal* anterior. En realidad se trata de una auténtica y verdadera intoxicación, cuya cura precisa una labor lenta y progresiva. «La convicción fundamental a que nos ha llevado la encuesta es que para los jóvenes estudiantes (de catorce a veinticuatro años) la política es un problema del todo vago y

genérico, que nadie siente. Los chicos y chicas modernos sienten, viven y hablan «de política», pero si se les obliga a definirla se alzan de hombros y sonríen, como si dijeran que, en el fondo, nada les importa de los diferentes partidos y que de ello ya se ocupan — y casi llega a ser ridículo el que lo hagan — los mayores. En resumen, una impregnación que no lleva trazas, ni mucho menos, de convertirse en un real interés, sino que se mantiene en el terreno de una crítica trivial e incompetente y no sabe transformarse en una consideración objetiva de la situación.»¹²

Frente a este problema, ¿cuál es la posición adoptada por el roverismo? Por un lado, ella consiste en la tentativa de despreciar la absurda leyenda de que la política no es otra cosa que suciedad, merecedora de desprecio e indigna de la más pequeña consideración. Por otro lado, en el esfuerzo para enfrentar a los jóvenes, de una manera consciente y concreta, con los problemas más graves y característicos de la sociedad en medio de la cual deben vivir. Todo ello, independientemente de cualquier elección política determinada, que, según el roverismo, siempre debe ser una cosa totalmente personal. Participar en la política de un país quiere decir colaborar en la edificación de la comunidad humana y, en tal sentido, puede existir una política independiente de las actividades de los partidos; éstos son un segundo momento, el ejecutivo.

Trátase, una vez más, de tender a la formación de una mentalidad alejada de cualquier forma facilona o presuntuosa, y dirigida, por el contrario, a la conquista de una seria y efectiva preparación.

En los clanes ello se obtiene mediante una doble labor. Primero, se empieza facilitando el conocimiento cultural de los problemas sociales y de sus premisas teóricas a través de una serie de charlas con personas competentes y mediante útiles discusiones entre los mismos rovers, en el seno de las reuniones del clan. Luego (aunque, naturalmente, este «luego» no debe entenderse en sentido cronológico), se busca la manera de que los rovers entren en contacto directo con estos problemas mediante una efectiva y concreta comprobación de los mismos en el terreno práctico. En el primer caso, como es fácil comprender, la estructuración del trabajo depende de las características de cada clan; en el segundo, ni que decir tiene que será distinta según los rovers que lo forman sean estudiantes o trabajadores.

Pero que el roverismo italiano y también el extranjero insistan actualmente sobre estos problemas con especial interés, lo demuestra la difusión con que dichas cuestiones son tratadas en sus publicaciones¹³. Por otra parte, todo ello concuerda perfectamente con el pensamiento de Pío XII, que en su mensaje navideño de 1942 decía: «No deseamos una actividad organizadora política, sino un profundizar social en sus obras de formación. Dirigir la mente hacia los problemas y las cuestiones que el transcurso del tiempo y la sucesión de las generaciones, con sus necesidades y con el progreso, hacen madurar y traen consigo como improrrogables necesidades del presente.»

En el segundo caso, se trata de aplicar el método de la exploración, de una manera esencial, en el campo social, dirigiéndolo — entiéndase bien — hacia aquellas realidades concretas que mayor interés ofrecen y que mejor sirven para comprender los grandes problemas generales de nuestro mundo contemporáneo. Lo que enseña la vida del clan es una ampliación del horizonte, un saber salir — con valentía y voluntad de aprender — del ambiente en que cada rover vive y del cual, si no reacciona, acaba por asimilar la mentalidad y todas sus características, buenas y malas. Por ello los rovers que han comprendido el verdadero sentido de su vida — sin duda alguna, un poco especial —, aprenden a moverse con la intención de verlo y conocerlo todo, y sin la preocupación, como un cronista

¹² *Educazione politica dei giovani*, encuesta dirigida por Gingi Lombardi y Riccardo Varelli, en la revista de los rovers «R. S. Servire», año VIII, 1955.

¹³ Las dos revistas italianas, «S. R. Servire» (Milán) y «Strada al solé» (Roma), los han tratado, muy a menudo, ampliamente. En cuanto a la primera, piénsese en la encuesta sobre la juventud italiana actual, y en los números 3, 4 y 5 de 1956, dedicados por entero al problema político; en cuanto a la segunda, piénsese en los numerosos artículos aparecidos en la sección *Noi e la società*, y en algunas presentaciones de las principales corrientes sociales actuales. Parecidas observaciones podrían hacerse por lo que respecta a las revistas francesas y belgas.

cualquiera, de detenerse a hablar con la simpática cajera de un bar.

Es así como nacen las encuestas sobre la pequeña comunidad de la que forman parte, por vivir en ella uno o más rovers, o sobre aquella que les interesa de un modo particular: ¿Cuál es la trayectoria de su desarrollo? ¿Cuál la historia de su industria, agricultura, comunicaciones, evolución de la propiedad, emigración, etc.? ¿Qué posibilidades hay de una intervención del Estado o de otras entidades para mejorar sus bases económicas y, de ahí y en ulterior análisis, las sociales y políticas? ¿Cómo se podrían cambiar, si fuera necesario, sus sistemas de impuestos? ¿Cómo se podrían mejorar los servicios públicos? Y, una vez formuladas unas soluciones, ¿qué debe hacerse para llevarlas a término?

De la misma manera, se realizan estudios sobre la vida de los distintos barrios de una ciudad o de ésta en su totalidad y complejidad; por ejemplo, problemas urbanísticos de los cuales dependen otros tantos económicos y sociales, como viviendas populares y estado de la higiene y de la educación pública. (Véase, sobre este tema, el artículo *La riostra presenza*, en «R. S. Servire», año IX, 1956.)

En cada uno de estos casos, se trata siempre de inducir de una manera concreta a los jóvenes, y en especial a los que provienen de la clase burguesa, ya que por lo general están más adormecidos en las cómodas posiciones tradicionales, a que reflexionen y piensen seriamente.

Como se decía en la editorial del primer número especial de «R. S. Servire» (año IX, 1956), «el repudio actual de muchos jóvenes a pensar y a investigar es más culpable que la caída moral. Ésta puede ser debilidad o vileza, puede nacer de las insondables oscuridades del espíritu, en las que se acumulan terribles e incontrolables atavismos; aquél significa rebelarse a la luz y oponerse a la luz. Es el verdadero pecado contra el espíritu. Traicionaríamos nuestra misión si no nos obligásemos a lograr que los jóvenes "piensen", aunque sea al precio de la impopularidad, al precio de marchar contra la manera corriente y extendida de sentir y de razonar.»

Pero todavía hay más, ya que en esta compleja labor de conocimiento teórico y práctico, el roverismo— como dejan entrever claramente algunos escritos de Baden-Powell y, sobre todo, los documentos del roverismo más reciente, principalmente el católico— profundiza y hace suyo el pensamiento social cristiano. El cristianismo, en efecto, no es «una cosa que deba anteponerse a otra cosa; no es ni partido ni secta ni facción. Es un todo nuevo y renovador que el Maestro colocó en la historia para orientarla hacia el Padre Eterno, es comunión de los hombres con Cristo, y de los hombres con los hombres redimidos en Cristo» («R. S. Servire», año IX, 1956). El pensamiento cristiano conduce a la acción y a la voluntad de lograr una justicia social más verdadera y más sentida, de eliminar cualquier forma, manifiesta o escondida, de sórdido egoísmo. Éste es el ideal politicosocial que la formación scout, y particularmente la rover, se esfuerza por conseguir. Sobre el mismo, cada joven escogerá el camino que sus personales aptitudes y las circunstancias en que se encuentra le indiquen como el mejor; sobre él, en fin, cada rover basará su más particular elección política. Pero no hay duda alguna de que esta elección será, de esta manera, mucho más consciente y, por tanto, tendrá mucho más valor.

CAPÍTULO X

LA FIGURA DEL JEFE EDUCADOR

Nuestro análisis de los principios y métodos del escultismo no quedaría completo si no nos detuviéramos en la figura del jefe, de aquel sobre el cual, en definitiva, recae la difícil labor de realizar, de una manera concreta, el mismo escultismo. En efecto, toda empresa de carácter social, del tipo que sea (económico, político, técnico o moral), necesita siempre un jefe capaz de pensarla y de llevarla a efecto, y, si en el capítulo precedente se ha podido ver que gran parte de la crisis del mundo contemporáneo se debe a la triste ausencia del espíritu de responsabilidad, es ahora el momento de afirmar que el aspecto más grave de dicha crisis es la falta de hombres que sean auténticos jefes. ¡Tanta importancia tiene su presencia en el mundo social!

*Además, en el campo de la educación esta afirmación adquiere una importancia todavía mayor, ya que a todo educador viene asignada la delicadísima tarea de dirigir personalidades todavía en formación y, por lo tanto, muy sensibles a todo impulso, sea bueno o malo. Y si bien es verdad que ya hemos podido observar repetidamente que en el escultismo uno de los principios más importantes desde un punto de vista pedagógico consiste en el esfuerzo para transformar la educación en **autoeducación** y para que el muchacho **aprenda por sí solo**, también es verdad que la figura del jefe, del educador, conserva, incluso en este caso, todas sus funciones. Así pues, creo que se puede afirmar claramente que la labor del educador todavía es más importante y delicada de lo acostumbrado si entendemos la función educativa como una ayuda prestada a cada muchacho para que desarrolle en sí las cualidades que son sus características personales, ya que en este caso se exige del educador facultades y entereza de ánimo verdaderamente notables.*

Por otra parte, negar la importancia educativa del jefe significa no reconocer la natural tendencia —la necesidad me atrevería a decir— de todos los muchachos, y en especial desde los trece a los dieciséis años, de dirigir sus ojos, con admiración profunda, hacia algún "héroe" que encarne su ideal de hombre. Y, sobre todo, significa no aprovechar en el terreno pedagógico este aspecto de la psicología del muchacho, que tantas posibilidades educativas ofrece. Por tal causa, en el escultismo el educador es el mismo jefe, que, por tanto, es una figura muy importante y muy simpática para el muchacho que busca un modelo a imitar y que está preso del deseo de seguir a alguien que esté verdaderamente en forma.

Estudiar este tema con cierta profundidad es indispensable no sólo porque se trata, como acabamos de decir, de un importante y ulterior medio educativo, sino también porque ser jefe representa para un joven educado en la escuela del escultismo, la conclusión más lógica y el punto culminante del completo proceso de su formación. Si, en efecto, para un scout de quince o dieciséis años el asumir las funciones de un guía de patrulla significa aprender de una manera concreta el arte de mandar, de dirigir a los demás, lo mismo puede decirse, y con mayor razón todavía, para los jóvenes de veinte a veinticuatro años que asumen la responsabilidad de dirigir una manada o una tropa. Para ser jefe es necesario hacer de jefe; he ahí por qué ningún rover puede decir que ha completado su personal educación si antes no ha pasado por esta importante experiencia. Y he ahí por qué, en especial por lo que concierne a los jefes jóvenes, no es justo sobrevalorar los esfuerzos, los sacrificios y las renunciaciones que indudablemente deben realizar; en su labor, quizá todavía representa más lo que reciben que lo que dan. Sé muy bien que no todos los jóvenes se sienten inclinados de manera natural hacia estas funciones directivas, pero me mantengo firme en la opinión de que esta experiencia es, en el fondo, indispensable para todos, ya que demasiado a menudo se olvida que la

responsabilidad del mando no está reservada, en la vida, a una minoría de superdotados. Todo hombre está llamado, en mayor o menor escala, a ejercitar el noble oficio de jefe, cuando menos como jefe de familia. La sociedad — según dice Gastone Courtois — no debería ser sino una pirámide de jefes. Además, la experiencia nos enseña que muchas veces un joven que a priori está convencido de que no posee los requisitos indispensables para ser jefe, descubre lo contrario al desempeñar concretas misiones directivas, alcanzando, por lo tanto, un más profundo y justo conocimiento de sí mismo.

Así pues, nuestra intención, en el presente capítulo, es doble: por un lado intentaremos presentar las características particulares de un jefe scout, y por otro, ofreceremos a los rovers que todavía no tienen un servicio directo en una rama o que lo tienen desde hace poco tiempo, algunos puntos de meditación, aptos para animarlos hacia esta útilísima experiencia educativa y para que trabajen cada vez más y mejor. Además, téngase en cuenta la extremada importancia de todo ello, ya que uno de los problemas más graves y de más difícil solución que tiene el escultismo es, precisamente, la falta de jefes.

CUALIDADES NECESARIAS PARA SER UN JEFE SCOUT

Para denunciar la falsedad de la opinión de que para ser un buen jefe de tropa se debe saber todo y, por lo tanto, para convencer a los jóvenes de que venzan cualquier vacilación que puedan tener, Baden-Powell afirma, en su *Guía para el jefe de tropa*, que «sencillamente, lo que sí debe ser es *hombre- muchacho*, esto es: 1) poseer espíritu de muchacho y saber, como primera medida, colocarse en su plano; 2) ser consciente de las necesidades, perspectivas y deseos inherentes a las distintas edades de los muchachos; 3) tratar con el muchacho individualmente, y no en conjunto; 4) fomentar el espíritu de cooperación para obtener los mejores resultados».

«Con referencia al primero de estos puntos, es de saber que el jefe de tropa no tiene que ser ni maestro de escuela, ni oficial de mando, ni director espiritual, ni tampoco instructor. Todo lo que se requiere es el don de saber gozar con provecho del aire libre, compenetrarse con el anhelo de los muchachos y tener el tino de encontrar otras personas que los encarrilen en la debida dirección, ya sea ésta la materia de señales o el dibujo, o el estudio de la naturaleza o de la exploración. Tiene que hacer las veces de hermano mayor, esto es, considerar las cosas desde el punto de vista del muchacho, aconsejarlo y guiarlo por el buen sendero, transmitiéndole entusiasmo. ¡Eso es todo!»

Así pues, la primera cualidad necesaria para ser un buen jefe scout es la de *simpatizar con los muchachos* o, dicho en otros términos, la de amarlos en el más alto y profundo sentido de la palabra. Naturalmente, no en el sentido de que el jefe deba tener una inclinación *personal* hacia sus muchachos, ya que, como observa muy atinadamente el Padre Sevin (*Le scoutisme*), si quiere poner de manifiesto toda su fuerza de acción, tiene que sentirse preso del amor hacia la *juventud en general*. Además esto es un punto fundamental para todo educador puesto que si, por un lado, sin un tal sentimiento vivificante su labor sólo puede ser estéril, por otro, está predestinado al fracaso si limita su relación con los muchachos a afectos personales que, casi siempre, se transformarán en peligrosas preferencias y exclusivismos. Por tanto, y por motivo alguno, ningún jefe debe considerar a los muchachos que le han encomendado como *suyos* (en el sentido literal del término, cosa que, no obstante, no excluye el uso corriente del mismo, en su sentido más general y menos comprometido); asimismo, la compleja estructura jerárquica del movimiento scout y el consecuente y preciso deber de obediencia de todo jefe hacia sus superiores, son una útilísima garantía de este principio. A tal propósito, obsérvese, también, que en algunos grupos scout se recurre a cierta «rotación de jefes» (que, de todas maneras, permanecen en sus cargos dos años como mínimo), lo que, además de permitir a un mayor número de rovers el pasar por una experiencia directiva, ofrece nueva garantía contra el peligro señalado. Por otra parte, no se crea que cuanto acabamos de decir esté en contradicción con la escasez de jefes anteriormente señalada, ya que en muchísimos casos — por no decir en la mayoría — los rovers sólo aceptan asumir una responsabilidad directiva si saben que, al finalizar el período señalado, alguien les sustituirá.

Afirmar, pues, que el jefe scout debe amar a los muchachos es tanto como decir que su obligación es asumir, en sus relaciones, una determinada actitud, un determinado modo de comportarse, que consiste en no crear entre ellos y él ninguna separación importante y en intentar reducir al mínimo la inevitable distancia producida por las diferencias de edad y de mentalidad. Los muchachos necesitan encontrar en el adulto, antes que nada, al hermano, al amigo y al compañero, con sus mismos gustos y sus mismos intereses. He ahí por qué un jefe joven tiene, muchas veces, mayores posibilidades de cumplir más eficazmente su labor

educativa.

Es fácil, pues, de comprender que en la gran mayoría de casos, y siempre que el escultismo se aplique fielmente, el jefe — mucho más que el típico maestro de escuela — desee ser considerado por los muchachos como uno más entre ellos, aunque ello produzca la incomprensión, la crítica y las ironías de los que lo observan desde fuera. Por el contrario, los padres saben muy bien cuánto ascendente y cuánta influencia tienen sobre sus muchachos la *Akela* de una manada o el jefe de tropa.

Quede bien claro, no obstante, que este *saber tratar a los muchachos*, que quizá sea un don de la naturaleza o fruto de la experiencia y del ejercicio del mando, no es suficiente para convertirse en un auténtico jefe, en un auténtico educador. El jefe, en efecto, es aquel a quien los demás siguen y obedecen, y puesto que existen dos tipos fundamentales de autoridad (la que viene impuesta desde el exterior y la que, por el contrario, nace de dentro), es de justicia repetir, ahora, cuanto dijimos al hablar del guía de patrulla, a propósito del arte de hacerse obedecer: la única condición para triunfar en este arte es la de saber significar para sus muchachos posibilidad de acción, de juegos y de progreso, y, a la vez, la de ser siempre un fiel ejemplo de concreta realización del ideal scout. En otras palabras, la auténtica autoridad debe basarse en la competencia y en la fidelidad a la ley. De ahí que el jefe debe ser siempre el *mejor*, tanto en el plano espiritual cuanto en el técnico y, a ser posible, aun en el físico.

Tal como escribe el Padre Forestier (*Une route de liberté, le Scoutisme*), «es necesario saber obtener en determinadas ocasiones, que no deben ser demasiado frecuentes, una disciplina y un decoro exterior suficientes, pero, en general, el jefe es hermano mayor que da ejemplo, sabe escuchar, aconseja en el momento preciso, sugiere actividades, proporciona a los muchachos los medios para realizarlas, sostiene el esfuerzo; en resumen, que enseña a vivir antes que mandar».

Pero para obtener esta segunda e importante cualidad (la de la autoridad que nace de dentro), el jefe scout debe ser un amigo que sabe ordenar y dominar. Ello se obtiene mediante la aplicación de una triple fórmula que transcribo a continuación y que he expuesto en tantas reuniones de jefes como he participado.

Ante todo, «saber lo que se quiere», en el sentido de que antes que actuar en una determinada dirección se debe saber muy bien lo que se quiere hacer, ya sea precisando los fines, ya sea estableciendo los medios necesarios. En el primer caso se trata de justificar toda actividad, toda decisión, que, al hallarnos en un terreno educativo, deberá ser siempre una justificación educativa. En otros términos, un jefe scout traicionaría su misión si su única y principal preocupación fuera la de *emplear de cualquier modo* el tiempo de sus muchachos o la de *divertirlos*; todas las actividades que él proponga deben tener una intención (expresa o no) de tipo educativo. En el segundo caso trátase de escoger el mejor camino y los medios más aptos para conseguir el fin deseado, lo que comporta no sólo el conocimiento abstracto de sus posibilidades, sino también, y sobre todo, la capacidad de valorarlas sobre el terreno de la práctica, según la situación real de cada momento. A este propósito dice el Padre Forestier: «Mi experiencia scout me permite decir que el punto débil de los jefes jóvenes es el de despreciar medios y posibilidades. Conciben de manera entusiasta grandes empresas, pero a menudo olvidan que entre la intención y la realización existe el abismo de las posibilidades.»

En pedagogía activa, y en particular en el método scout, la tesis de *dejar hacer a los muchachos* y el principio de *no intervención*, deben evidentemente aplicarse, pero tan sólo después de haberles procurado las directrices, los medios y, en resumen, todo cuanto es necesario para triunfar. Es, en definitiva, lo que Courtois ha designado con el nombre de «sentido de la realidad». «¿De qué sirve — dice Courtois — una bella teoría si no encaja en la práctica?... El

general de artillería Franiatte solía decir a sus oficiales: "Señores, en artillería lo que cuenta no son los disparos que salen, sino los que llegan." En la educación pasa lo mismo, ya que lo que cuenta no son las lecciones pronunciadas, sino las lecciones asimiladas.»

En segundo lugar, «querer lo que se sabe», entendiéndolo por ello que no bastan las intenciones, los programas y las previsiones, sino que son necesarios una voluntad bien desarrollada y un fuerte carácter que nos permitan, precisamente, pasar a la acción. En este sentido son precisas aquí determinadas cualidades, como la capacidad de organización, de mando, de coordinación y de control. Pero téngase presente que en todo caso (según el citado Padre Forestier) se trata, siempre, de «activar» más que de «mandar» o, peor todavía, de «hacer». Lo importante, desde este punto de vista, es sostener el esfuerzo y comunicar entusiasmo con constancia y continuidad.

Finalmente, y en tercer lugar, «poder lo que se quiere», ya que el jefe debe poseer reales facultades y, sobre todo, una gran inventiva para saber proponer juegos y actividades que sean, a la vez, divertidos y pedagógicamente útiles.

Pero, para ser un buen jefe, todavía son necesarias otras dos fundamentales cualidades: por un lado, el dominio de sí mismo, y por otro, un olfato psicológico que, en sustancia, es premisa indispensable para poder actuar con *tacto*.

Según Courtois, «el jefe que quiere ser digno de ejercer el mando sobre los demás debe comenzar por ser capaz de mandar sobre sí mismo, sobre su lengua, sus nervios, su corazón. Sin dominio de sí mismo nadie puede pretender un dominio sobre las cosas y mucho menos sobre los hombres». Así, pues, la serenidad, incluso en los momentos más difíciles, la sangre fría en las situaciones críticas que a todos se nos pueden presentar y ante las cuales debemos estar preparados, y la capacidad de dominar los enfados, la excitación y las desilusiones, son premisas que me atrevería a decir casi indispensables para desempeñar satisfactoriamente las funciones de guía moral que el escultismo exige de sus jefes.

Olfato psicológico y tacto, en el sentido de que, no existiendo un tipo *standard* de muchacho, cada uno de ellos requiere un determinado trato y, principalmente, en el sentido de que todo muchacho

—en mucho mayor grado que un adulto— está lleno de vehemencia, sensibilidad y susceptibilidades. De ahí que el contacto del jefe scout con sus muchachos sea siempre un contacto personal, en el que tiene gran importancia la mirada, el tono de voz, el gesto y, sobre todo, los sentimientos internos que influyen inconscientemente sobre su comportamiento externo.

De aquí que hayamos afirmado la extraordinaria importancia educativa del jefe en el escultismo. En efecto, él se presenta no sólo como el necesario realizador del método, sino también como el modelo más útil y concreto del que cada muchacho puede aprender y que les permiten vivificar aquellas mismas facultades y cualidades que, según hemos visto, también son las fundamentales de la personalidad del jefe.

Es preciso reconocer, desgraciadamente, que un número demasiado grande de jefes scouts, en especial entre los más jóvenes, creen de muy buena fe que ya conocen su «oficio de jefe» y que están en condiciones de desempeñarlo tan pronto como reciben la pertinente patente. Y he dicho «desgraciadamente», porque, sin querer exagerar, me parece indiscutible que la tarea de un jefe scout es suficientemente difícil para no tener que exigir de los jóvenes que quieren llevarla a cabo una *continua formación*.

Asimismo, teniendo presente cuanto hemos afirmado sobre las cualidades necesarias del jefe, se debe reconocer que su formación personal consiste en un ininterrumpido perfeccionamiento

espiritual, intelectual y técnico. Si bien es verdad que su autoridad y su ascendiente dependen esencialmente de su competencia y de su fidelidad a la ley, también es verdad que ellas — para ser verdaderamente eficaces y para representar un incentivo suficiente para el proceso autoeducativo propio de cada muchacho — no pueden cristalizar en formas privadas de vida, sino que tienen la obligación de renovarse constante y entusiásticamente. Como muy atinadamente observa G. Tisserand (*Silences et réflexions du Scoutmestre*), se trata de una labor hecha de reflexión, meditación, esfuerzo, perseverancia, humildad y voluntad. Por ello en el escultismo, y en particular en estos últimos diez años, se habla con insistencia del problema de formación de jefes, ya en el sentido de una preparación específicamente apta para predisponer a los cuadros directivos necesarios al movimiento, ya en el sentido de una labor directamente destinada a desarrollar en todos los jefes en servicio una conciencia cada vez más profunda de la importancia de su misión y, por tanto, de la necesidad de conocer más y mejor los principios y métodos del escultismo y de perfeccionar su preparación espiritual y técnica.

Por lo que respecta al primer punto y al lado de la importante función desarrollada por varios clanes y grupos particularmente sensibles a este problema — a través de los cuales muchos rovers son llevados de una manera natural hacia responsabilidades educativas bajo la guía de jefes más experimentados y veteranos —, deben tenerse en cuenta los numerosos «campamentos-escuela», previstos en los planes nacionales. Estos campamentos consisten en cursillos, generalmente de una semana de duración, desarrollados al aire libre, y en los cuales unos veinte o, como máximo, treinta rovers (excepcionalmente también pueden admitirse en los mismos a jóvenes no provenientes del escultismo, pero que, de todas maneras, tengan cierto conocimiento de su método), bajo la dirección de jefes y ayudantes expertos en las respectivas *ramas* scouts, son instruidos, siempre según un método activo y concreto, en el arte de dirigir una manada, una tropa o un clan. En cierto sentido, son cursos especializados, ya que, por encima de los principios y métodos comunes, cada rama posee sus auténticos y particulares *secretos*, o sea, un determinado estilo y una vida propia. Es algo parecido a lo que hemos visto en la patrulla de guías, por cuanto los alumnos aprenden de una manera concreta su oficio de jefes, viviendo siete días de la manera que deberán vivir sus muchachos y haciendo, por tanto, de lobatos o de scouts, y los jefes del «campamento-escuela» de viejo lobo o de jefe de tropa, ayudante, etc. Naturalmente, las actividades desarrolladas en estos cursos son más intensas y, sobre todo, tienen un ritmo más vivo que el exigido en la normal vida scout y, además, es obvio que junto a los juegos, actividades técnicas y competiciones, tienen lugar importantes charlas y discusiones de carácter específicamente pedagógico. Al finalizar el curso, los jefes formulan su juicio sobre cada participante, y sobre este juicio los comisarios pueden conceder o denegarles la patente de jefe y darles, por tanto, el permiso para que asuman la dirección de una unidad. En Italia, al menos, el haber participado con éxito en un «campamento-escuela» es *conditio sine qua non* para merecer una y otro.

De todas maneras, es preciso hacer notar que ningún «campamento-escuela» puede tener la pretensión de formar completamente a un jefe. Su función es necesariamente limitada a dar a cada uno de los participantes el sentido exacto de lo que les espera, de guiarlos hacia la buena dirección y, sobre todo, de desarrollarles el gusto por aprender más y mejor, afición que ellos deberán comunicar luego a sus muchachos y que nace de la comprobación de que todavía son muchos los conocimientos a ampliar, las técnicas a aprender o perfeccionar, y que, en el fondo, son infinitas las maneras como uno puede convertirse en un jefe scout cada vez más eficiente. He ahí por qué el discurso que pronuncia el jefe al terminar el campamento, suele desarrollar el importante concepto de que el «campamento-escuela» no se interrumpe, ya que tampoco debe

interrumpirse la voluntad de todos los jefes de seguir trabajando para perfeccionarse y mejorar. Consecuencia de ello es la importancia dada al segundo punto de la preparación de los jefes — aquella que se refiere a su formación podríamos decir cotidiana —, que, si bien concierne a cada jefe en particular, puede ser objeto de ayuda y guía. Muy claramente lo dice el propio Baden-Powell, tanto en *Escultismo para muchachos* («Es deber de todo jefe de tropa el formarse una vasta experiencia y el adquirir cuantos más conocimientos mejor, para que sus muchachos no tengan que sufrir sus experimentos») cuanto en *Guía para el jefe de tropa*, escrita expresamente sobre este tema y con esta finalidad. Los medios de que disponen los jefes, además de sus reflexiones y meditaciones personales, son los numerosos libros sobre escultismo publicados en muchos países (pero todavía escasos en lengua italiana) y la prensa periódica que la Comisaría central italiana publica con notable solicitud. Pero, sobre todo, son interesantes los cursos de estudio del escultismo o, si se prefiere, los cursos de perfeccionamiento que muchas Comisarías de zonas o regionales organizan durante el transcurso del año y, en particular, durante el invierno. Asimismo, también algunas reuniones de grupo o de clan puede orientarse perfectamente en este sentido. La ausencia a estas reuniones, frecuentes en muchas zonas o regiones, es índice de una grave situación, común a muchos otros ambientes, pero que en el escultismo se deja sentir con mayor o menor intensidad; en efecto, no siempre los hombres a los cuales se confía una responsabilidad se dan exacta cuenta de la importancia que tiene, para el feliz resultado de aquello por lo cual trabajan, su asidua preparación.

Nótese, finalmente, que este tipo de preparación, y de una manera especial este tipo de reuniones (en las que, además de oír las reflexiones de otros jefes, quizás más experimentados y cultos, todo jefe puede referir los resultados conseguidos e intercambiar experiencias e impresiones), tienen también la importantísima misión de impedir crisis y defecciones entre los mismos jefes, y de conservar su entusiasmo y su voluntad de acción, ya que no es raro el hecho de que un jefe que ha quedado aislado de otros rovers, se canse o, para decirlo con términos más gráficos, se *desmante* y, entonces, vencido por las dificultades y las desilusiones que inevitablemente se encuentran en toda labor educativa, se aleje del movimiento, con grave perjuicio para sus muchachos y, en el fondo, para sí mismo.

A este propósito, es ahora el momento de reconocer que el escultismo ha intuido muy bien este peligro (implícito, como ya se ha dicho, en toda labor educativa) y ha reaccionado intentando de todas maneras la formación de verdaderas y auténticas comunidades de jefes. Aparte sus soluciones prácticas más o menos logradas, este intento representa, a mi entender, una importante contribución a la pedagogía contemporánea.

LA RESPONSABILIDAD DEL JEFE

¿Cuál es la más profunda justificación de este deber de todo jefe de no considerar jamás definitivamente terminada su formación como tal y de no sentirse jamás satisfecho del nivel alcanzado? La respuesta a este interrogante nos enfrenta con un tema que, sin duda alguna, es uno de los más importantes que nos ofrece el problema entero del jefe: el tema de su responsabilidad.

La necesidad de una formación cada vez más completa y cada vez más perfecta (cosa que, en el fondo, significa la oportunidad de alcanzar una más alta categoría) viene justificada, en efecto, por la comprobación de que todo rover, en el momento en que decide actuar de jefe, asume una responsabilidad tanto física cuanto moral, religiosa y civil.

La imprudencia, la inconsciencia o la incapacidad de superar las inevitables dificultades y los innumerables imprevistos que lleva consigo la vida al aire libre de una comunidad de muchachos, son los aspectos más evidentes de su responsabilidad física. En este sentido, es mejor limitar razonablemente las actividades teniendo en cuenta sus propias facultades antes que arriesgar demasiado.

En cuanto a lo que se refiere al punto de vista moral y religioso, es obvia la delicadeza de su posición debido, como ya se ha dicho, a la extraordinaria influencia de su ejemplo sobre la educación moral y religiosa de sus muchachos. «Lo que hace el jefe — dice Baden-Powell — hacen sus muchachos; en el jefe se reflejan sus muchachos.»

Además, también es importantísimo el hecho de que todo jefe debe poder rendir cuentas de su labor, ante todo, a Dios — que a través del escultismo, podría decirse que lo ha investido de tan alta misión educadora, proponiéndole como modelo que seguir— y, en segundo lugar, a los propios muchachos, a los padres, a la patria y a su Asociación.

En las relaciones con sus muchachos todo jefe debe sentir, como primero y más importante deber, el de no *engañarles* por ningún motivo y desde ningún punto de vista. Y se les engaña si se les exige, tanto en el plano moral cuanto en el físico y técnico, alguna cosa que, luego, no seamos capaces de realizar nosotros mismos, si se les hace pasar por escultismo lo que tan sólo es fruto de nuestra propia ignorancia e inexperiencia o hijo de nuestra fantasía. ¿Cómo podrían tener validez las exhortaciones de un jefe, por ejemplo, a ser obedientes, corteses, altruistas o puros, si él, por su cuenta, cuando está lejos de sus muchachos no es ni obediente, ni cortés, ni altruista, ni puro? En el fondo, se trata de una cuestión de lealtad que los muchachos, por su ingenuidad y por la confianza que depositan en sus jefes, tienen pleno derecho a exigir. ¡Desgraciado de aquel jefe que, por culpa suya, pueda inducir a que uno de sus muchachos piense que el ideal scout, en lugar de ser algo profundamente sustancial, sólo es un complejo de palabras bonitas o, cuando más, de bellas intenciones!

Responsabilidad ante los padres y ante la patria. Unos y otra, aunque sea de manera muy distinta, encomiendan a cada jefe sus hijos para que se conviertan en muchachos en los que poder confiar, en ciudadanos viriles y fieles, «cuyo entendimiento y sentimientos de justicia representen un vínculo de unión en el interior y de paz al exterior». Ni que decir tiene que también esta confianza demostrada por los padres y por la patria puede desaparecer cuando el jefe se revela insuficientemente competente o cuando su entrega personal o la seriedad de sus intentos no alcanza el nivel justamente esperado.

Finalmente, responsabilidad ante la Asociación. Ella tiene sus principios, sus métodos y sus exigencias. Quien ejerce de jefe, dice Baden-Powell, debe saber perfectamente lo que hace; no

es justo, pues, que vaya luego lamentándose de la autoridad scout si comete algún error. El escultismo, para ser auténtico, tiene necesidad de una aplicación fiel de todos sus principios y, más aún, tiene que ser un todo orgánico, del cual las diversas unidades son las partes constituyentes. Por eso existen las Comisarías y las directrices centrales, aunque naturalmente (como ya hemos tenido ocasión de señalar) la acción de cada jefe y de cada grupo no deja, nunca, de ser libre y autónoma. A este propósito, y hablando precisamente de la «lealtad en relación con el movimiento», el mismo fundador del escultismo escribe con extremada claridad: «Imbuidos del deber de enseñar la abnegación y la disciplina con el propio ejemplo, comisarios y jefes deben situarse por encima de sus sentimientos personales y tener el espíritu presto a subordinar las propias opiniones a las directrices generales de conjunto. Es obligación suya el enseñar a los muchachos a que cada uno en su puesto realice una parte del trabajo común, como los ladrillos de una pared... Cuando, en conciencia, un jefe no puede seguir las directrices que se le han señalado, he aquí su correcto modo de proceder: dirigirse al comisario, y si éste no comparte su punto de vista, sólo le queda la solución de retirarse.»

El problema de la fidelidad al método general y a las directrices centrales que cada año se formulan en el interior de las Asociaciones, representa, ciertamente, una de las mayores preocupaciones de los dirigentes nacionales, ya que se trata de la indispensable garantía de éxito. Pero los escasos ejemplos de desviacionismo y su casi siempre demostrada inconsistencia educativa, demuestran la validez del método.

Por tanto, una grave responsabilidad pesa sobre los jefes scouts, y si a ella añadimos la incomprensión, la maledicencia y la ironía con que muy a menudo la opinión pública premia sus esfuerzos y sacrificios, se comprende perfectamente cuán gravosa resulta una labor asumida por propia voluntad y de manera por completo desinteresada. Pero si por un lado ellos saben creer en la grandeza y belleza de su labor y, por el otro, considerar su aspecto y valor sobrenatural — en cuanto ocasión magnífica para un personal mejoramiento—, les será fácil superar todos los obstáculos y las más difíciles pruebas, como afortunadamente nos enseña una larguísima experiencia. «Y la recompensa llegará — añade Baden-Powell —. Será la satisfacción que nace del deber cumplido, la alegría de haber desarrollado el carácter de vuestros muchachos y de haberles proporcionado, por lo tanto, una base para su vida de mañana.

Tal satisfacción es, en sí misma, una recompensa que difícilmente puede expresarse. El simple hecho de haber colaborado para impedir aquellos males cuyo libre desarrollo arruinarían a la nación, os proporcionan, en todo caso, el muy sólido consuelo de haber hecho algo por vuestro país, por humilde que sea vuestra condición.»

Y también este sentimiento forma parte del sentido de responsabilidad del jefe, ya que se trata de una justa y necesaria conciencia de lo que se hace.

LA FIGURA DEL CONSILIARIO

Junto a la figura del jefe, del educador, ya hemos visto anteriormente que debe situarse la del Consiliario. En efecto, y al menos por lo que respecta al esculatismo católico (y, en Italia, la mayoría de los grupos pertenecen precisamente a la Asociación confesional), el Consiliario tiene una función casi tan interesante e importante. El esculatismo tiene un alma religiosa y la formación que se esfuerza por dar a cada muchacho es profundamente espiritual y moral; por ello el sacerdote puede desarrollar sus propias funciones sin esfuerzo, sin que represente una intromisión; incluso, con perfecta naturalidad.

Ciertamente, el problema de los Consiliarios no tiene nada de simple y de fácil (¡la experiencia, sobre todo en provincias, demasiado nos lo demuestra !), pero ello — permítaseme que lo diga — depende menos del método y del sistema scout que de la mentalidad de muchos sacerdotes y de la manera como ellos llegan al esculatismo. No se puede, en efecto, considerar el esculatismo simplemente como un método educativo destinado a colaborar con la labor familiar y la escolar, puesto que es un movimiento completo que tiende, como hemos visto, al desarrollo de unos valores típicos, a la formación de una determinada mentalidad, de un *estilo* muy particular; dentro del mismo, la función del sacerdote puede ser muy importante, ya que significa la aportación de la vida sobrenatural y de la palabra de Dios, pero a condición de que él sepa comprender el espíritu del movimiento, haciendo suyo el mismo ideal de los jefes y de los muchachos entre los cuales desarrolla su alto ministerio. Quiero decir que existiendo como existen unos deberes, una voluntad y un estilo scouts, abandonarlos para seguir otras vías de educación espiritual — tan válidas como se quiera, pero distintas —, significa, en sustancia, deformar el aspecto espiritual del muchacho scout. Un sacerdote que quiera asumir su misión con profundidad, no debe, según mi parecer, aceptar el cargo de Consiliario de una manera alegre tan sólo porque le ha sido *impuesto o indicado* por sus superiores, sino que debe aceptarlo ponderando muy bien el significado y el valor del método que él debe esforzarse por conocer a fondo y concretamente. Así pues, en cierto sentido se puede repetir lo que se decía a propósito de los jefes: que un sacerdote, para trabajar en medio de los scouts con probabilidades de éxito, debe primeramente sentir y vivir como un scout. Como dice el *Manual degli Assistenti Ecclesiastici* de la A.S.C.I., el Consiliario representa, para los muchachos, «un hermano mayor que les precede abriendo camino hacia el divino Maestro». Y añade: «No se improvisa un Consiliario, como no se improvisa ningún profesional digno de este nombre. Si la obra educativa es, en general, un arte y si, por tanto, se exige de todo educador un conveniente cúmulo de conocimientos y un adecuado aprendizaje, con mayor razón debe exigirse esto para una forma de educación tan delicada y perfecta como el esculatismo.»

Por tanto, no se debe creer que la presencia del sacerdote en el esculatismo católico falsee su espíritu original y lo conduzca hacia formas de pietismo no muy en consonancia con la mentalidad y el ideal scout. Por el contrario, en los casos en que el Consiliario haya comprendido a fondo su posición y lo que se quiere de él, se convertirá en un elemento equilibrador, me atrevería decir que indispensable, de la labor del jefe, que encontrará en él apoyo fraterno, guía segura y ayuda constante.

Por otra parte, si el sacerdote entra en el esculatismo con una mentalidad distinta, muy pronto la resistencia, o mejor dicho, la desconfianza de los muchachos y de los jefes le situará en una posición de malestar, hasta el punto de sentirse en contradicción consigo mismo.

Y ¿cuáles son los principios fundamentales que deben dirigir su acción?

Ante todo, el Consiliario debe aprender a usar el lenguaje de los muchachos y debe adaptar sus charlas y sus prédicas a sus reales necesidades y a sus naturales exigencias y características.

En segundo lugar, y como consecuencia, debe esforzarse por guiar espiritualmente, y casi siempre a través de la confesión, a cada muchacho en particular, apelando siempre a sus deberes de lobato, scout o rover, porque su crecer en la gracia tiene que ser el crecimiento en la gracia de un *scout*.

En tercer lugar, y en consideración al carácter activo del método scout, no puede limitarse a una simple *huida del pecado*, sino que tiene la obligación de exigir más y más — ya que todo scout se ha creado mayores obligaciones que las reservadas a los muchachos normales — y de proponer una forma de piedad *activa*, a través de la cual el muchacho viva de manera concreta los valores religiosos.

Se trata, en otros términos, de educar a los jóvenes a la exploración «desde las cosas de Dios, desde las experiencias exteriores, al más íntimo significado del proceder de la vida» (*Manuale degli Assistenti Ecclesiastici*).

De ahí la importancia, que tantas veces hemos señalado, del contacto con la naturaleza y de los trabajos manuales de utilidad religiosa, de las conversaciones y de las discusiones (especialmente entre los muchachos ya mayores), de las reflexiones mentales y de las consideraciones sugeridas por el sacerdote ante acontecimientos de la vida circundante, de las exploraciones en la vida real con los pertinentes resúmenes escritos, de la formulación de oraciones espontáneas, etc. He ahí la función del Consiliario, y he ahí su trabajo y el secreto de su éxito.

No obstante, si primeramente he afirmado que el problema de los Consiliarios no tenía nada de simple y fácil, es porque los sacerdotes capaces de asumir esta tarea no son muy abundantes y, generalmente, se hallan oprimidos por otras mil ocupaciones. La A.S.C.I., sobre todo desde hace unos años, está intentando afrontar el problema con un vivo sentido realista, organizando, para ello, auténticos «campamentos-escuelas» para Consiliarios (a través de los cuales los futuros Consiliarios se inician en la vida al aire libre y, en general, en el método educativo activo), cuidándose de los cursos sobre esculismo que tienen lugar en algunos Seminarios e invitando a los sacerdotes a los cursos de perfeccionamiento que las Comisarías organizan para los jefes. Pero yo creo que todavía se hace poco y que, en particular por parte de las autoridades religiosas, todavía no se comprende suficientemente la importancia de una tal preparación.

Téngase presente, además, que una formación de tipo scout podría ser útilísima para cualquier sacerdote, ya que le facilitaría la manera de completar en sí mismo el desarrollo de aquellas facultades, aun las naturales (resistencia física, valentía, capacidad de desenvolverse, etc.), que cada día le serán más necesarias en un mundo en el que el halo de respeto que circundaba al sacerdote como tal, va, sin duda alguna, desapareciendo.

Y todavía debemos considerar un ulterior aspecto del problema: la tendencia de muchos sacerdotes, una vez alcanzado cierto conocimiento del método y de la vida esculista, a ocupar la plaza propia del jefe, influidos por otras asociaciones confesionales en las que la figura del sacerdote ocupa posición dominante desde todos los puntos de vista. Se trata, evidentemente, de un error muy grave, ya que, como tantas veces ha insistido el mismo Baden-Powell, a cada uno le compete una tarea bien precisa y determinada; y el respeto a las mutuas competencias y responsabilidades es, en el fondo, una de las condiciones más necesarias para alcanzar el deseado resultado. De ahí la importancia verdaderamente decisiva

de las relaciones que deben establecerse entre el jefe y el Consiliario, ya que sólo una constante y fraternal colaboración entre ellos permite la realización de una atmósfera favorable al desarrollo en los muchachos de aquella formación hacia la cual tienden los esfuerzos de ambos. Por su lado, el jefe (sobre todo si es joven) debe reconocer la mayor experiencia de su Consiliario y, por tanto, debe aceptar el discutir con él todos los problemas que aparezcan en el seno de su unidad y debe saber seguir sus consejos. Por su parte, el Consiliario debe tener confianza en el jefe, comprender sus problemas y sus exigencias, y reconocer su primacía en las cuestiones específicamente técnicas. Lo importante, pues, es el recíproco acuerdo y la mutua colaboración, conseguidos con espíritu de profunda y verdadera amistad, puesto que es evidente que la función educativa de ambos es parecida e, incluso, complementaria.

CAPÍTULO XI

ESCULTISMO Y ESCUELA

El tema de este capítulo, que a primera vista puede parecer demasiado concreto para merecer un apartado especial, viene justificado, en primer lugar, por las necesarias relaciones existentes entre el escultismo y la escuela, y, en segundo lugar, por la difícil situación en que se halla, actualmente, la escuela italiana, para la que cualquier ayuda pedagógica puede tener enorme importancia.

El problema escolar, en efecto, es, sin duda alguna, uno de los aspectos más graves de la crisis que mina nuestra sociedad; ignorado y menospreciado durante demasiados años, amenaza, ahora, con asumir proporciones en verdad alarmantes, y las escasas voces que aquí y allá se elevan permanecen aisladas y, por tanto, sólo suscitan un débil interés, formal y del todo platónico.

Desgraciadamente, la convicción que parecen sustentar no solamente los ciudadanos menos cultos y, por tanto, menos preparados para comprender las exigencias más profundas y no inmediatas de la nación, sino incluso los autorizados exponentes de nuestra vida política, es de que los esfuerzos estatales encaminados a una solicitud hacia los problemas educativos, y en particular los escolares, representan en el fondo un "coste improductivo".

El mismo Baden-Powell, hace ya muchos años y refiriéndose a su patria — que en materia de educación estaba entonces más avanzada de lo que podamos estar hoy nosotros —, observa que "la educación que la juventud ha recibido hasta este momento se ha revelado como inadecuada a las necesidades actuales, ya que lo que el contribuyente debe pagar para la educación de sus muchachos, para que éstos se conviertan en ciudadanos eficientes, es inferior a lo que debe pagar para policía, prisiones, beneficencia, etc."; la validez de estas palabras, referidas a la Italia actual, es del todo evidente. De esta situación de crisis de la escuela italiana son pruebas suficientes la desconfianza que, hacia la misma, demuestran los elementos vitales del país. ¿Qué dirigente de una industria, por ejemplo, no está completamente convencido de que, frente a un joven apenas salido de las aulas, la posición más útil y oportuna es la de rehacerlo todo, desde su preparación profesional a su misma mentalidad?

Pero la situación todavía es más grave si se tiene presente que, pese a todo, la escuela, y en especial la escuela primaria, está destinada, por la realidad de las cosas, a asumir responsabilidades educativas cada día más vastas, debido a la innegable insuficiencia pedagógica de la mayor parte de las familias y a la profunda insensibilidad educativa del normal ambiente social.

De ahí que el ocuparse de las relaciones existentes o que puedan existir entre el escultismo y la escuela, además de responder a la necesidad de completar nuestra exposición, tiene, cuando menos, el mérito siguiente: mostrar interés hacia el problema de la escuela y suscitar algunas discusiones útiles y productivas.

LOS PROBLEMAS DE LAS RELACIONES ENTRE ESCUELA Y ESCULTISMO

Más de una vez, en el transcurso del presente trabajo, se han señalado las profundas divergencias que separan al escultismo del tradicional sistema escolar. Sin duda alguna, el interés principal del fundador del escultismo fue precisamente el de reaccionar, de manera a la vez firme y positiva, contra las graves deficiencias que él veía en la educación oficial de su país, pero no obstante, si en sus escritos son muy frecuentes las alusiones violentamente críticas e incluso sarcásticas dirigidas a la escuela tradicional, es necesario reconocer que él no sobrevaloró jamás su método; jamás creyó que éste pudiera suplantar la histórica función de la escuela, ni que pudiera representar la panacea por tantos invocada y esperada pacientemente.

Baden-Powell no se cansó de repetir, incluso cuando su éxito había ido mucho más lejos de lo que él mismo podía esperar y había superado sus más optimistas previsiones, que el escultismo sólo podía y debía ser considerado como un simple medio apto para completar, o, si se quiere, para rectificar la formación recibida en la escuela. Es deber nuestro recordar estas cosas para no caer en el peligro — que puede nacer de un entusiasmo demasiado fácil — de desnaturalizar el escultismo llegando a considerarlo lo que no es.

La crítica dirigida por Baden-Powell al sistema escolar tradicional se dirige hacia dos puntos fundamentales. Por un lado le acusa de ser más *instrucción* que *educación*, grave defecto si pensamos que para una gran mayoría de chiquillos, la escuela (y especialmente la obligatoria) resulta ser casi el único medio de formación, no sólo intelectual, sino también moral y social. Por otro lado, afirma que este sistema tradicional, al basarse sobre concepciones teóricas apriorísticas, no tiene debidamente en cuenta las naturales exigencias y características del muchacho, cosa que confirma plenamente la gran importancia dada a los manuales y a las lecciones memorísticas, y el general desinterés, por no decir francamente la más o menos profunda aversión que todo chiquillo siente hacia la escuela.

Asimismo, también la figura del maestro y del profesor cae bajo las críticas de Baden-Powell, aunque en este caso es necesario reconocer que esta crítica se nos aparece como un poco forzada y, por tanto y afortunadamente, casi nunca responde a la realidad de las cosas.

A todo ello, el escultismo opone un preponderante interés por la formación del carácter de los muchachos y un método educativo *natural* que, a la vez que se adecúa a sus fundamentales exigencias, no elimina el esfuerzo y el aliento personal. Todas las actividades scouts, como ya hemos tenido ocasión de ver, e incluso las más específicamente lúcidas, lo demuestran con toda claridad.

Además, es evidente que el escultismo, junto a la vida familiar, presupone la escolar. Así pues, la posibilidad de servir de complemento a una y otra le da una envidiable independencia que quizá justifique, al menos en parte, su éxito. En efecto, no puede olvidarse que el escultismo, a diferencia de la escuela, no tiene ninguna exigencia de programas ni ninguna meta concreta a alcanzar, sino el genérico desarrollo de la personalidad de cada muchacho en particular.

Considero por ello que antes de enfrentarnos con el problema de qué es lo que el escultismo está en situación de ofrecer al mundo de la escuela, será útil examinar las relaciones que, de hecho, existen entre el citado método y la escuela, ya que casi todos los lobatos y scouts asisten a la misma.

Como observa muy justamente H. Bouchet (*Le scoutisme et l'individualité*), en Inglaterra, donde la enseñanza está mucho más ligada a la vida misma que en Francia (y, naturalmente, que en Italia) y donde desde su edad infantil los muchachos son inducidos a experimentar, de manera pueril y seria a la vez, la vida social, las dos formas de educación cooperan mutuamente sin que se produzcan interferencias.

En cambio, nuestra situación es muy distinta, ya que en Italia ¹⁴ reina todavía la convicción de que las tareas escolares llenan casi completamente la vida y la actividad de los muchachos. De ahí la posición de desconfianza y temor característica de la mayor parte de maestros y educadores hacia toda forma de actividad extraescolar, ya que, nótese bien tal actitud negativa no sólo se adopta ante el esculatismo, sino también ante otras organizaciones deportivas o religiosas.

De ahí, además, el terrible hábito de exigir de los muchachos no sólo una profunda y total entrega durante las muchas horas de clase, sino también los numerosos y en general gravosos *deberes para casa*, que se van acentuando según se va avanzando por la *carrera* escolar, o sea, cuando la inteligencia y la sensibilidad juvenil va cubriéndose paralelamente hacia intereses y problemas que, como nos enseña la experiencia, muy difícilmente hallan satisfacción en los programas de las materias objeto de estudio.

Así pues, la primera causa del temor que anida en la mente de los maestros e incluso en la de muchos padres — y que impide a un gran número de muchachos vivir la experiencia scout — es la de que el esculatismo disminuye el normal rendimiento escolar. El entusiasmo y, si se le puede llamar así, la seriedad con que el nuevo lobato o el nuevo scout participan rápidamente en las actividades de la manada o de la tropa confirmarían este temor, ya que según esta opinión se incrementan la fantasía y la imaginación, de natural ya muy desarrolladas en los muchachos, haciendo problemática y mucho más difícil su atenta aplicación a los estudios.

Y luego la experiencia da la razón en ciertos casos a esta teoría, ya que, en efecto, no se puede negar que se verifica una apreciable disminución del rendimiento escolar de un muchacho, sobre todo durante los primeros meses de pertenecer al movimiento scout, cuando la novedad de la experiencia y su implícito interés ejercen sobre el mismo una influencia muy fuerte. Asimismo, ello puede suceder a algún guía de patrulla que se tome demasiado a pecho su función, su responsabilidad y su cargo de jefe.

Pero aunque desde este punto de vista, y llevando las cosas a sus últimas consecuencias, podría llegarse a una condena del esculatismo, si proseguimos guiándonos por la experiencia veríamos como ésta desmiente tal actitud, ya que, casi siempre, a este primer período de desequilibrio, le sigue uno de normalización, durante el cual el muchacho vuelve a su normal rendimiento, e incluso se puede observar que muchas veces lo supera sensiblemente, principalmente por lo que se refiere a determinadas materias.

Por otro lado, quede claro que si un muchacho, ya antes de ingresar en el esculatismo, se mostraba refractario y opuesto a los estudios, muy difícilmente podrá mejorar, una vez entre a formar parte del mismo, a menos que sus deficiencias fueran causa exclusivamente de su falta de interés y de su insuficiente voluntad.

Ciertamente, sería muy interesante poder documentar con datos estadísticos auténticos y reales todo cuanto se ha afirmado, pero creo que la experiencia de muchos jefes, si se considera con atención, no puede hacer otra cosa sino confirmar lo que yo he dicho basándome en mis observaciones personales.

Lo que sí es innegable es la adquisición por parte del escolar que ha ingresado en el esculatismo de una mucho mejor actitud moral, tanto por lo que se refiere a su espíritu de disciplina, cortesía y altruismo, cuanto por lo que atañe a su lealtad hacia sus superiores en general y hacia sus profesores en particular.

¹⁴ A propósito de la situación escolar italiana, es preciso reconocer que, en estos últimos años, se está trabajando mucho para mejorarla tanto del punto de vista de calidad cuanto del de cantidad. En particular, es interesante el intento de reforma de la Escuela Media Inferior que el «Centro Didattico Nazionale», por encargo del Ministerio competente, está intentando en gran escala. Se trata, en efecto, de -na experiencia encaminada no sólo a poner en práctica el principio constitucional de la «escuela para todos», sino también, a lograr una perfecta adecuación de este tipo de escuelas a las actuales exigencias de los estudiantes y, en general, de toda la sociedad. Tal proyecto todavía está en la fase experimental.

Según el citado libro de H. Bouchet, «todos los maestros que han tenido scouts en sus clases saben que, gracias a ellos, el espíritu de la escuela se modifica y eleva», y «los directores que han aceptado la adopción, del escultismo en las escuelas que dirigen han podido comprobar siempre cómo se elevaba el nivel moral de los escolares».

Así, pues, el pertenecer al escultismo no influye negativamente, cuando menos de una manera sensible, sobre la vida escolar de la infancia, a excepción de casos esporádicos y temporales. Lo que suele suceder es precisamente lo contrario.

¡Cuántas veces, en efecto, la necesidad de hacer un «deber» o de estudiar una lección impide la regular asistencia a las reuniones de patrulla o tropa! ¡Cuántas veces el desorganizado horario escolar no permite la asistencia a las excursiones de fin de semana! Y, finalmente, ¡cuántas veces los exámenes de septiembre hacen difícil, por no decir imposible, la presencia en el campamento de verano, sobre todo cuando éstos, debido a las posibilidades de los jefes y de los muchachos que trabajan, deben realizarse en agosto! Si además se añade a todo ello la costumbre, difícil de impedir, de muchos padres de castigar una mala nota con la prohibición de participar en una importante actividad de manada o tropa, se podrá comprender fácilmente la desagradable exactitud de mis precedentes afirmaciones.

Naturalmente, con todo cuanto he dicho no quiero afirmar que padres y maestros ya no deben preocuparse de la situación escolar de sus hijos o alumnos que sean scouts; esto sería, además de absurdo, traicionar las intenciones de Baden-Powell, que en numerosas ocasiones insistió sobre la necesidad de que todo muchacho se halle a gusto en el cumplimiento de sus deberes de escolar y de que «los jefes sepan animar a sus lobatos o scouts en sus estudios, demostrándoles que se interesan por los mismos y que se alegran de sus progresos. Además, no es raro el caso en que sea el mismo jefe el que aconseje o decida la suspensión temporal de todas las actividades scouts de un muchacho, ya sea como castigo — cuando pueda probarse una falta de buena voluntad—, ya sea como un período de prueba durante el cual el muchacho deberá demostrar que es verdaderamente digno de seguir perteneciendo al movimiento. Lo importante es que la regularidad de frecuentación de las actividades scouts no se vea alterada de manera excesiva por los deberes escolares, ya que ello significaría — además de la inutilidad de la pertenencia del muchacho al escultismo — la aceptación, por parte de los jefes, de un motivo de desorden y de desequilibrio dentro de la misma estructura de las patrullas o de la tropa.

Tal como están actualmente organizados y estructurados, no hay duda de que escuela y escultismo se interfieren en lugar de cooperar en su idéntica labor educativa, y si se piensa que el escultismo ha sido ideado y difundido precisamente para ser un complemento de la labor escolar, la cosa no puede por menos que asombrar y preocupar a quienes, de verdad, se sienten interesados por el mismo.

Ante tal estado de cosas, permítaseme que afirme que la culpa, si puede llamarse así, la tiene casi siempre la escuela, que se preocupa demasiado poco del chiquillo y del muchacho tal como en verdad es, que raramente logra cautivarlo, y que, sobre todo, no sabe tener en cuenta, y mucho menos aprovechar su vida extraescolar que, por el contrario, tiene la posibilidad de influir poderosamente sobre su formación, incluso la intelectual. A mi entender, todo ello puede comprobarse fácilmente viendo cómo la gran mayoría de los rovers que cursan estudios universitarios lo hacen de modo muy brillante, ya que es innegable que un tipo de estudio como el universitario, que se ha escogido libremente y en el que la iniciativa personal tiene una importancia verdaderamente decisiva, permite poner en evidencia, mucho más que en otro tipo cualquiera de escuela inferior, las cualidades de seriedad moral, eficiencia física y rapidez intelectual, características de la educación scout.

LO QUE PIDE LA ESCUELA Y LO QUE PUEDE DAR EL ESCULTISMO

Evidentemente no hay posibilidad alguna de enfrentar la escuela y el escultismo, y mucho menos por lo que atañe al interés y a los gustos de los muchachos, ya que, como sabemos, se trata de dos medios educativos profundamente distintos, tanto en los fines que se proponen cuanto en los métodos que usan. ¡Sería demasiado fácil para el escultismo —en el que el juego desempeña tan importante papel— vencer en esta contienda!

Pero esta misma profunda diversidad permite concebirlos no como los rivales, sino como dos métodos educativos complementarios, puesto que ni el escultismo puede dar la cultura y la instrucción intelectual que facilita la escuela, ni ésta la formación integral de la personalidad que intenta el escultismo. De ello se deduce que una mutua colaboración podría ser tan eficaz e incluso puede considerarse en ciertos casos como decididamente necesaria.

Además, la «escuela activa», a través de la cual muchos pedagogos contemporáneos han buscado la manera de introducir en la escuela tradicional los principios de la «nueva» educación, representa, por así decirlo, el fruto de exigencias parecidas,

De todas maneras, y por lo que se refiere a este tema, es necesario ser realistas y concretos; demasiado se ha hablado en el mundo de la educación sin que nada o casi nada se haya llevado a la práctica. He aquí el que yo no crea que sea conveniente preparar programas y proyectos utópicos dirigidos a la realización de una «escuela scout», según el modelo de la que estructuró, antes de la última contienda, el Padre Sevin¹⁵ y mucho menos en Italia, donde todo nuevo experimento, y en especial los que tienen lugar en el terreno pedagógico, son mirados, casi siempre, con sospechas y desconfianza.

El problema de las relaciones entre escultismo y escuela, por el contrario, puede llevarnos a consideraciones y situaciones mucho más útiles y significativas. Es lo que ya ha sucedido en Francia, donde una circular ministerial del 14 de diciembre de 1944 (véase el «Bulletin Officiel de l'Éducation Natio- nale») precisa que el escultismo francés está oficialmente reconocido por el Ministerio de Educación Nacional, que todas las Asociaciones scouts que tengan miembros de la misma en una escuela pueden utilizar su «periódico mural», y que las dos Asociaciones libres (no confesionales) pueden, con la ayuda de la Administración escolar, fundar unidades en las escuelas.

También en Francia existe un Comisario scout encargado de las relaciones oficiales del escultismo con los diversos organismos que se ocupan de la enseñanza; y, a iniciativa del Ministerio competente, se organizan «Jornadas de Información.» sobre escultismo, a las que son invitados profesores y maestros.

A mi entender, son dos las consideraciones que deben hacerse ante esa situación. Primero: frente a la crisis de la escuela contemporánea, reconocida por todos, el escultismo puede representar una ayuda inmediata para superar sus más evidentes y graves defectos. Segundo: el escultismo está en situación de dar, gracias a su ya larga experiencia, algunos útiles consejos a quienes tienen a su cargo la responsabilidad de la educación nacional italiana. En ambos casos, trátase de puntualizar qué necesita la escuela y qué puede darle el escultismo.

En cuanto al primer punto, sería muy interesante profundizar en el análisis de la crisis de nuestra escuela, pero no creo que ésta sea la ocasión más propicia para hacerlo. Baste tener presente, por un lado, todo cuanto llevamos dicho a lo largo del presente capítulo, y, por otro, reconocer que la exigencia más sentida, tanto en la escuela primaria como en la media (tal como están estructuradas

¹⁵ El Padre Sevin, en efecto, preparó un esquema de escuela en tres cursos, muy parecido a la *École des Roches*, en el que, además de la estructura de la tropa y de la ley, también las materias que enseñar tenían no escasos puntos de contacto con las pruebas de clase y con las especialidades del escultismo.

en la actualidad), es la de encontrar fuera de ellas, o sea, en el ambiente en que vive el muchacho, un más decidido apoyo a su labor educativa, cuyos problemas superan en mucho, casi siempre, los escasos medios de que se dispone. Quiero decir que si bien es verdad todo cuanto se ha indicado sobre la incapacidad de la escuela para ser algo más que una *simple instrucción*, también es verdad que, muchas veces al menos, ello viene aumentado por la falta de correspondencia educativa en el ambiente extraescolar.

Por ejemplo, ¿qué puede hacer un maestro o un profesor ante un alumno cuya desgana demuestra insuficiente educación física, cuyo carácter huraño o cuyo frecuente mal humor son indicios evidentes de inadaptación social, o cuyo escaso rendimiento es fruto indiscutible de su incapacidad para ordenarse y organizarse en el horario cotidiano? Las más de las veces debe contentarse con guardar para sí sus propias observaciones o, en el mejor de los casos, con comunicar sus impresiones y juicios a los padres, sabiendo de antemano que muy difícilmente serán, o podrán ser, tomadas en la debida consideración. Y a este propósito, además, me parece de justicia, y útil también, reconocer que si bien existen algunos ejemplos de maestros y profesores que están muy lejos de sentir preocupaciones auténticamente educativas y que conciben la escuela como una ocupación profesional cualquiera que se termina con las lecciones explicadas mecánicamente (ejemplos que, desgraciadamente, van aumentando, no siempre por culpa de los propios interesados), la mayoría de ellos — y de modo particular entre los maestros — siente todavía vivo en su interior aquel ideal educativo que les condujo a abrazar su profesión. Asimismo, estoy plenamente convencido — y me apoyo en experiencias concretas — de que nadie siente más que maestros y profesores el malestar ante la imposibilidad de actuar más profunda y seriamente.

Pero todavía hay más, ya que también tiene gran importancia el grave problema de la preparación pedagógica y psicológica de los miembros del magisterio. En verdad no es ningún descubrimiento sensacional el afirmar que tanto los profesores de enseñanza media cuanto los maestros de la primaria (aunque quizás en proporción ligeramente inferior) están faltos de una tal preparación. ¿Se ha pensado seriamente en lo grave que es, por ejemplo, el que un joven profesor de literatura o de matemáticas ignore casi totalmente incluso los más sencillos problemas pedagógicos y psicológicos y, por tanto, en su función *educativa* tenga que confiar solamente en su sentido común y en lo que *por ahí se dice*? Ello explica, al mismo tiempo, las innegables contradicciones, con que tropiezan no pocos profesores, que son las que hemos podido ver en el análisis que estamos llevando a cabo: por un lado, ellos sienten la insuficiencia educativa de la escuela y la necesidad imperiosa de superarla, pero, por otro lado, no son capaces de librarse de los principios tradicionales — que no hace mucho hemos denunciado — según los cuales la escuela lo es todo.

Ahora bien, y ante esta compleja situación de hecho, ¿qué puede ofrecer, en la actualidad, el esculismo? Yo creo que son dos las respuestas posibles. Primeramente, el esculismo está en situación de ofrecer el ambiente extraescolar, capacitado para sostener y fijar la labor de la escuela y del profesor o maestro; en segundo lugar, lo claro de sus principios y la sencillez de sus métodos pueden ayudarles fácilmente a profundizar y a resolver los más importantes problemas educativos que continuamente les plantea la práctica.

Quizás estas dos afirmaciones pueden parecer gratuitas o excesivamente optimistas, pero es suficiente para darse cuenta de lo contrario, comprobar el hecho, que me parece innegable, de que las dificultades y los principales problemas educativos presentes en los muchachos de edad escolar radican en el desequilibrio resultante entre las exigencias que podríamos llamar sociales (entre las que debemos incluir, también, los programas de estudio) y las que nacen espontáneamente de la naturaleza y del desarrollo psíquico del muchacho. Desequilibrio, por ejemplo, entre su innato deseo de aventura y de movimiento y la tranquilidad y prudencia a que le obligan padres y maestros; entre

su inclinación a formarse libremente una sociedad o un ambiente propio y la imposición exterior de una y otro; entre su profunda necesidad de no sentir como extraño, o todavía peor, como hostil, el mundo de los adultos y la figura esencialmente *autoritaria* del único adulto, el profesor o maestro que de él se ocupa. Y los ejemplos podrían multiplicarse, pero ¿quién no se da cuenta que el esculatismo se ocupa de todo ello? De ahí su función, que me parece extremadamente simple y clara, de devolver al muchacho el perdido equilibrio. En otras palabras, yo creo que situar junto a la escuela el esculatismo (u otra cosa parecida, ya que, entiéndase bien, el esculatismo es, tan sólo un método educativo extraescolar, aunque, eso sí, un método completo y óptimamente experimentado) significa poner a la mayoría de muchachos en la mejor situación posible no sólo para *soportar* la labor escolar, sino para desarrollarla con interés y voluntad. Si luego se añadieran ciertas modificaciones- de horarios y métodos de enseñanza — de las que hablaremos próximamente — y se llegara a una estrecha colaboración entre maestros y jefes scouts, el éxito sería total.

Finalmente, y por lo que respecta a la segunda de mis afirmaciones, se puede decir que la sola lectura de las principales obras de Baden-Powell, tan simples y *atractivas*, nos permite profundizar de manera viva y concreta el conocimiento del muchacho y, a la vez, las funciones de toda labor educativa. De ahí la necesidad que tiene el esculatismo de hacer conocer sus principios y sus métodos en el ambiente escolar calificado, cosa que, además, podría proporcionar no tan sólo una mayor difusión del esculatismo mismo, sino también un reclutamiento de jefes entre las filas de los maestros y profesores, con las ventajas que no es difícil prever¹⁶.

¹⁶ No hay duda alguna, en efecto, de que la mayor disponibilidad de tiempo de maestros y profesores representa una condición extremadamente óptima para asumir responsabilidades educativas en el ámbito del esculatismo, pero existe en contra el gravísimo problema de la insuficiencia de su presupuesto, cuya nefasta influencia social cada día se nota más

LA DIRECTA APORTACIÓN DEL ESCULTISMO A LA ENSEÑANZA

El apartado anterior nos lleva a enfrentarnos con el segundo punto que hemos indicado como resultado posible de una positiva relación del escultismo con la escuela, ya que la aportación que ello pudiera dar supera los límites, ya de por sí utilísimos, de una labor de apoyo lateral, sobre todo, en aquellos casos en que su proceso de penetración en la escuela ya ha sido iniciado.

Descartando, como se ha indicado antes, toda forma de auténtica y verdadera *escultismación* de la escuela (por ejemplo, la adopción de la ley como base de la disciplina escolar, o del sistema de patrullas como fundamento de su estructura, cosa que suscitaría gravísimos problemas no sólo de carácter práctico), pienso, en cambio, que sería posible intentar algunas de las transformaciones internas de la escuela propuestas, en el fondo, por el escultismo. Se trata, en todo caso, de transformaciones que no requieren una total revolución en el campo escolar, cosa que quizá con razón asustaría a mucha gente, sino de transformaciones que, pese a su sencillez, parecen capaces de superar con éxito muchas de las deficiencias actuales. Precisamente en este carácter radica su mayor valor y su aspecto más interesante.

En primer lugar, parece indiscutible que ya ha llegado el momento de proceder a una revisión del horario escolar y, sobre todo, de su calendario, tanto para distribuir de manera más lógica los períodos de reposo — necesarios a alumnos y profesores —, cuanto para evitar la larga interrupción veraniega que, además de hacer olvidar tantas cosas, hace perder el hábito al esfuerzo que con tantas dificultades se ha adquirido durante el curso.

Ello comportaría, naturalmente, una revisión del sistema de exámenes y de promociones de clase, pero debo manifestar, con satisfacción, que cada día es más popular el criterio — tanto en la opinión pública, cuanto en los proyectos y las intenciones de los responsables — sobre la conveniencia de limitar al máximo los primeros y estructurar las segundas en una sesión única, cosa que concuerda perfectamente con las precedentes observaciones.

En segundo lugar, creo que tendría incalculable importancia la adopción, en el actual sistema de enseñanza, de la tan característica tendencia del escultismo a la exploración. Tendencia a la exploración significa, en este caso, la eliminación de un sistema de enseñanza esencialmente pasivo y la utilización pedagógica del sentimiento innato en los muchachos para *descubrir el mundo* de sus deseos, o sea, para adueñarse, con *sus solas fuerzas*, de todo cuanto los rodea. La experiencia del escultismo — y, naturalmente, no sólo la suya — demuestra con creces que el deseo de aprender innato en todo hombre, en todo joven más aún, no puede hallar satisfacción en aceptar pasivamente todo lo que, de una manera definida, se le ofrece desde el exterior; en efecto, ¿quién no ha experimentado en su juventud o no ha comprobado, luego en sus hijos o en sus más pequeños amigos, que una idéntica noción, primeramente rehusada al ser presentada como un dato, ha sido más tarde entusiásticamente asimilada al ser fruto de una personal investigación o de un descubrimiento propio? Esta observación, además, queda confirmada por los constantes roces entre las viejas y nuevas generaciones: las primeras pretenden que las segundas deben aceptar sin discusión los resultados a que ellas han llegado, mientras que las segundas quieren alcanzarlos, en todo caso, por cuenta propia, y quieren tener la libertad de rehusarlos o modificarlos.

Por otra parte, no me parece demasiado difícil insertar esta actitud de *exploración* o *descubrimiento* en las principales materias escolares; al menos, por lo que se refiere a algunas de ellas (que, es conveniente reconocerlo, son precisamente las que los muchachos consideran más *enojosas* y *antipáticas*) la cosa debería resultar bastante fácil. Me refiero, por ejemplo, a la historia, la geografía, la geometría, la aritmética, el lenguaje y las ciencias naturales, consideradas tanto para la

escuela primaria como para la enseñanza media. Pero incluso otras materias, que a primera vista pueden parecer más reacias a una tal innovación, sacarían gran provecho de la misma: la física, la filosofía y la misma literatura ya no serían concebidas como una enojosa lista de pensamientos o de descubrimientos faltos de sentido y, por tanto, de vida, sino que representarían un entablar conocimiento con problemas siempre fundamentales para el hombre. A ello debe añadirse, principalmente por lo que hace referencia a la enseñanza media, la visita a establecimientos industriales, laboratorios científicos, organizaciones comerciales, etc., y las encuestas prácticas sobre determinados problemas, cosa que, estructurada de manera orgánica, podría representar una útilísima ayuda a la afición personal por profundizar cada vez más en los estudios, y tendría, quizá, la posibilidad de disminuir la distancia que siempre ha existido entre la vida por un lado y la escuela por el otro. Todo ello nos llevaría, como puede comprenderse fácilmente, a una revisión de los programas de cada materia, pero, ¿quién no estaría de acuerdo con la eliminación de los mismos de todos aquellos inútiles detalles de erudición que parece que sólo estén allí para olvidarlos lo más rápidamente posible?

En tercer lugar, cosa que me parece que está en estrecha relación con cuanto llevamos dicho, sería de desear que la enseñanza media permitiera, y mejor aún, favoreciera una más decidida orientación de los gustos y de las preferencias de cada estudiante, tanto para servir de orientación profesional — por rudimentaria e incompleta que fuera —, cuanto para eliminar el triste espectáculo de una nota media uniformemente baja (todo «seis»), que es uno de los índices más claros de la actual crisis escolar. Para obtener este resultado existen innumerables medios, pero no es ahora el momento de estudiarlos; piénsese, tan sólo, que podrían ir desde la libre elección de una o dos materias que cada estudiante consideraría fundamentales para su formación, al reconocimiento oficial, por medio de diplomas o algo parecido, de las específicas especialidades adquiridas.

En cuarto lugar, la posición y la función del profesor y las relaciones que tienen que establecerse entre los estudiantes. Punto difícil éste, ya que no es fácil alcanzar el justo equilibrio entre las ineludibles exigencias de disciplina y autoridad, por un lado, y, por el otro, la también ineludible necesidad de que el profesor, en el plano afectivo, representa para el alumno algo más que un **experto**, quizás un poco maniático, que la escuela — o la sociedad, si se quiere — le obliga a respetar. Desde este punto de vista, lo ideal sería (afirmación quizás un poco osada) la transformación del profesor en **jefe**, con todas las consecuencias que ello comportaría. Pero, por encima del uso de una denominación que aunque muy atractiva puede ser juzgada como desproporcionada e inconveniente, queda en pie la profunda necesidad de que el profesor sepa comunicar — adquiriendo en mayor grado el carácter de **educador** y a través de un más directo e inmediato contacto con sus alumnos — sus experiencias de vida cultural y social y sepa conquistar la autoridad que conviene a sus funciones, juntamente con el amor y la admiración que los muchachos están prestos a dar, siempre, a todo aquel que los merece.

Podríamos repetir ahora todo cuanto hemos dicho a propósito del guía de patrulla, ya que, con las salvedades pertinentes, muchas de sus cualidades y de sus facultades serían de gran provecho en el fondo para el profesor-educador. A ello debemos añadir que una inédita atmósfera de colaboración y de estimación recíproca, así obtenida, podría favorecer el desarrollo de un profundo espíritu de amistad entre todos los alumnos de una clase, tan difícil de obtener en la actualidad, lo que, además de permitir la solución de importantes problemas educativos (relacionados con la formación social de los muchachos), representaría una útilísima premisa a la educación del sentido comunitario, base, como todo el mundo sabe, de las cada día más apreciadas empresas y realizaciones de tipo práctico.

En fin, que parece evidente que el escultismo puede prestar útiles indicaciones y servicios a las escuelas de tipo tanto profesional como industrial o agrícola. En todo caso, trátase de aprovechar

como método de enseñanza el sistema scout de las especialidades, y, como preparación para la vida del futuro obrero, todo el sistema educativo scout, a la manera como ya lo han hecho, con pleno éxito, algunas escuelas inglesas.

Pero, para terminar, quiero insistir, todavía, sobre el sentido exacto de mis palabras, para evitar malentendidos. En efecto, todo cuanto he escrito en el presente capítulo no tiene otra intención sino demostrar, una vez más, la actualidad de un método educativo que ha superado ya la etapa inicial, y hacer reflexionar incluso a los más escépticos sobre la posibilidad concreta que aún existe de revisar la estructura de la escuela italiana y los principios sobre los cuales se funda. Pero, por lo mismo, ello no significa que deba afirmarse que el escultismo sea el único medio, y el mejor, para resolver los principales problemas educativos actuales, cosa que, naturalmente, sería ingenuo y vano esperar.

Además, la experiencia de otras personas y mía de que el escultismo tiene también el mérito de preparar de manera seria y, sobre todo, válida desde un punto de vista pedagógico a los profesores y maestros, me ha convencido del interés o, cuando menos, de la legitimidad de las observaciones y reflexiones que acabo de formular.

CAPÍTULO XII

EL ESCULTISMO EN EL MUNDO DE LOS DEFICIENTES FÍSICOS Y PSÍQUICOS

El análisis que acabamos de hacer sobre los principios y los métodos del escultismo debería haber demostrado con suficiente claridad que el carácter integral de su labor educativa representa, por así decirlo, su primera y más importante condición vital. Todos sus aspectos están tan íntimamente ligados unos a otros que sería absurdo, por no decir imposible, todo intento de valorarlo fragmentaria o unilateralmente; el escultismo, como tantas veces hemos dicho, es un todo único que precisamente halla en el aspecto unitario su auténtico significado y su real razón de ser. Todas las tentativas de dar vida a movimientos análogos basados en algunos de sus principios y métodos, están destinados al fracaso pedagógico más completo. Las experiencias realizadas, y en especial en Italia, lo han confirmado.

De todas maneras no deba deducirse de cuanto hemos dicho que toda la efectividad pedagógica de este método se agote en su capacidad de dar vida a las numerosas Asociaciones scouts esparcidas por el mundo entero, puesto que es necesario reconocer que son muchas sus aplicaciones concretas a situaciones y problemas educativos determinados, y que son muchas también, como veremos en el capítulo próximo, las sugerencias ofrecidas a otros métodos y a otras acciones educativas. Además, su particular manera de entender la educación, si por un lado contiene implícitas críticas a la realidad pedagógica tradicional, por el otro ofrece abundantes sugerencias aptas precisamente para mejorarla y revisarla de modo profundo. Desgraciadamente, si bien la indolencia de gran parte de la cultura italiana contemporánea hace esta labor muy lenta y difícil, también es verdad que tampoco por parte de los responsables del movimiento scout se ha hecho o intentado hacer gran cosa en este sentido. El escultismo es, en el fondo, un método vanguardista y significa una verdadera y real ruptura en aquellos países, como Italia, que se han quedado, en el campo de la educación, demasiado ligados a posiciones envejecidas y ya superadas. De ahí, a mi juicio, el derecho que tiene el escultismo no solamente a una más atenta consideración, sino, también, a la posibilidad de expresar su parecer allí donde se traten los más importantes problemas pedagógicos.

La primera aplicación del escultismo más allá de lo que podríamos calificar como su normal manera de ser, son, sin duda alguna, los numerosos ejemplos de "escultismo de extensión", así llamado por tratarse de una compleja serie de unidades agregadas al movimiento normal y oficial. Con esta expresión, en efecto, se comprenden todas las tentativas realizadas para llevar al escultismo incluso los muchachos incapacitados físicamente y, por tanto, privados de seguir la normal vida escultista.

Ha sucedido, en este caso, lo contrario de lo acontecido con otros muchos métodos educativos activos, como, por ejemplo, con los métodos Montessori y Decroly, pensados, estudiados, aplicados y perfeccionados. El escultismo, surgido de la mente de su fundador como método educativo apto para aplicarse a cualquier muchacho normal, ha sido utilizado por muchos educadores como principal medio de formación de muchachos físicamente tarados. Y, desde los primeros años de su aplicación, la experiencia ha demostrado la validez del método incluso desde este nuevo punto de vista, cosa que en modo alguno debe asombrarnos, ya que al tratarse de un método esencialmente activo, el escultismo, al igual que todos los demás métodos similares, ofrece, principalmente en ciertas situaciones particularmente graves (como en el caso de chiquillos sordomudos), notables posibilidades de transmisión y de agudización del pensamiento. Los muchachos que no pueden servirse del lenguaje como medio fundamental para huir del propio "yo" y conquistar así nuevas experiencias, hallan, en las

actividades prácticas, no tan sólo manera de expresarse, sino incluso de perfeccionar sus propios conocimientos y, más aún, de conquistar todas las facultades principales y necesarias para su reintegración al seno del humano mundo social.

Además, también con los deficientes psíquicos puede obtener el escultismo algunos resultados dignos de consideración, ya que también en este caso el secreto del éxito radica en una ampliación lenta y progresiva de su horizonte mental y físico práctico.

ALGUNOS DATOS SOBRE EL ESCULTISMO DE EXTENSIÓN

Las primeras noticias que tenemos sobre el «escultismo de extensión» se remontan a 1910, cuando la «Royal Cross School» de Preston — institución inglesa para sordomudos — adoptó el método scout como base de la formación de sus alumnos, y cuando instituciones parecidas de Edimburgo y Derby siguieron el mismo camino. Nótese, asimismo, cómo todas las principales construcciones para los laboratorios de estas instituciones surgieron de la labor manual y de la buena voluntad de todos los asilados. También en Inglaterra, en 1912, nació un grupo scout en el seno de un asilo de pequeños epilépticos y, en 1914, una patrulla de scouts ciegos; en ambos casos, los resultados fueron extremadamente interesantes y positivos.

Asimismo, también en Francia, y más tarde en Suiza, surgieron rápidamente tentativas parecidas, debidas, sobre todo, a las Asociaciones católicas. De manera particular, son muy notables los resultados obtenidos en diversos sanatorios, en los cuales el escultismo tiene una función moral y espiritual de primera categoría. De todas maneras, ya con anterioridad o posterioridad a la última guerra mundial, han sido muy numerosos los ejemplos de grupos y también por paralíticos y ciegos, que todavía parecen menos indicados para la vida scout. Yo mismo recuerdo con profunda emoción el campamento de scouts ciegos asistentes al *Jamboree* de Moisson de 1947.

Parecidos intentos, casi siempre realizados con éxito, han tenido lugar en Bélgica y fuera de Europa, como en la Leprosería de Hendala y en la Colonia escultista de Kalala, en Ceilán, de la que da una larga y cuidada explicación lady Baden-Powell.

También me parece muy interesante citar el caso del Instituto femenino de Halstead, próximo a Colchester, en el que se recogen y educan jóvenes anormales. El Instituto entero, en efecto, constituye la 4.^a Compañía de Guías y de Alitas de Halstead; la jefe de Compañía es la directora del Instituto y la jefe de las Alitas es una enfermera; las chiquillas se agrupan según su edad mental y no según la real, por lo que muchas Alitas incluso tienen catorce o quince años y no pocas guías no pasan a guías mayores hasta edad muy avanzada (veintiséis o veintisiete años). Todas ellas visten el uniforme scout durante todo el día, y cada guía de patrulla está investida de una auténtica responsabilidad, a la vez que se intenta que desarrolle al máximo su sentido de iniciativa. Los trabajos manuales, incluso los artísticos, se tienen muy en cuenta, hasta el punto de que, a través de una educación metódica y de gran paciencia, se llega a que sean capaces de hacer tapetes y diversos objetos de tela y cerámica. Algunas de ellas, así educadas, llegan a manifestar un auténtico gusto y una verdadera personalidad. (Véase la tesis doctoral de Collets-Brechbuhl, *Scoutisme et école*, Ginebra, ed. Bonneville, 1950.)

En Italia también se ha hecho alguna experiencia en este sentido, pero todavía es demasiado poco para poder satisfacer todas las necesidades existentes.

Actualmente funcionan regularmente unidades escultistas en los Institutos de sordomudos de Florencia y de Bolonia, a la vez que en muchos sanatorios de la parte septentrional del país existen verdaderos equipos de rovers, que, en general, están en relación directa con clanes de Milán o de su provincia.

También en Milán, hace años un grupo scout realizó un experimento durante dos o tres años en el Instituto para mutilados de Don Gnocchi, y los resultados alcanzados fueron bastante satisfactorios. Pero, desgraciadamente, dificultades de orden de organización, principalmente en el interior del mismo Institutor (dificultades, por ejemplo, en la elección de los muchachos a aceptar en la tropa y en las relaciones con los jefes), impidieron la continuación de la experiencia.

Debido a todos estos casos, me parece que puede afirmarse que incluso por parte de las

autoridades responsables de estos Institutos de educación especial no se hace todo lo que se podría para favorecer la difusión del esculptismo de extensión. Y, por el contrario, yo creo que la formación de un personal especializado en tal sentido es necesaria, ya que no siempre es posible pretender que unos simples rovers se dediquen con asiduidad a una tarea que exige inevitablemente una cantidad de tiempo superior a la necesaria para una normal labor educativa esculptista. Ello, naturalmente, acrece el mérito en verdad excepcional de los que intentan una tal tarea. Además, debe tenerse presente que todas las tentativas aisladas están condenadas, tarde o temprano, al fracaso. Por ello conviene que, en todo caso, no se trate siempre de un *servicio* aislado, sino de una especie de *empresa* de clan o, incluso, de un grupo de clanes.

Por otra parte, no me parece que la preparación de un cuerpo de especialistas sea de muy difícil obtención, ya que, en el fondo, trátase tan sólo de penetrar en el espíritu del esculptismo y de llegar a un más profundo conocimiento de sus métodos, cosa posible a través de los campamentos-escuela ya existentes o a través de un período experimental desarrollado en cualquier unidad esculptista que funcione normalmente.

Una última observación. Siempre que sea factible (o sea, casi siempre que se trate de deficientes físicos: sordomudos, ciegos o parálíticos), las unidades o grupos de extensión deberán formar parte oficialmente de una de las diversas Asociaciones nacionales, participando con tal carácter en todas las principales manifestaciones y actividades de las mismas. Si por un lado, cuando menos en algunos casos, ello puede parecer una complicación o un motivo en parte justificado de desconfianza por parte de algunos Institutos hacia esta forma de esculptismo (debido a la excesiva gravitación que puede darse, por parte de los muchachos, hacia fuerzas externas a su Instituto), por otro lado, es muy útil y oportuno pedagógicamente hablando.

VALOR PEDAGÓGICO DEL ESCULTISMO DE EXTENSIÓN

No puede existir nadie que no pueda ver cuánta importancia pedagógica tendría una tal aplicación del escultismo, principalmente si se realizara en gran escala, tanto en el interior de los numerosos Institutos dedicados a este tipo de educación especial como fuera de los mismos, entre todos los muchachos inválidos o enfermos que, por diversas razones familiares, permanecen peligrosamente aislados.

En todo caso, se trata de un potente e inteligente estímulo para aquella *voluntad de vivir* que está presente en toda naturaleza humana y en situación, como tantas veces ha demostrado la experiencia, de superar cualquier dificultad o impedimento.

El primer beneficio que el pertenecer al escultismo ofrece a estos muchachos tan puestos a dura prueba por la vida, es el impulso que él les da y que les ayuda a superar la inevitable especie de *vergüenza*, que se desarrolla en su subconsciente y que es, en general, una de las causas más graves de su anormal adaptación al ambiente social. Un muchacho sordomudo, por ejemplo, aun cuando haya aprendido a hablar, muy difícilmente se atreverá a establecer relaciones de amistad con sus coetáneos normales o a aventurarse en la vida civil, por simple que ella sea; de la misma manera, un chico ciego, aun cuando haya logrado aprender a moverse con relativa seguridad, no será capaz, psicológicamente, de situarse en el mismo plan que los otros hombres. Pero una vez entrados en el escultismo, sienten que verdaderamente forman parte de una gran familia de muchachos y llegan, muy pronto, a considerarse como *todos los demás*, adquiriendo confianza en sus posibilidades de vivir y, a la vez, del cumplimiento de sus obligaciones sociales. Como dice, con gran acierto, el Padre Forestier (*Une route de liberté*), «sienten inmediatamente una profunda alegría, que se manifiesta en sus caras e incluso muy a menudo se irradia a las salas de su hospital o Instituto. Las actividades desarrolladas les enseñan a desenvolverse por sí mismos y el espíritu scout de servicio al prójimo, les ayuda a salir de la introversión, tan habitual en los enfermos y tan perjudicial para su desarrollo. Conquistán una *voluntad de vida*, una voluntad de lucha contra su destino». Casi siempre, su ingreso en el escultismo coincide con su ingreso en el mundo de la normalidad. Y piénsese, todavía, en la extraordinaria importancia pedagógica que tiene, para un ciego, el aprender a levantar una tienda, a nadar o a cantar libremente en torno al fuego de una velada, o, para un sordomudo, el aprender a cocinar, a transmitir mensajes en Morse y a levantar las varias instalaciones de un campamento.

En todos estos casos se hace escultismo auténtico y verdadero, aunque, evidentemente, muchas técnicas y muchas actividades deben ser adaptadas, eliminadas o añadidas. Pero las posibilidades prácticas del escultismo son tantas y tan variadas que la labor de adaptación no tiene nada de difícil ni, mucho menos, de imposible. Tal como tuvo ocasión de escribir un jefe de una tropa de sordomudos florentinos, en la revista nacional para jefes de la A. S. C. I. (E. Panni, *Esperienze del C. R. di un'unità di sordomuti*, en «Estoti parati», Roma, 1953), trátase, en sustancia, de liberar su mente de la normal rutina de la vida del Instituto o de su casa, ya sea por medio de juegos o competiciones, ya sea mediante salidas y excursiones de diversos tipos. Lo importante es que su jefe posea buena dosis de espíritu de calma y de paciencia, ya que nada es más importante que el no tener prisa y el saberse contentar con los resultados obtenidos, por pequeños que sean. Las sonrisas, la alegría y la confianza con que se desarrollan las relaciones entre el jefe y sus subordinados, son otros tantos factores verdaderamente decisivos para su formación espiritual y psíquica, ya que ayudan eficazmente a superar todas las formas de trauma afectivo que da la misma enfermedad.

La educación scout, con las relaciones personales que presupone entre el adulto y el muchacho, y con su capacidad para dar libre expansión a las exigencias y a los sentimientos naturales más es-

pontáneos de la edad juvenil, parece que esté en situación, mejor que ningún otro método educativo, de ayudar, desde el punto de vista, a estos muchachos que, además de sufrir graves *handicaps* físicos y sensoriales, están faltos generalmente de una vida familiar suficientemente intensa y capaz, por tanto, de satisfacer sus importantísimas necesidades afectivas.

Además, debemos añadir la gran importancia que la vida de patrulla (adaptada en toda su extensión y con todas sus principales características) y el hábito a las responsabilidades concretas (tanto personales como de grupo) tienen para su educación social, que, naturalmente, presenta siempre las dificultades mayores. Todo ello, en efecto, no sólo lleva a la conquista de una gran capacidad de autonomía, sino que, además, posibilita por un lado superar la especie de pasividad que insensiblemente determina la vida de los Institutos, y por el otro formar en ellos el gusto por el trabajo bien hecho y el deseo de aprender, cualidades que son premisas indispensables para la formación de la tan útil conciencia profesional.

En resumen, para todos estos inválidos o enfermos, el escultismo representa el desarrollo de la voluntad de ser hombres, o sea, de la manifestación de un espíritu que triunfa sobre las peores fatalidades y de la adquisición de una auténtica alegría (Padre Forestier, obra citada). Desde el punto de vista pedagógico, ¿qué otra cosa podría tener tanto valor?

Una vez más pido que no se interpreten erróneamente mis palabras; todo cuanto acabo de decir no niega la profunda validez educativa de los esfuerzos que se realizan fuera del escultismo; ello sería ingenuo e injusto. Lo único que yo quiero es llamar la atención sobre una posibilidad pedagógicamente interesante, todavía no desarrollada con la debida atención y consideración.

EL ESCULTISMO Y LA REEDUCACIÓN

Un ulterior e importantísimo campo de aplicación del método educativo scout es el mundo de los muchachos llamados *difíciles*, tanto si se trata de individuos imperfectamente adaptados a su ambiente, cuanto de jóvenes *irregulares*, nombre con que la más reciente terminología denomina las numerosas formas de desórdenes del carácter. A este propósito debemos hacer notar, también, que mientras en muchos países europeos, y en particular en Francia, son numerosas las tentativas realizadas en tal sentido, en Italia se ha hecho muy poco y este poco siempre ha tenido un carácter más personal (por parte de algún ex jefe) que asociativo.

Antes de enfrentarnos con el problema más concreto de las posibilidades que ofrece el escultismo en el interior de los numerosos Institutos de reeducación, creemos conveniente llamar la atención sobre la posibilidad de adaptar el método scout a los diversos aspectos del problema reeducativo.

En primer lugar conviene fijarse en la gran función que el escultismo puede tener en todos los casos de falta de adaptación al ambiente; en estos casos, en efecto, el escultismo puede representar una de las más eficaces y radicales acciones preventivas frente a las manifestaciones antisociales. Son muchos los jóvenes inadaptados, en todos los ambientes y, en particular, en los más miserables socialmente hablando; ellos son, en definitiva, el vivero del cual nacerá una buena parte de los jóvenes antisociales, delincuentes, pervertidos, etc. De ahí la importancia y necesidad de una política encaminada a la construcción de estadios y piscinas y también dirigida a la creación de *casas de jóvenes* y de centros de educación popular; pero, además, «deberá darse una más eficaz ayuda — según escribe H. Joubrel en su interesantísimo libro *Le scoutisme dans l'éducation et la rééducation des jeunes* — a los movimientos juveniles que pueden ofrecer a los jóvenes inadaptados las condiciones para una auténtica y verdadera *higiene mental preventiva*», también las posibilidades educativas del escultismo son en este campo muy notables, como lo demuestra el hecho de que una gran mayoría de los maestros y maestras que sin esperar las disposiciones legislativas o financieras han acudido en ayuda de la infancia más amenazada, provengan precisamente del escultismo¹⁷.

Tales posibilidades educativas van desde el ingreso de uno de estos muchachos *difíciles* — cuyo caso no sea demasiado grave — en el seno del movimiento escultista regular (aunque sea bajo el cuidado particular del jefe, enterado de las necesidades y de los límites del muchacho) a la acción individual o colectiva de algunos rovers, jefes o clanes, a los que sea más fácil que a otros (debido a que se inspiran en sus experiencias y conocimientos scouts) vigilar al muchacho difícil, intentando intervenir en su propio ambiente para hacerlo más sensible a las dificultades y a los problemas del citado muchacho, y a penetrar y constituir *bandas* o *grupos* de muchachos de un ambiente social particularmente peligroso, con la finalidad no sólo de ayudarlos materialmente, sino también de ofrecerles los medios necesarios para reequilibrarlos en el plano de la educación social.

Las actividades típicamente scouts (los juegos, los deportes más sencillos y menos *especializados*, las salidas al aire libre y, quizá también, los campamentos) ofrecen, desde este punto de vista, muchas e interesantes posibilidades. El sistema de patrullas (cuando se trate de una tropa scout auténtica y verdadera) o el sistema de bandas parecen muy aptos para superar toda forma de indisciplina y para satisfacer el deseo, tan difundido entre estos muchachos, de *seguridad*; determinada muchas veces, la primera, por la incapacidad del ambiente en que viven de ofrecerles un modo suficientemente apto para expresarse y afirmarse, y el segundo, por el abandono moral y

¹⁷ Esta afirmación queda confirmada por el hecho de que la gran mayoría de los educadores franceses reunidos en 1955 en la conferencia de estudios de Jaudeville, provenía del escultismo. Por lo que se refiere a Italia, baste recordar la personalidad de Albertina Negri, perteneciente también al escultismo, que desde hace muchos años dedica, en la Ciudad de los muchachos de Olgiate Calco, sus mejores energías a este problema.

psíquico que sufren y por el deseo instintivo de compartir con los demás riesgos y peligros.

De ahí que, incluso la banda o el grupo « debe contentarse con ofrecer juegos y aventuras (no imprudentes) que correspondan al gusto superficial por el riesgo, que no es otra cosa sino una simple inyección de la vitalidad presente en todos los jóvenes — y sobre todo en todos aquellos que en seguida padecen traumas afectivos —, junto a su profundo deseo de seguridad» (H. Joubrel, obra citada). A todos ellos debemos añadir aún la posibilidad que tiene una banda para satisfacer la predilección de los muchachos por el *secreto* y por el siempre presente mundo del *honor*; el jefe o el rover, si saben actuar con tacto y sensibilidad, pueden conseguir que estas dos tendencias sean más equilibradas y normales, y para convertirlas en inofensivas para su adaptación social. Luego, su acción reeducativa habrá alcanzado una meta suficientemente importante, cuando haya logrado hacer comprender a los miembros de la banda que pueden convertirse en agentes de la justicia social — la justicia que ellos siguen sin reconocer — y, sobre todo, cuando haya podido dirigir el honor de la banda hacia el servicio de los pobres, débiles, infelices, etc.

En fin, que la experiencia educativa scout está dispuesta para soportar y comprender a fondo todas las necesidades emotivas y sentimentales de que dan pruebas estos muchachos y que se deben, por lo general, a una *falta efectiva*. Y es necesario que tanto el educador como la banda que han logrado formar, sepan en cierto sentido compensar, consciente e inconscientemente las frustraciones de que han sido víctimas.

Asimismo, y por lo que respecta a los desórdenes del carácter, el esculatismo — mejor todavía, la mentalidad y la experiencia educativa scout — puede hacer mucho, ya que estos muchachos suelen padecer una frustración afectiva debida a una disociación familiar o a determinadas situaciones ambientales, frustración que les conduce precisamente a la convicción de ser unos *incomprendidos*. La vida scout, con la gran libertad que en ella domina, con la presencia de seductores elementos fantásticos y con un conjunto de actividades auténticamente interesantes, puede tener sobre ellos una influencia decisiva.

Escribe el citado H. Joubrel: «Se puede afirmar que en todo grupo scout se encuentra cierto número de muchachos que, si se les obligara a vivir continuamente en su ambiente o a someterse a las violencias habituales sufridas por compañeros de su misma edad, agravarían los conflictos familiares o cometerían actos merecedores de sanciones penales. El esculatismo ejerce en ellos una función *preventiva*. En él hallan una sociedad pensada a su medida, un campo de acción adecuado a su propia inadaptación, y una fraternidad afable y atenta, en la que ellos pueden *mostrarse* bajo una luz totalmente nueva, *reformarse* olvidando el pasado, *descubrirse* y, sobre todo, *actuar*».

Éste es el caso, por ejemplo, de los inestables psicomotores, para los que las innumerables y diversas actividades del esculatismo son un medio excelente de fijar su atención; de los paranoicos ávidos de mando, para los cuales la responsabilidad asumida en el interior de una patrulla o la misma función del guía de patrulla sirve para sublimar sus instintos; de los impulsivos, cuya agresividad se canaliza en las actividades violentas presentes en el esculatismo y se supera con el espíritu de camaradería; de los depresivos, apáticos y melancólicos, los cuales, al participar en la vida, van reconquistando poco a poco la confianza en sí mismos y en la vida, y adquiriendo actividad; de los hiperemotivos, de los perversos, etcétera, que encuentran en el esculatismo otros tantos medios de reeducación.

Quede claro, no obstante, que en todos y cada uno de estos casos se corre siempre el peligro de acentuar la inadaptación familiar, en el sentido de que la comparación entre los dos ambientes es desfavorable al familiar. Por ello tiene tanta importancia que el jefe scout se preocupe a fondo de intentar una auténtica y verdadera psicoterapia.

De todas maneras, para que el esculatismo pueda representar una fuerza real y determinante —

tanto en el caso de los muchachos inadaptados ambientales, cuanto en los irregulares de carácter—, es necesario que no sólo los jefes del movimiento se interesen por estos problemas y se esfuercen en profundizar su específica preparación, sino que a la vez se proceda a una completa labor de investigación y de control, por parte de asistentes sociales, médicos, sacerdotes, maestros, psicólogos y, quizá también, agentes de policía, de manera que todos los casos peligrosos se señalen e indiquen con tiempo oportuno. A este respecto sería de desear la institución en todas las ciudades y localidades donde funciona el movimiento scout, de un conveniente centro de enlace y clasificación.

EL ESCULTISMO EN LOS INSTITUTOS Y CENTROS DE REEDUCACIÓN

Desgraciadamente, muchas veces es necesario el internar a estos muchachos difíciles en Institutos o Centros de reeducación; absolutamente inevitable en todos los casos en que su comportamiento haya adquirido un específico carácter antisocial. Por lo demás, es de todos bien conocido — por las innumerables crónicas periodísticas — y ampliamente demostrado por el número cada día mayor de muchachos internados, cuán frecuentes son los casos de delincuentes menores de edad.

Cuando, a consecuencia de actos y actitudes antisociales, un muchacho es considerado como peligroso para la sociedad y, principalmente, cuando se ha demostrado que tiene una predisposición para la delincuencia, el Tribunal de Menores o los Centros medicopsicológicos lo confían a uno de los numerosos centros de reeducación para menores, que tienen la doble finalidad de defender la sociedad y de intentar la reeducación de sus pupilos y su readaptación al ambiente. Esta segunda finalidad está plenamente justificada por el hecho de que, en la gran mayoría de casos, se trata de muchachos extraviados por influencias familiares y ambientales que posiblemente pueden ser superadas, o incapaces de *comprender* y *querer* a causa de auténticas y verdaderas deficiencias psicopsíquicas que pueden ser oportunamente curadas. Por desgracia, en Italia, el problema de la estructura y del criterio pedagógico de estos centros está muy lejos de haber sido resuelto, como lo demuestra su carácter casi exclusivo de «cárceles para menores». Por ello, al lado de la acción reformadora de la misma legislación italiana (que, aunque lentamente, se está llevando a cabo) y de sus concretas aplicaciones, sería muy útil, por no decir necesaria, la intervención auxiliar de ciudadanos privados y de entidades educativas particularmente sensibles a este grave problema. Y de ahí el que me parezca éste un campo muy adecuado al escultismo y, en particular, al roverismo, que podría encontrar en él una óptima manera de realizar su lema: Servir.

Entre los Institutos y centros de reeducación, se impone, de todas maneras, hacer una distinción — proveniente de otros países, como Inglaterra o Estados Unidos, y que está penetrando en Italia — que está destinada a tener una aplicación cada vez más vasta; me refiero a la distinción entre Institutos *cerrados* de tipo esencialmente tradicional — cuya estructura es, generalmente, la de cárceles adaptadas a menores — e Institutos *abiertos*, en los cuales, por el contrario, se buscan nuevos caminos para alcanzar una más profunda reeducación. Un ejemplo de estos últimos, puede ser el Instituto de Tívoli, uno de los primeros de Italia, en el cual están internados unos sesenta muchachos, divididos en grupos-familia bajo la directa influencia de un número suficiente de educadores.

Analizar, ahora, de manera particular el problema interno de estos Institutos sería muy largo y se saldría de nuestro tema. Limitémonos a señalar las posibilidades que tiene el escultismo para penetrar y asumir un papel importante en los mismos.

Por lo que se refiere a los Institutos cerrados es muy difícil la penetración del escultismo — como organización completa o como aplicación de algunos de sus métodos —, ya que si por un lado la estructura misma del Instituto impide la actuación del sistema de patrullas, la práctica de vida al aire libre y de las técnicas más interesantes, por el otro es necesario reconocer que el escultismo sería juzgado y aceptado por los muchachos exclusivamente como una diversión, como un medio de evasión física y psíquica, cosa que le quitaría casi todo su valor educativo.

Muy distinto es, por el contrario, el caso de los Institutos abiertos, en los que el escultismo puede entrar como uno de los medios ofrecidos a los muchachos para distraerse, divertirse y trabajar. En este caso, los muchachos tendrían ocasión de elegir y, por tanto, de acercarse y abrazar el escultismo seriamente y con voluntad de incorporarse sus principios e ideales. La mejor solución en este sentido podría ser la presentada por el Instituto Gabelli de Roma, en el que, junto a una tropa scout,

reconocida oficialmente en la actualidad, existe una segunda tropa con funciones, si así puede llamársele, de *antecámara* o *aprendizaje*. De la misma manera que en muchos casos concretos del escultismo de extensión, estas unidades hacen auténtico escultismo, campamentos incluso (que, en general, tienen lugar en terrenos próximos a la residencia veraniega del Instituto), aunque es natural que particulares dificultades impidan la realización perfecta de todos sus principios y métodos. Piénsese, por ejemplo, en la dificultad de aplicar totalmente el sistema de patrullas, tanto por la existencia de la vida comunitaria — que en nada favorece el gusto de los muchachos normales para reunirse entre ellos —, cuanto por la limitada libertad de los internados. Pero existen interesantes ejemplos de muchachos que, después de haber conocido el escultismo en un centro de reeducación una vez fuera del mismo, se han adaptado sin excesivas dificultades a la vida de una tropa normal.

Pero tanto en los Institutos cerrados como en los abiertos, lo que sí es posible — y, generalmente, muy bien aceptado — es la penetración personal de educadores privados, como, por ejemplo, jefes scouts y rovers; con este contacto humano que el muchacho tiene con individuos no pertenecientes al personal del Instituto, es mucho más fácil establecer la corriente que le permitía dar los primeros pasos efectivos en el campo de su reeducación. En este sentido es de justicia reconocer que la falta de gente dispuesta a iniciar concretamente esta labor de colaboración ha impedido a la misma autoridad pública una profunda revisión de las organizaciones de reeducación. Nótese, además, que esta labor de colaboración no comportaría, para los rovers que la llevaran a cabo, una dedicación muy grande, ya que en las particulares condiciones en que se encuentran estos muchachos, unas pocas horas de contacto pueden tener una eficacia mucho mayor que la que tendrían en la normal labor educativa scout.

Tampoco es posible pasar en silencio las notables posibilidades que tiene el escultismo, y también en particular los rovers (sobre todo los que ya han realizado la investidura), ante el problema de la reintegración de estos muchachos a la sociedad. En efecto, muchas veces es suficiente con que un adulto, conocido y amado por el muchacho, lo vele amorosamente durante los primeros meses o años de su vuelta a la sociedad, para impedir una recaída y para darle una completa normalidad.

El campo, como puede verse, es vastísimo, y por ello merece ser más atentamente estudiado y profundizado. De manera particular, por los clanes, que tendrían así inmejorable ocasión, poniendo en práctica su lema, de ofrecer a sus rovers la posibilidad de Utilísimas experiencias sociales. Además, en este campo en el que en nuestros días se nota cierto fermento de nuevas ideas y direcciones, el roverismo, como movimiento educativo y como comunidad de servicio, puede ponerse, si quiere trabajar seriamente, en posición de vanguardia, de experimentación, de investigación y, sobre todo, de servicio social.

CAPITULO XIII

EL ESCULTISMO, ANIMADOR DE OTROS MOVIMIENTOS EDUCATIVOS

La originalidad del esculismo como método educativo y su capacidad excepcional para responder a las exigencias tanto universales cuanto particulares de los muchachos de nuestro tiempo, justifican la influencia que ha ejercido y puede ejercer todavía sobre otras organizaciones o movimientos educativos. Muchos de ellos, en efecto, han buscado o están buscando la manera de renovar sus métodos y sus principios con vistas a una mayor eficiencia pedagógica, y no hay duda de que en estas varias tentativas de renovación, la experiencia positiva del esculismo ha tenido una influencia nada desdeñable, aun cuando muchas veces no se haya reconocido ni admitido. Ello no debe asombrarnos excesivamente, puesto que el mismo Baden-Powell concibió su método, al principio, como un simple "material" al que pudieran acudir, de un lado, todos los muchachos que quisieran prepararse más seriamente para la vida, y del otro, todas las personas que se ocuparan de problemas educativos.

Así, pues, son muchas las sugerencias teóricas y prácticas que el esculismo ofrece al mundo de la educación, y muchas las útiles reflexiones a que nos invita su innegable éxito. Piénsese, por ejemplo, en su concepto del juego, entendido no ya solamente como un simple medio recreativo o útil para ocupar a los muchachos, sino como una escuela de vida y como un auténtico instrumento de formación tecnicopráctica y espiritual; piénsese también en el sistema de patrullas, que aprovecha y convierte en educativa una tendencia tan extendida en el mundo de los muchachos; piénsese, finalmente, en el hábito de enseñar haciendo, y en el gran valor que da a la espontánea aceptación, por parte del muchacho, de una ley perfectamente estructurada y del todo comprensible. Por otro lado, la intensa espiritualidad de la gran mayoría de los que han recibido una educación scout, su habitual comportamiento altruista, y su evidente sensibilidad social y cívica, invitan a reflexionar seriamente sobre el valor de una educación moral y religiosa más concreta y más adecuada a la naturaleza de los muchachos, sobre la importancia de un sano desarrollo físico, y sobre la oportunidad de que la educación, en lugar de limitar el campo de las experiencias, facilite, por así decirlo, el conocimiento del mundo, desarrollando de tal manera una profunda y real capacidad para la vida.

Y es obvio que éstos son, tan sólo, unos pocos ejemplos; pocos pero suficientes para comprender que el valor del esculismo no se limita a su capacidad para dar vida a un particular movimiento educativo, sino que se amplía hasta la posibilidad de animar, vivificándolas, otras tentativas pedagógicas.

Me creo en el deber de decir, no obstante, que no se trata de examinar el aprovechamiento en bloque del esculismo — eliminando algunos de sus principios y características y añadiéndole otros — realizado por parte de algunas entidades particulares para el logro de sus fines especiales, como fue el caso del naciismo y del fascismo, que buscaron la manera de aprovecharlo dando vida a movimientos juveniles con fines militaristas y nacionalistas, o como pasa en la actualidad con algunos partidos políticos, especialmente de izquierdas, que se esfuerzan en utilizarlo para sus fines propagandistas; en estos casos queda demasiado lejos el auténtico y verdadero intento educativo, que exige siempre un desinterés casi absoluto. Se trata, por el contrario, de ver, aunque sea muy rápidamente, las reales influencias que el esculismo haya podido ejercer sobre

organizaciones educativas ya existentes, con una estructura y una teoría pedagógica ya experimentada.

Además, quede claro que incluso en el mundo de la educación, como en otros campos (el político y el social), es muy importante, principalmente entre aquellos que tienen en común una determinada idealidad universal sobre la manera de concebir la vida, que por un lado eliminen toda forma de mentalidad tendente a la competencia y, por el otro, instauren un verdadero espíritu de colaboración y de asistencia mutuas. Es necesario considerar el fin que nos proponemos, todo lo demás no tiene otra función que la de conducirnos a dicho fin de una manera u otra. Y en este caso, la finalidad perseguida es la de ayudar al muchacho o al joven a que encuentre su camino y a que adquieran un notable y efectivo valor.

EL ESCULTISMO EN ALGUNAS DE LAS NUEVAS EXPERIENCIAS EDUCATIVAS

Todo el mundo sabe que entre las *nuevas* experiencias educativas, una de las más interesantes y más logradas — y no sólo por lo que se refiere a Francia, donde nació y donde prospera felizmente desde hace muchos años — es, sin duda alguna, la «École des Roches», fundada en 1899 por el gran pedagogo Edmond Demolins. Esta escuela es un intento de aplicación, en gran escala y de manera muy completa, de los nuevos principios educativos que, partiendo del mundo anglosajón, encontraron una cada vez más profunda y concreta difusión en casi todos los demás países de Europa.

Basta con leer atentamente uno de los numerosos volúmenes escritos a este propósito (por ejemplo, *L'École des Roches* de G. Bertier, nuevo director de la escuela) para darse cuenta al momento del tipo de educación que en ella se sigue: activa e integral, tal como hemos visto en el escultismo. Esta escuela, en efecto, se halla en plena campiña, donde, junto a las bellezas naturales (elemento, como ya sabemos, muy importante en tal género de educación), los muchachos tienen numerosas posibilidades de desarrollar actividades fisicodeportivas y trabajos prácticos constructivos o de adaptación. Los alumnos viven en pequeñas comunidades, de un máximo de unos treinta individuos, que se estructuran en torno a un educador, en forma casi de familia; pero cada uno de ellos es libre, en el fondo, para organizar su vida como cree y como siente, aunque naturalmente, dentro de los necesarios límites que exige la convivencia social. Además, a cada muchacho se le encarga un determinado trabajo comunitario del cual es personalmente responsable: intendente, bibliotecario, cartero, encargado de la limpieza, del garaje o de los sellos, etc.; los «capitanes» (especie de guías de patrulla) tienen la delicada tarea de hacer que sean patentes el espíritu de fraternidad, justicia, bondad y responsabilidad.

Las actividades que en ella se desarrollan, junto al estudio, presentado en forma de agradable ocupación (en el sentido de que los muchachos no estudian manualmente materias que no logren interesarlos, sino que profundizan e investigan problemas útiles y capaces de suscitar su innata curiosidad), consisten en muchas labores manuales, enseñadas por especialistas idóneos, y en toda forma de actividad deportiva y física, desde el rugby a la natación, desde la lucha al fútbol. A su vez, la formación de auténticas «compañías teatrales» y de grupos aficionados a la música, la literatura, la pintura, etc., favorecen el desarrollo del gusto y del interés por el arte.

Además se busca la manera de dar a los muchachos un gran sentido de la pureza y un profundo respeto hacia la mujer, y se da un gran valor a las prácticas religiosas.

La educación física, técnica, artística, intelectual, moral y religiosa, encuentran, pues, igual aplicación, y el ideal perseguido es el ideal del hombre completo, desarrollado en todas sus facultades.

Por todo ello, es fácil comprender lo perfectamente que encaja la educación scout en este tipo de escuela; un común planteamiento de los problemas educativos y una manera muy semejante de resolverlos, ha permitido, en efecto, una natural introducción, en la «École des Roches», del escultismo, que actualmente figura como una de sus principales actividades.

Por otra parte, esta adopción del escultismo por la «École des Roches», le ha dado nueva vida y ánimos, a través de una mayor insistencia sobre la importancia del juego en la formación de los muchachos y sugiriéndole, con la práctica de la exploración, nuevas formas de actividades útiles e interesantes a la vez. Así, pues, si en la vida interna de la escuela cada muchacho tiene la posibilidad de dar salida a su exuberancia física e intelectual y, sobre todo, de caracterizar su

formación intelectual y cultural con un sentido de la realidad mucho mayor de lo que acontece en las escuelas normales (no puede olvidarse que también la «École des Roches» nació como reacción contra el sistema escolar tradicional), parece obvio que el esculatismo les puede ampliar el horizonte, tanto por lo que se refiere a su experiencia de la vida, cuanto por lo que atañe al desarrollo de un profundo espíritu social. El pertenecer a un movimiento no sólo nacional, sino también internacional, es del todo determinante, en el sentido de que hace desaparecer el posible, aunque inconsciente, aislamiento.

Pero todavía hay más, ya que la educación moral que da el esculatismo representa, a mi entender, una más eficaz posibilidad de desarrollar en cada uno de los muchachos los hábitos de virtud y los valores fundamentales que están en la base de una personalidad auténticamente válida en el plano social. En efecto, no hay duda alguna de que la lealtad y el espíritu caballeresco, de un lado, y del otro, el espíritu de servicio hacia el prójimo, la obediencia y el sentido de la economía, pueden entrar más fácilmente en la órbita moral de un muchacho si forman parte de una ley aceptada libremente, que considerándolas como espontáneas consecuencias de una vida desarrollada en sociedad.

Otro campo de aplicación del esculatismo puede verse en las ya numerosas «Ciudades de los muchachos», que también en Italia, con mayor o peor fortuna, se difunden a ritmo creciente. Y aun en este caso, es necesario reconocer que la influencia del esculatismo todavía ha sido mayor, ya que muchos de sus principios se han formulado teniendo en cuenta su mismo ideal y constitución. De una manera concreta, se ha aceptado el principio de una ley como base de la vida comunitaria, ley que si en muchos casos es bastante distinta de la del esculatismo, siempre responde a las mismas consideraciones pedagógicas; el principio de unos cargos o responsabilidades que, en este caso, al tratarse de un sistema de vida más completo y radical (por el simple hecho de que la «ciudad» es el único ambiente que viven los muchachos) conduce a la elección, siempre libre, de una profesión u oficio; el principio de la autosuficiencia personal (cada muchacho gana un determinado sueldo que puede emplear cómo y cuándo estime oportuno) y, en fin, los hábitos de iniciativa y de actividad.

El paralelismo entre este experimento pedagógico y el esculatismo se demuestra también por el hecho de que casi todas estas «ciudades» organizan en verano auténticos y verdaderos *campamentos scouts*, dirigidos casi siempre por rovers que se prestan a ello. Asimismo se demuestra por el hecho de que no pocos rovers y guías mayores han sido llamados a su dirección o, incluso, ellos y ellas han sido sus fundadores.

Pero, no obstante, la introducción del esculatismo, de manera más precisa y completa, en las «ciudades de los muchachos» todavía podría conducir a mayores ventajas, como la de cuidar más a fondo la educación moral y desarrollar mejor el espíritu de fraternidad y de recíproca comprensión.

Todo cuanto hasta este momento hemos dicho, aun representando una serie de comprobaciones prácticas de la ayuda que el esculatismo ha podido prestar a dos típicas instituciones educativas, fundadas sobre *nuevos* principios, tiene, a mi entender, un más amplio y extenso significado.

Yo creo, en efecto, que el esculatismo está en condiciones de ofrecer una parecida ayuda positiva a cualquier forma concreta de educación nueva, precisamente a causa de sus principios y de sus métodos, ya que, en el fondo, debemos reconocer que en estos casos el esculatismo puede tener una función, por lo que respecta al aspecto moral de la educación, tan importante como la que hemos señalado al referirnos a la «École des Roches».

Muchas veces, en efecto, la educación nueva, al insistir con toda justicia en el aspecto activo y

práctico de la educación, no cuida con suficiente atención el aspecto espiritual y moral, llegando a resultados, si se quiere, demasiado *técnicos*. El esculismo, con su agudeza ética y con su convicción de que la personalidad del muchacho es profundamente sensible a la moral, puede representar una útilísima fuerza complementaria. He ahí por qué yo creo que el esculismo puede hallar su primera aplicación externa precisamente en el seno del movimiento educativo contemporáneo, de tanta importancia para la renovación de la sociedad entera de hoy en día.

EL ESCULTISMO EN LOS INSTITUTOS Y COLEGIOS TRADICIONALES

Quienquiera que conozca, aunque sea en pequeña escala, la situación actual de muchos Colegios e Institutos educativos italianos (tanto los que tienen una finalidad exclusivamente escolar, cuanto los que tienen una función educativa más amplia, como, por ejemplo, los orfanatos municipales o nacionales), sabe muy bien cuán importante, por no decir decisivo, es el proceder a una renovación de sus estructuras y de sus programas pedagógicos. Porque, si bien es verdad que se han dado algunos pasos adelante en relación con su estructura de hace siglos, también lo es que todavía hoy son tristemente notables los efectos nocivos que, por desgracia, ejerce la vida de colegio sobre muchos muchachos, tanto desde el punto de vista moral cuanto del físico y social. En efecto, junto a una disciplina impuesta desde el exterior, destacan en este tipo de colegios una desarrollada forma de indolencia física e intelectual, una gran falta del sentido de responsabilidad personal y una no menos inquietante forma de egoísmo que puede llevarnos de manera concreta a cometer actos inmorales. Además, debe añadirse el hecho de que, por lo general, el cuidado de los alumnos se confía a maestros no preparados o, peor aún, no capaces, cuya presencia en el colegio no tiene otro significado que representar una manera más o menos conveniente de malganarse el sustento cotidiano.

Así, pues, éste es un casi ilimitado campo de trabajo educativo para todos aquellos a quienes preocupan, de verdad, los problemas pedagógicos.

Y también en este caso me parece que el escultismo podría hacer mucho. Podría convertirse, nada menos, en el resorte que posibilitara una completa labor de reforma.

El primero y más simple modo a través del cual el escultismo puede introducirse en el sistema de educación colegial viene representado, evidentemente, por las numerosas sugerencias que puede dar en lo que se refiere a una más provechosa utilización de las horas de recreo en general y, en particular, de los tradicionales paseos. Verdaderamente, no es un descubrimiento del escultismo la afirmación de que el juego puede tener un profundo valor pedagógico, pero no hay duda alguna de que él ofrece una gama verdaderamente extensísima de juegos que no sólo tienen la prerrogativa de divertir y de interesar a los muchachos, sino que, además, tienen la función — como ya hemos visto — de desarrollarles ciertas facultades intelectuales o sensoriales precisas para su formación integral. Naturalmente, no se trata de eliminar todos los juegos tradicionales (fútbol, frontón, ping-pong, etc.), pero sí de enriquecer la lista y de perfeccionar su rendimiento educativo.

Como observa muy justamente el Padre Sevin (*Le scoutisme*): «¿Quién cuida de disponer los juegos del año escolar de manera que desarrollen gradual y ordenadamente en los alumnos unas determinadas cualidades morales o físicas?» Y al mismo tiempo que son innumerables los juegos scouts de atención, observación, intuición, señalización, etc., que pueden ser jugados con interés por cualquier muchacho, nos parece que sería útilísimo aprovecharse de las especialidades, que, al ser muy adecuadas al ambiente escolar, servirían perfectamente para estructurar los diversos juegos de manera orgánica y para considerar la finalidad de cada uno de ellos. Nótese, además, que ello responde a la perfección al deseo de muchos muchachos de conocer la utilidad de cuanto hacen; deseo que, muy a menudo, les hace permanecer pasivos y desinteresados ante algunas de las materias objeto de estudio.

Juegos y especialidades que luego podrían hallar su sitio más adecuado durante los paseos o excursiones mensuales y semanales, en los que, además de adquirir el hábito de

realizar concretamente y de aplicar prácticamente las técnicas aprendidas con anterioridad, permitirían, si se organizaran a la manera escultista, dar amenidad a la educación que, por lo general, suele ser monótona y demasiado pasiva.

Las ventajas de esta aplicación son del todo evidentes y nosotros ya las hemos visto al estudiar el auténtico escultismo: desarrollo del sentido de la responsabilidad en los muchachos y su progresiva educación hacia la autonomía y la autodisciplina, formación de un profundo espíritu de fraternidad, con las consecuentes ventajas para la disciplina de la escuela, y progresiva habituación al mando (escuela de jefes). De esta manera, el colegio ya no sería para los muchachos un lugar donde se les *obliga* a ir ni, mucho menos, un lugar de castigo, sino que sería su ambiente preferido, en el que encontrarían modo de vivir sus primeras experiencias sociales.

El tercer elemento de esta utilización del escultismo es la adopción por parte del colegio de la ley; también este elemento puede parecer revolucionario, ya que viene a sustituir la más o menos larga lista de preceptos negativos que, normalmente, suele regir la vida comunitaria de un colegio, con una moral positiva, fundada en un sentimiento tan natural en los muchachos como el honor. Sería inútil insistir, de nuevo, en el estudio de todos los aspectos educativos de la ley; piénsese tan sólo en el formidable valor que tendría la aceptación por parte de todos los alumnos de la obligación de la buena acción cotidiana o la aceptación, como norma de vida, de la lealtad hacia los superiores, del espíritu de caballerosidad, de la sonrisa y de la alegría. Naturalmente, lo importante sería que la ley no viniera impuesta desde el exterior — a la manera de un reglamento más: horario, uniforme, etc. —, sino que, poco a poco, fuera aceptada libremente por cada muchacho; lo ideal sería que cada uno de ellos sintiera el honor de someterse a la misma.

Estas tres etapas de *escultismación* de un Colegio o de un Instituto pueden lograrse de dos maneras distintas : o como una auténtica y real escultismación de todo el colegio, y entonces se trataría, como dice el Padre Sevin, de una «escultismación sin escultismo», o con la introducción en el colegio del verdadero movimiento scout, cuyas unidades funcionarían regularmente con un número limitado de colegiales, escogidos oportunamente según un determinado criterio. La primera solución tendría la ventaja de una mayor difusión de la aportación educativa del escultismo, puesto que de él sacarían provecho un gran número de alumnos, pero, en cambio, siempre tendría un carácter de superficialidad; la segunda sería más profunda, pero más limitada, aunque con la esperanza de que llegara a formar el alma del colegio y de que atrajera a la órbita scout a los demás muchachos, en cuyo caso sería aconsejable impedir la entrada en las unidades a los alumnos que no den muestras de seguir normalmente sus estudios.

La tentativa de constituir un Colegio sobre el esquema scout ha sido llevada a término en las cercanías de Milán por una iniciativa privada, pero las dificultades que ello presenta, tanto desde el punto de vista de organización como educativo, son tan grandes que demuestran, una vez más, lo difícil que es hacer experiencias aisladas y quizá sin la debida preparación.

Por el contrario, un ejemplo de Colegio-Escuela scout, que después de siete años de ser fundado parece consolidado definitivamente, es el del «Istituto Técnico Aziendale» de Villa Buri, junto a Verona, que bajo la dirección del ilustre pedagogo profesor Mario Mazza y bajo el patrocinio del «Movimento Adulti Scout Cattolici Italiani», ha logrado, por un lado, afirmarse como una óptima escuela para la preparación profesional, y por el otro, como un

colegio y una escuela *modelo* desde el punto de vista pedagógico¹⁸

¹⁸ Esta tentativa se debe, principalmente, a la incansable labor del profesor Mario Mazza, que, proviniendo del esultismo — en el seno del cual se le debe, por ejemplo, la fundación, en 1911, de la primera Asociación católica italiana—, ha escogido la «sustancia» del mismo como base y fundamento de su nuevo método educativo, llamado *método natural*. Sus actuales proyectos vienen representados por la constitución de un centro pedagógico para prácticas y aprendizaje de los diplomados y licenciados, a fin de formar un núcleo de educadores uniformemente orientados. Trátase, como puede verse, de una tentativa muy interesante y muy próxima al espíritu de servicio típico del esultismo.

OTRAS CONSIDERACIONES

El método típico del escultismo puede ofrecer servicios, muy parecidos a los que acabamos de señalar, a otras organizaciones educativas, incluso a las que presentan en su activo una larga tradición y resultados satisfactorios. En primer lugar, quiero enfrentarme con el problema de la importancia que podría tener la introducción de este método (en su completa estructura o en algunos de sus elementos) en la vida y en la organización educativa de las parroquias, urbanas y rurales. A este propósito debemos notar que, desgraciadamente, este argumento todavía tiene plena actualidad en nuestros días, ya que después de tantos años de experiencias positivas aún existe mucha desconfianza hacia el escultismo incluso por parte de sacerdotes; yo, por el contrario, creo que una tal tentativa podría dar nuevas e importantes fuerzas vitales a la organización parroquial.

Todos sabemos que en las parroquias, y junto a otras organizaciones religiosas — como las varias ramas de Acción Católica —, existen intentos educativos dirigidos, sobre todo, a los chiquillos y a los muchachos del pueblo; estos intentos dan vida a los famosos Oratorios, masculinos y femeninos, que, además de tener la gran función práctica de librar a la juventud de los peligros de la calle, tienen otra fundamental: la de darle una instrucción religiosa regular e interesante y una «formación cristiana fuerte, serena, social, militante». Y los medios que se acostumbran usar son «el recreo alegre, vivaz, sereno, fraterno, educador. Cinema, deporte, teatro, turismo, colonias, competiciones, etc.»¹⁹.

Pero no todos los Oratorios funcionan tan bien; creo que nadie podrá negarme que al lado de unos pocos ejemplos de Oratorios muy bien organizados —en los que las clases de catecismo, el equipo de fútbol, la compañía teatral, los torneos de ping-pong, etcétera, ocupan seriamente a todos los muchachos que los frecuentan —, existen muchos Oratorios en los que la falta de medios, de un local o de un sacerdote que tenga tiempo y capacidad para ocuparse del mismo, reduce su actividad a muy poca cosa e impiden que se haga una verdadera educación.

Especialmente en estos casos, la introducción de algunos métodos scout parece que sería la mejor solución. El citado Padre Sevin, con gran acierto, afirma que en los casos en que un Oratorio «no marche», o sea, cuando es frecuentado tan sólo por unos pocos chiquillos que se aburren, una de las pocas soluciones inmediatas del problema es aprovecharse del escultismo. Pero incluso en los otros casos, el escultismo está en situación de ayudar para que se imparta una educación más completa, por ser más sensible a todos los aspectos de la personalidad humana.

También en esta ocasión, como en la de los Colegios, el escultismo puede introducirse de dos maneras distintas; la primera organizando un grupo o una tropa formada por todos aquellos muchachos que no se sientan suficientemente interesados por otras organizaciones parroquiales; pero, en este caso, además de la dificultad, difícilmente evitable, de que nazcan recíprocas incomprensiones o, incluso, competencias, se tendría la complicación del alejamiento de estos muchachos de la parroquia al estar ligados a una Asociación zonal o regional. La segunda, que en muchísimos casos me parece más útil, comportaría la introducción en el Oratorio entero del sistema scout aunque con diversas limitaciones como, por ejemplo, la falta de uniforme; esta solución representaría, en efecto, la eliminación del peligro, siempre presente en la precedente, de concebir la tropa o el grupo al *servicio de la*

¹⁹ Estas breves citas se han tomado de una Carta pastoral del arzobispo de Milán Mons. G. B. Montini, dirigida a los párrocos de su diócesis, en ocasión de la reapertura anual de los Oratorios milaneses, en septiembre de 1956.

parroquia y, en ciertos casos, del Oratorio mismo, cosa que, naturalmente, significaría una grave deformación del esculatismo.

Pero la influencia del esculatismo puede ejercerse asimismo sobre otras muchas organizaciones juveniles. La misma Acción Católica (entendida en el más estricto sentido del término) lo ha permitido, especialmente por lo que se refiere a sus secciones de «aspirantes», formadas por muchachos de doce a dieciséis años. Ello puede verse, por ejemplo, en la subdivisión de los aspirantes en «grupos» de seis o siete muchachos — con un jefe de grupo con funciones directivas — que nos recuerda el sistema de patrullas; la adopción de una ley de diez artículos que, sobre todo por lo que hace referencia a su formulación de carácter positivo (el aspirante es leal, el aspirante está siempre alegre, etc.), está muy relacionada con la ley scout; y, finalmente, la constitución de los GRES (Grupos estivales), a través de los cuales se realizan algunas actividades técnicas y manuales en las que cada aspirante se especializa y hacia las cuales se les anima con exposiciones y premios. A todo ello debemos añadir, todavía, la mayor importancia dada actualmente por la Acción Católica a la vida al aire libre, demostrada por los numerosos campamentos que organiza. De todas maneras creo necesario observar que se trata, con frecuencia al menos, de una utilización un poco formal de los principios del esculatismo, y que la influencia scout sentida por la Acción Católica se debe, más que a una acción directa del esculatismo, a la difusión de algunas útiles publicaciones que se refieren a estos problemas²⁰.

Lo mismo podría decirse con referencia a otras muchas organizaciones religiosas o seculares, como, por ejemplo, las colonias asistenciales o las numerosas organizaciones estudiantiles. En cada caso se trata, no de eliminar de cada una de estas organizaciones su carácter y su función originaria, sino de ayudarlas a ser más sensibles a los problemas educativos generales mediante las experiencias que el esculatismo ha podido recoger en sus muchos años de existencia y mediante las enseñanzas que, debido a ello, puede difundir.

Así pues, creo incluso que sería útilísimo introducir una forma de esculatismo entre los estudiantes de los centros de enseñanza media, ya que ello significaría, por un lado, crear en el seno de dichos centros un ambiente social más sentido por los muchachos, y por el otro, hacer que fuera más *activa* su participación en la vida escolar y en el estudio. De modo parecido podría aprovecharse el roverismo en las Universidades, en las que muchas organizaciones estudiantiles se limitan a hacer de *clubs* de diversión más o menos goliardesca, o, en el mejor de los casos, son centros ceñidos a un determinado interés (por ejemplo, centros cinematográficos, musicales o incluso políticos). El roverismo, además de aportar cierto gusto por el aire libre y, en general, por la actividad, podría apoyar muy bien un más concreto interés por los problemas sociales y un sentido más consciente de los problemas educativos. En este sentido algo ha hecho ya el Esculatismo Universitario en algunas ciudades italianas, como Turín, Bolonia y Milán, pero es mucho lo que queda por hacer, ya que a ello deberán tender no sólo los estudiantes universitarios ya scouts, sino también todos los demás.

Tampoco puede pasar en silencio la experiencia típicamente scout de la Escuela Municipal Preventiva de Milán («Scuola all'aperto Casa del Solé»), destinada a chiquillos sanos, pero débiles o propensos a ciertas enfermedades (por ejemplo, hijos de tuberculosos). En ella, gracias principalmente a algunos maestros y maestras procedentes

²⁰ Me refiero, de manera particular, a las numerosas publicaciones del profesor G. Nosengo (*Così come siamo, L'attivismo nell'insegnamento religioso, Il lavoro a squadre nell'educazione, La vita religiosa dell'adolescente*, etc.), que, inspirándose también en el esculatismo, han introducido en estos ambientes educativos una manera más *activa* de entender la educación

directamente del movimiento scout, no sólo se ha introducido la práctica de la vida activa al aire libre, propia del esculismo, sino que se han aplicado, además, casi todos sus otros principios y métodos: sistema de patrullas, pruebas técnicas y de especialidad, ley, etcétera. Los resultados obtenidos, verdaderamente alentadores e interesantes, demuestran que parecidas experiencias podrían ser sin duda últimamente llevadas a cabo en otros países.

Y para finalizar, una última observación. Ante la pregunta: ¿Cómo puede llegarse a una tan vasta utilización del esculismo?, la respuesta sólo puede ser la siguiente: El esculismo es un método educativo que, además de su particular organización, puede ofrecer muchas ideas renovadoras a gran parte de la educación contemporánea italiana, pero para ello sería necesario, además de que el esculismo se introdujera en los diversos ambientes educativos, el que éstos le abriesen las puertas. Con ello quiero decir que, al lado de una más intensa labor de difusión de los principios y métodos del esculismo, no es posible pretender de quienes lo practican, que se ocupen también de su introducción en las otras organizaciones y en los otros ambientes educativos. El ideal, por tanto, sería que los educadores italianos, de los maestros a los catedráticos, de los directores de colegio a los dirigentes de las varias organizaciones juveniles, conocieran el esculismo menos superficialmente y estudiaran todas sus posibles formas de aplicación. En un país como Italia, que está tan lejos de haber resuelto sus problemas educativos, me parece que el esculismo tiene un gran porvenir. Y precisamente en tal dirección me esfuerzo en trabajar personalmente.

CAPITULO XIV

DIFICULTADES Y PROBLEMAS DEL ESCULTISMO

Llegados al término de nuestro análisis del escultismo, parece indispensable enfrentarnos con algunos problemas que se plantean espontáneamente, sobre todo a quienes conozcan este método educativo de una manera práctica, ya que como toda realización humana, también el escultismo tiene sus problemas y sus dificultades, que, precisamente, son una demostración de su vitalidad y validez.

Las cosas demasiado perfectas, en efecto, tienen el peligro de ser, precisamente por ello, poco concretas y, por tanto, faltas de interés práctico. Es innegable, por ejemplo, que el éxito de este movimiento educativo — por lisonjero y superior que sea a cualquier otro movimiento análogo —, no es completo o, al menos, no lo es tanto como lógicamente cabría esperar de un movimiento que tan perfectamente responde a las tendencias y a las necesidades de la naturaleza infantil y juvenil. Y ello, nótese bien, no sólo por su limitada difusión — sobre todo por lo que hace referencia a determinados ambientes sociales —, sino también por su incompleta asimilación por parte de algunos elementos — desgraciadamente, no pocos — que lo abandonan antes de haber recorrido por entero su ciclo.

Tampoco es posible pasar en silencio la existencia (esta vez, afortunadamente, poco frecuente) de algunos casos en los que la experiencia y la vida scout ha acentuado, pues no creo que la haya producido, cierta tendencia a la excentricidad o ciertas actitudes no siempre de orden positivo. Es el caso, por ejemplo, de la perduración de cierta forma de "infantilismo" que se expresa por gustos y preferencias no perfectamente adecuadas a la edad o al desarrollo físico a que deberían pertenecer. Es también el caso de ciertas formas de excesivo apego al movimiento que demuestran, a mi entender, una evidente falta de amplitud mental o de miras.

A ello debe añadirse, además, que algunos problemas todavía no se han resuelto del todo en el seno del mismo movimiento, y que a ellos deben cargarse ciertos desequilibrios y determinados esfuerzos perdidos. Me refiero, esencialmente, al problema del reclutamiento y de la formación de jefes, a la que ya hemos dedicado algunas páginas; al del sentido que debe darse a la vida de clan y, en general, al roverismo, ya que sólo unos pocos parece que hayan sabido encontrar la justa dirección — problema, éste, del que nos ocuparemos en el presente capítulo—; al problema de las relaciones entre el escultismo y la familia; y, en fin, al del llamado "rover-scout", o sea, el de aquellos que han cerrado ya el ciclo escultista y han entrado decisivamente en la vida, y que podrían — y muchas veces podrán — aprovechar de una manera u otra los lazos de fraternidad que los une y la común formación física y espiritual, que se expresa, como ya hemos visto, en el ideal y en el estilo scout.

Pero antes de iniciar estas últimas notas, quiero hacer todavía dos simples observaciones.

La primera es que, por numerosas que puedan ser sus dificultades y sean cuales sean sus problemas, el escultismo permanecerá siempre como uno de los esfuerzos educativos más interesantes y merecedores de mayor atención

La segunda es que así todas las críticas que se le dedican desde el exterior nos parecen desenfocadas, ya que desgraciadamente no han penetrado en su espíritu ni comprenden su íntimo significado.

¿ES EL ESCULTISMO UN MOVIMIENTO DE MASAS?

El primer problema que se nos plantea y que en realidad es menos marginal de lo que pueda parecer a primera vista, es el que se sigue precisamente de la pregunta: ¿Es el escultismo un movimiento de masas?, o, por el contrario, ¿es un movimiento de *élite*, más o menos numerosa?

Responder a esta pregunta no tiene nada de fácil y confieso que me siento un poco embarazado, ya que me vienen a la mente consideraciones y respuestas no tan sólo diversas, sino incluso contradictorias. Por un lado, en efecto, estoy tentado de afirmar que el escultismo, si ya no lo es, debe convertirse en un movimiento de masas; por otro, que el escultismo sólo puede ser un movimiento de *élite* si no quiere perder gran parte de su valor y de su significado. Pero, quizás, esta contradicción sea más aparente que real, por tratarse únicamente de un equívoco producto de una distinta manera de entender los dos términos de *masa* y *élite*.

Al afirmar que el escultismo debe convertirse en un movimiento de masas, quiero decir que la voluntad y la intención de Baden-Powell primero, y la de los dirigentes del movimiento luego, se dirigen, y

se dirigen todavía, a ampliar cuanto más mejor la base del mismo a fin de poder abarcar a la mayor parte posible de la juventud de todo el mundo. Piénsese en la confianza que tenía Baden-Powell de que el escultismo representara un óptimo instrumento para la formación del espíritu de comprensión internacional, premisa indispensable para superar toda clase de roces y luchas.

Al afirmar, por el contrario, que el escultismo es y debe seguir siendo un movimiento de *élite*, quiero decir que en él la calidad jamás debe ceder, por motivo alguno, ante la cantidad. En otros términos, frente a un escultismo cualitativamente decaído, la actitud negativa es absolutamente necesaria. ¿Qué quedaría de su valor pedagógico si, por ejemplo, la ley no fuera verdaderamente vivida por aquellos que forman parte del mismo, o si algunos de sus principios educativos fundamentales — como la vida al aire libre, el sistema de patrullas, etc. — fueran abandonados?

Por tanto, la respuesta a la pregunta que hace poco nos hemos formulado podría ser la siguiente: El escultismo quiere ser un movimiento de masas de *calidad*, aunque ello pueda llevarnos a una inevitable limitación del mismo concepto de masa.

Pero el problema todavía es, sin duda alguna, más hondo, ya que, en sustancia, se trata de establecer si el reclutamiento del escultismo debe o no ser condicionado. Desde el momento en que la realización concreta de este método educativo se presenta como un movimiento de *calidad*, ¿es justo y oportuno que ingresen en él muchachos de cualquier clase social, condición económica, educación familiar y carácter natural? La legitimidad de una tal pregunta nace, en efecto, de una doble consideración. Primero, la de que el sistema educativo escultista, con su carácter fundamental de *educación integral*, lanza, por así decirlo, a todo aquel que forma parte del mismo hacia una forma de vida y hacia un ideal moral que, indiscutiblemente, van mucho más allá de lo que se acostumbra exigir a un joven de hoy en día y que, incluso, no es de fácil aplicación práctica. Segundo, que el escultismo, en algunos casos al menos, plantea una problemática y presupone ciertas exigencias (por ejemplo, de libertad personal, de justicia social, etcétera), que muy difícilmente podrán encontrar, más tarde, completa satisfacción. Y en estos casos pueden aparecer, quizá, desequilibrios bastante peligrosos para un normal desarrollo de la personalidad de los muchachos.

Es verdad que Baden-Powell al afirmar — como ya se ha dicho — que en todo muchacho existe al menos un cinco por ciento de bueno que siempre puede transformarse en un ochenta o un noventa por ciento, demostrada su convicción de la posibilidad apriorística de que todos los muchachos asimilaban satisfactoriamente los principios del escultismo, pero, no obstante, yo creo que se debe

reconocer — basándonos en las experiencias de casi todos los países del mundo en que se practica el esculismo — que no todos los muchachos están *hechos* para el esculismo y que, por tanto, en algunos casos es preferible no permitir a esta pequeña minoría practicar durante mucho tiempo el método scout.

Esta salvedad se debe aplicar no tanto a muchachos de determinadas condiciones sociales o económicas, cuanto de una particular educación familiar o ambiental, o, incluso, de una particular estructura física. En efecto, el peligro que he denunciado no hace poco y que consiste en determinar fuertes desequilibrios en la personalidad de algún muchacho ni es muy frecuente ni, sobre todo, debe considerarse siempre desde su punto negativo. En efecto, plantear a los jóvenes (e incluso a aquellos de una posición social tal que no les permitirá, en el futuro, el ocupar puestos de relieve) problemas y exigencias nuevas es un motivo de progreso en la maduración espiritual del pueblo y, por tanto, debe ser recibido con satisfacción. El argumento, por el contrario, cambia radicalmente cuando se trata de muchachos cuya educación familiar, por los motivos que fuere, estuviese demasiado alejada de los principios del esculismo; en efecto, los principios de una posición contraria a cualquier forma de egoísmo amagado o abierto, exigencia de continua seriedad de vida y la convicción de que el amor *activo* hacia el prójimo debe considerarse como la base misma de la moralidad humana, si bien pueden despertar un eco, incluso entusiasta, en los primeros años de pertenencia del muchacho al movimiento, cuando todavía no ha entrado a formar parte del llamado mundo de los adultos, luego son decididamente desechados e, incluso, objeto de burla. Naturalmente, existen ejemplos de muchachos que, basándose exclusivamente en el esculismo que han abrazado, son capaces de *resistir* tales seducciones, pero en el fondo estas excepciones sólo sirven para confirmar la regla general.

La misma salvedad debe hacerse a propósito de aquello que, muy justamente, H. Bouchet (*Psycho- logye du scoutisme*) ha denominado «límites individuales del esculismo» y que pueden fácilmente resumirse en ciertos defectos psicológicos y caracterológicos muy difícilmente superables por el esculismo normal. Es el caso, por ejemplo, de muchachos incapaces de observar el cuarto artículo de la ley y de soportar cualquier forma de sumisión; de individuos de carácter ligero que, una vez pasado el primer entusiasmo, muy pronto se cansan y en los cuales el ideal scout no perdura; y, sobre todo, de muchachos indolentes y pasivos que, si bien pueden seguir las actividades scouts (aunque de manera no regular), no logran aportar la mínima contribución ni de iniciativa personal ni de entusiasmo. En todos estos casos, después de haber intentado superar las dificultades mediante las posibilidades que nos ofrece el mismo esculismo, los jefes tienen no solamente el derecho, sino, a mi entender, también el deber, de proceder a la oportuna selección. Esta decisión quizá pueda parecer dolorosa, pero toda incertidumbre puede resultar gravemente contraria al buen éxito de la labor educativa en relación con los demás muchachos.

El esculismo, pues, está abierto a los muchachos de cualquier clase social, burguesa o popular. En todo caso, si una limitación debe hacerse (por fortuna absolutamente mínima), se refiere a los ambientes demasiado elevados. De todas maneras, el argumento no puede cerrarse aquí, ya que, en efecto, está bastante difundida la opinión de que el esculismo es un movimiento, al menos de hecho, reservado a los ambientes *burgueses*; algunas de las críticas que se le dirigen se refieren, precisamente, hacia este lado. Quizás exista algo de verdad, pero sustancialmente esta crítica es inexacta, ya que son muchas las unidades que se nutren tanto de los ambientes burgueses como de los populares, y no son pocos los grupos formados exclusivamente por elementos de este último. No obstante, es necesario reconocer que existe cierta mayoría de grupos y unidades, por decirlo así, burgueses, y que, por parte de los dirigentes de las Asociaciones italianas, no se ha hecho todo lo que hubiera podido hacerse para mayor difusión del esculismo en el ambiente popular.

Esta doble comprobación es indicio claro, por otra parte, de la existencia de un problema no resuelto del todo. Se trata de la conveniencia o no de la estructuración homogénea, por lo que se refiere a la procedencia social de sus miembros, de los grupos y unidades escultistas. Se trata, en otras palabras, de valorar, desde el punto de vista de la eficacia educativa, las ventajas que cada una de estas dos soluciones presenta en relación con la otra. De un lado, parece que poner en directo contacto muchachos de clases sociales diversas, en condiciones de igualdad (en el sentido de que tanto el uniforme como las actividades son idénticas para todos), pueda ser particularmente útil para la formación del espíritu de colaboración intemacionalista que tanto interesaba a Baden-Powell, y, además, se cree que, sobre todo por lo que se refiere a los clanes, ello posibilita un ulterior, interesante y mutuo aumento de experiencias. De otro lado, por el contrario, se dice que cada ambiente social exige, desde el punto de vista educativo un trato adecuado, aunque sólo difiera de los demás en pequeños detalles, cosa que únicamente puede obtenerse con grupos socialmente homogéneos, mandados por jefes provenientes del mismo ambiente.

El problema, decía no hace mucho, todavía no está enteramente resuelto; la existencia en el escultismo italiano de ambas soluciones, lo demuestra claramente. Personalmente, creo que la formación de grupos separados presenta mayores ventajas, ya que no puede olvidarse que, en primer lugar, las exigencias de los muchachos de clases populares (principalmente industriales) son distintas de las de los demás muchachos por dirigirse, por ejemplo, de una manera más directa al cuidado de la salud física y al desarrollo intelectual, y mucho menos al de las facultades practicomanales; y, en segundo lugar, que los padres de estos muchachos no acostumbran ver con buenos ojos el que sus hijos frecuenten un ambiente considerado superior y al que, por tanto, no se adaptan. Naturalmente, en todos estos casos las Comisarías deben tener gran cuidado en que no se formen pequeñas *repúblicas independientes*, con grave perjuicio para la fraternidad scout y, por tanto, deben precurar frecuentes contactos con los demás grupos. Esta tesis, además, halla autorizada confirmación en el pensamiento de Baden-Powell que en muchas ocasiones afirmó la necesidad de que los jefes sepan adecuar y vivir el escultismo según las características y las exigencias del ambiente social al que pertenecen sus muchachos.

Lo que sí me parece poder afirmar sin dudas de ninguna clase, es que las Asociaciones italianas no se han enfrentado suficientemente con el problema, ya en lo que se refiere a la formación de jefes adecuados a este trabajo, ya en las ayudas concretas que deben prestarse. Tampoco la misma autoridad eclesiástica parece que haya comprendido y apreciado las concretas posibilidades de hacer el bien que contiene el escultismo popular, como lo demuestra la dificultad existente para obtener Consiliarios y, por tanto, su débil interés.

EL PROBLEMA DE LAS RELACIONES ENTRE ESCULTISMO Y FAMILIA

En los párrafos anteriores se ha tocado un punto de notable importancia cuando se ha afirmado que algunas de las dificultades particularmente graves que impiden una más universal amplitud de la acción del movimiento, deben referirse a la vida y a la educación familiar. Sobre este tema, y, en general, sobre las relaciones entre el escultismo y la familia, bien vale la pena decir algunas palabras.

De la misma manera que para la escuela (y con mayor razón ahora), puede afirmarse que la acción del escultismo debe considerarse como complementaria a la acción educadora y formativa de la familia. El escultismo, en efecto, no asume la tarea de la formación directa, y mucho menos exclusiva, del joven, para la que no tendría ni medios ni una estructura suficiente; el escultismo tiene, tan sólo, una misión integrativa: la de marchar de acuerdo y, al mismo tiempo, potenciar la acción familiar. (Véase P. Marcon, *La conferenza delto Scautismo Cattolico*, en «Estote Parati», Roma, 1956, núm. 7.) Y la importancia del reconocimiento de este deber es probada por el hecho de que, en general, el escultismo sólo da frutos positivos cuando puede introducirse, sin violencias y, por tanto, sin excesivas dificultades, en la formación familiar de un muchacho. La experiencia nos enseña, en efecto, que allí donde el ambiente familiar no colabora con los jefes o, al menos, no adopta una posición neutral ante el escultismo, muy poco se puede hacer y de bien poca utilidad son los esfuerzos educativos del jefe de tropa y demás instructores.

Por tanto, el problema de las relaciones entre el escultismo y la familia sólo existe cuando la incomprensión de una cualquiera de las dos partes hace difícil su mutua colaboración. Incluso en un plano teórico, puede parecer raro el plantearse este problema si se han establecido claramente los respectivos campos de acción y las respectivas zonas de influencia.

Pero, por el contrario, la realidad de las cosas es muy distinta, bien porque ocurra a veces que lleguen a la manada o a la tropa elementos procedentes de familias que tienen un criterio moral y religioso muy distinto del típico en el escultismo, bien porque no son infrecuentes — incluso en familias teóricamente cercanas al espíritu scout — los casos de incomprensión y de tensión con los jefes y con los mismos hijos scouts, o bien, finalmente, porque el excesivo interés del muchacho hacia su vida scout se considere elemento disgregador de la intimidad familiar.

En el primer caso, como ya se ha observado, no siempre es posible llegar a una satisfactoria solución de las dificultades que inevitablemente nacen, de manera más notoria, cuando el chiquillo alcanza cierta edad. A tal punto pueden llegar estas dificultades que muchas veces el escultismo se convierte en un elemento de desequilibrio del proceso de formación espiritual del muchacho y, entonces, el jefe debe tener la decisión suficiente para romper con una situación tan nociva.

De todas maneras, es necesario reconocer — y los ejemplos no son escasos — que el escultismo puede, con su potente espiritualidad y con la nueva sensibilidad que desarrolla en los muchachos, realizar una auténtica labor bienhechora moral y religiosa en el seno de familias en peligro de disgregación o, cuando menos, faltas en solidez moral y espiritual.

En el segundo y tercer casos, es necesario convencerse de que, generalmente, estos conflictos y estas incomprensiones acostumbran nacer de un insuficiente conocimiento, por parte de los padres, de los más importantes problemas educativos y de las más características exigencias de la juventud, más que de un conocimiento superficial de los principios y métodos del escultismo.

En efecto, cuando unos padres acusan al escultismo de ser demasiado absorbente en sus actividades y, sobre todo, del gran interés que logra despertar en los muchachos (y esto se nota, principalmente, el domingo, cuando al padre le gustaría salir con su hijo), no se tiene en cuenta el

deseo natural de todo muchacho de doce a dieciséis años de evadirse del mundo familiar; deseo que, si no halla manera de satisfacer normalmente, puede producir reacciones peligrosas y causantes de mayores preocupaciones que las que origina la separación producida por la vida scout.

Asimismo, cuando se afirma que el escultismo desarrolla un excesivo espíritu de independencia —hasta el punto de hacer nacer en los hijos la pretensión de formarse por sí solos y de vivir una vida casi autónoma—, no siempre se piensa que si este deseo de autonomía, totalmente natural y espontáneo, se estructura sobre una sólida base moral como la que representa la ley, no sólo no debe ser juzgado negativamente, sino que se le debe saludar como un decisivo paso adelante en el camino de la madurez espiritual.

De la misma manera, tampoco es justo despreciar la indiscutiblemente importante ayuda que puede aportar a la vida familiar el hecho de que un muchacho se sienta íntimamente feliz y de que se haya incorporado los valores morales y físicos propios y característicos del escultismo: sentido de la responsabilidad, alegría, altruismo, cortesía, etc.

De ahí, pues, la necesidad de una estrecha colaboración entre padres y jefes, cosa que se obtiene con la insistencia, por parte de estos últimos, sobre los deberes de todo muchacho hacia su familia (y la ley, desde este punto de vista, es bien clara), y con frecuentes contactos entre jefes y padres, en el terreno personal o de una manera comunitaria. ¡ Cuántas veces basta con interesar a los padres en las actividades de la manada o de la tropa — haciéndoles participar, por decirlo de una manera gráfica, en la vida de sus propios hijos — para superar todas las dificultades anteriormente indicadas!

Por otra parte, tampoco debe olvidarse que, muchas veces, se trata de una simple cuestión de confianza recíproca. Confianza que el jefe obtendrá no sólo a través de su seria e intensa acción educativa, sino, además, mediante un comportamiento humilde hacia los padres y lleno de sensibilidad en sus relaciones con ellos.

DIFICULTADES Y PELIGROS DEL ESCULTISMO

Así pues, si ciertas dificultades ambientales o individuales pueden justificar algunas defecciones del escultismo, y si otros ven, a su vez, el origen de este problema en el conflicto entre las exigencias de la escuela o la familia y las de la vida scout, no es menos cierto que otras causas de este fenómeno negativo quizá residan, de manera más específica, en el interior mismo de la estructura del propio movimiento. O tal vez sería mejor decir que ellas nacen, más bien, de la no siempre perfecta aplicación práctica de sus principios y de sus métodos, que de ellos mismos.

A este respecto, podemos formular dos observaciones. La primera es que el motivo de un alejamiento del escultismo puede proceder o bien de la incapacidad de un jefe para salirse de una demasiado monótona y uniforme actividad, o bien de su incapacidad para comprender el carácter y la personalidad de alguno de sus muchachos. La segunda es que el paso de una a otra rama no siempre se produce en el momento justo, causando disgustos e, incluso, auténticas crisis espirituales.

Por un lado; todos sabemos por propia experiencia que los muchachos, y en especial cuando se trata de muchachos avispados e inteligentes, acostumbran ser volubles en sus gustos y difícilmente aprecian lo que se les ofrece demasiado a menudo y sin suficiente variación. El juego repetido tres o cuatro veces, la misma actividad técnica con idénticas aplicaciones prácticas, las excursiones a lugares ya conocidos, e, incluso, un horario y un programa demasiado estereotipado y rígido, tienen la virtud de *cansar* a los muchachos inquietos y deseosos de novedades, de hacerles perder el primitivo entusiasmo y de dirigirlos hacia ocupaciones y diversiones más variadas y nuevas para ellos. Es lo mismo que sucede en la escuela, donde gran parte de la aversión que por la misma sienten los chiquillos, proviene precisamente de la uniformidad de su vida y de su estructura. Los muchachos exigen mucho de sus jefes, y éstos no siempre están en las debidas condiciones espirituales o incluso físicas para poderles complacer.

Además, debe añadirse todavía que puede suceder que entre un jefe y uno de sus muchachos no se llegue a alcanzar aquella comprensión y confianza mutuas que son indispensables para el buen éxito de la experiencia scout; principalmente, cuando el muchacho tiene ya cierta edad y cuando ambos están dotados de una fuerte personalidad. Puede suceder, también, que ciertas actitudes y ciertas decisiones de un jefe decepcionen a un muchacho que se había formado de aquél una altísima opinión apriorística, o bien que un excesivo lazo de tipo afectivo entre un jefe y un muchacho (además de los evidentes peligros de orden moral) determine una fuerte crisis en este último, hasta el punto de decidirlo a abandonar el escultismo si tuviera que cambiar de jefe. Pero también en estos casos, como es fácil comprender, se trata más de dificultades de hecho que de principio, aun cuando se deba admitir que el tipo de relación educativa directa y personal que defiende el escultismo, parece que, en el fondo, las favorece o cuando menos las hace posibles.

Por lo que se refiere a los pasos de una a otra rama, por el contrario, las dificultades que presentan parecen menos ligadas a la figura del jefe y más dependientes de la estructura interna del escultismo. Según datos estadísticos, resulta en efecto que las pérdidas mayores se producen durante el primer año de vida en la tropa entre los antiguos lobatos y, más aún, durante la época del paso de la tropa al clan y en el primer año de la vida de rover. Ello demuestra que el problema de los pasos de rama es muy delicado y que tiene necesidad de ser atentamente estudiado en cada caso. Además, ello se explica si se tiene en cuenta que se trata de unas edades críticas y llenas de dificultades, durante las cuales o bien el chiquillo deja la infancia para entrar en la pubertad, o bien el adolescente se adentra en el mundo de la madurez. De este segundo período nos ocuparemos próximamente al tratar del problema del roverismo; por lo que se refiere al primero, creo interesante

recordar que la mayor dificultad proviene del brusco cambio que experimenta el lobato en la manera de ser tratado, ya que en la manada se le trataba como a un chiquillo que todavía tiene derecho a ciertas delicadezas y a ser ayudado, y en la tropa, por el contrario, como un muchacho que tiene que arreglárselas por sí solo. De ahí que sea absolutamente indispensable una recíproca colaboración entre los jefes de las diversas ramas.

Pasando a hablar ahora de algunos de los peligros en que puede caer el escultismo, y en los que quizá ya haya caído, intentaré señalar, aunque sea muy brevemente, algunas posibles desviaciones que, si bien son descubiertas inmediatamente por quienes conozcan de veras el escultismo, pueden llevar a engaño a quienes no posean este conocimiento.

La primera y más importante deformación es el exceso de organización (que ya denunciaba Pierre Bovet en su famoso libro *Le génie de Baden-Powell*), que consiste en la tendencia de algunos jefes, militaristas por naturaleza, o, peor aún, privados de elasticidad y de imaginación, a convertir su tropa en una especie de impecable batallón de soldados.

La segunda, por el contrario, consiste en la tendencia de otros jefes, particularmente dotados de tiempo y de medios, a transformar su propia unidad en una compleja organización en la que además de las actividades normales (un poco abandonadas siempre) se practican otras *marginales* (cinema, juegos de sociedad, ping-pong, etc.), hasta el punto de hacer pensar más en una labor postescolar que en una actividad scout.

Ambas deformaciones han causado diversas acusaciones contra el escultismo, pero después de cuanto hemos dicho es del todo evidente que dichas acusaciones no pueden ser tomadas en consideración.

Una tercera y grave deformación del escultismo es la denunciada por H. Bouchet y también por E. Mounier en un artículo publicado en 1944. Trátase del peligro de que algunos jefes y rovers consideren el escultismo como una finalidad en sí mismo, en cuyo caso alguno de sus medios educativos más típicos, como el amor por la naturaleza, el gusto por determinados ceremoniales o un simplicísimo optimismo, se elevarían directamente a metas de la labor escultista. Este peligro es sustancialmente la premisa que determina aquellas actitudes de excentricidad o de excesivo apego al movimiento de que ya hemos hablado.

Todo ello confirma la observación, también ya expresada, de que todos estos peligros y estas dificultades desaparecerían si el escultismo se aplicara de perfecto acuerdo con el pensamiento de su fundador, y que en cada uno de estos casos el único remedio verdaderamente eficaz y decisivo consiste en una *vuelta* a Baden-Powell y a sus instituciones, tan simples y valiosas.

EL PROBLEMA DEL ROVERISMO

El problema del roverismo, de cuáles deben ser los programas y los métodos educativos de la tercera rama scout, y el del clan, son, quizá, los problemas más serios y delicados de todo el escultismo, ya que para él se trata de una cuestión, como muy justamente se ha observado, de vida o muerte.

Las dificultades que siempre se han presentado al intentar resolverlo (y que todavía se presentan) proceden, por un lado, de la crítica edad de los muchachos a los que se dirige, y por el otro, del hecho de que si bien Baden-Powell presentó sus límites de principio — dentro de los cuales debe moverse la acción de un clan —, no expresó su pensamiento sobre este asunto con la misma claridad y con el mismo sentido práctico con que anteriormente se había enfrentado con el problema de los scouts y de los lobatos; firmemente convencido de que su obra educativa no podía considerarse completa sin la aportación del roverismo, de todas maneras él dejó que su estructura fuera lentamente constituyéndose a través de tentativas y experiencias diversas. De ahí que no sean pocos ni distintos los matices existentes, no sólo en una u otra Asociación, sino incluso en los diversos clanes de una misma Asociación. De todas maneras, podemos afirmar que en Italia el roverismo ya ha asumido una fisonomía bastante determinada, que, según parece, merece la aprobación de todos los interesados en el problema.

La mayor dificultad que se presenta es la de lograr elaborar y poner en práctica un programa capaz de satisfacer las exigencias de los jóvenes de diecisiete a veinte años. En otros términos, la dificultad reside en lograr *interesarlos*, ya que también en este caso la ley del interés domina. Y, naturalmente, ya no les interesa ni los juegos ni las actividades técnicas características de la tropa.

El Padre Forestier (en su libro *Une route de liberté*, cuya tercera parte, dedicada por entero al problema del roverismo, merece ser atentamente leída y meditada) dice que la edad rover es particularmente difícil y delicada, ya que en ella el adolescente *pone en acción* todo su pasado físico y espiritual para alcanzar la unidad de su propio ser y para conquistar su propia personalidad, al mismo tiempo que se le presenta la idea, muy fuerte en ocasiones, de que ya es un *hombre hecho*.

Así pues, son muchas las características generales de los jóvenes durante este particular momento de su desarrollo: el deseo de razonar, discutir y formular juicios incluso sobre temas que apenas conocen por vagas referencias; la afición a hacer predicciones para el futuro, no sólo personal, sino también social y nacional; el celebrar cordiales reuniones en torno a una mesa y sentirse por ello personas de mucha importancia; el placer que hallan en llegar con retraso a las reuniones y a las citas, justificándose con las numerosas obligaciones que han tenido que cumplir; el interés nuevo que encuentran en la *muchacha*, ante la cual se hallan algo incómodos y de la que se esfuerzan por percibir el misterio incluso a través de mutuas confidencias. A ello debe añadirse aún su deseo de estar al corriente de todas las novedades — cinematográficas, teatrales, políticas o mundanas — y la tendencia a poner bajo crítica, intensa y cruel a veces, todas las convicciones y todos los principios sobre los que se basaba su vida anterior, incluyendo los fundamentos religiosos, los principios morales y las leyes del escultismo.

Pero todavía hay más, ya que si bien es verdad que éste es el momento de los grandes y estériles sueños — en los que está presente toda la extraordinaria y fascinadora capacidad de empresa de los jóvenes —, también es verdad que ellos sienten enormemente la exigencia de lo concreto y de lo práctico. Su imaginación, en efecto, ya no se dirige hacia un mundo inexistente e irreal, sino que busca la manera de concretarse en la vida cotidiana; característica, además, que está profundamente apoyada por la búsqueda de su futura profesión, por el inicio de la misma y por las mayores

responsabilidades que se le confían.

Es evidente, por tanto, que todas estas consideraciones deben ser tenidas en cuenta por cualquier intento educativo que se dirija a tal edad, si no quiere desarrollar, por falta de atractivos e interés, una labor inútil.

¿Cuáles son, pues, las líneas principales seguidas por el roverismo en el desarrollo de su importante acción educativa? Podemos resumirlas, a mi entender, en tres puntos fundamentales: el concreto interés por los problemas sociales y políticos, la creación de un ambiente particular, y la realización de algunas grandes empresas técnicas o físicas que se avengan con los gustos y preferencias de cada individuo o, como máximo, de un número limitado de ellos.

En cuanto al primer punto, es inútil repetir una vez más cuanto ya dijimos en el capítulo dedicado a la educación política. Baste con subrayar que todas aquellas actividades responden plenamente a una íntima y sentida exigencia de los rovers.

En cuanto al segundo, debemos extendernos un poco más. En efecto, se trata de reconocer la importante función pedagógica de la atmósfera en que se desarrolla la vida del clan y en la que tanta importancia tiene el *local* del clan. Quizá pueda parecer excesivo, pero el hecho de que el joven tenga la posibilidad de encontrarse, solo, con sus camaradas en un lugar que él sabe perfectamente disponible y apto para sus exigencias de *reuniones serias*, es casi más importante que el hecho de que una patrulla tenga su *rincón*. Como observa muy justamente H. Bouchet en el capítulo dedicado al problema de los rovers (en *Le scoutisme et l'individualité*), el local del clan debe permitir y favorecer la formación de aquella atmósfera de vida ardiente y espontánea que el joven necesita como una válvula de seguridad, y, al mismo tiempo, debe representar, para él, el lugar donde se sabe que podrá hallar refugio en sus momentos de tristeza o depresión.

La atmósfera del clan, para ser verdaderamente útil en el terreno educativo debe estar compuesta de distensión y de un profundo espíritu de amistad, casi de camaradería. Es un grave error revestir al roverismo de principios demasiado duros y exigentes, tanto desde el punto de vista espiritual como de las obligaciones prácticas. «No hay derecho — dice H. Bouchet en el libro citado — a exigir del joven, solicitado por mil placeres exteriores, un heroísmo *inicial*. Es suficiente con que continúe amando y practicando la ley y con que comprenda de qué modo el ideal rover es la *buena acción ininterrumpida*.» He aquí por qué son necesarias una muy sabia estructuración del programa — con pocas actividades obligatorias y muchas facultativas — y la presencia de un jefe de clan que, además de ser el de mayor edad (nunca menor de veintitrés años), pueda comprender las exigencias de cada rover con paciencia y con harto espíritu de tolerancia y equilibrio.

Finalmente, y en cuanto al tercer punto, se trata de renovar o de mantener despierto el interés de los rovers hacia la vida al aire libre y hacia las técnicas aprendidas durante la precedente etapa scout, tanto para satisfacer su tendencia a las grandes empresas — haciéndola desembocar en alguna realización concreta, capaz de desarrollar el sentido de la realidad—, cuanto para completar y perfeccionar el desarrollo del *estilo* scout que debe informar su vida el día de mañana. Y al lado de estas empresas, que deben prepararse con un número suficiente de salidas y de actividades menores, tienen también mucha importancia las actividades facultativas, especializadas, que cada rover o grupo de rovers escoge y desarrolla regularmente durante el curso; por ejemplo, espeleología, el esquí o, sobre todo, el alpinismo, ya indicado por Baden-Powell como una de las actividades más adecuadas al rover y que, según parece, se está convirtiendo, cada día más, en la especialidad preferida de los clanes italianos.

Pero el problema del roverismo, por encima de programas y de matices, permanece vivo y abierto, ya que, como ninguna otra rama, ella demuestra la necesidad de que el escultismo conserva su funda-

mental característica de *continua creación*; característica, por otra parte, que condena cualquier forma posible de esquematización — por limitada que sea — y que es plena garantía de su vitalidad y de su valor pedagógico.

EL ESCULTISMO COMO MOVIMIENTO DE JUVENTUD

Todo cuanto hemos afirmado halla magnífica confirmación en el pensamiento del Padre Forestier, al que tantas veces hemos citado. El Padre Forestier ha dedicado el capítulo XXI de su magnífico libro *Une route de liberté*, con el significativo título de *Notion de Mouvement de jeunesse* (dentro de la tercera parte dedicada, como hemos dicho, al rove- rismo), al problema, de capital importancia, de la necesidad de considerar al escultismo como un «Movimiento de juventud». A este problema, que consideramos muy útil e interesante, dedicaremos este último apartado, ya que considerar así al escultismo significa no tan sólo salvaguardar su validez como método educativo, sino también ver toda su función civil y social.

Que el escultismo deba considerarse como un movimiento de juventud quiere decir, esencialmente, que el escultismo tiene un lugar muy preciso en el vasto movimiento de renovación que parece agitar desde hace unos decenios a la juventud. A través de una rápida ojeada a la historia de la juventud alemana, inglesa y francesa de los últimos cincuenta años, el Padre Forestier llega a la conclusión — que también parece válida para la juventud de otros países, como Italia — de que los jóvenes han ido en busca, poco a poco y cada vez de manera' más consciente, de un sistema de vida que, reaccionando ante la estructura de la sociedad en que viven, estuviera en situación de **reformular el mundo**. Las aspiraciones que en tal sentido se han dejado sentir con mayor fuerza son: deseo de reducir las diferencias entre los jóvenes de tendencias y formación distintas para poder llegar a una más fácil comprensión recíproca; voluntad de reaccionar contra las condiciones de vida impuestas por el mundo capitalista-industrial, que, además de minar su misma salud física, conducen a una peligrosísima e inhumana forma de despersonalización; y tendencia a determinar, a través de los mismos movimientos juveniles, las costumbres morales capaces de superar la situación crítica que muy particularmente en este campo se deja sentir.

En sustancia, todavía hoy en día se trata de una aspiración muy fuerte a una forma de *reacción*, o, si se prefiere, de *resistencia* al doble exceso del individualismo, por un lado, y de la mecanización y del colectivismo, por el otro.

Por tanto, afirma el Padre Forestier, en la medida en que una Asociación satisfaga estas aspiraciones podrá ella merecer el nombre de *movimiento*. Nombre que, nótese bien, si se usa en oposición al de *obra* indica algo que se *mueve*, que está en *marcha* y que, de una manera u otra, *busca*. Lo que busca es evidente: enriquecer la personalidad de cada individuo haciendo de él una persona capaz y responsable, e integrarlo profunda y sinceramente en la sociedad.

A la luz de estas consideraciones, ¿cuál es y cuál debe ser la actual posición del escultismo?

Por un lado, parece innegable que muchos de sus principios y, en el fondo, todo su ideal, concuerdan admirablemente con estas fundamentales exigencias de la juventud; además, queda claro que el escultismo está en situación de dar a tales aspiraciones un más amplio horizonte espiritual, llegando, por así decirlo, a sublimarlas en una visión sobrenatural. Pero, por otro lado, si se tienen en cuenta sus realizaciones concretas, no siempre puede ser juzgado tan favorablemente. ¡Cuántas veces, en efecto, el escultismo se reduce a una organización *paternalista*, en la que sus miembros están muy lejos de estar en *movimiento*, y cuántas veces el escultismo no es nada más que un simple *patronato escultismizado*, en el que si bien se desarrollan todas las principales actividades scouts de manera regular, sin embargo, no existe *movimiento* alguno hacia la gran meta final, hacia los grandes ideales de renovación! En estos casos, el escultismo no cumple con lo que de él se espera y no merece el título de «Movimiento de juventud».

El mundo en que vivimos tiene necesidad, urgente necesidad, de estas fuerzas vitales que le permitirían superar las estrecheces en que se debate. Tiene necesidad de esta renovación, ya que

demasiados desastres han socavado sus fundamentos.

He ahí, pues, el más auténtico deber del escultismo: ser siempre y de verdad un «Movimiento de juventud», de acuerdo con las exigencias y las necesidades de nuestro tiempo.

Pero para alcanzar esta meta es necesario que exista un real espíritu de investigación y de *inquietud*; inquietud luminosa y, en el fondo, optimista, para hacerlo todo cada vez mejor, y encaminada a abrir horizontes cada vez más amplios. Éste es el problema más serio del roverismo y yo creo que incluso del postroverismo. A él deben tender sus esfuerzos y sus anhelos, incluso porque tan sólo de esta manera la acción educativa del escultismo puede tener un profundo significado y una función verdaderamente de primer plano en el seno de la sociedad contemporánea. Ésta es, en definitiva, la esperanza que abrigamos.

APENDICES

Discurso de Su Santidad Pío XII (7 de junio de 1952) a los participantes en la Reunión de la Conferencia Internacional de Escultismo Católico, celebrada en Roma.

Habéis elegido Roma, queridos hijos, como lugar de reunión de la Conferencia Internacional de Escultismo Católico, y es la primera vez que vuestros dirigentes nacionales se reúnen en la Ciudad Eterna. Además, habéis estudiado un tema que sabéis goza de preferencias ante el Vicario de Jesucristo: «El apostolado en y por el escultismo.» Deseosos de responder a las recientes llamadas que hemos dirigido a todos los católicos, queréis tomar toda la responsabilidad que os corresponde en el apostolado de la Iglesia: noble y generosa resolución, completamente de acuerdo con, el espíritu del escultismo.

Nadie ignora, en efecto, que desde su origen la religión ha tenido en él el primer lugar; pero, además, vosotros tenéis conciencia de que el catolicismo da fuerza y eficacia a la obra educadora que vosotros perseguís. No se trata solamente de formar mejores ciudadanos, más activos, más dedicados al bien común del estado temporal; se trata, además, de formar mejores hijos de la Iglesia. En la Iglesia católica la misión apostólica desciende de la Jerarquía a los fieles, y en nuestros tiempos todos los fieles están llamados a colaborar según sus medios en este apostolado.

A decir verdad, los niños no están aún en edad de apostolado organizado, pero ellos deben prepararse.

La experiencia de treinta años ha demostrado ampliamente el valor educador del escultismo. ¡Cuántas hermosas figuras de grandes cristianos, de héroes y de dirigentes, cuántas vocaciones religiosas y sacerdotales han nacido en sus equipos! Atenlos entretanto a combatir todas las desviaciones posibles, constantemente habéis revisado vuestros métodos y recordado los principios. Si el scout ama la Naturaleza, no es por egoísmo o diletantismo, ni siquiera por gozar del espacio, del aire puro, del silencio, de la belleza del paisaje. Si él toma gusto a la sencillez, a una sana rudeza en oposición con la vida artificial de las ciudades y con las servidumbres de la civilización mecanizada, no es por huir de las obligaciones de la vida ciudadana. Si él cultiva excelentes amistades en un grupo escogido, no es por rechazar los contactos y los servicios ni mucho menos. Nada más alejado de su ideal. Si él ama las realidades concretas, no significa que desprecie las ideas y los libros. Él tiene el deseo de una cultura completa y armoniosa, en relación con sus talentos y con las necesidades actuales.

Atendiendo a esta finalidad, la promesa de guardar la ley scout, con la gracia de Dios, es una palanca poderosa que eleva la juventud por encima de debilidades y de tentaciones. Apoyada en los fundamentos de la ley natural, la ley scout, por la educación del esfuerzo por la práctica cotidiana de buenas acciones voluntarias, empuja a la rectitud y a la fidelidad, de las cuales los jóvenes sienten tan gran deseo, y se juzgan dichosos cuando se les ayuda a guardarlos firmemente. Esta ley les hace tomar horror al fraude, a la mentira, al disimulo. Los jóvenes, al sentir desarrolladas sus fuerzas, son naturalmente generosos; desean luchar, oponerse a las dificultades; sienten la necesidad de dar, de darse, de adelantarse, y encuentran en la práctica de la vida al aire libre y en el ejercicio de habilidades manuales un alimento adaptado a su edad. La pureza, favorecida por este clima moral, les es también netamente clara y da a sus energías la reserva y la delicadeza cristianas.

¿Quién podría negar la oportunidad de esta educación en una civilización donde reina el

egoísmo, la desconfianza, la cobardía, el amor desenfrenado de placer?

El primer apostolado de los scouts es el del ejemplo en su equipo. Atendiendo a su formación personal y colectiva, están ya al servicio de la Iglesia y constituyen un instrumento para su apostolado futuro. Cuanto más amplios y profundos sean los fundamentos, tanto el edificio de su vida cristiana será más sólido y seguro; cuanto el desarrollo de sus cualidades sea cuidadoso, tanto se podrá contar con su competencia para la gloria de Dios y el honor de la Iglesia.

Pero esta formación, por los métodos concretos de observación y de reflexión que le son propios, debe desde su tierna edad estar abierta a las realidades sociales, naturales y sobrenaturales. Deben aprender a vivir en la sociedad moderna, y para esto estar prudentemente informados de sus estructuras, de sus cualidades y de sus defectos. Deben especialmente prepararse para tomar en su ambiente y en su comunidad parroquial la parte de influencia y de responsabilidad de que son capaces. En resumen, la formación del carácter, que es el fin principal del escultismo, debe tener una orientación francamente social y apostólica. Debe prepararles para servir al prójimo a la vez en contactos personales y en las instituciones civiles y religiosas.

El amor que los scout han tenido siempre para la persona divina del gran Jefe, que es el camino, la verdad y la vida, debe quedar como luz y ayuda para sus esfuerzos cotidianos.

Es esto lo que Nos le pedimos de todo corazón para que en el día de las responsabilidades Él les encuentre siempre dispuestos. Que desde hoy desciendan sobre vosotros que aquí estáis presentes, sobre todas las organizaciones nacionales que representáis, sobre los dirigentes, sobre los consiliarios y sobre todos los scouts las gracias que implora nuestra bendición apostólica.

BIBLIOGRAFIA

Libros citados y obras fundamentales sobre escultismo²¹ *

Baden-Powell, R.: *Scouting for Boys*. Londres, Pearson, 1909.

Escultismo para muchachos. Scautismo per ragazzi. Éclaireurs.

- » » *The Wolfs Cub's Handbook*. Londres, Pearson, 1917. *Manual de Lobatos. Il manuale del lupetto. Le livre des Louveteaux.*
- » *Rovering to Success*. Londres, Pearson, 1922. *Roverismo hacia el éxito. La Route du succès.*
- » » *Girl Guiding*. Londres, Pearson, 1916. *Manual de las muchachas guías. Il manuale delle guide. Manuel des Éclaireuses.*
- » » *Aids to Scoutmastership*. Londres, Jenkins, 1919. *Guía para el Jefe de Tropa. Il libro dei capi. Le Guide du Chef éclaireur.*

Baden-Powell, R.: *Lessons from the Varsity of Life. Alia scuola della vita. A l'école de la vie.*

- » » *Boy scouts beyond the seas*. Londres, Pearson, 1913.
- » » *Quick training for war*. Londres, Jenkins, 1914.
- » » *Scouting games*. Londres, Pearson, 1917.
- » » *Aids to Scouting*. Londres, Gale and Polten, 1920.
- » » *What scouts can do*. Londres, Pearson, 1920.
- » » *Boy scout and citizenship*. Londres, Pearson, 1920.
- » » *Young knights of the Empire*. Londres, Pearson, 1926.
- » » *Scouting and youth Movements*. Londres, E. Benn, 1926.

Étapes (Manuel des Scouts de 2^e et 1^{re} classe). París, Presses d'Ile-de-France.

L'aumonier scout. París. Presses d'Ile-de-France.

L'Éducation religieuse á la troupe. París, Presses d'Ile-de-France.

Lé\ ceremonial des Scouts de France. París, Presses d'Ile-de-France.

Le scoutisme et la santé. Lieja, La pensée catholique, 1951. *Manual degli Assistenti Ecclesiastici*. Roma, A. S. C. I. *Scautismo*. Roma, Fratelli Palombi, 1954.

Barclay, V.: *Le louvetisme et la formation du caractère*. París, Spes, 1938.

Bastin, R.: *Lord Baden-Powell, citoyen du monde*.

Bertier, G.: *L'École des Roches*.

Bettemayer, P.: *Sois un chef!* París, Sers, 1940.

Blanchet, M. C.: *Lord Baden-Powell*. París, Bader-Dufour. Bonnamaux, C.: *Manuel pratique de l'Éclaireur Unioniste*. París. Borghi, L.: *J. Dewey e il pensiero pedagogico contemporáneo*.

²¹ La cita bibliográfica completa de un libro se refiere, siempre, a la edición original. En caso de conocerse traducciones en castellano, italiano o francés, se añaden a continuación sus títulos.

Florençia, La Nuova Italia, 1955.

Bouchet, H.: *La psychologie du scoutisme*. París, Spes, 1945. Bouchet, H.: *Le scoutisme et l'individualité*. París, Alean, 1933. Bovet, J.: *La génie de Baden-Powell*. París, Delachaux et Niestlé, 1946. *Baden-Powell educador de juventudes*.

Claretta, G.: *Psicología ed etica dello scautismo*. Turín, Bonetti, 1948.

Collets-Brechbuhl: *Scoutisme et école*. Ginebra, Bonneville, 1950.

De Macedo, F.: *Les scouts routiers*. París, Scouts de France, 1932.

De Paillerets, M.: *Les gargons et le Scoutisme*. París, Presses d'Ile-de-France. *I ragazzi e lo scautismo*.

Dessoulavy, J. J.: *Le scoutisme et Vécole*. Ginebra, 1944.

Fagnani, P.: *Il mió albero*. Bérgamo, 1956.

Forestier, M. D.: *Scoutisme: méthode et spiritualité*. Lieja, Soledi, 1940.

Forestier, M. D.: *Scoutisme missionnaire*. París, Presses d'Ile-de-France.

Forestier, M. D.: *Scoutisme: Route de liberté*. París, Presses d'Ile-de-France, 1953. *Escultismo, Ruta de libertad*.

Gamba, C. M.: *Lo scautismo e le libere Associazioni*. Milán, Viola, 1950.

Gamba, C. M.: *R. Baden-Powell e il suo método educativo*. Turín, 1948.

Gamba, C. M.: *Scautismo e famiglia*. Milán, 1954.

Guerin Desjardins, J.: *Scoutisme et éducation physique*. París, Doin, 1929.

Joubrel, H.: *Le scoutisme d'extensión*. París, Sauvagarde, 1946.

Joubrel, *H.: *Le scoutisme dans la rééducation de jeunes*. París, Presses Universitaires de France, 1951.

Jousselin, J.: *Le scoutisme éveilleur d'âmes*. París, Je Sers, 1923.

Lenoir, C.: *Le scoutisme frunzáis*. París, Payot, 1937.

Leveck: *Scoutisme et religi3n*. París, Casterman, 1946.

Lewis, J.: *A scout troope*. Glasgow, Brown's Son and Ferguson, 1928.

Lewis, J.: *How to run a patrol*. Glasgow, Brown, 1918.

Lombardi, G., y Varelli, R.: *Educazi3n política del giovani*, Milán, R. S. Servire, 1955.

Marcon, P.: *La conferenza dello Scautismo Cattolico*. Roma, Estote Parati, 1956.

Marcus, S.: *Le scoutisme comme méthode de rééducation*. París, Legrand, 1938.

Mauduit, J.: *Baden-Powell*. París, La Table Ronde. *Baden-Powell, fundador de los scouts*.

Mazza, M.: *Come si fonda un riparto di esploratori*. Roma, Fior-diliso, 1946.

Mira, G.: *Noi e la societá*. Roma, Strade al Solé, 1954.

Morand, P.: *Le scoutisme et les handicapés*. París, 1951.

Mounier, E.: *Le personnalisme*. París, Presses Universitaires de France, 1953.

Nosengo, G.: *La persona umana e Veducazione*. Roma, Il Maestro, 1948.

Nosengo, G.: *Veducazione mótales dei giovani*. Brescia, La Scuola, 1955.

Panni, E.: *Esperienze del C. R. di wí'Unita di sordoimti*. Roma, Estote Parati, 1953.

Petruzzellis, N.: *I problemi della pedagogía como ciencia filos3fica*. Brescia, La Scuola, 1948.

Philipps, R. E.: *The Patrol system*. Londres, Pearson. *El Sistema de Patrullas. 11 sistema di scuadriglia. Le systcmc des patrouilles*.

Pierret, P.: *En route*. París, Casterman, 1946.

Picnedoli, Mons. S.: *Il Sacerdote degli esploratori*. Florençia, Salani, 1947.

Reynolds, E. E.: *Scouting for catholics and others*. Londres, Burns Ooats.

RIGAUX, M.: *L'étape des ainés: la route*. París, Spes, 1930.

RUGGI D'ARAGONA, P.: *Le guide di oggi, le donne di domani*. Roma, Didattica, 1945.

- SEVIN, J.: *Le scoutisme*. París, Spes, 1933.
- SEVIN, J.: *Pour penser scoutement*. París, Spes, 1934.
- Sevin, J.: *Réflexions sur le scoutisme*. París, Enaut, 1926.
- STEFANINI, L.: *Personalismo educativo*. Roma, Bocca, 1955.
- Thorel, B.: *Le scoutisme de Lord Baden-Powell*. París, Spes, 1935.
- Tisserand, G.: *En route*. París, Spes, 1933.
- Tisserand, G.: *Silences et réflexions du scoutmestre*. París, Spes, 1932. *Silencios y reflexiones de un Maestro Scout*.
- Weil, P. G.: *La jeunesse et le scoutisme devant les problèmes sexuels*. Vichy, 1945.
- Young, E.: *How to run a troop*. Glasgow, Brown, 1917.
- Zavelloni, R.: *Educazione e personalità*. Milán, 1955.

LEY, PROMESA, LEMAS, ORACION

LEY SCOUT²²

1. El Scout cifra su honor en ser digno de confianza.
2. El Scout es leal para con su patria, sus padres, sus jefes y sus subordinados.
3. El Scout es útil y ayuda a los demás sin pensar en recompensa.
4. El Scout es amigo de todos y hermano de todo Scout sin distinción de credo, raza, nacionalidad o clase social.
5. El Scout es cortés y caballero.
6. El Scout ve en la naturaleza la obra de Dios y protege a los animales y a las plantas.
7. El Scout obedece sin replicar y hace las cosas en orden y completas.
8. El Scout sonríe y canta en sus dificultades.
9. El Scout es económico, trabajador y cuidadoso del bien ajeno.
10. El Scout es limpio y sano; puro en sus pensamientos, palabras y obras.

THE SCOUT LAW

1. A Scout's honour is to be trusted.
2. A Scout is loyal to the Queen, his country, his Scouters, his parents, his employers, and to those under him.
3. A Scout's duty is to be useful and to help others.
4. A Scout is a friend to all, and a brother to every other Scout, no matter to what country, class, or creed, the other may belong.
5. A Scout is courteous.
6. A Scout is a friend to animals.
7. A Scout obeys orders of his parents, Patrol Leader, or Scoutmaster, without question.
8. A Scout smiles and whistles under all difficulties.
9. A Scout is thrifty.
10. A Scout is clean in thought, word, and deed.

²² Existen distintas versiones — con levisimas variantes — de la ley scout en castellano. La citada es la de la Delegación diocesana de Escultismo de San Sebastián. — (N. del T.)

LA LOI SCOUTE

1. Le scout met son honneur á mériter confiance.
2. Le scout est loyal envers son pays, ses parents, ses chefs et ses subordonnés.
3. Le scout est fait pour servir et sauver son prochain.
4. Le scout est l'ami de tous et le frère de tout autre scout.
5. Le scout est courtois et chevaleresque.
6. Le scout voit dans la nature l'oeuvre de Dieu, il aime les plantes et les animaux.
7. Le scout obéit sans réplique et ne fait rien á moitié.
8. Le scout est maitre de soi: il sourit et chante dans les difficultés.
9. Le scout est économe et prend soin du bien d'autrui.
10. Le scout est pur dans ses pensées, ses paroles et ses actes.

LLEI ESCOLTA

1. Cal confiar sempre en l'honor de l'Escolta.
2. L'Escolta és lleial a Déu i a la Patria, al pares, caps, superiors i inferiors.
3. L'Escolta és útil i servicial, i cada dia ha de fer una bona obra.
4. L'Escolta és amic de tothom i germá deis altres Escoltes
5. L'Escolta és educat i cavallerós.
6. L'Escolta estima els animals i les plantes.
7. L'Escolta és disciplinat i obeeix els seus superiors sense replicar.
8. L'Escolta está sempre de bon humor i somriu i xiula davant les dificultáis.
9. L'Escolta és treballador i previsor.
10. L'Escolta és pur de pensament, paraula i obra.

LA LEGGE SCAUT

1. Lo Scaut considera suo onore meritare fiducia.
2. Lo Scaut é leale.
3. Lo Scaut é sempre pronto a servire il prossimo.
4. Lo Scaut é amico di tutti e fratello di ogni altro Scaut
5. Lo Scaut é córtese e cavalleresco.
6. Lo Scaut é buono con gli animali, creature di Dio.
7. Lo Scaut ubbidisce prontamente.
8. Lo Scaut sorride e canta anche nelle difficoltà.
9. Lo Scaut é laborioso ed economo.
10. Lo Scaut é puro di pensieri, di parole, di azioni.

* * *

LEY DE LA MANADA

1. El Lobato obedece al Viejo Lobo.
2. El Lobato se vence a sí mismo.

THE LAW OF THE WOLF CUB PACK

1. The Cub gives in to the Old Wolf.
2. The Cub does not give in to himself.

LA LOI DF, LA MEUTE

1. Le louveteau écoute le Vieux Loup.

2. Le louveteau ne s'écoute pas lui-même.

LLEI DE L'ESTOL

1. El Llobató creu el Vell Llop.
2. El Llobató no es plany a si mateix.

La LEGGE DEI LUPETTI

1. Il Lupetto ascolta il Vecchio Lupo.
2. Il Lupetto non ascolta se stesso.

* * *

PROMESA SCOUT

Por mi honor y con la gracia de Dios, prometo hacer cuanto de mí dependa para
Cumplir mis deberes para con Dios y mi patria;
Ayudar al prójimo en toda circunstancia, y Cumplir fielmente la Ley scout.

The SCOUT PROMISE - SCOUTS

On my honour I promise that I will do my best To do my duty to God, and the Queen,
To help other people at all times,
To obey the Scout Law.

LA promesse scout

Sur mon honneur et avec la grâce de Dieu, je m'engage A servir de mon mieux Dieu, l'Église et
la Patrie, A aider mon prochain et toutes circonstances,
A observer la Loi Scoute.

PROMESA ESCOLTA

Peí meu honor, i amb la gracia de Déu, prometo fer tot el que pugui
Per complir els meus deures envers Déu i la Pàtria,
Ajudar a tothora l'altra gent, i obeir la Llei escolta.

LA PROMESSA SCAUT

Con l'aiuto di Dio, prometto sul mió onore di fare del mió meglio
Per compiere il mió dovere verso Dio e verso la Patria,
Per aiutare il prossimo in ogni circostanza,
Per osservare la Legge Scaut.

* * *

PROMESA DEL LOBATO

Prometo hacer cuanto pueda por cumplir mis deberes para con Dios y para con mi Patria, por
guardar la Ley de la Manada y hacer una Buena Acción cada día.

THE SCOUT PROMISE -CUBS

I promise to do my best
To do my duty to God, and the Queen,
To keep the Law of the Wolf Cub Pack, and to do a good turn to somebody every day.

LA PROMESSE DU LOUVETEAU

Je promets de faire de mon mieux pour être fidèle á Dieu, á la France, á mes parents et á la Loi de la Meute et pour rendre chaque jour un Service á quelqu'un.

PROMESA DE LLOBATÓ

Jo prometo fer tot el que pugui per a:
Ésser lleial a Déu i a la Patria,
Obeir la llei de l'Estol i fer cada dia una Bona Obra.

LA PROMESSA DEI LTJPETTI

Con l'aiuto di Dio, prometto di fare del mió meglio
Per compiere il mió dovere verso Dio e verso la Patria, Per osservare la legge del Branco e fare una buona azione a vantaggio di qualcuno, ogni giorno.

* * *

LEMAS

Lobatos: Siempre mejor.
Scouts: Siempre listo.
Rovers: Servir.

DEVICE

Wolf Cub: Do Your Best.
Scout: Be Prepared.
Rover-Scout: Service.

DEVICES

Louveteaux: De notre mieux.
Scouts: Toujours Prct.
Routiers: Servir.

LEMES

Llobatons: Tant com puc.
Minyons escoltes: Sempre a punt.
Guies: Fer servei.

MOTTI

Lupetti: Del nostro meglio.
Scouts: Estote parati.
Rovers: Servire.

* * *

ORACIÓN SCOUT

Señor, enséñame a ser generoso, a servirte como lo mereces, a dar sin medida, a combatir sin miedo a que me hieran, a trabajar sin descanso y a no buscar más recompensa que saber que hago tu voluntad. Amén.

SCOUT PRAYER

Lord Jesús, teach me to be generous; to serve Thee as Thon deservest; to give and not to count the cost; to fight and not to heed tho wounds; to toil and not to seek for rest, to labour and to ask for no reward save that of knowing I do Thy will. Amen.

PRIÈRE SCOUT

Seigneur Jésus, apprenez nous á être gèneux, a vous servir comme Vous le méritez, á donner sans compter, á combatiré sans soucis des blessures, á travailler sans chercher le repos, á nous depenser sans attendre d'autre recompense que celle de savoir que nous faisons votre Sainte volonté. Ainsi soit-il.

ORACIÓ ESCOLTA

Senyor Jesús, que vinguéreu al món per salvar els homes i ensenyar-los d'ésser bons i de fer el bé: ensenyeu-nos d'ésser sempre generosos, d'estimar-vos i servis-vos com Vos mereixeu, d'estimar i servir el pròxim per amor a Vós, d'estimar i servir la Pàtria mes que a nosaltres mateixos, d'ajudar tots els seus filis tractar-se amb cor de germans, de no teñir mai por de cap esforg ni sacrifici peí bé deis altres, de donarnos sense miraments, de treballar no pensant en el repós ni en el plaer, i de no cercar altra recompensa sino la de saber que fem sempre la vostra santa voluntat. Amén.

PREGHIERA SCAUT

Fai, o Signore, che io abbia le mani puré, pura la lingua e puro il pensiero. Aiutami a lottare per il bene difficile contro il male facile.

Impedisci che io prenda abitudini che rovinano la vita.

Insegnami a lavorare álacrement e a comportarmi lealmente quando Tu solo mi vedi come se tutto il mondo potes- se vedermi.

Perdonami quando sono cattivo e aiutami a perdonare coloro che non mi trattano bene.

Rendimi capace di aiutare gli altri, quando ciò mi é fa- ticoso.

Mandami la occasioni di fare un po' di bene ogni giorno, per avvicinarmi maggiormente al tuo divin Figliuolo Gesü

ÍNDICE DE NOMBRES

El número remite a la página; seguido de una n, a la nota de pie de página

- Akcla*: 14, 15, 249.
Baden-Powell Agnese: 30. Baden-Powell (Lady): 30, 302. Baden-Powell Robert: *passim*. *Bagheera*: 14, 15, 16.
Baloo: 14, 15, 16.
Bandarlog: 15.
Bastin R.: 4 n.
Bertier G.: 325.
Bonnamaux C.: 123.
Borghi L.: 166.
Bosco (San Giovanni): 115. Bouchet H.: 79, 193, 277, 280, 350, 361, 366, 367.
Bovet P.: 361. Collets-Brechbuhl C.: 302. Courtois G.: 245, 251, 252. Decroly (Método): 299.
Demolins E.: 325.
Dewey J.: 163, 166.
Elwess H. G.: 61.
Ewing (Mrs.): 31.
Fagnani P.: 81.
Ferrière A.: 166.
Forestier D. M.: 38, 54, 250, 251, 252, 306, 308, 364, 369, 370.
Franiatte (Generale): 251. Gnocchi (don): 303. Guerin-Dejardins J.: 134. Hebert (Método): 135 n. Joubrel H.: 310, 311, 313.
Kim: 91, 91 n, 149, 150, 156 n. Kipling R. 14, 31, 91 n.
Lassan (Mrs.): 43.
Lindsay: 205.
Lombardi G.: 238 n.
Marcon P.: 354.
Mazza M.: 335, 335 n.
Mira G.: 98 n.
Montessori (Método): 299. Montini G. B. (Mons.): 337 n. Mounier E.: 224, 361.
Mowgli: 15.
Negri: A.: 314 n.
Newton I.: 155.
Nosengo G.: 117, 152, 162, 339 n. Paillerets (M. de): 121, 211. Panni E.: 307.
Papin D.: 155.
Pelham K. S.: 43.
Petruzzellis N.: 62.
Philipps R.: 93, 191, 199.
Pío XI (Papa): 64.
Pío XII (Papa): 239.
Platón: XXVI.
Rousseau J. J.: 42.
Sevin J.: 83, 248, 284, 284 n, 332, 337.
Shere Khan: 14.
Stefanini L.: 49, 220.
Tabaki: 14.
Thorel B.: 75, 198.
Tisserand G.: 27, 147, 153, 155, 211, 255.
Varelli R.: 238 n.
Zavelloni R.: 227.